ORLANDO PLAZA

TEORÍA SOCIOLÓGICA

Enfoques diversos, fundamentos comunes

ACCESO ABIERTO

FONDO EDITORIAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Teoría sociológica

Enfoques diversos, fundamentos comunes

Orlando Plaza

TEORÍA SOCIOLÓGICA

Enfoques diversos, fundamentos comunes

FONDO EDITORIAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Teoría sociológica
Enfoques diversos, fundamentos comunes
Orlando Plaza

© Orlando Plaza, 2014

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: setiembre de 2014
Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2014-13859
ISBN: 978-612-317-032-5
Registro del Proyecto Editorial: 31501361400907

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

En los cincuenta años de creación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, a los fundadores, a mis maestros, a mis colegas profesores, a mis estudiantes, al personal secretarial y administrativo con gratitud, aprecio y reconocimiento, y a María Beatríz, siempre.

Índice

Prefacio 13

Parte I. Sociología y sociedad

Capítulo I. ¿Qué es la sociología? 19

1.1 Ciencia y sociología 19
1.2 Sociología y sentido común 21
1.3 Sociología, ética y política 24
1.4 Teoría sociológica general, teorías regionales y prácticas sociológicas 28
1.5 Tradiciones de conocimiento sobre las que se funda la sociología: ciencias naturales y ciencias del espíritu 30
1.6 Influencia de las tradiciones de las ciencias naturales y del espíritu sobre la sociología: las corrientes sociológicas estructuralistas y de la acción 35
1.7 Corrientes sociológicas y dicotomías analíticas centrales 39

Capítulo II. La construcción histórica del objeto y método de estudio de la sociología 47

2.1 La primera institucionalización de la sociología (1890-1939) 48
2.2 Segunda institucionalización (1945-1975) 58
2.3 Contexto socioeconómico y propuestas de la sociología contemporánea: 1975 hasta la actualidad 63
2.4 Sociología contemporánea: las propuestas de síntesis teóricas 67

Capítulo III. ¿Qué es la sociedad? 69

3.1 Poniendo énfasis en el término «sociedad»: las propuestas de Marx y Parsons 70

3.2 Arreglos organizativos e institucionales específicos, tipologías de sociedades y modelos analíticos para el estudio de las sociedades modernas 77

3.3 Sociedad y cambio social 79

Capítulo IV. A modo de síntesis 83

4.1 Una definición inclusiva de sociología 83

4.2 Marcos de referencia, dicotomías analíticas y forma de razonar sociológica como guías para el análisis social 84

Anexo: criterios más utilizados en sociología para comparar las sociedades tradicional y moderna 89

Parte II. La modernidad: procesos sociohistóricos y configuración de la sociología

Capítulo V. Modernidad y modernización 95

5.1 Delimitación espacial y temporal de la modernidad 99

Capítulo VI. Procesos centrales de la modernidad 103

6.1 Separación del poder público del poder privado y conformación del moderno Estado-nación 104

6.2 Formación del mercado interno 109

6.3 Separación del conocimiento, la moral y la estética del ámbito de lo sagrado: diferenciación de sus ámbitos de validez y proceso de racionalización 116

6.4 Cambios en la estructura de las clases sociales 126

Capítulo VII. La inserción colonial de nuestro país en la modernidad y en el sistema intersocietario 131

Parte III. Marcos de referencia y análisis social

Capítulo VIII. El marco de referencia de la persona social 139

8.1 Perspectiva sociohistórica de la relación individuo-sociedad 140

8.2 Persona social y socialización 143

8.3 Modelos analíticos de configuración de la persona: Mead, Elias, Giddens, Bourdieu 156
8.4 A modo de síntesis: resultados de los procesos de socialización: adaptación, resistencia y creatividad 165

Capítulo IX. Marco de referencia de la acción 167

9.1 Acción social y contextos sociohistóricos 167
9.2 Determinación y libertad de los actores en el desempeño de sus acciones 171
9.3 Modelos analíticos de acción social: Weber y Parsons 174
9.4 La interacción social como complemento y/o alternativa a los enfoques de acción social 180
9.5 Acción colectiva 189
9.6 A modo de conclusión 191

Capítulo X. Marco de referencia de las instituciones y de la cultura 193

10.1 Consideraciones preliminares: multidimensionalidad de la cultura y definiciones contrapuestas 193
10.2 Controversias sociológicas sobre la noción de cultura 196
10.3 Cultura y sistemas simbólicos 199
10.4 Instituciones 204

Capítulo XI. Marco de referencia de la estructura social 217

11.1 Consideraciones preliminares: dicotomías sociológicas y definiciones de estructura 217
11.2 Modelos analíticos de estructura social: Elias, Bourdieu, Giddens 223
11.3 Desigualdad y estructura de clases sociales 228
11.4 Relaciones entre cultura y estructura social 238

Índice analítico 243

Bibliografía 249

Prefacio

Este texto es una invitación para emprender y profundizar el aprendizaje y dominio de la teoría sociológica general desde una perspectiva que busca entender no solo las diferencias entre las escuelas, sino también los aspectos que tienen en común. Esta perspectiva posibilita asumir a nuestra disciplina no como un conjunto de propuestas inconexas sino como fruto de un diálogo áspero y agresivo por momentos, y concordante o desafiante en otras ocasiones, cuyos resultados son siempre provisionales, pues nuestras propuestas no dependen solo de la lógica que le podamos imprimir a nuestras teorías, sino también de la lógica social, política y simbólica.

La teoría sociológica, en este texto, es entendida como el conjunto de problemas, ejes temáticos y constelaciones de conceptos referidos a la naturaleza social de los seres humanos y a la manera en que están organizadas, funcionan, se reproducen y transforman las sociedades. Este tema, a la vez que es común a las diversas escuelas sociológicas, es tratado por estas desde sus particulares enfoques —en ocasiones con distinto lenguaje para referirse a nociones similares—, lo que implica diferentes ángulos, grados de elaboración y apuestas diversas por la explicación o por la comprensión como método y propósito de la sociología.

Distintos autores han utilizado diferentes criterios para presentar estos aspectos, por ejemplo, Timasheff (1961), la historia de las ideas sociológicas y los principales aportes de autores; Martindale (1968), las escuelas sociológicas; Collins (1996), Cuff (1985) y Corcuff (1998), las corrientes y tradiciones sociológicas; Nisbet (1969), conceptos dicotómicos. En otros casos se ha utilizado una teoría o enfoque sociológico determinado, por ejemplo, Hewitt (1986) utilizó el interaccionismo simbólico y Johnson (1960) el estructural funcionalismo. También encontramos el diálogo con otras escuelas a la vez que la revisión de los fundamentos del enfoque propio, como en el caso de Alexander (1995); así como la presentación de escuelas a partir de temas y conceptos centrales, como sucede con Giddens (1998) y Macionis (1999).

Este texto, a partir de una lectura propia elaborada en diálogo con enfoques clásicos y contemporáneos, presenta una propuesta histórico-analítica para el aprendizaje, enseñanza y manejo de la teoría sociológica general, organizada en función de cuatro grandes campos conceptuales:

1. Los marcos de referencia presentes en todas las escuelas.
2. La complejidad y multidimensionalidad de la sociedad requiere para su abordaje puntos de referencia para efectuar el análisis sin perderse en la tarea. La formulación más adecuada sobre estos es la que hizo Znaniecki hace más de setenta años y que es recogida por Schutz: todo fenómeno social puede estudiarse desde alguno de los siguientes marcos de referencia: persona, acción, cultura o estructura social. Entendida dialécticamente esta formulación indica que, dada la complejidad y multidimensionalidad de la sociedad, todos los fenómenos sociales contienen las dimensiones que los marcos de referencia expresan, y es esta característica la que los convierte en un eje central que atraviesa, a lo largo de toda la historia de la sociología, a todas las escuelas y que en la sociológica contemporánea se constituye en el núcleo

fundamental de las propuestas y formulaciones teóricas desarrolladas por los más importantes sociólogos contemporáneos: Parsons, Elias, Bourdieu, Giddens, Habermas, Touraine.

3. Finalmente, los conceptos de los marcos de referencia constituyen las nociones más básicas de nuestra profesión, aquellas que todos los sociólogos deben dominar para poder hacer propuestas, análisis y entender las similitudes y las diferencias entre escuelas.
4. Las categorías dicotómicas empleadas para acercarse a la realidad social.
5. Los conceptos y perspectivas que configuran, con matices propios de cada escuela, la forma de razonar sociológica: relaciones, procesos, estructura, agencia, desigualdad, poder, temporalidad, espacialidad, corporeidad, sistemas simbólicos.
6. Los modelos analíticos que las escuelas elaboran para estudiar los temas concernientes a los marcos de referencia y a sus relaciones.

El texto está organizado en tres partes. La primera presenta la perspectiva y forma de razonar sociológicas y, en su desarrollo, explica los cuatro grandes campos conceptuales que guían la reflexión de conjunto. Especial atención se pone a la discusión sobre el objeto y método de la sociología y las conceptualizaciones sobre sociedad y tipos de sociedades.

La segunda parte presenta, desde una perspectiva sociológica, los procesos centrales que configuraron a la modernidad en sus distintas etapas (temprana, intermedia y tardía) y sus efectos diferenciados sobre las sociedades europeas y americanas. Estos procesos dieron origen a las instituciones y organizaciones (Estado-nación, capitalismo, procesos de racionalización, burocracia, estructura de clases) que rigen las prácticas sociales de las personas y países, y a la vez constituyen la base de las categorías centrales sociológicas.

La tercera parte aborda y presenta cada uno los cuatro marcos de referencia de manera sintética: persona social, acción-interacción, cultura e instituciones, y estructura social. En cada marco de referencia se ofrecen, a modo de ejemplo, diferentes modelos analíticos generados por las distintas escuelas para estudiarlo.

La delimitación temporal del texto, en lo que se refiere a la producción sociológica, abarca a autores de los periodos clásico y contemporáneo; mientras que en lo que atañe a los procesos sociohistóricos hace hincapié en la modernidad inicial y en la modernidad intermedia.

La organización de los capítulos y la delimitación teórica están dirigidas a posibilitar la comprensión y estudio de la nuestra disciplina a través del tiempo en relación con los cambios sociales, y a fomentar el aprendizaje de la teoría sociológica como una de las herramientas principales para el análisis y la intervención social. En ese sentido, el texto es muy útil tanto para los estudiantes de sociología y los profesores de los cursos como para los profesionales que buscan volver a los fundamentos de la disciplina. Por su naturaleza, propósito y la bibliografía anotada este libro aspira a ser un acompañante en el ejercicio profesional y académico de nuestra carrera al cual se puede acudir siempre en busca de consulta.

Parte I
Sociología y sociedad

Capítulo I
¿Qué es la sociología?

1.1 Ciencia y sociología

La sociología es una disciplina que, además de abarcar una gama muy vasta y variada de temas, tiene la ambición —a diferencia de las otras ciencias sociales, que se especializan en un campo específico del universo social— de dar cuenta de la organización general de la sociedad, lo que hace muy compleja la tarea de definirla.

Conviene por lo anterior empezar con una definición provisional y muy básica: la sociología es una ciencia que estudia a los seres humanos en sociedad.

La ciencia es una actividad humana enmarcada histórica y socialmente —sus características centrales se configuraron inicialmente entre los siglos dieciséis y diecisiete en Europa Occidental[1] a partir de las prácticas y métodos de las ciencias naturales— dirigida a producir conocimiento de modo sistemático y controlado mediante la aplicación de reglas y procedimientos institucionalizados en campos específicos de la naturaleza y de la vida humana. En el paradigma vigente, se centra en el estudio de lo que es y no de lo que debe ser, para lo cual utiliza teorías, conceptos e información fáctica.

---

[1] Ver Hall (1970, caps. 1-3); Cardwell (1972, caps. 1-2) y Berman (2001, caps. 1 y 3).

La ciencia, en tanto actividad institucionalizada, se asienta en un campo de relaciones y posiciones sociales integrado por organizaciones y científicos provenientes de todo el mundo. Como todo campo social, este es un campo de fuerza, pues su permanencia en él exige conocer y aceptar las reglas de juego y de lucha, pues sus miembros compiten por los recursos materiales y simbólicos existentes[2].

Las reglas y procedimientos del conocimiento científico demandan a cada disciplina aplicar a su objeto de estudio una forma de razonar metódica basada en una perspectiva o enfoque conceptual[3]; en conceptos interrelacionados; en teorías que guíen las hipótesis, el recojo de información, el análisis y la interpretación de los datos; y en el manejo diestro de métodos, instrumentos y técnicas. Teoría, métodos e información empírica entrelazados son los elementos constitutivos de la ciencia[4].

Todos los procedimientos descritos tienen un carácter público y están sometidos a escrutinio y crítica de colegas y legos. El conocimiento se valida no por la autoridad personal de quien lo produce, sino por la calidad de la información recogida, analizada e interpretada mediante procedimientos estandarizados.

Hasta ahora, por comodidad conceptual, hemos hablado de la ciencia en singular, asunto válido hasta cierto punto en tanto los diversos saberes científicos comparten un substrato común; sin embargo, en la práctica científica lo que existen son ciencias en plural (usualmente se suele distinguir, con sus correspondientes subdivisiones, tres grandes agrupamientos: ciencias naturales, ciencias del espíritu o de la cultura

---

[2] Para una explicación de las nociones de fuerza y lucha aplicadas al campo social, ver Bourdieu (1990, 1995).

[3] Existen diferentes formas de enfocar las definiciones de ciencia, naturaleza, sociedad y las relaciones entre ellas. Al respecto, ver Berman (2001), quien postula una relación interna con la naturaleza, siendo crítico de la ciencia moderna; Elias (1990) y Bachelard (1988).

[4] Para un desarrollo de este punto ver Bachelard (1988). Reflexiones sobre las implicancias de ello en la sociología pueden encontrarse en el primer capítulo de los libros de Bauman (1994) y de Alexander (1995).

y ciencias sociales)[5] que se acercan a la complejidad del mundo desde distintas perspectivas y desde campos acotados por cada especialidad, lo que significa que sus entradas son siempre unilaterales. En relación a este último punto conviene resaltar dos características centrales del conocimiento científico:

1. Su carácter abierto y, por tanto, provisional. Las ciencias no producen verdades definitivas y atemporales, sino aproximaciones al mundo empírico debido, entre otras razones, a que este se halla en constante transformación; es por esto que están obligadas a mejorar constantemente sus enfoques, teorías e instrumentos metodológicos.
2. No es el único que existe en el mundo social: filosofía, arte, religión, matemáticas, sentido común, son otras formas de producir conocimiento y entendimiento, y de fundamentar prácticas sociales. La pretensión de la ciencia contemporánea no es arrogarse el monopolio del conocimiento válido, sino señalar su carácter específico por el tipo de procedimientos que emplea para formular sus asertos.

1.2 Sociología y sentido común

La sociología, a la vez que se diferencia, está estrechamente relacionada con el sentido común —«ese conocimiento rico pero desorganizado, asistemático y con frecuencia inarticulado e inefable del que nos valemos para el diario oficio de vivir»—[6], pues este constituye la materia fundamental para hacer análisis sociológico: por qué las personas se comportan como lo hacen, y por qué y cómo utilizan determinadas

[5] Sobre la diferencia entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, el texto clásico es el de Von Wright (1979). Véase además el *Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, editado por Wallerstein (2006).

[6] Bauman (1994, p. 14).

categorías para definir las diversas situaciones que enfrentan en la vida cotidiana.

Sin embargo, para explicar y comprender la vida social el sociólogo debe ir más allá tanto en contenidos como en modos de obtener y fundamentar el conocimiento. En primer lugar, esto es así porque, si bien es cierto que los agentes sociales siempre pueden dar cuenta de las razones de sus acciones y de lo que se proponen obtener en las circunstancias inmediatas en las cuales actúan —pues ser miembro competente de una sociedad implica saber responder por qué se hace lo que hace—[7], al estar fundadas en el sentido común, aquellas tienen la limitación de dejar de lado las condiciones inadvertidas y las consecuencias no buscadas de su actuación[8].

En segundo lugar, porque para desenvolverse en la vida diaria los actores constantemente suspenden la duda y utilizan espontáneamente el conocimiento aprendido en la socialización mediante el uso de lo que Giddens llama «conciencia práctica»[9]. La suspensión de la duda supone la aceptación y el manejo, la mayoría de las veces implícitos y acríticos, del sentido común y de las convenciones de la sociedad[10], adquiridos en la socialización primaria y secundaria. Si bien las convenciones presentan una gran fortaleza para marcar las pautas de comportamiento y las categorías de entendimiento de la vida social, a su vez son frágiles porque su vigencia depende de que los actores las acepten sin cuestionamientos. Cuando se presenta algún tipo de problema en la comunicación, un mal entendido, una mirada agresiva o se toma conciencia de una situación injusta, por ejemplo, las convenciones son cuestionadas, dejan de operar[11] o son reemplazadas.

---

[7] Giddens (1995, p. 41).

[8] Ibíd., p. 43.

[9] Ibíd., p. 44.

[10] Berger & Luckman (1968).

[11] Garfinkel (1967, caps. 1 y 8).

En síntesis, el conocimiento sociológico exige interconectar el sentido común y las prácticas sociales con las condiciones estructurales y los sistemas simbólicos de la sociedad.

Zygmunt Bauman: diferencias entre sentido común y sociología[12]

En primer lugar la sociología hace un esfuerzo por subordinarse a las rigurosas reglas del discurso responsable, que supuestamente es un atributo de la ciencia. Esto significa que de los sociólogos se espera que se preocupen especialmente por distinguir —de manera clara y visible para cualquiera— entre las formulaciones corroboradas por la evidencia disponible y las afirmaciones que solo pueden reivindicar una condición de suposición provisional y no verificable.

En segundo lugar está el tamaño del campo del que se extrae material para el juicio. Para casi todos nosotros, los no profesionales, ese campo se limita al de nuestra vida personal. Sin embargo, dada la enorme diversidad de las condiciones de nuestras vidas, cada experiencia basada únicamente en un mundo individual es necesariamente parcial y muy probablemente unilateral. Esto solo se ratifica reuniendo y comparando otras experiencias, de muchos mundos. El resultado general será el descubrimiento del íntimo vínculo existente entre la biografía individual y los procesos sociales amplios que el individuo puede no conocer y seguramente es incapaz de controlar.

La tercera diferencia pertenece al modo en que sociología y sentido común explican la realidad humana: mientras tendemos a percibir todo lo que acontece como una consecuencia de la acción intencional de alguien, la sociología se opone a la visión personalizada. Pensar sociológicamente es intentar explicar la condición humana a través del análisis de las múltiples redes de la interdependencia humana.

Finalmente, mientras el sentido común depende de la índole autoevidente de sus preceptos, la sociología aspira a superar sus limitaciones abriendo las posibilidades que este tiende a cerrar. Al cuestionar nuestro conocimiento de sentido común, la sociología nos impulsa y alienta a reevaluar nuestra experiencia, a descubrir más interpretaciones posibles y a tornarnos algo más críticos, a aceptar cada vez menos las cosas como son actualmente o como creemos que son.

[12] Ver Bauman (1994, pp. 17-21). El resumen es del autor.

1.3 Sociología, ética y política

Las teorías, conceptos y modelos analíticos que utiliza la sociología para estudiar al mundo empírico son instrumentos para el análisis, no un reemplazo de la realidad social; no obstante, sin ellos todo intento de abordar sistemática y metódicamente la objetivación y la fluidez de la vida social está condenado al fracaso.

Para evitar equívocos hay que tener presente que muchos de los términos académicos, definidos con distintos matices por las diferentes escuelas teóricas —como por ejemplo Estado-nación, mercado, comunidad política, monopolio legítimo de la violencia, ámbitos público y privado, ciudadanía, justicia, libertad, democracia, empleo, trabajo, racionalidad, ciencia, autonomía personal, subjetividad, etcétera—, son a la vez nociones de uso cotidiano cargadas con diferente significación según sean las condiciones socioeconómicas, de género, edad y etnia de quienes las emplean; y también categorías jurídico-políticas amparadas por la concentración de poder simbólico y fáctico de los Estados y del marco institucional multilateral.

Los contenidos de estos términos, además de no ser unívocos, no permanecen inmutables: cambian a lo largo del tiempo[13] debido a las prácticas sociales cotidianas, a los debates entre escuelas sociológicas, a la acción de los organismos institucionalmente encargados de las funciones públicas, a pugnas entre las asociaciones de actores y los organismos reguladores, o a pugnas entre asociaciones de actores enfrentadas entre sí.

En todos los campos sociales, pero especialmente en el político y en el cultural, se produce una continua lucha simbólica en busca de imponer los significados considerados legítimos por cada facción. Bourdieu (1990), entre otros, llama la atención sobre el principio de incertidumbre que caracteriza a las visiones sobre el mundo social,

[13] Sobre el cambio de contenido de los términos a través del tiempo ver Williams (2000) y Bobbio & otros (1985).

pues se presentan tantos modos de decirlo y significarlo como posiciones sociales existen.

Las categorías jurídico-políticas respaldadas por los Estados y los organismos multilaterales producen un efecto de realidad e imposición sobre las personas y las sociedades, independientemente de que sus condiciones de existencia correspondan o no a dichas categorías. Por ejemplo, las nociones jurídico-políticas de Estado-nación y mercado que implican la vigencia de arreglos institucionales específicos se suelen aplicar a sociedades de muy distinto tipo y para regular las relaciones entre países disímiles entre sí.

Sobre la complejidad de los conceptos: el caso del Estado-nación

Uno de los conceptos más complejos en sociología es el de Estado-nación. El concepto proviene de la experiencia de los países donde la modernidad fue un proceso endógeno y el Estado moderno se fue constituyendo a lo largo de un periodo de por lo menos cuatroscientos años antes de que se produjera la Revolución Francesa[14], a través del cual se fue separando el poder público del poder privado en las sociedades europeas[15].

Un primer problema al que nos enfrentamos al usar este concepto es su realidad no problematizada[16]. La ONU reconoce internacionalmente la soberanía de alrededor de 193 Estados, muchos de los cuales proclaman tener todas las características de los Estados-nación. A un nivel legal, puede ocurrir que estos Estados —es el caso del Perú— posean una legislación muy progresista en ciertos temas —por ejemplo, sobre el presupuesto participativo o elecciones democráticas—, pero ello no necesariamente tiene un correlato en la vida social. En su clásico libro *Clases, Estado y nación*, Julio Cotler mostró hasta qué punto el Estado peruano no fue capaz de articular a la nación ni de desarrollar instituciones políticas modernas.

[14] Ver Anderson (1980); Elias (1994) y Tilly (1991).

[15] Ver la parte II.

[16] Ver Bendix (1974, caps. 1-4).

La definición jurídica y la de los científicos sociales, en tal sentido, no siempre van de la mano, pero tampoco puede ir cada una por su cauce. Las leyes no son toda la realidad pero son una parte fundamental de la misma y deben ser tomadas en cuenta en cualquier análisis concreto. Al respecto, la tipología de Estados-nación elaborada por Quijano (2001) es sumamente útil e ilustrativa para tener una visión más acorde con las distintas realidades que se engloban bajo este concepto. A estas dos conceptualizaciones se agregan las de los sentidos comunes de los diferentes grupos sociales, que no necesariamente coinciden con lo que la ley o los enfoques de ciencias sociales delimitan. Un ejemplo de esto último son las diferentes percepciones de la democracia en los sectores peruanos C y D, estudiadas por Murakami (2004), o las complejas relaciones entre identidades étnicas, identidad nacional y Estado, tal como se vio en el caso de Bagua en el año 2009[17].

Asumir como realidad fáctica y universal las definiciones académicas y/o jurídico-políticas de Estado-nación o de mercado[18] —que corresponden relativamente a las características de algunas sociedades— para imponer políticas en lugar de tomar dichos términos como parámetros para establecer tipologías empíricamente fundadas y/o para medir la utilidad y legitimidad de las prácticas institucionalizadas en las sociedades individuales y en los sistemas intersocietarios, además de generar errores de interpretación científica, conduce al fundamentalismo ideológico. A menudo este último va acompañado por el uso de la violencia física o simbólica, el engaño y/o la corrupción, como lo ejemplifican dramáticamente las crisis financiera y económica de los últimos años, fruto de políticas económicas únicas impulsadas por el neoliberalismo.

[17] Espinosa (2009, pp. 123-146).

[18] Las categorías jurídico-políticas, y sus correspondientes estándares para medir y juzgar prácticas sociales, son fruto de pugnas y acuerdos desarrollados a lo largo de los siglos: en ese sentido, aquí no se discute su enorme importancia para la vida social, más bien se busca señalar los graves problemas y sufrimientos que acarrea sobre las personas y sus organizaciones el imponer modelos económicos y estrategias políticas, ignorando las características institucionales y organizativas de cada sociedad.

El carácter instrumental de los conceptos, la pugna entre distintos grupos y sectores por imponer contenidos y definiciones sobre el mundo social, y el hecho de que los sociólogos, como todos los integrantes de las sociedades que estudian, ocupan determinadas posiciones en el universo social y tienen valoraciones sobre este, la ciencia, la libertad, el bienestar de los individuos, las relaciones de poder, la equidad y la justicia, señalan con claridad que la práctica sociológica no puede sustraerse a las prácticas políticas y éticas de su tiempo.

Es en función a lo anterior que la sociología está obligada a establecer procedimientos que a la vez que aseguren y garanticen un control sistemático sobre el proceso de generación de conocimientos, también consideren y analicen las distintas visiones éticas y políticas presentes en las prácticas sociales. Esta exigencia —que acompañará al científico social a lo largo de su vida profesional— reclama aprendizaje y atención permanentes en procura de manejar adecuada y responsablemente la tensa relación entre compromiso y distanciamiento que implica acercarse como sociólogo al mundo social[19].

Conviene recordar que desde el inicio de la disciplina los sociólogos clásicos, independientemente de sus orientaciones ideológicas, se propusieron, con base en la producción de conocimiento sistemático, contribuir a encontrar alternativas para mejorar las condiciones de existencia de los seres humanos, enlazando así ciencia, política y ética, y sentando los fundamentos valorativos de la disciplina en función de la vida, la libertad, la justicia y la realización de las personas.

La manera en que se privilegian las características del conocimiento sociológico y se plantean sus relaciones con las prácticas sociales de los actores, como se discutirá a continuación, inciden en la conformación de las diferentes corrientes teórico-metodológicas y en el tipo de problemas y dilemas que deberá enfrentar el sociólogo a lo largo de su vida profesional y académica.

[19] Sobre el conocimiento responsable, ver Bendix (1975); sobre el compromiso y distanciamiento en las ciencias sociales, ver Elias (1990); y sobre la convergencia entre ciencia y ética, ver Wallerstein (2006).

1.4 Teoría sociológica general, teorías regionales y prácticas sociológicas

La sociología no tiene un único cuerpo unificado de teoría, pues al igual que todas las demás ciencias está constituida por varias escuelas. Esta diversidad no ha sido óbice para avanzar en la producción científica; muy por el contrario, la existencia de enfoques rivales ha estimulado la precisión conceptual y el desarrollo de acercamientos más finos al universo empírico; y, adicionalmente, lo que reviste especial interés para nuestros propósitos, ha permitido construir a partir de las diferencias un campo común de temas y problemas, reconocidos como tales por las diferentes escuelas, que es el fundamento de la teoría sociológica general.

En coincidencia con diversos autores[20] llamamos teoría sociológica general al conjunto de problemas, ejes temáticos y constelaciones de conceptos referidos a la naturaleza social de los seres humanos y a la manera en que están organizadas, funcionan, se reproducen y transforman las sociedades, que las distintas escuelas aceptan como parte fundamental de la disciplina, más allá de sus discrepancias con respecto a la definición, significado o peso específico que cada una les otorga.

Forman parte de la teoría sociológica general, por ejemplo, los temas de constitución de la persona social, identidad del yo e identidad social, socialización, agencia, conflicto, cambio social, cultura, estructura social, desigualdad, poder, clases y estratificación social. Los debates sobre la importancia de cada tema, la precisión de los conceptos que los delimitan y significan, la validez de los supuestos, la pertinencia empírica e histórica de los conceptos, entre otros aspectos, son posibles merced a la existencia de este campo común en el que se reconocen como sociológicas las distintas escuelas que componen nuestra disciplina.

[20] Ver Alexander (1995); Berger (1989); Castells (1995); Giddens (1995) y Touraine (1978).

Fundamentadas en el carácter científico de la sociología se generan distintas maneras de ejercerla, organizadas alrededor de dos prácticas centrales, la académica y la profesional, que cobijan a su vez múltiples subcampos. A lo largo de sus trayectorias vitales los sociólogos pueden dedicarse exclusivamente a una u otra práctica o combinar ambas, bien sea simultánea o alternadamente.

Como profesión, la sociología aplica principios, conceptos y métodos generales y específicos para intervenir en ámbitos determinados de la realidad social; como actividad académica, se orienta fundamentalmente a la investigación y a la construcción teórica de campos temáticos definidos. En ambos casos los ámbitos delimitados se abordan por medio de alguna de las múltiples especialidades sociológicas (de las organizaciones, de la cultura, política, rural, urbana, del conocimiento, de la ciencia y la tecnología, de la familia, de la salud, del medio ambiente, de la subjetividad, de los medios de comunicación, entre otras), cada una de las cuales, con base en la teoría sociológica general, desarrolla teorías regionales y métodos y técnicas de investigación, diagnóstico e intervención propios.

Analizar cómo funciona la sociedad e intervenir en ella implica comprender y explicar por qué los actores piensan, sienten y actúan de determinadas maneras, y por qué sus actividades ocurren dentro de regularidades específicas que aparentemente se repiten de manera inalterable. Voluntad, sensibilidad, entendimiento y prácticas de los sujetos y diversidad, grado de especialización y diferenciación de las organizaciones e instituciones, así como espacialidad, demografía, trayectoria histórica y actualidad, con sus respectivas interrelaciones, constituyen algunos de los aspectos centrales a los que presta atención la sociología académica y la profesional, desde una perspectiva que combina análisis, crítica y propuesta[21].

[21] Ver Berger (1989); Giddens (2000a); Bauman (1994, introducción); Elias (1990); Bernstein (1983, introducción) y Touraine (1978, caps. 1-2).

Por lo dicho, ni como práctica académica ni como ejercicio profesional se puede considerar a la sociología como una técnica social orientada a intervenir instrumentalmente en el curso de los acontecimientos al margen de la voluntad de los actores sociales y de sus proyectos.

1.5 Tradiciones de conocimiento sobre las que se funda la sociología[22]: ciencias naturales y ciencias del espíritu[23]

La sociología no inaugura el conocimiento y el análisis de lo social, tampoco la definición de ciencia ni los procedimientos y criterios de validez científicos[24]. Desde su fundación hasta la actualidad ha estado marcada por la competencia, diálogo y/o antagonismo sostenido con dos grandes tradiciones de conocimiento que la anteceden: la de las ciencias naturales y la de las ciencias del espíritu, cada una de las cuales define —dentro del marco científico general— sus criterios particulares de validez y los procedimientos adecuados para construir conocimiento científico sobre la naturaleza y la sociedad.

Las ciencias naturales iniciaron en los siglos dieciséis y diecisiete el largo proceso histórico que condujo a la creación del paradigma científico moderno, basado en la fusión de racionalismo y experimentación. El entendimiento y la explicación de los principios motores (agencia), rectores (leyes) y relacionales (causalidad) que regían los fenómenos naturales pasaron de una visión divinizada a una mecánica: una gran máquina cuyos engranajes funcionan a la perfección y en equilibrio a lo largo del tiempo (de donde deriva en parte la idea de universalidad y atemporalidad de sus leyes).

[22] Tomado de Plaza (1998).

[23] Ver Wright (1979, caps. 1 y 4) y Berlin (1983, cap. 3).

[24] Ver Olson (1993).

La emergencia de las ciencias naturales y su creciente importancia y legitimidad afectaron a las anteriores formas reconocidas de conocimiento[25]: a) el filosófico generado en la antigüedad griega, basado en la interpretación que la Iglesia católica hizo del pensamiento de Aristóteles, iniciada por San Alberto Magno y continuada y formalizada por Santo Tomás de Aquino[26]; b) la alquimia, mezcla de filosofía, prácticas experimentales rudimentarias e interés de intervenir en los asuntos terrenales —conforme aumentó la legitimidad social de la ciencia, la Iglesia tomó distancia de ella y persiguió a sus practicantes, aun cuando la había tolerado buen tiempo—; c) el sentido común, cuyos pilares, además de la alquimia, eran los usos y costumbres locales y las enseñanzas eclesiales transmitidas respectivamente por la familia y por el bajo clero[27].

Frente al emergente paradigma de las ciencias naturales, las ciencias del espíritu, históricamente muy anteriores a estas, se ven obligadas a defender sus posiciones, a clarificar sus perspectivas y a fundamentar el empleo de métodos diferentes para comprender las especificidades propias del mundo de la cultura y de la interacción social.

A continuación se señalan de manera sintética las principales características que estas dos tradiciones presentaban en el periodo de surgimiento de la sociología y que, desde entonces a la actualidad, han sufrido modificaciones en los distintos campos del saber.

[25] La ciencia, de otro lado, está también muy unida a la práctica. Frente a la magia o la alquimia la ciencia moderna supone una pretensión paradójica: que sus enunciados tengan un contenido empírico, no puramente formal, y que a la vez puedan derivarse de enunciados universales y necesarios. Ello solo se podía lograr mediante enunciados científicos planteados con un lenguaje matemático y referidos a relaciones observables en la naturaleza. Ver Berman (2001, cap. 1).

[26] Hall (1970, p. 5).

[27] Berman (2001, pp. 87-111).

- Ciencias naturales: se definían como ciencias exactas, empíricas, fundadas en leyes universales que podían ser aplicadas a cualquier tiempo y espacio. Propiciaban el uso de un lenguaje formalizado a través de su matematización y buscaban predecir con exactitud los hechos. Su objetivo central era explicar los fenómenos estudiados. Esta tradición separa al sujeto investigador del objeto de estudio y postula el objetivismo: se asume un punto fijo o una estructura objetiva[28] a partir del cual sería posible explicar los fenómenos específicos.
- Ciencias de la cultura o del espíritu: para esta tradición la diferenciación establecida por las ciencias naturales entre el investigador y su objeto de estudio no es aplicable al estudio de los fenómenos culturales, puesto que tanto el sujeto investigado como el que investiga poseen voluntad, experiencia, motivos propios y producen e interpretan significados constantemente. Debido a las propiedades de los sujetos, expresadas en la conducta y la cultura humanas, tampoco les son aplicables los métodos de las ciencias naturales ni su énfasis en la explicación basada en leyes universales y en causalidades lineales. El estudio de la actividad humana requiere aplicar métodos de interpretación dirigidos a alcanzar su comprensión, tomando en cuenta la subjetividad del ser humano —producción de sentidos, intencionalidad, experiencia y ejercicio de voluntad— dentro de patrones culturales. En las ciencias de la cultura la producción de conocimientos no tiene como objetivo predecir matemáticamente la aparición de fenómenos sociales, sino establecer el margen de probabilidad de su ocurrencia dadas determinadas circunstancias.

[28] Sobre las consecuencias de esta perspectiva en el desarrollo de las ciencias sociales, ver el trabajo de Berman (2001).

Tradiciones científicas, cosmovisiones del mundo y modelos clasificatorios dicotómicos

Las cuestiones en debate entre las dos grandes tradiciones de conocimiento a las que se aúna la sociología en el siglo diecinueve no se agotan en la discusión sobre lo que es el conocimiento científico y el modo legítimo de obtenerlo, sino que también abarcan cuestiones medulares acerca de la naturaleza humana y no humana, la sociedad, el cosmos, el mundo sobrenatural, el sentido y dirección de la historia, y la fuente de la agencia en los ámbitos natural y social.

Tanto las respuestas y los enfoques académicos que la filosofía, la religión y la ciencia dan sobre estos grandes temas, como sus versiones e interpretaciones menos especializadas y de sentido común, constituyen el núcleo de las cosmovisiones que los individuos, grupos y sociedades, a través de sus diversas actividades, construyen y modifican a lo largo de la historia.

La elaboración de las cosmovisiones del mundo —que implica también confrontaciones físicas y/o intelectuales entre grupos y clases sociales para imponer una visión determinada— se realiza mediante el empleo de sistemas simbólicos. En su versión occidental estos sistemas se caracterizan por emplear modelos clasificatorios dicotómicos —en la mayoría de los cuales se concibe como opuestos a los conceptos integrantes del par— para expresar, organizar y jerarquizar las diferencias sociales y conceptuales[29], tal como lo muestran los siguientes ejemplos:

- Mente/cuerpo.
- Razón/afectos.
- Pensamiento/lenguaje.
- Universal/específico.
- Abstracto/concreto.
- Determinación/contingencia.

[29] Ver Bourdieu (1988); Mayr (1989); Corcuff (1998) y Elias (2000b).

- Forma/contenido.
- Objetivo/subjetivo.
- Material/ideal.
- Orden/caos.

El estudio de las cosmovisiones y de los modelos dicotómicos de pensamiento constituye un campo de estudio fundamental para la sociología por las siguientes razones, entre otras:

1. son parte central, en cuanto portadores de sentido y orientadores de la conducta, de la existencia y las prácticas sociales individuales y colectivas;
2. son eje de las divergencias y convergencias con las otras disciplinas científicas, especialmente con sus similares de las ciencias sociales, estudios culturales, filosofía, lingüística, historia y psicología;
3. conforman el conjunto de presupuestos de sentido que envuelven la práctica científica en tanto actividad humana enmarcada social e históricamente;
4. impregnan la configuración inicial de la perspectiva sociológica y son base de las confrontaciones surgidas entre las escuelas al privilegiar uno de los dos polos contenidos en los pares de conceptos dicotómicos;
5. forman parte del lenguaje sociológico mediante el uso de lo que Bendix (1975) denomina conceptos pareados (socialización/individuación; relaciones primarias y secundarias, urbano/rural, ciudad/campo, modernidad/tradición, sociedad/Estado, por ejemplo) o lo que Nisbet (1969) llama ideas-elemento de la sociología.

1.6 Influencia de las tradiciones de las ciencias naturales y del espíritu sobre la sociología: las corrientes sociológicas estructuralistas y de la acción[30]

Las dos grandes tradiciones de conocimiento influyeron en la constitución de las dos principales corrientes sociológicas, al interior de las cuales se desarrollarán las distintas escuelas: los sociólogos que se inclinan por el modelo de ciencia propuesto por las ciencias naturales asumen generalmente enfoques estructurales, en tanto los que privilegian el enfoque de las ciencias del espíritu o culturales emplean enfoques de la acción.

Ambas corrientes, además de presentar diferencias sobre cuestiones de método, expresan también opciones distintas frente a otra importante dicotomía: determinismo/voluntarismo, de larga vigencia en la religión y la filosofía. En las explicaciones sobre la libertad y la conducta humanas las escuelas sociológicas estructuralistas y las de la acción generalmente están marcadas por un sesgo determinista o por uno voluntarista respectivamente.

a. Corriente estructural[31]

Emile Durkheim, en su afán de legitimar a la sociología como ciencia, tomó como modelo los procedimientos de las ciencias naturales. Desde esta perspectiva, postuló que la sociología tenía como objeto de estudio a los hechos sociales, modos de hacer, pensar y sentir definidos por su carácter externo, coercitivo y general: «Es hecho social todo modo de hacer, fijo o no, que puede ejercer una coerción exterior sobre el individuo; o también, que es general en todo el ámbito de una sociedad dada y que, al mismo tiempo, tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales»[32]. Para él la complejidad y diversidad

[30] Ver Giddens (1993) y Wrong (1970, pp. 1-25).

[31] Ver Cuff & otros (1985, cap. 2); Collins (1996, cap. 3); Nisbet (1965, cap. 2) y el ensayo de Merton (1965b) titulado «Durkheim's Division of Labor in Society».

[32] Durkheim (1988, p. 68).

de actividades y formas de conducta humanas son explicables desde la realidad social externa y coercitiva de los hechos sociales, la cual escapa a las intencionalidades y motivos de los individuos.

La mayoría de quienes se inscriben en esta corriente prefieren utilizar metodologías cuantitativas, encuestas por muestreo y series estadísticas (estadísticas históricas sobre la fuerza laboral según sectores económicos, índices de costo de vida, evolución de los sueldos y salarios) para recoger y procesar información, pues sostienen que la medición numérica de los fenómenos sociales es indispensable para explicarlos objetivamente.

b. Corriente de la acción[33]

Weber, iniciador de la corriente de la acción e impulsor del método interpretativo en sociología, estuvo altamente influenciado por la tradición de las ciencias del espíritu o de la cultura; con el correr del tiempo este enfoque se enriquecerá con diversos aportes de la hermenéutica[34] y la filosofía del lenguaje común, entre otras influencias. Recogiendo posturas filosóficas provenientes del historicismo alemán —en particular de autores como Dilthey—, Weber sostenía que el científico social debía dar cuenta del carácter único de la acción social y la cultura y entender la acción social desde el sentido y las orientaciones de los actores sociales y no desde la influencia mecánica de la estructura sobre la conducta de las personas. En esta corriente sociológica, que privilegia el método comprensivo, se tiende a preferir el uso de las entrevistas, etnografías y otros métodos cualitativos sobre las encuestas o las series estadísticas por su utilidad para llevar adelante el proceso

[33] Ver el ensayo de Jeffrey Alexander titulado «La centralidad de los clásicos» en Giddens & otros (1990); Bernstein (1983, introducción y cap. 3); Berger & Kellner (1985, caps. 2-4); Berlin (1983, cap. 4); Cuff & otros (1985, caps. 4-5); Schutz (1972, caps. 1, 4 y 5); Schutz (1974, caps. 1-2); Turner & otros (1995, caps. 8-9).

[34] Giddens (1993, 1995).

de interpretación y para captar entramados de significados a los que difícilmente se tendría acceso por medio de estrategias cuantitativas.

En el siguiente cuadro se comparan las principales diferencias entre las dos corrientes sociológicas presentadas:

Corriente estructuralista	Corriente de la acción
Postulación de las ciencias naturales como modelo para las ciencias sociales, sin descuidar sus especificidades	Diferenciación de método y objeto entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu
Preeminencia de los aspectos estructurales sobre los individuales y sobre la acción	La acción social como elemento básico dentro del marco organizador de la sociedad
Conceptualización de lo social como elemento externo y coercitivo sobre la acción y el pensamiento de los sujetos.	Conceptualización de lo social como expresión institucionalizada de la interacción social y la producción de significados y cultura
La explicación como eje y característica del conocimiento científico basada en: la precisión de regularidades observables en la vida social como fuente de identificación de leyes; el establecimiento de causalidades; y, en parte, la matematización del lenguaje científico	La comprensión o interpretación como eje y característica del conocimiento científico de la sociedad basada en: la capacidad de los sujetos para asignar sentidos y motivaciones a sus acciones; la captación de sentido de la conducta observable de los sujetos; el rechazo a la formulación de leyes y a la causalidad unidireccional
La pretensión de predicción exacta como característica de la ciencia	Negación de la posibilidad de establecer predicciones exactas. Establecimiento del margen de probabilidad de que, dadas determinadas circunstancias, se presente un curso de acción

Fuente: elaboración propia.

Agencia y estructura: el caso de los conflictos sociales en el Perú

Es importante tener en consideración que el uso de los métodos depende del tipo y ángulos del problema que se aborde y que, en lugar de ser incompatibles, la mayoría de veces resultan ser complementarios, sobre todo cuando se busca un entendimiento global del mismo.

Por ejemplo, una de las problemáticas más estudiadas en los últimos años en el Perú es la de los conflictos sociales, definidos por la Defensoría del Pueblo «como una confrontación pública entre actores que buscan influir en la organización de la vida social»[35]. Solo en diciembre de 2008 la Defensoría del Pueblo reportó 134 conflictos sociales activos[36] —el más importante de ellos fue el «Baguazo»—, lo cual da cuenta de la importancia del tema en el país.

Aunque hay acuerdo sobre su importancia, no existe una sola manera de analizar los conflictos sociales. De este modo, algunos investigadores privilegian el estudio de todos los casos partiendo de un análisis de la totalidad de conflictos y buscando encontrar sus principales determinantes. Desde una perspectiva estructuralista, se buscaría ver de qué manera algunas variables, como la pobreza, la desigualdad social o el poco acceso a ciertos servicios del Estado, generarían la frustración que origina el conflicto.

Desde otra perspectiva, otros investigadores parten de la capacidad de agencia de los grupos en conflicto preguntándose sobre la forma en que logran movilizar recursos específicos en su acción colectiva; se añaden de este modo variables no estructurales en sus análisis. En este enfoque lo usual es buscar mayor detalle en cada conflicto, por lo que se privilegia el uso de análisis de casos y se incide en el proceso de construcción de discursos por parte de cada grupo, en lugar de partir de determinantes generales.

Aunque estas perspectivas pueden resultar divergentes con respecto al tipo de preguntas que se hacen, autores como Martín Tanaka[37] o Víctor Caballero (2009) han intentado hacer converger agencia y estructura, sabiendo que ambos ejes son imprescindibles para la reflexión social.

[35] Caballero (2009).

[36] Ibíd.

[37] Ver Grompone & Tanaka (2009).

1.7 Corrientes sociológicas y dicotomías analíticas centrales

La sociología no recibe pasivamente la influencia de las ciencias naturales, las del espíritu y las dicotomías conceptuales señaladas líneas arriba, sino que, a la par que reformula los problemas heredados, plantea nuevas cuestiones y desarrolla teorías y métodos propios para aplicarlos al análisis empírico del mundo social.

Acerquémonos ahora a las dicotomías centrales asumidas y reelaboradas por la sociología, para lo cual es muy conveniente distinguir entre dos tipos de dicotomías:

a) las que se ubican a un nivel muy elevado de abstracción y generalización, y operan como elementos diferenciadores y de oposición entre las corrientes;

b) las que, como las dicotomías ejemplificadas por Bendix[38], constituyen parte del bagaje conceptual y del modo habitual en que proceden los sociólogos —independientemente de la escuela

[38] Ver Bendix (1975). Los conceptos pareados, según Bendix, a la vez que ofrecen al sociólogo la posibilidad de «conceptualizar lo que sabemos sobre la variabilidad de los fenómenos sociales e individuales, de las interacciones e instituciones» (1975, p. 142), tienden a ocasionar ciertos problemas: a) pueden inducir a clasificaciones dicotómicas cuando, tras acabar las investigaciones, uno encuentra que no son tan útiles pues existen elementos «urbanos» en las sociedades tradicionales: relaciones informales en las burocracias formalmente racionales; b) es problemático no distinguir los conceptos pareados de la formulación de hipótesis: no son capaces de resolver por sí mismos algunos problemas empíricos; y c) muchos conceptos pareados no han sido completamente analizados: los nuevos conceptos frecuentemente coinciden con formulaciones pasadas. ¿Qué hacer frente a esta problemática? Dado que «empíricamente las acciones sociales muestran continuas gradaciones y las relaciones humanas están delimitadas por una gran ambigüedad y ambivalencia [...] los conceptos pareados de la sociología no formulan opciones dicotómicas: expresan un sistema de tendencias duales con su hincapié en los vínculos de los contrastes próximos» (1975, p. 145); de este modo, continúa Bendix, «para entender los diferentes vínculos y antítesis es necesario definir los conceptos sin ambigüedades, como si fueran mutuamente exclusivos y como si cada uno fuera gobernado por un principio de consistencia interna» (1975, p. 149). Son, de este modo, construcciones lógicas más que reflejos de una realidad realmente dicotómica; de ahí su utilidad.

a la que pertenezcan— al analizar los fenómenos sociales y cuyo uso, iniciado en la época clásica, sigue vigente, como lo señalan Nisbet (1969) y Parsons (1966, 1968b) y lo muestran los diversos enfoques de desarrollo que tienen en su base la distinción moderno-tradicional[39].

En este acápite nos concentraremos en el primer tipo de dicotomías.

a. Dicotomía individuo/sociedad

La dicotomía individuo/sociedad recorre toda la historia de la sociología y constituye una de las líneas divisorias entre las escuelas rivales. Como varias de las controversias centrales en nuestra disciplina, esta también forma parte de las discusiones filosóficas, religiosas, políticas y de sentido común.

En términos simples, esta dicotomía señala que el individuo y la sociedad son realidades distintas y/o contrapuestas signadas por una separación más o menos radical según las escuelas. Se puede distinguir dos grandes posiciones al respecto: una que postula la separación ontológica entre individuo y sociedad; otra que plantea dicha separación con fines metodológicos. Aunque cada una de estas posiciones se puede identificar con cualquiera de los componentes de la dicotomía, lo usual es que los defensores de la primera privilegien a la sociedad sobre el individuo, y los de la segunda a este sobre la sociedad. Durkheim[40] con su definición de hechos sociales y Weber con su enfoque sobre la acción, representan a una y otra, respectivamente. Más adelante se analizarán las consecuencias prácticas y teóricas de optar por una u otra posición y se señalarán algunos enfoques dirigidos a superar la separación.

[39] Ver anexo al final de la parte I.

[40] Sobre la dicotomía sociedad/individuo y otras empleadas por Durkheim, ver Lukes (1984, pp. 16-31).

b. Dicotomía equilibrio/conflicto

La elección de uno de los componentes de la dicotomía, además de expresar diferencias teóricas, también suele indicar la ubicación asignada o la autoubicación de las escuelas dentro del espectro político: conservadoras, liberales, socialistas, y sus diversas variantes.

El enfoque del equilibrio[41] encuentra su fuente de inspiración inicial en las teorías biológicas sobre el funcionamiento del cuerpo humano, de ahí que usualmente se le catalogue como organicista. Asume como punto de partida que las sociedades tienden de manera natural a reproducirse de modo estable y se plantea como tarea central explicar las bases del orden social. La sociedad es vista como un todo integrado, a la vez que diferenciado, al interior del cual cada una de sus partes constitutivas cumple una función determinada y especializada, de tal forma que en conjunto contribuyen a la reproducción ordenada del sistema social. El conflicto es entendido como una alteración de la marcha normal de la vida social y como un asunto que debe y puede evitarse. El enfoque no resulta muy útil para entender y explicar el cambio social pues, por un lado, sus categorías principales han sido construidas para dar cuenta de las continuidades más no de las rupturas de los procesos; y, por otro, sus supuestos teóricos conducen a que el analista tienda o bien a ignorar o bien a considerar el cambio como un proceso negativo para la sociedad.

Representantes sobresalientes de este enfoque son Durkheim, en tanto creador del mismo, y Talcott Parsons (1988), quien a partir de los aportes del primero y de otros autores formuló, a un alto nivel de abstracción y formalización, una teoría general de la sociedad. Para Parsons las sociedades, además de constituir sistemas sociales autoregulados, orientados a mantener el orden y el equilibrio mediante los procesos de integración, diferenciación y especialización societal realizados funcionalmente por sus componentes especializados, poseen una cultura

[41] Ver Collins (1996, cap. 1) y Cuff (1985, cap. 2).

integradora que posibilita que todos sus miembros compartan valores y normas en común[42].

El enfoque del conflicto, en cambio, plantea que la marcha habitual de las sociedades se caracteriza por la existencia de conflictos, tanto entre los distintos grupos como entre los diversos ámbitos institucionales que las constituyen. El tema central, a diferencia del anterior, no es el del equilibrio y mantenimiento del orden, sino el análisis de los mecanismos de reproducción y transformación de los sistemas sociales en relación con las pugnas entre los distintos grupos sociales por los recursos tangibles y no tangibles[43].

Las sociedades funcionan, se reproducen y transforman a través de la competencia y el enfrentamiento entre grupos que ocupan distintas posiciones y poseen diferentes cuotas de poder, prestigio y recursos económicos. Los conflictos que ocurren en la sociedad impulsan o frenan los cambios necesarios para mejorar las condiciones de vida, libertad y poder de las personas, perfeccionar las organizaciones e instituciones y propiciar la ampliación del conocimiento y la tecnología.

Marx, a quien se considera el creador de este enfoque, plantea que las sociedades, lejos de constituir sistemas integrados y en equilibrio, se componen de grupos sociales desiguales —a los que denomina clases sociales— que se hallan en tensión y antagonismo constante fundamentalmente por la propiedad, el uso y la distribución de los recursos económicos; sostiene que, además de las contradicciones entre clases sociales, se presentan contradicciones entre las formas de propiedad y de explotación económica y los avances científicos y tecnológicos.

Dentro de este enfoque también se sitúa a Weber, por su énfasis en la competencia política y en los conflictos derivados de los procesos de dominación y legitimación del poder. Weber plantea la competencia

[42] Para una exposición sobre el enfoque de Parsons se recomienda revisar Baert (2001, cap. 2); Ritzer (2002, cap. 3) y Alexander (1995, cap. 3).

[43] Ver Collins (1996, cap. 1); Cuff & otros (1985, cap. 3) y Alexander (1995, caps. 8-9).

por el poder desde una visión de sociedad que pone énfasis en las actividades de los individuos y no en el sistema social, lo cual lo diferencia tanto de Marx como de la visión organicista.

Conflicto y consenso en América Latina

Aunque esta dicotomía no llegó a institucionalizarse en América Latina, en gran medida por la rápida influencia de la perspectiva marxista en las ciencias sociales del continente, el enfoque del consenso fue un lugar común hacia los años cincuenta, quedando plasmado en algunos libros que buscaban analizar los procesos de modernización por los que atravesaban los países del Cono Sur[44]. Influenciados por el estructural funcionalismo de Parsons, algunos académicos vieron en América Latina trayectorias unidireccionales, coherentes y no conflictivas hacia la modernidad.

Sin embargo, quince años después estas miradas revelaban sus límites al subrayarse el conflicto social como paradigma dominante. Así, diversos autores en América Latina, entre los que se encuentran Cardoso, Faletto y Nun[45], por nombrar algunos, dieron origen a la corriente teórica de la dependencia. En el Perú, Aníbal Quijano (1977), discutiendo las tesis dualistas y de la integración, desarrolló el enfoque de la marginalidad en el que mostraba el carácter específico del capitalismo y el conflicto entre diferentes grupos sociales como rasgos constitutivos de las sociedades latinoamericanas.

c. Dicotomía materialismo/idealismo[46]

En sociología esta dicotomía está asociada con la discusión acerca de cuál o cuáles son los fundamentos o las causas que explican la conducta humana y/o el funcionamiento de la sociedad según el enfoque principal de cada escuela. A las teorías que postulan una única causa

[44] Ver Germani (1971); Rostow (1974).

[45] Ver Kay (1989).

[46] Para una revisión de las principales afirmaciones de estas posiciones, ver Giddens (1985); Hughes & otros (1995) y Turner & otros (1995, caps. 7 y 9).

o fundamento como el principio explicativo de lo social, individual y colectivo se las denomina monocausales, y multicausales a las que plantean la concurrencia de varios factores.

Desde su fundación en la sociología han competido dos posiciones monocausales para dar una respuesta a esta cuestión. En el caso del enfoque materialista, Marx —principal representante de esta corriente— plantea que la producción, en tanto fuente de la satisfacción de las necesidades del ser humano tanto físicas como espirituales y creativas, es la base para la reproducción de los individuos y de las colectividades. Por esta razón, para comprender científicamente la situación de las personas y el funcionamiento de las sociedades es necesario analizar en primer lugar la forma que presenta la economía: cómo está organizada la fuerza de trabajo, quién detenta la propiedad de los medios de producción, cómo se realiza y legitima la apropiación del excedente producido colectivamente, qué características tiene la tecnología empleada, entre otros aspectos. En sus términos, todo estudio científico de la realidad social debe partir de las condiciones materiales de existencia de los seres humanos y, desde la comprensión de estas condiciones, se debe proceder a analizar el funcionamiento y transformación de las sociedades y las acciones, actividades y modos de entender el mundo de los diferentes grupos y clases sociales[47].

En *El manifiesto comunista*, por ejemplo, Marx y Engels (1973) señalan las principales consecuencias del desarrollo del capitalismo en Europa, especialmente en su fase industrial, en la que se consolida la presencia y características de los dos actores claves de esta etapa de la historia moderna, la burguesía y el proletariado, al tiempo que dan cuenta de cómo al variar los medios de producción cambian también las relaciones sociales y la sociedad en su conjunto.

[47] Ver la parte I, punto 3.1.

En el caso del enfoque idealista, para explicar el origen y el funcionamiento de los distintos ámbitos institucionales y de la acción individual se privilegia el mundo cultural y de las ideas existentes en la sociedad. Al respecto, algunos autores resaltan la dimensión institucionalizada de la cultura y otros su dimensión individual. Siguiendo a Alexander, «de acuerdo a esta [segunda] aproximación, la acción es motivada por algo dentro de la persona, por los sentimientos, la sensibilidad. […] La experiencia y el significado dado a la experiencia son centrales»[48].

El autor clave en esta perspectiva es Weber (2004), quien en la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo* buscó demostrar que aunque algunos planteamientos de Marx eran adecuados, también las ideas pueden transformar a las sociedades. La modernidad, por ejemplo, implica principalmente un cambio cultural en la forma de concebir el mundo que tendrá un impacto en otros ámbitos de la vida social, como el desarrollo del capitalismo. De acuerdo a Weber es posible encontrar ejemplos de actividades capitalistas en sociedades no europeas, pero la gran diferencia entre estas y lo ocurrido en Europa es que las primeras se guían por la tradición en tanto que las segundas lo hacen por la racionalidad instrumental, lo cual implica un cambio cultural específico que él denominó proceso de racionalización de la conducta y de la organización de la sociedad en sus distintas esferas institucionales.

Una vez ubicadas las dos corrientes centrales que configuran inicialmente a la sociología y los conceptos dicotómicos principales que están a la base de sus distintas teorías, podemos proceder a abordar el modo en que influyen en la definición del objeto y método de la sociología.

[48] Alexander & Seidman (1990, p. 1). La traducción es nuestra.

Capítulo II
La construcción histórica del objeto y método de estudio de la sociología

Auguste Comte (1798-1857), discípulo de Saint Simon, es considerado como el fundador de la disciplina, no solo porque acuñó la palabra «sociología» en 1832[1], sino también por sus propuestas y contribuciones dirigidas a crear una ciencia de la sociedad que además de asimilar los procedimientos empleados por las ciencias naturales, también debía desarrollar sus propios métodos, entre los que privilegió la observación, la experimentación y la comparación[2]. Sostenía que con la sociología se completaba la pirámide de las ciencias —debido a la gran importancia que le atribuyó la situó en la cúspide de la misma— y que el conocimiento producido por ella para explicar y predecir el comportamiento humano debía contribuir al bienestar de la humanidad. De este modo, Comte marca a la sociología desde sus inicios tanto con una impronta científica —que dio lugar a distintas formas de positivismo, posteriormente criticadas, pero que en sus orígenes permitieron combatir el sesgo especulativo ante el mundo social— como con una clara vocación orientada a intervenir en los asuntos de la sociedad para contribuir

[1] Ritzer (2002).

[2] Bottomore & Nisbet (1988, p. 278).

a su mejoramiento[3]. La forma en que se entienden, asumen y practican estos dos aspectos forma parte del proceso de institucionalización de nuestra disciplina y de los debates y diferencias entre escuelas.

Con el fin de presentar una visión general del desarrollo de la sociología[4] a continuación se reseñarán las que consideramos como las tres fases principales en su proceso de institucionalización:

1. primera institucionalización 1890-1939;
2. segunda institucionalización 1945-1975;
3. la sociología contemporánea: elementos de síntesis.

2.1 La primera institucionalización de la sociología (1890-1939)[5]

a. Los autores clásicos, el cambio social y las dicotomías sociológicas

Desde hace tres o cuatro décadas, debido a la gran importancia y vigencia que mantienen sus enfoques teóricos y a que en sus obras se encuentran planteadas algunas de las preguntas más significativas de la sociología[6], a iniciativa principalmente de algunos sociólogos europeos[7], se considera a Marx, Durkheim y Weber como los pensadores clásicos en nuestra disciplina.

Ellos, de distinto modo, han contribuido a delinear la sociología en tres ámbitos centrales: la definición de su objeto y método, su institucionalización en el medio universitario y su legitimación social como ciencia.

---

[3] Ibíd.

[4] Para un análisis más detallado, ver Aron (1976); Bottomore & Nisbet (1988); Light & otros (2000) y Collins (1996).

[5] Ver Collins (1996, prólogo).

[6] Algunos textos útiles para aproximarse al pensamiento de los clásicos son los de Hughes (1995); Morrison (1996); Giddens (1985) y Aron (1976).

[7] Ver Giddens (1985); Bottomore & Nisbet (1988, caps. 1-3) y Marx (1968, introducción).

Los trabajos de Marx, Durkheim y Weber se desarrollaron en Europa Occidental en un periodo marcado por el declive de la sociedad feudal, la consolidación del capitalismo industrial, conflictos y revueltas sociales, la constitución de los primeros Estados-nación, la solidificación de nuevas organizaciones e instituciones, la instauración del imperialismo moderno y por un ambiente cultural donde primaba la fe sobre la capacidad de la razón para descubrir y manejar las leyes de funcionamiento de la naturaleza y de la sociedad a través de la ciencia y la tecnología.

Por ello sus horizontes de análisis, comparación y comprensión, así como las categorías conceptuales que crearon, estuvieron marcados por el contraste entre los ámbitos sociales y temporales de ambas sociedades, lo que dio origen —y no solo en la sociología— a una de las dicotomías más persistentemente empleadas: la de tradición/modernidad, la que al ser usada sin el debido cuidado ha conducido a gruesos errores al subsumir trayectorias históricas y procesos sociales muy diversos dentro de estas dos nociones.

Los autores clásicos, como fue señalado líneas arriba, tendieron a utilizar conceptos pareados las más de las veces como polos antinómicos para dar cuenta de los cambios ocurridos y para establecer comparaciones entre la nueva y la anterior situación. Así, por ejemplo, Weber, siguiendo la dicotomía propuesta por Tönnies (1947, 1987) entre comunidad —caracterizada por los fuertes vínculos afectivos entre sus miembros y por compartir valores y normas comunes— y sociedad —caracterizada por escasos vínculos directos entre sus miembros y por la ausencia de valores y normas comunes al estar reguladas sus relaciones por el interés—, distinguirá patrones centrales de conducta acordes con cada tipo de sociedad. Durkheim, por su lado, apoyándose también en Tönnies pero con distinto signo valorativo, elaboró los conceptos de solidaridad mecánica y solidaridad orgánica para distinguir el tipo de relaciones sociales y normas culturales que primaban en las sociedades tradicionales y las modernas, respectivamente. Marx también enfatizó los contrastes económicos y políticos existentes entre

la sociedad feudal y la capitalista, y para abordar y explicar la lógica de reproducción del sistema capitalista colocó como ejes centrales de su razonamiento la relación antagónica entre la burguesía y el proletariado y las contradicciones entre las relaciones sociales de producción —que definen la propiedad de los medios de producción y la distribución de lo producido— y el desarrollo de la fuerzas productivas —que definen los modos de transformación de la naturaleza mediante el trabajo humano de acuerdo al grado de desarrollo de la ciencia, la técnica y las habilidades y destrezas de los trabajadores—, dos dicotomías que han marcado a las escuelas sociológicas tributarias y no tributarias del enfoque marxista.

Los clásicos: trayectoria biográfica

Karl Marx (1818-1883) nació en Tréveris, Prusia. En 1841 se doctoró en filosofía en la Universidad de Berlín, cuando el legado intelectual de Hegel gozaba de enorme importancia. Debido a sus ideas políticas se vio obligado a salir de Alemania y a pasar de un país a otro constantemente para evitar ser detenido, por lo que gran parte de su vida adulta transcurrió entre Francia e Inglaterra. En el primer país recibió la influencia de las corrientes socialistas y en el segundo la de los autores de la naciente economía política; ambos aportes, sumados a sus conocimientos de la filosofía hegeliana, sirvieron de base para la creación de sus propuestas teóricas.

La trayectoria intelectual de Marx tiene como punto de partida a la filosofía, de esta enrumba sus esfuerzos al derecho para concentrarse finalmente en el estudio de la economía, porque esta constituía a su juicio la base de todos los otros procesos sociales; por lo tanto, no era sociólogo ni tenía simpatía por la sociología de su época, fuertemente teñida por el enfoque de Comte.

Principales obras:

- *Manuscritos económicos y filosóficos* (1844). Publicado en 1932.
- *El manifiesto comunista* (1848). En colaboración con Engels.
- *El capital* (1864-1877). Solo el primer tomo fue terminado por Marx.

Emile Durkheim (1858-1917). Nació en Épinal, Francia. Como relata Tiryakian, estudió en la Ecole Normale Superieure de París, donde fue reconocido por sus profesores como un estudiante sobresaliente y sumamente dotado para el trabajo intelectual. Obtuvo una beca del Ministerio de Educación francés para asistir a universidades alemanas, consideradas como las más avanzadas de la época, y asistió a clases en Marburgo, Berlín y Leipzig. En esta última conoció a Wilhelm Wundt, entonces una de las principales figuras de las ciencias sociales. Fue llamado a la Universidad de Burdeos para ocupar una cátedra de pedagogía en el año de 1887, a lo que propuso adicionalmente enseñar un curso sobre ciencia social; diez años después obtuvo una cátedra de profesor titular y se convirtió así en el primer catedrático de ciencia social en Francia. A los cuarenta años ya había escrito tres libros centrales en nuestra disciplina: *De la división del trabajo social* (1893); *Las reglas del método sociológico* (1897) *y El suicidio* (1895), además de haber fundado la revista *L'année Sociologique* en 1898, influyendo diferentes áreas de la disciplina y creando un círculo de académicos alrededor suyo. En 1913 se le confirió en La Sorbona la primera cátedra de sociología en Francia. Durkheim contribuyó fuertemente a la institucionalización de la sociología en la universidad francesa y a legitimar su existencia en los medios académicos y en la sociedad de su época[8].

En su libro *Las reglas del método sociológico*[9], siguiendo en parte la tradición de Comte, Durkheim elaboró una definición del objeto y método de la sociología que ha tenido un gran impacto y vigencia desde entonces, tanto en sus seguidores como en sus detractores.

Principales obras:

- *De la división del trabajo social* (1893).
- *Las reglas del método sociológico* (1895).
- *El suicidio* (1897).
- *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912).

[8] Tiryakian (1988). Sobre la vida y obra de Durkheim, ver Lukes (1984).

[9] Durkheim (1988).

Max Weber[10] (1864-1920). Nació en Erfurt, Alemania. Su sociología guarda estrecha relación con la economía y la historia. Debido a un derrumbamiento nervioso su carrera académica se vio interrumpida entre 1897 y 1904, año en el que la recomenzó al aceptar dictar algunas conferencias en Estados Unidos. En los años 1904-1905 publicó dos artículos que posteriormente se convertirían, con algunos añadidos, en uno de sus trabajos más celebres, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*[11]. Colaboró con la fundación de la Sociedad Alemana de Sociología en 1910 y en esta época su casa se convirtió en un centro de reunión de importantes intelectuales, como Simmel, Michels y Lukács. Al morir, en 1920, se encontraba preparando su obra más importante, *Economía y sociedad*.

Weber fundó, con otros intelectuales alemanes, la revista *Archivo de Ciencias Sociales y Bienestar Social* para difundir los aportes sociológicos entre la naciente comunidad académica y entre los científicos de otras disciplinas, y contribuyó en las discusiones conducentes a la creación de la enseñanza de la sociología en la universidad.

Principales obras:

- *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904-1905).
- *Ensayos sobre la sociología de la religión* (1921).
- *Economía y sociedad* (obra póstuma).

b. Contribuciones de los clásicos para definir el objeto y método de la sociología

Aunque Marx no fue sociólogo, la teoría que desarrolló contiene mucho de lo que hoy consideramos parte de la forma de razonar sociológica, pues ofrece aportes fundamentales para definir los elementos constitutivos de la sociedad, analizar su funcionamiento general, establecer vínculos entre los distintos campos institucionales y abordar

[10] Ver Bendix (1970).

[11] Weber (2004).

las sociedades humanas atendiendo al tipo de relaciones sociales complejas existentes entre los grupos.

De acuerdo a Durkheim, la sociología tiene como objeto de estudio a los hechos sociales que «[…] no podrían confundirse con los fenómenos orgánicos ya que consisten en representaciones y en acciones, ni tampoco con los fenómenos psíquicos, que no tienen existencia más que en la conciencia individual y por ella»[12].

Por su apego al modelo de las ciencias naturales es considerado por muchos autores como un sociólogo positivista; y, por su énfasis para comprender el funcionamiento de las sociedades a partir del problema del orden desde una perspectiva externa a las razones y motivos de los sujetos, su enfoque es considerado como conservador y objetivista.

La influencia intelectual de Durkheim[13] abarca a la sociología y a la antropología, pues en sus estudios se ocupó tanto de asuntos sistémicos, como los concernientes a la división del trabajo en las sociedades, como de los rituales y su papel en la interacción social.

Para Weber, en cambio, «debe entenderse por sociología: una ciencia que pretende entender, interpretándola, *la acción social* para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos»[14]; en función a ello propuso utilizar el método comprensivo y los llamados tipos ideales[15] para analizar conductas y organizaciones. Su enfoque, cercano a la tradición de las ciencias del espíritu, inaugura en sociología la corriente que posteriormente Giddens (1993, 1995) denominará hermenéutica.

---

[12] Durkheim (1988, p. 58).

[13] Ver Collins (1996, cap. 3) y Gilbert (1994).

[14] Weber (1969, p. 5).

[15] Según Weber, un tipo ideal es un instrumento conceptual usado para aprehender los rasgos esenciales de ciertos fenómenos sociales, el cual «está formado por la acentuación unidimensional de uno o más puntos de vista y por la cantidad de síntesis de fenómenos concretos difusos [...] los cuales se colocan según estos puntos de vista enfatizados de manera unilateral en una construcción analítica unificada [...] dicha construcción mental [...] puramente conceptual, no puede ser encontrada empíricamente en la realidad». Weber (1973, p. 50).

Dueño de una amplia y sólida cultura, los trabajos de Weber no solo abarcan temas sociológicos, sino también jurídicos, económicos e históricos, por lo que su influencia se ha extendido a esas disciplinas.

Las posturas de Weber y Durkheim, si bien a primera vista son antagónicas, en una segunda y cuidadosa aproximación resultan complementarias pues cada uno ha abordado desde extremos diferentes un aspecto central de lo que constituye el universo social individual y colectivo: la conducta individual y los aspectos institucionales, respectivamente. Estos dos componentes resultan fundamentales para construir una definición del objeto de la sociología que permita abarcar ambos aspectos.

c. Primera institucionalización (1890-1939): centros de producción sociológica y desarrollo universitario

Desde el punto de vista socioeconómico y político cultural este periodo estuvo marcado por importantes acontecimientos que sellaron definitivamente la ruptura con el marco institucional feudal. Entre los procesos centrales se encuentran: la consolidación del capitalismo industrial, la expansión del capital imperialista, la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la Revolución Rusa (1917), la Revolución Mexicana (1919), la creación de la Sociedad de las Naciones, el *crack* del 29, la aparición de tres formas modernas de totalitarismo —fascismo, nazismo y estalinismo— y la Segunda Guerra Mundial.

Al inicio de esta etapa, en la que principalmente Alemania y Francia fueron el centro intelectual de nuestra disciplina, los sociólogos orientaron parte de sus esfuerzos a lograr que la sociología fuese reconocida como una ciencia por derecho propio, para lo cual, además de definir su objeto y método de estudio, buscaron activamente abrirse un espacio dentro de la estructura universitaria que permitiera institucionalizar la enseñanza y la investigación sociológica, merced a lo cual se crearon las primeras carreras de sociología en Estados Unidos, Alemania y Francia.

Las principales preocupaciones de los sociólogos europeos estuvieron dirigidas a la comprensión de los grandes sistemas sociales y a los estudios históricos y comparativos. Aunque eran visiones rivales del mundo, el marxismo, hasta antes de convertirse en ideología oficial del Estado soviético por obra de Stalin, mantenía una relación fluida con la sociología, y las obras producidas en uno y otro campo eran comentadas y reseñadas en sus respectivas revistas a la par que en algunas universidades se habían creado cátedras de marxismo[16].

En cambio, en Estados Unidos los sociólogos se orientaron, principalmente, hacia una sociología aplicada, influidos algunos por una visión progresista e igualitaria de la vida social y otros por un enfoque mezcla de individualismo y de darwinismo social que postulaba explícitamente la sobrevivencia en la vida social de los más fuertes y capaces.

Según Coser[17], la sociología norteamericana, que en sus inicios presentaba una mezcla de moralismo cristiano, reforma progresista y el predominio del estudio de problemas sociales sobre el interés puramente teórico, pudo tempranamente institucionalizarse y desarrollarse debido, entre otras razones, a que su introducción coincidió con el primer gran crecimiento experimentado por el sistema universitario estadounidense desde comienzos del siglo diecinueve, que contaba con una amplia base de recursos, y a la participación de grupos organizados e influyentes que respaldaron su existencia. Así, es solo recién en 1876 que la primera universidad completa, la John Hopkins, abre sus puertas, y cuatro años después el Colegio Superior de Columbia empieza a convertirse en universidad nacional, seguida poco tiempo después por las universidades de Michigan y Pennsylvania. En 1891, merced a grandes donativos privados, se crearon las importantes universidades de Stanford y Chicago. Esta expansión, producida en tan breve tiempo

[16] Ver Coser (1988, pp. 327-363). Para mayor explicación, revisar Bottomore & Nisbet (1988, pp. 9-18).

[17] Bottomore & Nisbet (1988, pp. 329-333).

y carente de las trabas tradicionales características de las universidades europeas, permitió acoger a nuevas disciplinas en la estructura curricular entre las cuales la sociología fue bienvenida.

En 1875 Sumner dictó el primer curso de sociología en Yale. En 1892 se creó el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, que publicó la primera revista enteramente dedicada a la sociología, el *American Journal of Sociology*, y ejerció un gran liderazgo intelectual en los Estados Unidos hasta mediados de la década de los treinta. En este departamento convivieron sociólogos de talante práctico con otros de corte netamente académico, lo que se expresó en ciertas premisas distintivas que proclamaban que «la sociología debía ocuparse de la reforma social, combinada a que debía tener un carácter científico»[18]. Una de las figuras más relevantes en los inicios de esta escuela fue Robert Park (1864-1944), quien desarrolló algunas de las ideas de Simmel sobre la acción e interacción y su importancia en la vida social. Estas ideas, junto a las de George Mead (1863-1931) sobre la constitución de la persona, fundaron los pilares de lo que más tarde sería el interaccionismo simbólico, la primera teoría sociológica surgida en Estados Unidos.

A pesar de los recursos económicos y del dinamismo desarrollado en las emergentes universidades norteamericanas, el centro de elaboración de teorías y conceptos sociológicos continuó en Europa, a cuyas universidades, sobre todo las situadas en Alemania y Francia, acudían estudiantes de diferentes países. Los trabajos de Durkheim y de Weber estuvieron acompañados entre otros por los de Tönnies y Simmel en Alemania, Spencer en Inglaterra, Mosca y Pareto en Italia, y Marcel Mauss en Francia. Alrededor de las figuras de Weber y Durkheim y de las revistas que impulsaron se crearon círculos intelectuales, más no propiamente escuelas: son sus seguidores los que, con ritmos y en etapas diferentes que abarcan hasta la actualidad, han dado origen a estas[19].

[18] Ritzer (2002).

[19] Para acercamiento a los principales autores de esta época, ver Turner & Beeghley (1995).

En este periodo merece mención especial el grupo de científicos sociales reunidos en el Instituto de Investigaciones Sociales conocido internacionalmente como Escuela de Frankfurt. Creado en 1922 para posibilitar las tareas de investigación y académicas que no les estaba permitido realizar en la universidades alemanas por sus orígenes judíos, los miembros del grupo —bajo la dirección de Max Horkheimer—, entre los que se encontraban Theodor W. Adorno, Herbert Marcuse, Paul Lazarsfeld, Felix Weil, Walter Benjamin, Fred Pollock, Leo Lowenthal, Franz Neuman, Olga Lang, etcétera, frecuentados entre otros por Erich Fromm y György Lukács, se propusieron realizar una crítica tanto del capitalismo vigente como de la teoría marxista dogmática y de la sociología positivista utilizando un enfoque que abordara dialécticamente la relación entre cultura, política, economía y la dimensión psicológica de los actores sociales. Debido a la política implementada por el nazismo se vieron obligados a salir de Alemania y, luego de un corto peregrinaje por Europa, decidieron emigrar a Estados Unidos, donde fueron acogidos por la Universidad de Columbia. En Columbia el Instituto permaneció en calidad de asociado hasta inicios de los años cincuenta, fecha en que se decidió su retorno a Alemania. En la actualidad la figura más importante del instituto es Jürgen Habermas[20].

En síntesis, si bien Europa en este periodo era el centro de la producción sociológica, marcada fuertemente por un sesgo teórico y por las definiciones de sociología planteadas por Durkheim y Weber, en Estados Unidos también se sucedía una rápida institucionalización de la disciplina, caracterizada por una tendencia más aplicada que no impidió el surgimiento del interaccionismo simbólico como enfoque teórico propio. En la primera institucionalización ningún paradigma conceptual se impuso sobre los demás, y la práctica profesional y académica de la sociología se llevó a cabo dentro de un amplio pluralismo teórico y metodológico que no excluía los debates sobre estos tópicos.

[20] Un texto introductorio a la teoría crítica es el de Jay (1974). Ver también Bernstein (1983, cap. 4); Calhoun (1995) y Rusconi (1969).

2.2 Segunda institucionalización (1945-1975)[21]

Contexto socioeconómico y político

Tres décadas después de la muerte de Weber y casi siete después de la de Marx, y transcurridas dos guerras mundiales, el mundo, geopolítica y económicamente hablando, se dividió en dos bloques: uno bajo la égida de Estados Unidos y el otro bajo el control de la Unión Soviética, las dos principales potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Paralelamente a la instauración del esquema de dominación bipolar en el mundo, se inició el proceso de descolonización formal en los distintos continentes.

Independientemente del nivel de institucionalización del Estado, del tipo de articulación y de desarrollo económico, del grado de consolidación y legitimidad de las instituciones, de la eficiencia y eficacia de las organizaciones, a todos los países que reciente o antiguamente habían adquirido su independencia se los consideró de jure como Estados-nación modernos, y en el bloque hegemonizado por Estados Unidos se asumió como sinónimo de las reglas de la economía a las que regían al sistema capitalista. Estos dos supuestos llevaron a que muchos políticos y analistas —de izquierda y de derecha— los confundieran con la realidad, con consecuencias negativas para la comprensión de nuestras sociedades y de sus clases sociales. En los países de capitalismo avanzado se inició un nuevo periodo de desarrollo con el llamado Estado de bienestar[22], que implicó, entre otros aspectos, la legitimación de la intervención del Estado en la economía y la constitución de un pacto social entre el capital y el trabajo mediado por el Estado, que asumía una función de árbitro y legitimaba su rol político a través de acciones dirigidas a mejorar la educación, la salud, el empleo, los derechos laborales, el bienestar y la previsión sociales. En América Latina, estos cambios económicos

[21] Tomado de Plaza (2007, pp. 29-33).

[22] Carr (1969).

e ideológicos corrieron parejos con la aplicación de teorías y programas de desarrollo producidos en el Primer Mundo[23] y con las primeras elaboraciones teóricas propias al respecto, iniciadas por Prebisch y continuadas por las distintas corrientes del enfoque de la dependencia[24].

El estructural funcionalismo como paradigma dominante

Si Europa, representada principalmente por Alemania y Francia, había sido el centro más importante de producción sociológica hasta inicios de la Segunda Guerra Mundial, al término de la guerra este se trasladó a las universidades de Estados Unidos, en donde se produjo la segunda institucionalización de la disciplina bajo la fuerte influencia de Parsons, quien tenía como objetivo formalizar la teoría sociológica mediante la elaboración de un cuerpo teórico general y abstracto.

Las propuestas de Parsons[25], centradas en el problema del orden, la integración funcional y el consenso valorativo de las sociedades, se constituyeron en el referente central —o, como algunos autores lo llaman, en el paradigma dominante— de la sociología occidental durante el periodo que va desde 1950 hasta alrededor de la primera mitad de la

[23] Singer (1989).

[24] Kay (1989).

[25] Respecto a poder, integración y sociología, Parsons sostiene «[…] que la solución a la cuestión del poder, así como a una pluralidad de otros complejos rasgos de los sistemas de la acción social, implica una referencia común a la integración de los individuos con referencia a un sistema de valores comunes, manifestada en la legitimidad de las normas institucionales, en los fines últimos comunes de la acción, en el ritual y en varios modos de expresión. Cabe referir de nuevo todos estos fenómenos a una única propiedad emergente general de los sistemas de la acción social, a la que cabe llamar "integración de valores comunes". Es esta una propiedad emergente claramente caracterizada, fácilmente distinguible tanto de la economía como de la política. Si se llama a esta propiedad sociológica, cabe entonces definir a la sociología como "la ciencia que intenta desarrollar una teoría analítica de los sistemas de la acción social, en la medida en que estos sistemas pueden ser entendidos en términos de la propiedad de la integración de valores comunes"». Parsons (1968a, tomo II, p. 930).

década de 1970[26], pero también fueron cuestionadas desde sus inicios, bien por su sesgo conservador, por su excesiva formalización o por su impronta fuertemente estructuralista[27].

El estructural funcionalismo de Parsons impulsó un cambio de giro en las perspectivas teóricas y analíticas de la sociología occidental que generó, entre otras, las siguientes modificaciones:

1. Abandono de la línea seguida por Marx y Weber, cuyos estudios sociohistóricos y teóricos dirigidos a explicar el funcionamiento y la reproducción de las sociedades implicaban siempre, desde sus perspectivas particulares, el análisis o consideración del papel de las distintas clases sociales. En Parsons el papel de las clases puede leerse como un derivado funcional de la organización y el funcionamiento del sistema social, el que, en varias de sus formulaciones, aparece como un sistema autoregulado. Este enfoque prioriza el papel funcional que cumplen las posiciones desiguales en el mantenimiento del orden y deja de lado el carácter relacional de los vínculos entre personas y grupos sociales.

2. Abandono de los temas y de los procesos de conflicto y competencia entre las clases y de su papel en el cambio social, y su subsiguiente reemplazo por los temas del orden y del consenso valorativo.

3. Focalización del análisis de la acción en la acción individual, a la vez que subordinación de los motivos e intereses de los actores individuales a la dimensión institucionalizada de la cultura —valores y normas—.

4. Sobre la base de estos giros, que implican una lectura particular de Weber y un poner de lado las propuestas de Marx, Parsons

[26] Picó (2003).

[27] Ver Mills (1964, cap. 2); Gouldner (1973, segunda parte); Elias (1994, introducción); Alexander (1995); Blumer (1982, cap. 1) y Garfinkel (2005).

> abona al análisis del sistema social y de las desigualdades sociales centrado en las necesidades funcionales de reproducción de la sociedad, no en las relaciones de interdependencia estructurales entre personas, grupos e instituciones. En otras palabras, su teoría juega a favor de la teoría de la estratificación social —que implica entender la desigualdad a partir de sus consecuencias y no de sus causas— en oposición a la de las clases sociales[28].

Este paradigma perdió vigencia hacia mediados de los setentas, momento en el cual cobran relevancia distintas escuelas macro y microsociales y enfoques que buscan sintetizar los aportes de las dos corrientes principales de la sociología para superar las antinomias clásicas. Corcuff (1998) señala que el intento más importante en esta última dirección ha sido llevado a cabo por la corriente que él denomina constructivismo social, en la cual se encuentran Habermas, Giddens, Bourdieu y Elias, lo que significa que desde esa década el centro de la creatividad sociológica retornó a Europa y que los académicos norteamericanos dejaron de ser los principales productores de teorías en sociología[29].

[28] Véase al respecto la polémica sobre estratificación social sostenida entre Davis y Moore y Tumin en Bendix & Lipset (1966, pp. 47-63).

[29] Esto último no quiere decir que no se hayan desarrollado algunos nuevos enfoques teóricos, entre los que pueden mencionarse las teorías del intercambio, desarrolladas por George Homans; la teoría de la elección racional, desarrollada por James Coleman; y la teoría de redes, desarrollada por Wellman y Granovetter. Para una exposición sintética de estos enfoques ver Ritzer (2002, cap. 8). Ver también Giddens & otros (1990).

Los años de la institucionalización de la sociología en América Latina

En América Latina se produce en este periodo un ciclo de crecimiento económico, acompañado de fortalecimiento académico, que permite la innovación en los campos de la teoría social y económica, especialmente durante los años 1960-1975. A partir del análisis de Raúl Prebisch (1949) sobre el deterioro de los términos de intercambio, comenzaron a surgir nuevas posiciones que partían de la crítica frente al «libre comercio» y la exportación de materias primas como eje del desarrollo en el continente y que tomaban como unidad de análisis el enfoque de centro y periferia.

De particular importancia fue la teoría de la dependencia, crítica del enfoque estructural funcionalista y de la teoría de la modernización, que buscaba romper con la tendencia dominante en Estados Unidos. La premisa básica es que en América Latina el capitalismo y los Estados nacionales no se desarrollan con las mismas características que en Europa y que es necesario analizarla desde la posición de subordinación que ocupaba en el sistema intersocietario. La teoría de la marginalidad, propuesta entre otros por Roger Vekemans (1969), fue otro enfoque relevante que sostenía que los países de la región se caracterizaban por contener dentro de sí dos sectores con escasos vínculos entre ambos: uno moderno y otro tradicional. Partiendo de algunos postulados de la teoría de la modernización, planteaba que el primero debería de incluir al segundo, conceptualizado como el sector marginal. Quijano (1977) y Nun (1968, 1969) criticaron este enfoque aduciendo que ninguna sociedad puede funcionar con dos sectores desarticulados. Por el contrario, sostuvieron que la marginalidad se explica por la relación inequitativa entre ambos sectores y por el tipo de capitalismo en marcha en América Latina, que lejos de ampliar la oferta de trabajo en las ciudades reduce las posibilidades de empleo y aumenta el número de trabajadores que no se pueden incorporar al aparato productivo de manera estable y permanente. A diferencia de lo que ocurrió en Europa, el capitalismo industrial no crea en América Latina un ejército industrial de reserva (una masa de desocupados disponible para satisfacer las necesidades de mano de obra demandada por la expansión industrial y que a su vez ejercía presión sobre los puestos de trabajo existentes, contribuyendo así a mantener bajos los salarios y a disminuir las protestas sociales), sino una masa marginal que no tiene cabida estable dentro del sistema económico.

En este periodo, además de crearse los primeros centros de investigación y de implementarse en varias universidades de América Latina la carrera de sociología, se establecieron canales de comunicación internacional entre universidades, institutos, centros e investigadores, se realizaron congresos regionales y se crearon las primeras asociaciones internacionales de sociología y de ciencias sociales para la enseñanza y la investigación, entre las que destacan la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales —FLACSO— y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales —CLACSO—, habiéndose consolidado la Comisión Económica para América Latina —CEPAL—, creada a mediados de siglo pasado. Sin embargo, este dinamismo se frena a partir de 1973 cuando en diversos países de la región se instauran dictaduras militares que prohíben la enseñanza de las ciencias sociales e impiden la fluidez de las relaciones internacionales alcanzada antes de los golpes militares, lo que trae como consecuencia que la producción sociológica se encierre dentro de los linderos nacionales, angostando su campo de entendimiento[30].

2.3 Contexto socioeconómico y propuestas de la sociología contemporánea: 1975 hasta la actualidad[31]

Cambios socioeconómicos

A partir de la década de 1970 se producen y/o evidencian un conjunto de cambios sociales que reconfiguran y encaminan a las sociedades y sus relaciones hacia el actual panorama, en el cual la densificación de los lazos de interdependencia estructurales y asimétricos entre las sociedades ha conducido paradójicamente a una fragmentación de las interpretaciones. Tres son los grandes procesos que en el lenguaje actual buscan sintetizar el conjunto de transformaciones: la globalización, el surgimiento del modelo informacional de desarrollo y la restructuración del capitalismo. Estos procesos dieron lugar en la sociología

[30] Al respecto, ver Kay (1989); Blanco (2005) y Roitman (2008).

[31] Tomado de Plaza (2007, pp. 42-45, 53-60).

y en otras disciplinas a diversos debates con el fin de dilucidar si eran señal de un cambio de época o más bien la profundización de las características institucionales y organizativas de la modernidad; como fruto de ellos se acuñaron una serie de términos —posindustrial, poscapitalista, posmoderno[32]— según dónde se pusiera el acento para explicar las modificaciones. En lo que sigue, sin pretensión alguna de exhaustividad, se señalarán algunos de estos cambios que resultan relevantes para el tema tratado.

En la década de los años setenta se produjeron dos crisis económicas en los países del Primer Mundo debido, entre otros aspectos, al alza de los precios del petróleo por parte de los países productores. Las ganancias obtenidas, depositadas en la banca de los países capitalistas, impulsaron una política de préstamos masivos que, en la década siguiente, generó en los países subdesarrollados la crisis de la deuda externa[33].

A partir de la década de los años ochenta, debido, entre otros problemas, a la crisis mencionada y a la disminución de la productividad y de la tasa de ganancia, los países capitalistas centrales redujeron la importancia de las políticas que sustentaban el Estado de bienestar e implementaron, en pro del gran capital, las llamadas políticas neoliberales. En los países subdesarrollados estas políticas se tradujeron en programas económicos de ajuste estructural bajo el enfoque del Consenso de Washington. Su aplicación, si bien buscó enfrentar problemas con respecto a la gestión del Estado, la baja productividad de la economía, la ausencia de planes a largo plazo y el inadecuado manejo de los equilibrios macroeconómicos, no propició la formulación de estrategias de desarrollo ni el acortamiento de las brechas de desigualdad; por el contrario, disminuyó la capacidad política y operativa de los Estados, aumentó la pobreza, el empleo de mala calidad y el subempleo, y centró los esfuerzos gubernamentales en el pago de

[32] Ver Rose (1996).

[33] Ver Singer (1989).

la deuda externa. En términos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), fue una década perdida para la región, que tuvo profundas consecuencias negativas para el crecimiento económico y el tejido social y aumentó la desigualdad de clases en nuestros países[34].

En los países centrales las políticas neoliberales, junto con los cambios en la estructura ocupacional y la pérdida de importancia numérica de los trabajadores manuales, produjeron el debilitamiento de los sindicatos. En América Latina, la aplicación de estas políticas influyó en el debilitamiento de las denominadas organizaciones clasistas de trabajadores y de los partidos políticos y en la pérdida de legitimidad del Estado, lo que llevó a cuestionar el modelo económico impuesto y a postular que el funcionamiento adecuado de la democracia exige que los derechos no solo se reconozcan jurídicamente, sino que también se efectivicen, en la línea sostenida por Marshall (1950, 1992) a mediados del siglo pasado y reiterada desde otros ángulos por Amartya Sen.

Cambios ideopolíticos

En 1989 cae el muro de Berlín, en 1991 se disuelve la Unión Soviética y ese mismo año una coalición de países de capitalismo avanzado invade Irak. En 1992 se instituye, por el Tratado de Maastricht, la Unión Europea, que entró en vigor el 1 de noviembre de 1993. Estos acontecimientos políticos, junto con otros económicos, originaron el aún inconcluso debate acerca de la importancia o pérdida de vigencia de los Estados nacionales para hacer frente a las transformaciones en curso. En América Latina este se tradujo en posiciones, por momentos hegemónicas, que reclamaban implementar —sin medir el costo de socavar la poca institucionalidad y capacidad organizativa del Estado— un Estado mínimo y un mercado máximo. Por el contrario, las políticas aplicadas por los países capitalistas avanzados a través de distintos mecanismos y asociaciones estaban encaminadas a fortalecer

[34] Ver Portes & Hoffman (2003) y Sémbler (2006).

sus Estados, adaptándose activamente a las redefiniciones impuestas por la existencia de distintas organizaciones nacionales, supranacionales y transnacionales.

El panorama ideológico-político también se ha modificado. A pesar del fundamentalismo económico predominante, se ha hecho más diverso y matizado, y se han incorporado como parte del discurso de distintos sectores sociales los temas de equidad de género, medio ambiente, ecología, desarrollo sostenible y vigencia efectiva de los derechos, entre otros. Sin embargo, también se aplican en varios países capitalistas políticas orientadas a recortar las libertades democráticas de sus ciudadanos y a intervenir militarmente en países extranjeros, so pretexto de controlar el peligro del terrorismo internacional.

Ciertos ideales socialistas —un mundo solidario, la realización de las personas sin exclusiones, la economía al servicio de los seres humanos, la democracia como forma de vida y de gobierno— han dejado de considerarse como exclusivamente ligados a la clase obrera para ser asumidos por miembros de distintos estratos sociales, lo que ha impulsado el surgimiento y la multiplicación de movimientos sociales de alcance local, nacional y transnacional en los países centrales y en los del Tercer Mundo. Paralelamente, se ha debilitado la identificación entre clase obrera y revolución, pero no necesariamente el vínculo entre la posición de clase y el partido[35]. Al mismo tiempo, los temas del consumismo exacerbado y de la búsqueda de satisfacción inmediata en las sociedades avanzadas han originado debates en torno a si las transformaciones culturales en curso son fuente de mayor realización de las personas o de alienación y de egoísmo destructivo[36].

[35] Goldthorpe (2000, p. 162).

[36] Ver Bell (1976); Bauman (2003) y Lipovetsky (2004).

2.4 Sociología contemporánea: las propuestas de síntesis teóricas

En coincidencia con los cambios reseñados, desde la década de los años setenta, en el campo de la teoría general sociológica se han comenzado a formular nuevas síntesis teóricas que, sobre la base de los aportes de las diversas escuelas, buscan superar las dicotomías analíticas que caracterizan las controversias entre los distintos enfoques rivales: materialismo/idealismo, conflicto/equilibrio, macro/micro, sociedad/individuo, estructura/acción, estructura/agencia, objetivismo/subjetivismo, racionalidad/afectividad, base material/cultura, estructura/cultura. En este propósito toman la iniciativa sociólogos europeos —con lo cual el centro de la producción teórica regresa a Europa— entre los cuales destacan Bourdieu, Elias, Giddens, Habermas y Touraine.

La revisión de las principales propuestas de estos autores, que marcan la teoría sociológica contemporánea, muestra varios puntos de coincidencia entre los cuales resaltan los siguientes:

1. En la tradición de los clásicos, se proponen dar cuenta del funcionamiento y de la lógica de reproducción de las sociedades, atendiendo a sus especificidades históricas y a las características de la acción humana individual y colectiva.

2. Con diferente grado de elaboración conceptual asumen la existencia de las clases y analizan su papel en la reproducción de las sociedades. Consideran la competencia y el conflicto de clases como parte del desarrollo de las sociedades.

3. Se muestran abiertamente en contra de la dicotomía individuo/sociedad y de la noción de la sociedad como un ente con vida propia que existe fuera de los individuos y determina su conducta, pero, asimismo, rechazan la idea de que las personas operan en un vacío social sujetas solo a su voluntad.

4. Buscan dar cuenta de cómo, a partir de actos individuales voluntarios, surge un orden social no buscado que regresa sobre los individuos y sobre el cual los individuos actúan.
5. Cuestionan y redefinen los conceptos básicos de los cuatro marcos de referencia de la sociología —persona, acción/interacción social, cultura y estructura social— y establecen relaciones dinámicas y dialécticas entre ellos.
6. Rechazan la idea de que la conducta individual y el funcionamiento de la sociedad estén determinados o por el factor económico o por el cultural, aun cuando aceptan la centralidad de la economía en la sociedad moderna.
7. Redefinen el objeto de estudio de la sociología, tanto el postulado por Weber —la acción social— como el sostenido por Durkheim —el hecho social—, por considerarlos unilaterales.

Capítulo III
¿Qué es la sociedad?

La definición de individuos y de sociedad y la relación entre ambos aspectos constituyen a la vez que un tema de gran interés, un asunto complejo para especialistas y legos[1].

En la vida cotidiana cada persona —inserta en múltiples redes de relaciones— es un agente activo dentro de un orden social heredado: no hay sociedad sin individuos pero, al mismo tiempo, no hay individuos sin sociedad ya que para constituirse como tales tienen que formar parte de esta[2].

En los enfoques sociológicos para atender la relación individuo-sociedad destacan, como ya vimos[3], dos posturas extremas que no son necesariamente antagónicas: una que pone el acento en el término sociedad y la asume como una realidad con existencia propia independiente de los individuos, privilegia a las estructuras e instituciones y explica las conductas y prácticas sociales como derivadas de aquellas; otra que se centra en las conductas, prácticas y sentidos subjetivos de los actores, descuidando su condicionamiento institucional y contextual.

---

[1] Ver la parte III, punto 1.1.

[2] Elias (1982, 2000a).

[3] Ver la parte I, puntos 1.6 y 1.7.

La sociología contemporánea busca dar cuenta de la relación entre ambas dimensiones. En el siguiente acápite se presentarán dos de las principales definiciones de sociedad y la manera como enfrentan la dicotomía individuos/sociedad.

3.1 Poniendo énfasis en el término «sociedad»: las propuestas de Marx y Parsons

Las escuelas sociológicas —influidas en general por las propuestas de los clásicos— plantean de manera más o menos explícita las dimensiones que configuran a la sociedad, las relaciones entre ellas y el peso y la importancia que cada una tiene en la reproducción social, así como el papel asignado a la agencia de los actores individuales y colectivos. Las metáforas conceptuales o modelos analíticos de sociedad desarrollados por Marx y Parsons son los que, en los aspectos señalados, han ejercido mayor influencia en sociología.

Marx es el primer científico social en proponer un modelo analítico de sociedad[4], que ha permanecido vigente a través del tiempo y ha influenciado tanto a sus seguidores como a sus detractores. Para él, el modo de producción es el eje central para explicar el funcionamiento y reproducción de la sociedad en su conjunto. La sociedad está organizada en torno a la base socioeconómica o infraestructura, la misma que se compone de:

[4] «[…] en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia». Marx (1970, p. 37).

1. Relaciones sociales de producción: expresan cómo están vinculadas y organizadas las clases en función a la propiedad de los medios de producción y las reglas de apropiación del excedente.
2. Fuerzas productivas (que algunos autores denominan también relaciones técnicas de producción): referidas a la aplicación del conocimiento y la ciencia en el proceso productivo y al grado de creatividad, habilidades, actitudes y disciplina de la fuerza del trabajo.

Sobre la infraestructura se erigen las dimensiones súperestructurales:

a) Superestructura jurídico-política: organización estatal (tipo de Estado y leyes que se generan en una sociedad).
b) Superestructura ideológica: conjunto de creencias y de ideas fuerza que son dominantes en una sociedad dada.

Para Marx es la infraestructura la que determina los aspectos jurídico-político e ideológico, dado que ambos ámbitos sirven a los intereses económicos dominantes de la sociedad. A pesar de todas las controversias que produjo, este planteamiento dejó fijadas las tres dimensiones centrales con las que nos acercamos a la sociedad contemporánea: economía, política y cultura y su relación con el pensamiento y las actividades de los actores individuales y colectivos.

Parsons, que proviene de la vertiente teórica basada en la perspectiva del equilibrio, opuesta a la de Marx, presenta de modo altamente formalizado el que puede ser llamado el primer modelo analítico de sociedad elaborado por un sociólogo, de acuerdo con el cual la sociedad está compuesta por tres diferentes sistemas de acción: sistema social, cultura y sistemas de personalidad.

Alexander[5] explica en los siguientes párrafos que «Los sistemas de personalidad, los sistemas sociales y los sistemas culturales son distinciones analíticas, no concretas» (p. 40):

> La personalidad, razona Parsons, se refiere a las necesidades de la persona individual. Estas combinan necesidades orgánicas y emocionales, y se organizan en una «entidad» individual a través del proceso de socialización, a través de la experiencia evolutiva del individuo con la sociedad. [...] La personalidad es un nivel distinto de la vida social, y connota la singularidad de la persona. Pero esta singularidad es el producto de un encuentro con la sociedad (p. 40).
>
> El nivel del sistema social alude a la interacción entre diversas personalidades o, en términos más comunes, a la interdependencia de las personas. [...] La interacción significa que hay más de una persona, y toda vez que tenemos dos o más personas enfrentamos el problema de la distribución de bienes. El sistema social, pues, está sujeto a las presiones de la escasez y la organización. Incluye una gama de instituciones y estructuras cuya «función» consiste en enfrentar la escasez y en brindar organización, imperativos que a su vez plantean las cuestiones de la legitimidad y la justicia (pp. 40-41).
>
> Por último, hay un sistema cultural. La cultura no alude a las necesidades de la gente, ni a la naturaleza de las interacciones reales, sino a amplios patrones simbólicos de sentido y valor. Los patrones culturales informan las interacciones específicas y las disposiciones de necesidad, pero siempre hay una brecha entre la generalidad de un valor cultural y el modo en que una sociedad o personalidad formula su sentido (p. 41).

Con respecto al sistema social, Alexander señala «Parsons cree que el sistema social no se debe conceptualizar en términos de estructuras materiales o de instituciones sino como una complicada serie de "roles" sociales. Los roles son nichos sociales impersonales que consisten en obligaciones a realizar de maneras específicas. Las estructuras materiales,

[5] Alexander (1995, pp. 40-43).

instituciones y organizaciones de la sociedad, cree Parsons, no son significativas en sí mismas sino por la clase de roles que brindan. [...] [el rol] Es un conjunto detallado de obligaciones para la interacción en el mundo real. En otras palabras, forma parte del sistema social» (pp. 42-43).

Nociones básicas de los componentes de la sociedad: estructura, cultura y roles

Pero, para seguir avanzando, como señala Tilly, en la actualidad se debe discutir la herencia de los clásicos y las definiciones de sociedad que ellos plantearon, pues estas no son nunca asépticas y neutrales[6]. Actualmente se cuestiona fuertemente tanto el sesgo determinista como el voluntarista, así como los enfoques que asumen que las sociedades son entidades autónomas y claramente delimitadas[7]. A contrapelo de estas posiciones, Giddens relaciona las nociones de tiempo, espacio, lugar y coordinación de actividades a gran escala y muestra cómo las interacciones de copresencia hoy se encuentran fuertemente influidas por decisiones y actividades realizadas por actores, organizaciones e instituciones lejanos que suelen ignorar las consecuencias[8] de sus acciones.

Para construir una definición que tome en cuenta los diversos cuestionamientos que se le hacen a la noción de sociedad es necesario distinguir los dos principales sentidos en los que habitualmente se la emplea[9]: a) como sinónimo de cualquier tipo de asociación; o b) como sociedad mayor, caracterizada por una estructura que subsume un conjunto de sociedades menores (actualmente la gran mayoría de sociedades mayores están organizadas bajo la forma de Estados nacionales, pero no siempre fue este el caso), posee un territorio, un conjunto característico

---

6 Tilly (1991).

7 Giddens (1995), especialmente el capítulo 4; Elias (1994, introducción), especialmente el punto VII.

8 Giddens (1994, pp. 23-38).

9 Giddens (1994), loc. cit.

de instituciones y organizaciones y cuyos miembros comparten algún tipo de sentimiento de pertenencia y adhesión común. Este acápite está referido al segundo sentido.

Desde un punto de vista sociológico altamente formalizado y abstracto en este texto se asume como punto de partida para definir la sociedad que esta, al igual que toda agrupación humana con relativa permanencia en el tiempo, está constituida por dos componentes centrales: estructura y cultura; ambos son el soporte de los papeles o roles que desempeñan las personas en las organizaciones formales y no formales[10].

No existe la una sin la otra pues las dos dimensiones, aunque distintas, están inextricablemente relacionadas: la estructura refiere a los aspectos asociativos de las sociedades mientras que la cultura alude a sus aspectos simbólicos, valorativos y normativos. Pero ninguna de las dos sería posible sin los agentes y sus prácticas sociales.

La estructura social, en su versión más básica, se define como el conjunto de posiciones sociales interdependientes que caracteriza a la sociedad mayor o a cualquier grupo humano con permanencia en el tiempo. Existe una relación dialéctica entre las posiciones y los actores sociales: las posiciones no se extinguen cuando las personas que las ocupan las dejan, pero sin estas las posiciones no tendrían cómo realizarse. Las posiciones sociales, también llamadas estatus[11], se caracterizan porque se definen siempre en referencia a otras posiciones; otorgan diferente acceso a los recursos tangibles e intangibles de la sociedad o grupo en cuestión; y determinan para sus ocupantes un conjunto

[10] En la vida moderna realizamos gran parte de nuestras actividades dentro de dos tipos de organizaciones: las formales (se ajustan a la definición de burocracia de Weber) y las no formales (grupo de amigos, familia, etcétera, que no tienen una organización ni prescripciones explicitadas, pero sí implícitas). Las organizaciones formales han ido ocupando a lo largo de la modernidad cada vez más espacio en la vida y actividades de las personas. Ver Merton (1965, cap. 6).

[11] Ver Linton (1967, cap. 8) y Merton (1965).

ad hoc de derechos y deberes, denominado rol[12]. En toda interacción social los actores tienen como expectativas mutuas que los otros participantes actualicen los derechos correspondientes a su rol.

Aunque la cultura es definida en ocasiones como el conjunto de productos más elevados fruto de la mente humana, en sociología esta es entendida, en su acepción más básica, como el conjunto de valores, fines, normas, pautas y expectativas que caracterizan a las sociedades y/o grupos. Esta definición inicial, que hace énfasis en los aspectos institucionalizados de la cultura, será ampliada en la parte III, al igual que la de estructura cuando se aborden los marcos de referencia respectivos.

En lo que sigue se presentarán algunos aspectos concernientes a los roles sociales, en tanto articuladores entre las dimensiones estructurales y culturales.

El rol es el conjunto de deberes y derechos, definidos socioculturalmente, que corresponde a una posición. Las definiciones de rol no son pautas rígidas sino prescripciones de comportamientos socialmente esperados[13] dentro de márgenes más o menos amplios al interior de los cuales caben distintas formas de realización personal del rol, dependiendo de la idiosincrasia, iniciativa, creatividad, motivación al logro y la capacidad de reaccionar organizadamente de cada actor social.

Las definiciones de comportamiento presentan distintos niveles de formalización y exigen diferentes grados de afectividad; por ejemplo, el desempeño de algunos roles, como el de terapeuta o juez, además de contar con códigos de conducta altamente formalizados, demandan neutralidad afectiva; en tanto que otros roles, como los de amigo, madre, padre o esposa, que no poseen códigos formalizados, implican un fuerte compromiso emocional. Los roles, al pautar modos

[12] Ver en Alexander (1995, pp. 42-49) la presentación de la teoría de roles de Parsons. Sobre roles ver también Berger & Luckman (1968, pp. 95-104) y Crothers (1996, pp. 84-92).

[13] Los comportamientos esperados constituyen el núcleo de las expectativas compartidas que posibilitan que las interacciones se desenvuelvan normalmente.

de comportamiento esperados, constituyen también mecanismos de control social que se ejercen mediante sanciones positivas y negativas aplicadas bien por los actores sociales en la interacción cotidiana o bien por funcionarios especializados.

No solo están pautados los contenidos normativos de los roles, sino también el acceso a las posiciones que los acompañan de acuerdo a la clase social, el género, la edad y la procedencia étnica de los actores sociales. Lo anterior significa que las posibilidades y probabilidades de ocupar determinadas posiciones —sobre todo las vinculadas al poder económico y político— están distribuidas desigualmente pues su asignación depende no solo de los méritos individuales, sino también del modo asimétrico en que está organizado el acceso a los recursos tangibles e intangibles de las sociedades.

La codeterminación de lo social y lo individual expresada en los roles es importante también para entender cierto tipo de conflicto de roles, como por ejemplo los dilemas a los que se ven enfrentadas en la modernidad muchas madres trabajadoras para atender sus roles maternal y ocupacional, sin descuidar ni uno ni otro, y cuya resolución demanda no solo esfuerzos a nivel individual y de pareja sino también cambios organizativos e institucionales en la sociedad.

Al igual que las posiciones y los roles, las sociedades no se definen solo en referencia a sí mismas, sino también en relación con otras sociedades debido a que forman parte de sistemas sociales más amplios, a los que Giddens (1995) llama sistemas intersocietarios.

En los sistemas intersocietarios —Wallerstein (1979) denomina sistema-mundo a las relaciones de interdependencia asimétricas y colonialistas entre sociedades construidas bajo la égida del capitalismo, cuyo origen ubica a finales del siglo quince y comienzos del dieciséis— las sociedades ocupan diversas posiciones que otorgan acceso diferenciado y desigual a los recursos de poder político, económico y cultural, y posibilitan distinto grado de autonomía. Al respecto, la distinción que hace Weber entre asociaciones autónomas (aquellas que organizan sus

recursos y a sus miembros desde centros de decisión propios) y heterónomas (el centro de decisión está situado fuera de ellas)[14] es muy útil para la definición y análisis de cada sociedad, pues obliga a considerar la naturaleza y tipo de relaciones que mantiene con otras: paridad, subordinación, dominación, explotación o intercambio asimétrico[15].

En síntesis, la definición de sociedad, además de señalar sus características propias —geográficas y territoriales, conjunto de instituciones y organizaciones, tipos de relaciones, lógica de reproducción social, sentidos de pertenencia y adhesión por parte de sus miembros—, requiere considerar la posición que ocupa en el sistema intersocietario al que pertenece y el modo en que esta afecta y condiciona su capacidad de organización y autodeterminación[16].

3.2 Arreglos organizativos e institucionales específicos, tipologías de sociedades y modelos analíticos para el estudio de las sociedades modernas

Para completar lo discutido líneas arriba, que señala a un nivel muy alto de generalización y abstracción que toda sociedad presenta una dimensión estructural y otra cultural, es necesario primero añadir que además está compuesta por un conjunto complejamente interrelacionado de diversos campos de actividad[17] regidos por normas y valores propios, sujeto a patrones generales de recurrencia y a una lógica de reproducción societal, y luego avanzar un paso más para definir criterios que permitan distinguir tipos de sociedades.

---

[14] Weber (1969, tomo I, p. 40).

[15] Cuestión que en las ciencias sociales de América Latina siempre ha contado con la debida atención, tal como se aprecia en los trabajos de Raúl Prebisch y en los de los teóricos de la dependencia. En los últimos años, bajo el nombre de globalización, los sociólogos norteamericanos y europeos han redescubierto la importancia de las relaciones entre sociedades.

[16] Giddens (1995, cap. 4) y Wallerstein (1979-1984).

[17] Ver al respecto Bourdieu (1997; 1990, pp. 281-309).

El tipo, amplitud, densidad y diferenciación de relaciones sociales; los sistemas simbólicos y la mayor o menor diversidad y diferenciación de los marcos de validez empleados para referirse, entender, manejar y generar conocimientos y significados sobre sí mismos; las interacciones con propios y extraños y sobre los universos natural y sobrenatural; la base tecnológica para producir; la división social del trabajo; los sistemas de apropiación y distribución de lo producido; los medios técnicos, organizativos e institucionales para acceder al poder y/o para instaurar mecanismos de dominación, entre otros, son algunos de los aspectos básicos que todas las sociedades, mediante las prácticas sociales de los individuos y grupos, tienen que enfrentar y para lo cual construyen diferentes respuestas que varían —con mayor o menor rapidez— a lo largo del tiempo. Para referirnos de manera abreviada a las formas concretas de organización que han adoptado las sociedades para responder a esos aspectos emplearemos el término de arreglos organizativos e institucionales específicos.

A su turno, para la sociología estos arreglos organizativos e institucionales específicos constituyen elementos centrales de su quehacer científico y profesional, y son la base para formular y formalizar teorías que buscan entender y explicar la organización, funcionamiento y transformación de las sociedades y los modos de comportamiento y orientación social de los sujetos, así como sus transformaciones a lo largo del tiempo. Esta es la razón por la cual, tomando aisladamente uno o combinando varios de los elementos de las dicotomías presentadas líneas arriba, los autores clásicos y los sociólogos posteriores han elaborado diversas tipologías y modelos analíticos de sociedades.

Entre las tipologías destacan la de los modos de producción de Marx[18]; la comunidad/sociedad de Tönnies; los tipos de solidaridad mecánica/solidaridad orgánica de Durkheim; sociedad tradicional/sociedad moderna de Weber; las variables/patrón de Parsons[19]; las formas

[18] Marx (1970, prefacio). Ver también Godelier (1969).

[19] Para las tipologías de Tönnies, Durkheim, Weber y Parsons, ver el anexo al final de esta parte.

de sociedades de acuerdo al cambio tecnológico de Lenski, Nolan y otros[20]; y las sociedades sin clases, las sociedades divididas en clases y las sociedades de clases de Giddens[21].

Todas estas tipologías, independientemente de la dimensión o dimensiones que privilegian, señalan que las sociedades modernas, en comparación con las tradicionales, se caracterizan por su mayor grado de diferenciación funcional, organizativa e institucional; por la amplitud, complejidad, diversidad y densidad de las relaciones sociales entre sus miembros; por la instauración de mecanismos políticos y económicos que hacen posible el control sobre personas y recursos en territorios amplios; por un mayor grado de dominio de los medios e instrumentos para producir conocimientos, con relativa superioridad en el ámbito de la naturaleza que en el social; y por la mayor velocidad y frecuencia que adquieren los cambios en sus distintos ámbitos (en el siguiente acápite se presentan algunos lineamientos y conceptualizaciones para abordar este último punto).

3.3 Sociedad y cambio social[22]

Para empezar la exposición se tomará como punto de partida la siguiente definición genérica: cambio es «una sucesión de diferencias en el tiempo en una entidad persistente»[23]. Esta definición inicial permite plantear tres asuntos centrales y problemáticos en los estudios sociológicos del cambio social:

1. La forma en que se define el cambio social guarda estrecha conexión con la manera en que se define la entidad persistente y viceversa. Los enfoques del equilibrio y del conflicto ilustran el resultado de esta relación desde puntos de vista diferentes.

[20] Lenski, Nolan & otros (1997).

[21] Giddens (1995, pp. 201-215).

[22] Extraído de Plaza (2012).

[23] Nisbet (1979, p. 12).

2. En sociología, a primera vista, la entidad persistente sería la sociedad, y sus transformaciones, parciales o de conjunto, constituirían el cambio social. Sin embargo, como se vio líneas arriba, la noción de sociedad no es unívoca, pues las distintas escuelas suelen privilegiar en sus definiciones, y en ocasiones contraponer, alguno o algunos de sus componentes. De ahí la importancia de analizar rigurosamente los arreglos organizativos e institucionales específicos que la caracterizan y las articulaciones entre personas, prácticas sociales, estructura y cultura.
3. El cambio social, en tanto sucesión de diferencias en el tiempo, implica el desarrollo de procesos y también de productos; el énfasis en uno u otro aspecto, o en ambos, es también objeto de debate entre los distintos enfoques sociológicos.

Atender estas tres cuestiones implica que en el análisis del cambio social se debe considerar metódicamente entre otros los siguientes aspectos:

1. Es necesario diferenciar y articular las nociones de tiempo cronológico y tiempo social. Este último se refiere a la velocidad, intensidad y tendencias de los fenómenos sociales: en ocasiones se presentan periodos de relativa calma y aparente inmutabilidad, en tanto que en otras irrumpen, de modo condensado, a gran velocidad y con gran fuerza, transformaciones que parecieran remover todos los cimientos anteriores y que amenazan con reemplazarlos con el caos permanente.
2. Debido a esta situación no es de extrañar que muchas personas tiendan a identificar el cambio con el desorden social, o a confundir los procesos de cambio con sus resultados tangibles.
3. El tiempo social está relacionado también con la forma en que las personas usan, perciben y controlan el tiempo cronológico, la que guarda correspondencia con la posición que ocupan en

la estructura social y con la diversidad y número de relaciones y actividades a las que están expuestas, tal como anota Elias[24].

4. El señalado entrelazamiento entre las vidas individuales y la marcha institucional muestra que las prácticas sociales reproducen el orden social y, a la vez, generan modificaciones —imperceptibles o muy notorias, según sea el caso— que son el origen de procesos societales inadvertidos que culminan en productos visibles posteriormente.

5. El cambio no es ajeno ni a las personas ni a las sociedades. Orden y cambio son partes constitutivas de las experiencias individuales y de la marcha social: las actividades humanas y sus productos ocurren en el tiempo combinando permanencias y rupturas.

6. Los cambios no benefician a todos los grupos ni a todas las personas por igual. Este es un asunto que suscita la competencia y el conflicto entre estos, y es también objeto central de la actividad política, en tanto gestión y distribución de recursos, y de la académica, en tanto fuente de conocimientos, interpretación y propuestas.

7. Por lo anterior, conviene subrayar que el cambio social en sí mismo no es sinónimo de mejora o de decadencia, de desorden o de innovación. El significado del cambio social es construido y redefinido a lo largo de la historia por grupos en competencia y articulados entre sí.

8. Si bien el cambio es una cualidad permanente de la vida social no todos sus componentes se transforman a la misma velocidad ni al mismo tiempo. Por ejemplo, los elementos culturales tardan más en modificarse que los económicos, y estos más que los tecnológicos. Por ello, como precisan Sztompka (1995) y Tilly (1991),

[24] Elias (1989, pp. 150-155).

no cabe hablar de cambio en singular, sino de cambios en plural, y más aún considerando que las sociedades no son estructuras monolíticas, sino sistemas integrados por múltiples asociaciones de individuos que operan en diversos ámbitos institucionales altamente relacionados pero sin causalidad generativa entre sí.

9. Los distintos ritmos de cambio de los diversos componentes llevan en ciencias sociales a distinguir entre el corto, el mediano y largo plazo; o, desde otro ángulo, a diferenciar entre fenómenos de corta, mediana y larga duración.

10. Los cambios pueden afectar al conjunto de la organización social de tal forma que impliquen una reorganización de sus objetivos y medios predominantes, lo que usualmente se define como cambios del sistema social; o puede circunscribirse a determinados ámbitos o dimensiones de la sociedad, lo que habitualmente se designa como cambios al interior del sistema social.

Vistos los puntos anteriores, para fines prácticos consideraremos cambios del sistema social a los cambios que impliquen transformaciones sustanciales en los arreglos institucionales y organizativos específicos (fines y medios) que caracterizan a una sociedad a lo largo del tiempo y que implican, por lo tanto, una modificación de su lógica de reproducción. Dentro de esta perspectiva, llamamos cambios sociales dentro del sistema a las modificaciones que se operan sin alterar la lógica de reproducción general que lo caracteriza.

Capítulo IV
A modo de síntesis

4.1 Una definición inclusiva de sociología

Después de haber pasado revista a las principales definiciones del objeto y método de la sociología y a los principales aspectos a considerar para la conceptualización de la sociedad, en este acápite, recogiendo las diversas tensiones teóricas respecto a la relación entre los sujetos y sus circunstancias sociohistóricas, se plantea la siguiente definición: la sociología es la ciencia que estudia el ser y el obrar de las personas en arreglos organizativos e institucionales específicos.

En esta definición el ser se refiere al proceso, mediado por la cultura y las interacciones sociales, que conduce a la configuración de la persona consciente de sí misma y de su entorno. Por obrar se entiende a los múltiples modos individuales y colectivos en que los seres humanos actúan sobre la naturaleza, sobre sí mismos y sobre los demás, e incluye tanto sus resultados inmediatos como los mediatos: la creación, reproducción y transformación de instituciones y organizaciones, las que a su vez posibilitan y delimitan las actividades de los actores.

Por arreglos organizativos e institucionales específicos[1] se entiende la manera como están organizadas las sociedades en sus aspectos sociales, simbólicos y materiales; el grado de diferenciación, especialización y articulación que presenten entre sí estos distintos ámbitos y las relaciones y prácticas sociales que los sostienen; los tipos de jerarquización y desigualdad que priman entre sus miembros y los marcadores que utilizan para establecerlos (género, edad, origen étnico, actividad ocupacional); y los elementos simbólicos que emplean para regular y legitimar el acceso diferenciado a los recursos tangibles y no tangibles. Estos arreglos se sustentan en modos específicos de obtener, transformar, acopiar y distribuir los recursos materiales e inmateriales de la sociedad —lo que implica generar mecanismos administrativos, de gestión y de control sobre personas y recursos— para garantizar la reproducción de un orden dado.

4.2 Marcos de referencia, dicotomías analíticas y forma de razonar sociológica como guías para el análisis social

La definición anterior, basada en una perspectiva relacional e histórica contiene los cuatro aspectos centrales constitutivos de la sociedad: persona, acción, cultura y estructura social, los mismos que, a la vez que se encuentran —organizados, conceptualizados y jerarquizados de distinta manera— presentes en todas las escuelas sociológicas, constituyen puertas de entrada para la investigación sociológica.

Al respecto, Albert Schutz[2] sostiene que la «posibilidad de estudiar el mundo social desde diferentes puntos de vista indica la importancia fundamental de la fórmula del profesor Znaniecki [que todos

[1] Los arreglos institucionales y organizativos constituyen el resultado más duradero del obrar humano —en tanto su permanencia excede la vida individual de los seres humanos— y objetivado —en tanto su existencia, al ser producto colectivo del obrar de varias generaciones, no depende de la voluntad de las personas individuales—.

[2] Schutz (1974, pp. 21-22).

los fenómenos sociales pueden ser descritos de acuerdo con uno de los cuatro esquemas de referencia siguientes: la personalidad social, el acto social, el grupo social, las relaciones sociales]. Cada fenómeno social puede ser estudiado según el esquema de referencia de la relación social o de grupos sociales (o, permítasenos agregar, de las instituciones sociales), pero con igual legitimidad según el esquema de los actos sociales o de las personas sociales. El primer grupo de esquemas de referencia es el objetivo, que resultará eficaz si se lo aplica exclusivamente a problemas correspondientes a la esfera de los fenómenos objetivos, para cuya explicación han sido concebidas sus idealizaciones y formalizaciones específicas, pero siempre que no contengan ningún elemento internamente incompatible o incompatible respecto de otros esquemas (los subjetivos) y respecto de nuestra experiencia de sentido común del mundo social en general. Mutatis mutandis, la misma tesis es válida para los esquemas subjetivos».

La posición de Schutz expresa de forma clara la importancia que tienen los cuatro esquemas de referencia para conocer sociológicamente la vida social, para delimitar adecuadamente en la tarea de investigación el objeto de estudio y su correspondiente nivel de análisis, seleccionar en función de ello los métodos apropiados y establecer los límites de validez de los hallazgos alcanzados[3].

[3] «[...] cuando el observador científico decide estudiar el mundo social desde un marco de referencia objetivo o subjetivo delimita desde el comienzo qué sector del mundo social (o, al menos, qué aspecto de ese sector) puede ser estudiado desde el esquema definitivamente elegido. En consecuencia, el postulado básico de la metodología de las ciencias sociales debe ser el siguiente: elegir el esquema de referencia adecuado al problema que nos interesa, examinar sus límites y posibilidades, hacer que sus términos sean compatibles y coherentes entre sí y, una vez aceptado, atenerse a él. Si, por otra parte, las ramificaciones del problema nos conducen a aceptar, durante nuestra labor, otros esquemas de referencia e interpretación, no olvidemos que, al cambiar el esquema, se modifican inevitablemente todos los términos del esquema hasta entonces utilizado». Schutz (1974, p. 21).

Sin embargo, es necesario hacer algunas acotaciones al respecto para precisar la forma en que se emplean en este texto:

1. Se utilizará la noción de marco de referencia —y no de esquema— para señalar que estos son puertas de entrada utilizadas, desde sus particulares enfoques, por las distintas escuelas sociológicas para analizar la complejidad y multidimensionalidad de la sociedad. Ningún marco de referencia pertenece a una sola escuela, por el contrario, como puerta de entrada al análisis de la sociedad, cada marco alberga los enfoques, conceptos y modelos analíticos específicos desarrollados por cada una para referirse a las nociones de persona, acción, cultura y estructura. Sin embargo, conviene anotar que usualmente las escuelas que privilegian los marcos de referencia de la persona y acción son más afines a la corriente de la acción, en tanto que los que optan por los de la cultura y la estructura se ubican dentro de la tradición estructuralista (ver 1.6).

2. Los cuatro marcos de referencia que asumimos: persona, acción-interacción, cultura e instituciones, y estructura, corresponden tanto a los aspectos centrales utilizados en nuestra definición alcanzada de sociología, como a la multidimensionalidad y complejidad de la noción de sociedad. La terminología seleccionada varía ligeramente con respecto a la utilizada por Znaniecki y Schutz, pues de este modo se ajusta más al vocabulario contemporáneo y al significado conceptual empleado en este trabajo.

3. La perspectiva planteada por Schutz, como ya se dijo, señala correctamente que el sociólogo, al momento de definir su objeto de estudio, debe explicitar desde qué marco de referencia pretende dar cuenta del fenómeno social bajo investigación y en concordancia con ello seleccionar el método más adecuado. Sin embargo, se debe tener cuidado de no trasladar esta importante exigencia metodológica a las formulaciones teóricas, pues ello

impediría la teorización y el análisis de las relaciones entre los marcos de referencia: punto central para elaborar una perspectiva teórica que permita delimitar objetos de estudio específicos[4] y explicitar las razones de tal decisión.

4. Por su importancia para el análisis y comprensión de la sociedad, en las últimas décadas la teorización orientada a dar cuenta de las relaciones entre los marcos de referencia ha llevado también, como se verá en la tercera parte, a conceptualizar con mayor precisión y densidad las nociones de persona, acción, cultura y estructura, permitiendo un acercamiento más fino y dialéctico al mundo social y una mayor ductilidad en el uso de los marcos de referencia. En esta tarea se encuentran empeñados, entre otros, Alexander, Bourdieu, Castells, Elias, Giddens, Habermas, Quijano y Touraine.

Además de los marcos de referencia conviene precisar dos aspectos fundamentales a tener en cuenta para el estudio de la sociedad y de la teoría sociológica: el manejo de las dicotomías analíticas (ver 1.7) y el dominio y empleo sistemático y habitual de la forma de razonar sociológica caracterizada por prestar atención a:

- Las relaciones sociales.
- Los procesos.
- La desigualdad.
- El poder.
- La construcción social de la realidad simbólica y material.
- La agencia.
- La estructura.

[4] Teorizar las relaciones entre los marcos de referencia es también, en la formulación de Znaniecki y del mismo Schutz, una tarea importante a atender pues, al afirmar que cualquier fenómeno social puede ser abordado desde cualquiera de ellos, se está en concordancia afirmando que dicho fenómeno contiene a los cuatro de forma específica, lo que demanda explicar el por qué y el cómo ello ocurre.

En síntesis, los marcos de referencia que se presentarán en la parte III, junto con las características de la forma de razonar sociológica y las dicotomías analíticas, son herramientas claves para comprender con mayor claridad tanto las disputas entre escuelas como el campo común en el que se desarrollan, así como para adquirir un manejo sistemático de las perspectivas, conceptos y problemas que caracterizan a nuestra disciplina.

Anexo: criterios más utilizados en sociología para comparar las sociedades tradicional y moderna

Tönnies (1855-1936): Gemeinschaft y Gesellschaft[1]		
Rasgo	Gemeinschaft	Gesellschaft
Relaciones sociales	Parentesco	Intercambio económico
Instituciones típicas	Familia	Estado y economía
Imagen del individuo	Sujeto	Persona, ciudadano
Forma de riqueza	Tierra	Dinero
Tipo de leyes	Ley familiar	Ley de contratos
Instituciones centrales	Aldea	Ciudad
Control social	Tradiciones, costumbres, religión	Ley y opinión pública

[1] Tomado de Sztompka (1995, p. 132).

Durkheim (1858-1917): solidaridad mecánica y solidaridad orgánica[2]		
Rasgo	Solidaridad mecánica	Solidaridad orgánica
Carácter de las actividades. Principal lazo social	Similar, consenso moral y religioso uniforme	Altamente diferenciadas. Complementariedad y dependencia mutuas
Posición del individuo	Colectivismo, centralidad del grupo, comunidad	Individualismo, centralidad de los individuos autónomos
Estructura económica	Aislada, autárquica, grupos autosuficientes	División del trabajo, dependencia mutua de los grupos, intercambio
Control social	Leyes represivas para el castigo de las ofensas (ley criminal)	Ley restitutiva, salvaguarda de los contratos (ley civil)

Weber (1864-1920): oposición contrastada de los dos tipos de sociedad[3]		
Rasgo	Sociedad tradicional-agraria	Sociedad moderna-capitalista
Tipo de propiedad	Ligada al estatus social hereditario (aristocracia terrateniente)	Apropiación privada de todos los medios de producción y concentración bajo el control de empresarios (tierra, edificios, maquinaria y materias primas son controlados por un agente y son libremente intercambiables como bienes privados en el mercado)
Mecanización del trabajo	Prácticamente inexistente	La mecanización del trabajo como tecnología dominante. Permite el cálculo preciso y la contabilidad del capital. La efectividad, la productividad y la organización racional son los principios rectores de la producción

[2] Op. cit., p. 131.

[3] Op. cit., p. 95.

Weber (1864-1920): oposición contrastada de los dos tipos de sociedad		
Naturaleza de la fuerza de trabajo	Básicamente no libre (tanto por esclavitud personal como por servidumbre; esto es, por estar legalmente vinculada a la tierra)	Fuerza de trabajo libre para moverse en respuesta a las condiciones de la demanda, de sucursal a sucursal, o de región a región. Productores inmediatos que venden su trabajo a cambio de salarios como si de mercancías se tratara en un mercado abierto
El mercado	Muy limitado (por barreras impositivas, peligro de robos, instrumentos monetarios muy limitados, malas comunicaciones). En consecuencia, mercados locales o mercados limitados de larga distancia en los productos de lujo	Comercio en mercados abiertos no limitados por las restricciones tradicionales (monopolios de clase, limitaciones a la propiedad, proteccionismo, etcétera). El mercado como principio organizador de la distribución y el consumo
Leyes dominantes	Particularistas, aplicables de modo distinto a diferentes grupos sociales. Adjudicación y cumplimiento patrimoniales	Universalmente aplicables, leyes calculables que permiten la predictibilidad de los contratos y el cumplimiento de los derechos
Motivaciones dominantes	Centradas en torno a la satisfacción de necesidades a niveles acostumbrados. Aceptación de la forma tradicional de vida y de la tasa de beneficio. Como dice Weber: «La oportunidad de ganar más es menos atractiva que la de trabajar menos»	Ganancia ilimitada (beneficio en permanente aumento) como motivación última del comportamiento económico

Parsons (1902-1979): «variables modelo»[4]		
Rasgo	Sociedad tradicional	Sociedad moderna
Articulación de la estructura social	Difuminación, esto es, carácter inarticulado, vago, general, de los papeles, grupos y relaciones sociales	Especificidad, esto es, especialización avanzada de papeles y relaciones, pronunciada división del trabajo, alcance definido de la vida del grupo
Bases de estatus	Adscripción, esto es, administración en papeles, estatus, grupos y relaciones basada en los factores recibidos del nacimiento y la herencia	Logro, esto es, admisión en un determinado estatus, papel, grupo o relación basada en el esfuerzo personal y el mérito
Criterios de reclutamiento	Particularismo, esto es, selección y tratamiento de los socios en las relaciones sociales, así como admisión en los papeles y grupos basadas en rasgos únicos, personales, de los candidatos potenciales, no necesariamente relevantes para el trabajo en cuestión o la naturaleza de los grupos y las relaciones	Universalismo, esto es, selección y tratamiento de los socios en una relación social, así como de la admisión en papeles y grupos basada en rasgos generales categoriales, directamente relevantes para las tareas y la naturaleza de los grupos y las relaciones
Foco de valorización	Colectivismo, esto es, evaluación y percepción de la gente centrada en su pertenencia a grupos, colectivos, comunidades, tribus. Importancia central del a dónde pertenecen en lugar de quiénes son	Individualismo, esto es, evaluación, percepción de la gente centrada en sus acciones individuales. Importancia central de lo que hacen
Papel de las emociones	Afectividad, esto es, infusión de emociones en la vida social	Neutralidad, esto es, prohibición de despliegue emocional, ambiente racional, basado en los hechos, en la vida social

[4] Op. cit., p. 97.

Parte II
La modernidad: procesos sociohistóricos y configuración de la sociología

Capítulo V
Modernidad y modernización

La sociología nació en el siglo diecinueve como producto de las transformaciones institucionales y organizativas que configuraron la llamada modernidad occidental[1] a las que buscó comprender aplicando nuevos enfoques y categorías, muchos de ellos críticos del tipo de instituciones y relaciones sociales que se estaban configurando en aquel momento. Ello se manifiesta en los trabajos de los clásicos, en los cuales corre parejo su interés por definir científicamente la sociología con su afán por comprender el sentido de su época y de los cambios que afectaban los diversos órdenes de la vida social y los destinos de los habitantes de Europa y los territorios colonizados.

En consonancia con esos afanes los clásicos, desde sus ópticas particulares, elaboran las primeras aproximaciones para conceptualizar la modernidad: para Marx el capitalismo es su rasgo fundamental;

[1] El análisis y la interpretación de la modernidad occidental en sus diferentes fases y el desarrollo teórico y conceptual de la sociología son procesos estrechamente ligados que se retroalimentan mutuamente. Debido a estas particulares interconexiones el entrenamiento para ser sociólogo exige tanto saber manejar sistemáticamente la forma de razonar sociológica como entender las peculiaridades sociohistóricas de la modernidad —institucionales, organizativas y materiales— y las consecuencias diferenciadas que trajo sobre las sociedades.

Durkheim le otorga más importancia al orden industrial y a su compleja división del trabajo; Weber llama la atención sobre el proceso de racionalización y burocratización. En la actualidad, diferentes autores —Elias, Giddens, Castells, Quijano, Habermas— concuerdan en que la ruta que condujo a la modernidad es el resultado de varios procesos sociales que tendieron a converger en su desarrollo; desde este punto de vista, cada uno de los aspectos señalados por los clásicos forma parte central de la modernidad pero ninguno la define totalmente.

Giddens define la modernidad como «los modos de vida u organización sociales que surgieron en Europa desde mediados del siglo diecisiete en adelante y cuya influencia los ha convertido en mundiales»[2]. Esta primera definición, muy general, hace referencia a procesos como el surgimiento de los Estados-nación, las alianzas comerciales, la emergencia de una nueva estructura de clases sociales, la institucionalización de la ciencia o la consolidación de la idea y búsqueda de progreso, pero por su misma amplitud requiere de mayor precisión.

En busca de tal precisión como paso inicial, a continuación se indica el modo en que se usa en este texto la noción de modernidad y cómo se distingue y relaciona con las de modernización y modernismo.

Modernidad[3] designa una etapa histórica que se inicia a fines del siglo quince. Comprende un complejo conjunto de procesos de transformación intrínseca y multidimensional (económica, política, cultural, social) de las sociedades de Europa Occidental, que conduce a nuevas formas institucionales y de organización al interior de cada una de las dimensiones y en las relaciones entre ellas; genera nuevos y más amplios vínculos económicos, sociales y políticos entre las personas y las organizaciones; e impulsa el desarrollo de nuevas actitudes frente

[2] Giddens (1994, p. 15). Las investigaciones realizadas por intelectuales de países poscoloniales ponen en duda la idea de una modernidad única, en muchos casos en abierta oposición al planteamiento de Giddens. Ver Quijano (1988, 2001) y Chatterjee (2007).

[3] Ver Sztompka (1995, cap. 5).

al conocimiento —fundamento de la ciencia y la tecnología— y de nuevas formas de sensibilidad frente al yo, las emociones, el arte, la naturaleza y lo sagrado. Cuatro son los grandes procesos que definen la modernidad y marcan su especificidad frente a las etapas históricas anteriores: a) la separación del poder público del privado y la constitución del Estado-nación; b) la configuración del mercado interno y del capitalismo; c) el proceso de racionalización de la vida individual y colectiva; y d) la transformación de la estructura de clases. Cada uno de estos procesos dio origen a instituciones y organizaciones que marcan aún la vida actual y que son objeto de análisis de la sociología, por lo que su abordaje histórico-analítico resulta fundamental.

Si bien la transformación interna y más profunda de las sociedades tuvo su epicentro en los países de la Europa Occidental (Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, etcétera), los procesos que impulsan y fortalecen a la modernidad se asientan en la articulación asimétrica entre sociedades imperialistas, sociedades colonizadas y sociedades no colonizadas a través del comercio, el pillaje y las guerras, por lo que sus características principales se extendieron bien por imposición, bien por reapropiación, bien por ambas razones en el mundo entero con muy distintos resultados de acuerdo a las características de cada sociedad. En otros términos, el hecho de que se haya iniciado en Europa no implica que exista un solo tipo de modernidad —pues aún en aquella los países particulares han seguido sus propias rutas— ni que las consecuencias sean las mismas para las sociedades que desde distintas posiciones —de dominación o subordinación— participaron en el proceso.

Modernización[4], en cambio, es la corriente teórica surgida después de la Segunda Guerra Mundial que sostenía que se podía alcanzar el desarrollo aplicando medidas e instrumentos económicos, sin modificar mayormente la estructura social e inculcando en la gente nuevos

[4] Ibíd., cap. 9.

valores y orientaciones vitales. Al respecto, Habermas[5] sostiene que la teoría de la modernización buscó convertir un proceso histórico particular en un conjunto de medidas tecnocráticas que supuestamente se podían aplicar con éxito en cualquier sociedad, independientemente de sus propias características.

Dicho de otro modo, la modernización es el intento de alcanzar por imitación superficial los resultados de la modernidad sin pasar por los procesos profundos de transformación y cambios sociales que ella conlleva. Desde otra perspectiva, Marshall Berman[6] señala que «En el siglo XX, los procesos sociales que dan origen a esta vorágine [se refiere a la velocidad del cambio en la modernidad], manteniéndola en un estado de perpetuo devenir, han recibido el nombre de "modernización". Estos procesos de la historia mundial han nutrido una asombrosa variedad de ideas y visiones que pretenden hacer de los hombres y mujeres los sujetos tanto como los objetos de la modernización, darles el poder de cambiar el mundo que está cambiándoles, abrirse paso a través de la vorágine y hacerla suya»[7].

El modernismo, por otro lado, alude al conjunto de movimientos culturales, sobre todo en los campos de la arquitectura, pintura y literatura, que se desarrolló hacia fines del siglo diecinueve e inicios del siglo veinte.

En el siguiente acápite se abordarán esquemáticamente los procesos sociohistóricos que condujeron a la modernidad; especial énfasis se pondrá en las características de sus instituciones y organizaciones, que son la base de los principales conceptos sociológicos.

---

[5] Habermas (1989, pp. 12-13).

[6] Berman (1988).

[7] Ibíd., p. 2.

5.1 Delimitación espacial y temporal de la modernidad

La determinación cronológica del inicio y fin de la modernidad es un asunto en controversia que depende del enfoque y de los aspectos privilegiados —economía, cultura, política, subjetividad e individualidad— por los autores. Para algunos esta etapa se inicia en el siglo dieciocho con la Ilustración francesa y su énfasis en el sujeto cognoscente, libre y autónomo, para otros emerge ya en el Renacimiento italiano, mientras que para terceros aparece como fruto de la Revolución Industrial.

Si bien fijar el inicio de una época a partir de una fecha determinada resulta complicado además de arbitrario, en este texto, siguiendo a varios sociólogos, entre los cuales se encuentran Wallerstein[8] y Quijano (2001), se considera que el descubrimiento de América es un buen punto de partida para marcar cronológicamente el inicio de la modernidad, en tanto que este acontecimiento afecta no solo a Europa sino a diferentes naciones y da origen y/o coincide con múltiples procesos, entre ellos la configuración del sistema-mundo[9], el desarrollo del capitalismo moderno, la emergencia de cosmovisiones laicas y un nuevo patrón de poder. En coincidencia con dicha posición Habermas también señala que «El descubrimiento del "Nuevo Mundo", así como el Renacimiento y la Reforma —acontecimientos que se producen todos en torno a 1500— constituyen la divisoria entre la Edad Moderna y la Edad Media. Con estas expresiones deslinda también Hegel, en sus lecciones de filosofía de la historia, el mundo cristiano-germánico, que surgió, por su parte, de la antigüedad romana y griega»[10].

[8] Wallerstein (1979-1984).

[9] Wallerstein (2004). Ver especialmente la segunda parte, artículos V, VI, VII y VIII.

[10] Habermas (1989, pp. 15-16).

De otro lado, el punto referido a si la modernidad continúa vigente o no también es objeto de controversias entre los especialistas de las distintas disciplinas. Las discrepancias muchas veces se originan por los diferentes aspectos que los autores privilegian para demarcar el término de la época moderna, aunque varios de ellos suelen prestar especial atención a la dimensión cultural.

El filósofo francés Lyotard[11], en un informe que hizo por encargo del Ministerio de Educación de Francia sobre el estado de la educación en ese país, y que dio origen a su libro *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, fue uno de los primeros en plantear que la ruptura producida entre los valores culturales grecolatinos que configuraron las cosmovisiones modernas y aquellos que emergieron después de la Segunda Guerra Mundial, adoptados por las nuevas generaciones, marca el fin de la modernidad e inaugura la época de la posmodernidad. Luego otros autores, entre los que destacan Michel Foucault y Jacques Derrida, continuaron desarrollando las consecuencias que esta ruptura implicaba para las relaciones interpersonales, la subjetividad, la ciencia y la política.

Estas propuestas filosóficas y culturales se entrecruzan con otras que también buscan dar cuenta de los cambios sufridos por las sociedades contemporáneas en los campos económicos, políticos y sociales y que similarmente utilizan el prefijo «pos» («post») para dar cuenta de ellos: sociedad posindustrial, sociedad poscapitalista, sociedad posideológica. En la década del noventa del siglo pasado el debate modernidad-posmodernidad llegó a su clímax para luego dar paso a una nueva discusión que continúa aún: las características, fundamentos y consecuencias de la globalización[12] y de la sociedad del conocimiento o de la información[13].

[11] Lyotard (1987).

[12] Ver Sztompka (1995, cap. 6).

[13] Ver Bell (1976) y Castells (1995).

Los cambios ocurridos y los debates alrededor de ellos también influyeron en nuestro campo de estudio, por lo que algunos abogaron por desarrollar una sociología de la posmodernidad para dar cuenta de las características de esta nueva etapa, en tanto que otros plantearon la necesidad de revisar radicalmente los fundamentos de la disciplina para crear una sociología posmoderna.

En contraste a la tesis de la posmodernidad, varios sociólogos, entre los que se encuentran Bauman (2003), Berman (1989), Habermas (1987) y Giddens (1994), sostienen —afirmación que comparte el autor de este texto— que la modernidad sigue vigente puesto que sus instituciones y organizaciones características no solo continúan existiendo, sino que se encuentran en expansión.

Dado que la modernidad es un proceso de larga duración, es necesario distinguir tres fases principales: modernidad temprana (1492-1800), modernidad intermedia (1800-1960) y modernidad tardía (1960 al presente).

Capítulo VI
Procesos centrales de la modernidad

La modernidad occidental, como se afirmó líneas arriba y se detallará a continuación, es fruto de varios procesos interdependientes a raíz de los cuales nacieron nuevas instituciones, organizaciones, categorías mentales, sensibilidades, relaciones y formas de interacción social.

Ubicamos su comienzo a fines del siglo quince tomando como hito histórico el descubrimiento de América, que marca el origen de lo que Wallerstein (2004) denomina sistema-mundo. Bajo esta perspectiva, la modernidad está marcada desde sus inicios por el dominio que sobre las sociedades originarias impusieron las europeas mediante la conquista violenta y la colonización. Esta relación asimétrica —cuyos centros de decisión económica y política se ubican en las metrópolis dominantes— entre sociedades con distintas culturas y formas de organización, poder y recursos origina que el mismo proceso genere simultáneamente muy desiguales y perdurables consecuencias en cada una de las partes del naciente sistema intersocietario. Por esta razón, en el análisis de los cambios sociales conducentes a la modernidad conviene distinguir y articular: a) las características y resultados que estos procesos adoptan en cada tipo de sociedad; y b) la lógica de los procesos globales que surge como fruto de su desigual relacionamiento.

En función a lo anterior, en forma breve y esquemática presentaremos los cuatro procesos señalados líneas arriba que son los que usualmente se resaltan en sociología para dar cuenta de las profundas transformaciones acaecidas en las sociedades de Europa Occidental en su tránsito a la modernidad, y cuyos resultados institucionales y organizativos constituyen los objetos de estudio del análisis social:

1. Separación del poder público del poder privado y conformación del Estado-nación moderno.
2. Desarrollo del mercado interno y del capitalismo.
3. Separación de los ámbitos del conocimiento, la moral y la estética del ámbito religioso (diferenciación cultural) y proceso de racionalización.
4. Transformación de la estructura de clases y de los modos de comportamiento individual.

6.1 Separación del poder público del poder privado y conformación del moderno Estado-nación[1]

Nociones básicas

En su definición clásica, provista por Weber[2], el Estado es el monopolizador legítimo de la violencia y de la legalidad, que en la modernidad

[1] «[...] el concepto de e. no es un concepto universal sino que sirve solamente para indicar una forma de ordenamiento político que se dio en Europa a partir del siglo XIII y hasta fines del siglo XVIII o hasta los inicios del XIX [...] y que desde aquel momento en adelante [...] se ha extendido al mundo civilizado todo [...] El elemento central de [las] diferenciaciones [del Estado moderno con respecto a otras formas de organización del poder] consiste, sin duda, en la progresiva centralización del poder por una instancia cada vez más amplia, que termina por comprender el ámbito entero de las relaciones políticas. De este proceso, basado a su vez en la afirmación concomitante del principio de territorialidad de la obligación política y en la progresiva adquisición de la impersonalidad del mando político a través del concepto de officium, surgen los rasgos esenciales de una nueva forma de organización política: el e.m. precisamente». Bobbio & otros (1985, p. 626).

[2] Ver Weber (1969, tomo II, pp. 1047-1076).

adopta la forma racional-burocrática; además, se organiza en función de la separación de poderes, cuenta con un aparato administrativo especializado y el origen de su soberanía reposa en los miembros de la comunidad política, definidos como ciudadanos[3] jurídicamente iguales ante la ley quienes cada cierto tiempo y a través de procedimientos establecidos deberán elegir a sus gobernantes.

La ampliación de la comunidad política —debido a la inclusión de ciudadanos provenientes de distintas clases sociales— se llevó a cabo en simultáneo con la forja de la nación[4], entendida por varios autores como una comunidad supraclases construida apelando a elementos comunes tanto reales como imaginarios.

El Estado-nación, territorial por definición, debe, además de fijar fronteras reconocidas por otros Estados, desarrollar políticas de integración sociogeográfica que abarquen los niveles local, regional y nacional, y crear lazos de identificación y pertenencia común entre sus miembros utilizando elementos simbólicos y fácticos usualmente a través de las políticas educativas.

La comunidad política no evita, sino por el contrario alienta la competencia entre sus miembros, organizados alrededor de partidos[5] para hacer prevalecer sus puntos de vista ideológicos. En la modernidad las propuestas políticas más importantes se pueden clasificar en tres grandes grupos: el liberalismo, que defiende la libertad de los sujetos individuales y las libertades económicas respecto del poder político; el pensamiento conservador, que busca restablecer el orden alterado por la modernidad; y el socialismo, que busca socializar la propiedad de los medios de producción y la asignación del excedente económico y abolir el sistema de clases sociales.

---

[3] Ver Marshall (1950); Turner (1994).

[4] En términos de Anderson (1993, p. 23), la nación es «una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana». Ver también, Gellner (1988); Hobsbawm (1991) y James (1996).

[5] Ver Weber (1969, tomo II, pp. 1076-1094).

Actualmente, de acuerdo a Vergara (2009) y en base a Fukuyama (2004), se reconoce que el Estado contemporáneo debe cumplir tres tipos de funciones:

Funciones mínimas	Funciones intermedias	Funciones dinámicas
Defensa, ley, orden	Educación	Política industrial
Derechos de propiedad	Medio ambiente	Riqueza
Gestión macroeconómica	Regular los monopolios	
Salud pública	Seguros	
Protección de los pobres	Seguridad social	

Principales etapas del proceso

La separación del poder público respecto del privado es un proceso de larga duración cuyos orígenes Elias[6] ubica en las competencias y luchas que en los siglos doce y trece mantuvieron entre sí los señores feudales por imponer su dominio[7]. Pasa por la constitución de las monarquías absolutas[8], que instituyen centros estables de control administrativo y político, monopolizan la violencia, la legalidad y la fiscalidad, y extraen la violencia física de las relaciones interpersonales hasta llegar por diversas vías —en las que juegan papel paradigmático las revoluciones burguesas— a la constitución del moderno Estado-nación[9].

La estilización de la trayectoria histórica de este proceso presenta las siguientes fases:

1. Siglos trece-quince. Competencia abierta, a falta de un poder central, entre señores feudales por obtener la primacía política y creación de cortes provinciales integradas por estos, que reconocían a uno de ellos como primero entre iguales.

---

6 Elias (1994).

7 Ver Bloch (1971, vol. 2, caps. 28-31); Weber (1969, tomo II, pp. 810-847).

8 Ver Anderson (1980).

9 Las siguientes páginas han sido preparadas en base a Plaza (2012, p. 67).

2. Siglo dieciséis. Profundización de estrategias y luchas conducentes a fortalecer la figura del monarca reconocido por sus iguales, a disminuir el poder de los señores feudales y a convertirlos de señores de la guerra en nobles cortesanos dependientes del rey.

3. Siglo diecisiete. Tratados de Paz de Westphalia (1648), «sustento del llamado "Modelo de Westphalia", que cubre el periodo de la legislación y la regulación internacionales desde 1648 hasta 1945, año de la firma del tratado de Bretton Woods. En el modelo se describe el desarrollo de un orden mundial compuesto de Estados territoriales soberanos en el cual no hay una autoridad suprema: los Estados dirimen sus diferencias en privado y, de ser necesario, por la fuerza; entablan negociaciones diplomáticas, pero hay una cooperación mínima por lo demás; tratan de colocar su propio interés (nacional) por encima de todos los demás; y aceptan la lógica del principio de eficacia, es decir, el principio que a la larga tiene sentido en el mundo internacional; la apropiación se convierte en legitimación»[10].

4. Siglos diecisiete-dieciocho. Fortalecimiento de las monarquías absolutistas, fortalecimiento de las cortes reales como lugares de residencia del monarca y de los principales nobles y como núcleo político y administrativo del reino. Unificación y demarcación territorial para ejercer la administración sobre los bienes y el control sobre las personas, desarrollo de un aparato burocrático con personal especializado para ejercer dichas funciones, y concentración de la actividad judicial y la producción jurídica en manos del rey y de sus tribunales especializados.

5. 1789. Revolución Francesa, que simbólicamente marca el inicio del moderno Estado-nación, asentado en los principios de soberanía popular, libertad, igualdad y fraternidad entre

[10] Held & otros (2001, p. 8).

sus miembros, en el monopolio de la violencia, la legalidad y fiscalidad por parte del Estado sometido a la legalidad racional-burocrática y en su carácter territorial.

6. Siglo diecinueve. Paulatinamente las sociedades europeas y los países de América Latina, una vez lograda su independencia, adoptan el nuevo modelo político. Durante este siglo, y casi hasta la mitad del veinte, debido a la política colonial e imperialista de los países industrializados solo existían en el mundo alrededor de cuarenta Estados nacionales.

7. Siglos veinte-veintiuno. Después de la Segunda Guerra Mundial empieza un proceso de descolonización política, no exento de violencia, guerras y conflictos, que condujo paulatinamente a que se reconozcan como Estados nacionales a las sociedades liberadas. Esto, si bien las incorporó como sujetos de derecho dentro de la institucionalidad internacional, también supuso nuevos conflictos internos en pos de desarrollar y fortalecer la institucionalidad y prácticas políticas que permitan el funcionamiento adecuado del Estado-nación y la forja de la comunidad política. En la actualidad existen alrededor de doscientos Estados nacionales reconocidos.

Los derechos defendidos por el Estado[11], aunque aún no se aplican por igual en todas las sociedades, se han ido perfeccionado y ampliando desde la época de la Revolución Francesa. Karel Vasak[12] los clasificó en tres grupos: los derechos de primera generación, surgidos hacia fines del siglo dieciocho e inicios del diecinueve, que aseguran los derechos civiles y políticos (libertad de expresión, asociación, voto, etcétera); los de segunda generación, propios del Estado de bienestar y establecidos

[11] Para Perú, ver Bonilla (1984); Cotler (2005); Flores Galindo (1994); López (1997) y PNUD (2004).

[12] Ver Vasak (1990).

en el siglo veinte para asegurar derechos sociales, económicos y culturales (derecho al trabajo, a la seguridad social, a la educación, etcétera); y los de tercera generación, surgidos hacia 1980 y unificados por su incidencia en la vida de todos (del medio ambiente, derechos del consumidor, etcétera).

6.2 Formación del mercado interno

Principales procesos y categorías de análisis

El mercado es una forma de intercambio de bienes y servicios muy antigua cuyas modalidades y transformaciones están estrechamente relacionadas con diferentes grados de división del trabajo, tipos de tecnología, modos de extracción del excedente y medios de transacción desarrollados por las sociedades a lo largo de la historia.

Las primeras formas institucionalizadas a escala supralocal de intercambio y de extracción del excedente, no necesariamente basadas en la moneda, se constituyen simultáneamente con la emergencia de las primeras formas de Estado y de ciudad y con la conformación del campesinado (5000 años a.C.)[13]. Desde entonces los distintos tipos de mercado, hasta antes de la Revolución Industrial, tuvieron como base fundamentalmente la actividad agraria y estuvieron organizados alrededor de la relación ciudad-campo. El capitalismo, pues, no crea el mercado, pero, al ampliarlo y al modificar la base productiva y la naturaleza de la fuerza de trabajo, lo transforma radicalmente dando origen al mercado interno.

El desarrollo del mercado interno —que es indesligable del desarrollo del capitalismo moderno—[14] no se refiere, por tanto, solo a la ampliación de las transacciones que se realizan dentro de una sociedad, sino fundamentalmente al carácter dinámico, expansivo y fuertemente

[13] Clase social —conformada por familias que son las unidades de producción y consumo—, subordinada a otros grupos a los cuales debe pagar tributos. Ver Lenski, Nolan & otros (1997) y Wolf (1978).

[14] Ver Dobb (1971) y Weber (1978).

interdependiente que adquiere la relación entre producción, circulación, distribución y consumo en las sociedades capitalistas, con el objetivo principal de acumular y ampliar la ganancia obtenida mediante el empleo de fuerza de trabajo asalariada. En estas sociedades la economía abandona su base local y agraria y, sobre todo a partir de la industrialización, se torna en un proceso societal que se desenvuelve a escala nacional mediante redes funcionales de interdependencia socioeconómica. Dichas redes articulan, con el concurso de instituciones y organizaciones especializadas, actividades distantes en el tiempo y en el espacio, realizadas por múltiples actores individuales y colectivos. De este modo, se crean las bases para la configuración de los tres sectores económicos —agroextractivo, industrial, servicios— que constituyen en la actualidad el centro de la actividad productiva.

La configuración del mercado interno implicó cuatro grandes transformaciones, no necesariamente secuenciales entre sí: separación del productor directo de sus medios de producción; conversión de la fuerza de trabajo en mercancía; generalización de la mercancía y monetarización de la economía; y profundización de la división social del trabajo.

Separación del productor directo de sus medios de producción

En las sociedades feudales europeas, mediante acuerdos basados en costumbres, leyes y un complejo sistema de dones y contra dones, los campesinos, que en su gran mayoría tenían la condición de siervos o semisiervos, accedían a la posesión de la tierra a cambio de pagar tributos en trabajo y/o bienes y de prestar diversos servicios al propietario, quien por su condición de señor feudal, a su vez atado a otro poderoso, gozaba de prerrogativas económicas, judiciales y personales sobre sus siervos y los miembros de su familia[15]. En tales condiciones la extracción del excedente se realizaba por medios políticos, que incluían el uso de la fuerza y la violencia.

[15] Ver Marc (1970, vol. I, partes III, IV y V) y Pirenne (1980).

Los derechos y costumbres que otorgaba a los campesinos el acceso a la tierra comienzan a ser desconocidos por los señores feudales, sobre todo por razones económicas, alrededor del siglo catorce, iniciándose así el largo proceso de despojamiento de este medio de producción que culmina en el siglo diecinueve en varios países europeos (Francia, Inglaterra) y que supuso en algunos casos convertir grandes extensiones de tierra agrícola en pastizales para la crianza de ganado ovino con vistas a la producción de lana. La separación de los productores directos de sus medios de producción implicó, por un lado, la concentración de estos medios en pocas manos y, por otro, la incapacidad del productor para sostenerse a sí mismo, lo que originó la emergencia de un nuevo tipo de pobreza: aquella donde no solo no se tiene un mínimo para subsistir, sino que no se tiene cómo subsistir, situación que llevó a los Estados a formular las primeras políticas para combatirla[16]. En el caso de Inglaterra, alrededor de 1530 se dan las primeras leyes para asistir a los pobres, que estaban orientadas a fijarlos en sus lugares originarios de residencia.

La conversión de la fuerza de trabajo en mercancía

La extracción del excedente en el capitalismo, a diferencia del feudalismo, se asienta no sobre una relación política, sino fundamentalmente sobre una relación económica, apoyada por la fuerza del Estado, entre propietarios de los medios de producción y productores libres que solo poseen su fuerza de trabajo como recurso propio para competir en el mercado. Al convertir la fuerza de trabajo en mercancía el trabajador, mediante un contrato, vende su fuerza de trabajo —no su persona— por un tiempo determinado a cambio de un salario. Marx plantea que la extracción del excedente en el capitalismo es una forma de explotación en tanto que los capitalistas se apropian de la plusvalía generada por los trabajadores. Argumenta para ello que, si bien el capitalista le paga al trabajador un salario equivalente al costo de reposición de su fuerza

[16] Ver Polanyi (1992).

de trabajo diaria, el trabajo que ejerce el obrero en una jornada sobrepasa en mucho el precio que se le paga: si el obrero recibe 100 como salario por 8 horas de trabajo, en las 4 primeras producirá dicho costo y lo que genere en las 4 horas restantes constituirá la ganancia o plusvalía del capitalista.

La generalización de la mercancía y la monetarización de la economía

El capitalismo, además de separar al productor de sus medios de producción, lo separa de los productos que genera, los que se convierten en mercancías en manos de los dueños del capital, útiles para incrementar las ganancias. La forma mercancía deviene en dominante, socialmente hablando: para asegurar su existencia cotidiana los miembros de estas sociedades necesitan comprar bienes y servicios. Este proceso corre parejo con la creciente monetarización de la economía que impulsa transformaciones en las estructuras territoriales, el surgimiento de nuevas instituciones, actividades y funciones, y propicia la ampliación de los ámbitos de relaciones sociales, así como la modificación de los modelos de comportamiento de los individuos.

Profundización de la división del trabajo

Los procesos descritos estuvieron acompañados por la profundización de la división social del trabajo que trajo como consecuencia que las actividades económicas, a la vez que se tornaban cada vez más interdependientes, se fueran diferenciando paulatinamente hasta presentar la estructura actual integrada por los sectores primario, secundario y terciario con la correspondiente variación del peso y la importancia de cada uno a través del tiempo.

Si durante siglos la base de la economía y la mayoría de las ocupaciones dependían directamente de la agricultura y del trabajo familiar, a partir de la Revolución Industrial el sector secundario y la contratación

masiva de mano de obra adquieren en la historia de la humanidad una importancia crucial, lo que supuso establecer, por la fuerza o por la ley, mecanismos para acceder sin trabas a la mano de obra. Por ejemplo, en el caso inglés esta necesidad de los capitalistas resultaba incompatible con la política estatal que fijaba a los pobres en sus lugares de origen, por lo cual, atendiendo a sus demandas, hacia el final del primer tercio del siglo diecinueve el Parlamento inglés deroga las leyes que se oponían al libre tránsito de los pobres[17].

Principales etapas del desarrollo del capitalismo y del mercado interno

Para Marx, en tanto modo de producción específico, el capitalismo se inicia en el siglo dieciséis en estrecha relación con las transformaciones internas de las sociedades europeas y con el oro y la plata extraídos de la América colonizada. Para Weber[18], entendido como acumulación de riquezas basada en el pillaje, la rapiña, la piratería, el robo y el abuso del poder, el capitalismo existía por lo menos desde hacía tres mil años. Para este autor lo que se inicia en el dieciséis —coincidiendo con las reformas calvinistas— es el capitalismo moderno, orientado a la obtención de ganancias y al lucro económico haciendo uso de medios racionales, metódicos y legítimos. Ambos autores coinciden, además de en la fecha de inicio, en los cuatro puntos señalados líneas arriba, pero discrepan en su valoración.

En la configuración del mercado interno resaltan los siguientes hitos y etapas:

1. siglos catorce a dieciséis, fase de acumulación originaria, de acuerdo a Marx[19];

[17] Ibíd.

[18] Ver Weber (1978, cap. 1, 2004).

[19] Marx (1987, tomo I, cap. 24).

2. siglo diecisiete a 1780, capitalismo manufacturero y mercantil;
3. 1780 a 1830, Revolución Industrial cuyo desarrollo en Inglaterra marca el inicio del capitalismo industrial[20];
4. siglo diecinueve, propagación de la industrialización en los países europeos[21], consolidación de los mercados nacionales y de la posición de dominio del capital sobre el trabajo.

Estado-nación, mercado interno e imperialismo

La consolidación de los mercados internos en las sociedades capitalistas fue posible también por la decidida intervención de los Estados nacionales. La construcción de los mercados internos históricamente ha estado acompañada por la existencia de sistemas de control político relativamente estables, los que en Europa alcanzan su madurez en los siglos diecisiete y dieciocho. Previamente a la constitución de los Estados absolutistas, el poder político, al carecer de centro, se expresaba —a decir de Norbert Elias— en una suerte de competición libre entre los señores feudales, lo que no otorgaba estabilidad a ninguno de los estamentos medievales ni a sus actividades económicas. Cuando se logra construir un centro de poder estable que asume el monopolio de la violencia física, de la legalidad y la fiscalidad, también se crean zonas de pacificación que permiten que el mercado interno se desarrolle.

La historia muestra que en el desarrollo del capitalismo, a la vez que hubo una diferenciación, se dio una confluencia y se estableció una conexión entre lo político y lo económico, lo cual desmiente por igual a aquellos que sostienen que el mercado es una entidad independiente del poder político como a los que afirman que el Estado es una derivación de la economía. Al respecto, el planteamiento de Marx[22], quien sostenía

[20] Ver Cipolla (1973, tomo III); Ashton (1973) y Hobsbawm (1997).

[21] Ibíd., tomo IV.

[22] Marx (1970, p. 37).

que de la economía derivan las dimensiones políticas e ideológicas de la sociedad, hoy no cuenta con mayor anuencia. En la actualidad varios autores concuerdan tanto en que las dimensiones políticas, culturales y económicas están interconectadas sin que ninguna sea base u origen de las otras como en otorgarle centralidad a la economía para explicar la reproducción social.

Finalmente, el desarrollo del mercado interno en las sociedades capitalistas, fortaleció y amplió el dominio económico y político que ejercían sobre las demás, inaugurándose la fase imperialista del capitalismo[23] y el correspondiente sistema intersocietario que, con modificaciones, caracterizó esta etapa hasta fines de la Segunda Guerra Mundial. La consolidación del capitalismo dio origen tanto a teorías —que actualmente cuentan con seguidores— que postulan que el funcionamiento de la economía no debe ser interferido por el Estado ni por ninguna fuerza extraña al mercado como a otras que consideran que tal postura es errónea pues, como sostiene Polanyi (1992), las primeras conciben, muy equivocadamente, al trabajo y a la tierra como mercancías y a la economía como un sistema autorregulado, con existencia propia e independiente de la sociedad y del Estado[24], olvidando que las tres esferas son sostenidas y reproducidas por las prácticas sociales de las personas y por los mecanismos institucionales y organizativos generados por ellas.

[23] Ver Mommsen (1973) y Hobsbawm (2009).

[24] El anterior análisis está parcialmente basado en Plaza (2009).

6.3 Separación del conocimiento, la moral y la estética del ámbito de lo sagrado: diferenciación de sus ámbitos de validez y proceso de racionalización

Principales procesos y categorías de análisis

Weber concede suma importancia al proceso de racionalización[25], cuyos orígenes ubica en el siglo dieciséis, para explicar el carácter excepcional que a su juicio tuvieron el desarrollo del capitalismo y la modernidad en Europa Occidental. Habermas precisa que Weber «Como "racional" describió aquel proceso de desencantamiento que condujo en Europa a que del desmoronamiento de las imágenes religiosas del mundo resultara una cultura profana. Con las ciencias experimentales modernas, con las artes convertidas en autónomas, y con las teorías de la moral y el derecho fundadas en principios, se desarrollaron aquí esferas culturales de valor que posibilitaron procesos de aprendizaje de acuerdo en cada caso con la diferente legalidad interna de los problemas teóricos, estéticos y práctico-morales»[26].

Para comprender y analizar las orientaciones de la conducta de ese nuevo contexto Weber (1969) distingue cuatro tipos de acción: racional con arreglo a fines, racional con arreglo a valores, afectiva y tradicional; y propone que en la modernidad el eje principal de la orientación de la conducta, en detrimento de las costumbres familiares y locales (acción afectiva y acción tradicional), pasa a ser un modo de discernimiento que articula y sopesa medios y fines en función de alcanzar con el menor costo y tiempo posibles los resultados buscados. En sus obras, aplica el concepto de racionalización a tres instancias[27].

---

[25] Ver también Schutz (1974, cap. 3) y Gellner (1993).

[26] Habermas (1989, p. 11).

[27] Habermas desarrolla con bastante detalle una aproximación al proceso de racionalización según Weber, usando en una parte de su exposición los sistemas de Parsons: social (Estado y empresa), cultural (separación de lo bueno, lo bello y lo verdadero), personal (disciplina). Ver Habermas (1989-1990, tomo I, pp. 213-249).

La primera de esas instancias es la organización general de la sociedad, cuyos núcleos centrales de control —Estado y mercado—, mediante sus aparatos burocráticos, emplean para la consecución de sus objetivos —poder y ganancia, respectivamente—, la racionalidad con arreglo a fines.

Debido al gran crecimiento de la población en las ciudades, y a las necesidades de centralización por parte del Estado, se desarrolló y consolidó la burocracia[28]: «Si bien reglas y reglamentos, oficinistas y directivos han existido durante siglos —para la construcción de pirámides en Egipto, para la fabricación de equipos navieros en la Venecia medieval, etcétera— algo nuevo se había forjado en el siglo XIX: la burocracia industrial»[29]. Esta última, como señalara Weber, depende de una estructura social específica: las personas ya no podían trabajar para sí mismas, sino que debían hacerlo para otros. Resulta obvio que no puede existir burocracia sin empleados, pero hacia el siglo dieciocho, cuando el sistema se ponía en marcha, «la gente prefería o bien ser su propio empleador o bien pagar una parte de su producción a la persona que le facilitaba la tierra o aperos. En la América del siglo XIX, el trabajo asalariado era tan despreciado y novedoso que se lo denominaba "esclavitud salarial"»[30]. Superar esta problemática implicó un esfuerzo por parte del Estado para disciplinar a los ciudadanos, de manera que se sometieran a los ritmos de las burocracias, así como a seguir ordenes y acomodarse al tiempo del reloj[31]. La educación se vuelve una necesidad para lograr socializar a las personas dentro de determinadas normas y hábitos de trabajo.

La segunda instancia es la producción capitalista, tanto en los aspectos de gestión, administrativos, contables, como en los técnico-productivos,

[28] Weber (1969, tomo II, pp. 716-752).

[29] Perrow (1991, p. 60).

[30] Ibíd., p. 60.

[31] Ver Bendix (1966, caps. 2 y 4) y Merton (1965, cap. 6).

haciendo hincapié en la aplicación de la ciencia. La racionalización de la esfera productiva propuesta por Weber entronca con las interpretaciones contemporáneas que buscan dar cuenta de las transformaciones sufridas por el capitalismo en los últimos cincuenta años, especialmente con la de Bell y la sociedad posindustrial y con la de Castells y el modo de desarrollo informacional.

El proceso de racionalización acompañó en las nacientes sociedades capitalistas industriales varias transformaciones en su estructura y organización económicas:

1. Cambios en sus estructuras productiva y de empleo, expresado en el primer aspecto por el traspaso de la importancia económica de la agricultura a la industria, y luego de esta a los servicios; y en el segundo por el traslado de mano de obra de un sector a otro a lo largo del tiempo, lo que inicialmente fue posible porque en la agricultura, como afirma Bairoch[32], desde 1700 aproximadamente se produjeron cambios tecnológicos que, al incrementar la productividad, permitieron liberar —y expulsar— mano de obra del sector.

2. La diversificación y el crecimiento del sector servicios. Hartwell[33] afirma que este sector, que en la sociedad preindustrial era muy reducido y costoso, con la industrialización creció sostenidamente hasta sobrepasar en número a los trabajadores manuales a fines los años cincuenta en Estados Unidos. Para este autor, la expansión del sector servicios es la ruptura más significativa con el pasado que trajo la industrialización en las economías centrales.

3. Proceso de cambio constante en la tecnología y la productividad en el que se pueden distinguir tres momentos: 1700, invención

[32] Bairoch (1973, tomo III).

[33] Hartwell (1973, tomo III). Ver también Bell (1976).

de la tecnología —conocimiento sistemático aplicado a herramientas, productos y procesos productivos—; 1881, tecnología aplicada al trabajo humano; 1970, tecnología de la información[34] —conocimiento aplicado al conocimiento—. Cada uno de estos cambios ha influido en la diversificación y especialización del empleo, ha tenido impacto tanto en los incrementos de la productividad como en los ingresos de las distintas clases —con una alta tendencia a la concentración de estos en manos de la clase capitalista— y ha consolidado a la ganancia y al lucro como el fin fundamental de la economía capitalista y a la competencia y la innovación tecnológica como sus medios.

La tercera instancia es la conducta individual[35], en la cual destaca el surgimiento de un tipo de conducta metódica y sistemática, guiada por el autocontrol de las emociones, la previsión de las consecuencias de las acciones, la disciplina y la austeridad en el trabajo y en la vida personal.

Las transformaciones señaladas implicaron también cambios en las relaciones sociales y en los usos, formas de comportamiento y de expresión de los afectos, sentimientos y emociones; en suma, modificaciones en los hábitos, en la sensibilidad y en los modos de conocer, orientarse y comunicarse de las personas. Elias (1994) señala que dichos cambios produjeron también una modificación de la estructura psíquica de los individuos en pro de una mayor injerencia de los mecanismos conscientes de control interno —en desmedro de los resortes impulsivos— en la regulación de la conducta individual.

Los cambios a nivel individual están directamente conectados con las modificaciones en las relaciones sociales, en las redes de interdependencia funcional económicas y políticas, ampliadas y posibilitadas por la institucionalización del Estado centralizado, por la configuración del mercado interno y por los nuevos tipos de asociación entre particulares.

[34] Ver Drucker (1994) y Castells (1995).

[35] Para una comparación al respecto entre las tesis de Weber y Elias, ver Plaza (2006).

Las transformaciones ocurridas en la modernidad dieron lugar al proceso de individuación por el cual los actores sociales modifican su sistema de orientación de la conducta, basado en la tradición y en los lazos locales y familiares, para asumir otro que les exige tomar decisiones propias frente a un mundo social más amplio y cambiante; mientras que la identidad personal se convierte en un reto que demanda una recreación permanente. «El hombre de la calle moderna, lanzado a la vorágine, es abandonado a sus propios recursos y obligado a multiplicarlos desesperadamente […] la vida urbana impone estos movimientos a todos, pero a la vez impone nuevas formas de libertad»[36].

Simmel, en su ensayo *Las grandes urbes y la vida del espíritu*[37], señala que el individuo de la urbe moderna trata siempre de conservar la autonomía y peculiaridad de su existencia frente a la prepotencia de la sociedad debido a que ha pasado por un acrecentamiento de la vida nerviosa, el cual tiene su origen en el rápido e ininterrumpido intercambio de posiciones internas y externas[38].

Para enfrentar estos cambios la persona urbana requiere desarrollar una aptitud intelectualista, pues el entendimiento, señala Simmel, posee mayor facilidad de adaptación a los cambios debido a su capacidad de ser objetivo. El individuo se procura así una defensa anímica frente a las corrientes y discrepancias del medio externo[39]. Esta capacidad es adquirida básicamente a partir de una evolución de los círculos sociales.

---

[36] Berman (1989, pp. 160).

[37] Simmel (1986).

[38] Esto diferencia la vida en la gran ciudad de la del campo y la pequeña ciudad, donde esta fluye más lenta, habitual y regularmente.

[39] Según Simmel, este aumento de la racionalidad se manifiesta en distintos aspectos de la vida del individuo: a nivel monetario, la economía homogeniza a todos y vuelve anónima y despersonalizada la producción; a nivel temporal, debido a los diferentes compromisos que se encadenan, se generaliza el uso del reloj de bolsillo; a nivel subjetivo, se desarrolla la indolencia, la capacidad de «no sorprenderse» y lo que Goffman llama la «desatención cortés»; y a nivel organizativo, las personas, al aumentar los círculos sociales, deberán especializarse en determinadas funciones.

En la medida que uno tiene más y más grupos de pertenencia, y conforme los mismos grupos van aumentando su tamaño, el individuo gana libertad y su conciencia y subjetividad se vuelven más complejas y ricas. Quien vive en la urbe es «libre» en contraposición a las pequeñeces y prejuicios que comprimen al habitante de la pequeña ciudad o el campo. Evidentemente, tal libertad es también soledad frente a una muchedumbre que también es indolente y no toma en cuenta muchos de los atributos del individuo.

La individuación no significa la desaparición de los lazos sociales, pues por el contrario estos se multiplican en la vida moderna y las personas pasan a depender de muchas otras para satisfacer sus necesidades, sino que redefinen su carácter familiar y local y su significado emocional. Por ello, el mayor o menor grado de autonomía del sujeto no depende solo de sí mismo, sino también del género, región y de la clase social de donde proviene.

Principales hitos del proceso de racionalización

Los orígenes de este proceso suelen ubicarse en el Renacimiento (el cual trajo consigo un conjunto de cambios en diferentes aspectos —político, religioso, filosófico, artístico—), periodo iniciado en Italia en el siglo catorce y culminado a mediados del siglo diecisiete tras expandirse por Europa. «En ningún lugar apareció la primera burguesía en estado tan puro como en [Italia]. La misma disgregación política de la península favoreció la autonomía de sus ciudades, Venecia, Florencia, Pisa, Siena, Génova. En ellas está el origen del Renacimiento de Europa, y ellas son las cunas auténticas de la secularización de la mentalidad occidental, las fuentes iniciales del progreso científico y técnico que habría de transformar el mundo moderno. [...] Ocurre [...] una expansión del cultivo del saber clásico y aun de la especulación filosófica secular al margen de los dogmas religiosos recibidos. Ello que recibe el nombre de "humanismo", se apoya al principio en el estudio de las enseñanzas de los sabios de la Antigüedad —Platón, Aristóteles, Cicerón— con independencia

de criterios teológicos de autoridad, pero pronto es casi ahogado por la dura reacción antisecular generada por la Reforma Protestante y la Contrarreforma Católica»[40].

Aunque el Renacimiento albergó un conjunto heterogéneo de ideas, «si hubiera que definir un elemento común, presente en todas sus manifestaciones y que de hecho lo caracterizó, tendría que ser el carácter humanista del mismo […]: los intelectuales renacentistas consideraron que el ser humano estaba dotado de razón y libre albedrío, y que ambos bastaban para regir su propia existencia»[41].

Un artista y humanista paradigmático es Leonardo da Vinci (1452-1519) pintor, técnico, pensador, arquitecto y quien, según Villoro, simboliza su acción en dos órganos fundamentales: el ojo, símbolo de la contemplación intelectual, y la mano, instrumento de trabajo. Mediante el arte y la ciencia el ojo ordena a las manos transformar el mundo. La primera «ya no responde a la idea antigua, de origen platónico: no es solo una imitación de la naturaleza. Es también recreación. Basándose en la naturaleza, el ojo ordena a la mano transformarla. [...] El arte es una creación de un ámbito humano que no coincide con el espacio natural»[42].

Pensadores renacentistas claves fueron el florentino Maquiavelo (1469-1527), quien planteó muchas de las ideas políticas que serían discutidas a lo largo de la modernidad; el astrónomo Nicolás Copérnico (1474-1543), quien sentó los primeros cimientos de la revolución científica al afirmar que la Tierra giraba sobre sí misma además de alrededor del Sol, teoría que fue respaldada por los trabajos de su discípulo Johannes Kepler (1571-1630) y reafirmada por Galileo Galilei (1564-1642) —quien mediante decreto del Santo Oficio (1616) fue condenado por sus doctrinas sobre la rotación de la Tierra—[43];

[40] Giner (1994, p. 163).

[41] Silvani (2003, p. 137).

[42] Villoro (1992, p. 39).

[43] Giner (1994, p. 175).

y el inglés Francis Bacon (1561-1626), quien mostró una gran confianza en las capacidades del ser humano para dominar la naturaleza mediante la ciencia y fomentó la idea de que esta debía de jugar un papel central en el gobierno y mejoramiento de la sociedad.

De esta manera, la modernidad impulsó la separación entre la ciencia[44] y la religión. El conocimiento científico, alejándose de criterios religiosos o políticos, creó sus propios procedimientos y reglas para conocer la realidad sin juicios que nublen el acercamiento del investigador. Junto al método científico defendido por Bacon, que exigía un método inductivo que buscara la causa de los fenómenos naturales a través de un proceso de observación reiterado que evitara errores de apreciación, Descartes desarrolló el método analítico, fundando las bases del racionalismo[45].

Dentro del ámbito del Renacimiento se desarrollaron, además de distintos movimientos intelectuales y artísticos, confrontaciones y corrientes religiosas disidentes de la Iglesia católica; una de ellas, la llamada Reforma Protestante, iniciada por Martín Lutero (1483-1546), tuvo tales consecuencias en el ámbito religioso y político según Giner[46] que a partir de su aparición los historiadores dejan de llamar a la época Renacimiento para denominarla como el periodo de la Reforma, aunque en puridad esta sea parte del movimiento renacentista. Como respuesta, la Iglesia católica buscó impulsar una renovación a su interior, conocida como la Contrarreforma, que se desarrolló en forma antagónica con la protestante y que condujo a una larga serie de guerras religiosas entre países y al interior de estos, especialmente en Francia y Alemania.

---

[44] «Weber llama racionalización a toda ampliación del saber empírico, de la capacidad de predicción, y del dominio instrumental y organizativo sobre procesos empíricos. Con la ciencia moderna los procesos de aprendizaje de este tipo se tornan reflexivos, y pueden quedar institucionalizados en el subsistema social de la ciencia». Habermas (1989-1990, tomo I, p. 216).

[45] Para una aproximación crítica al método propuesto por Descartes, ver Gellner (1993, caps. 1-2).

[46] Giner (1994, p. 200).

La Ilustración, deudora del racionalismo y el empirismo, se desarrolló en el siglo dieciocho inaugurando un nuevo humanismo basado en la idea de un hombre sabio capaz de conocer el mundo y a sí mismo por el solo uso de la razón, liberado de toda opresión y que goza de plena libertad de espíritu. La sociología, como señala Ritzer (2002), será fuertemente influenciada por estas proposiciones, apoyándolas o siendo crítica de las mismas. Respecto de esto último, Nisbet indica que una de las principales paradojas de la sociología consiste en que si por los objetivos y valores políticos y científicos que defienden sus principales figuras debe ubicársela dentro de la corriente principal del modernismo, varios de sus conceptos esenciales y perspectivas implícitas están cerca del conservadurismo filosófico[47].

A modo de síntesis

En resumen, el pensamiento moderno implicó un cambio en el lugar que el hombre creía ocupar en el cosmos: deja de considerarse un elemento integrado en el gran todo y se siente capaz de hacerle frente. En *Fausto*, Goethe visibiliza la afinidad entre el ideal cultural del autodesarrollo y el movimiento social real hacia el desarrollo económico: «el único modo de que el hombre moderno se transforme, como descubrirá Fausto es trasformando radicalmente la totalidad del mundo físico, social y moral en que vive»[48].

De este modo toma forma la idea de que la cultura y la historia son hazañas del hombre mismo: el sentido de la vida humana es forjar un mundo a su imagen y semejanza. «El orden social no es el simple

[47] Para Nisbet «lo más distintivo y fecundo, desde el punto de vista intelectual, en el pensamiento del siglo XIX no es el individualismo, sino la reacción contra el individualismo. Si tres siglo atrás el racionalismo individualista se afirmaba entonces contra el corporativismo y la autoridad medieval; a comienzos del siglo XIX, ocurre lo inverso: la reacción del tradicionalismo contra la razón analítica, del comunalismo contra el individualismo». Nisbet (1969, p. 21).

[48] Berman (1989, p. 30).

resultado de una herencia intocable, pues el hombre puede proyectarlo conforme a un diseño racional»[49].

En términos sociológicos actuales se afirma la convicción de que los individuos, a través de sus prácticas, son portadores activos de la agencia en los asuntos sociales: son ellos los que producen en su interacción la realidad social y no los dioses, el destino o las leyes de la naturaleza[50]. Sin embargo, la cuestión de la agencia también se torna en un campo de disputas no solo teóricas, sino también políticas —no terminadas de resolver aún—, pues algunos enfoques sostendrán que esta se ubica propiamente en el sistema social (Durkheim, Marx, Parsons), otros insistirán que esta se halla en los sujetos individuales (Weber, Schutz, Homans), en tanto que otros postularán un enfoque que combine los aspectos individuales y colectivos de la vida social (Giddens, Elias, Bourdieu).

El pensamiento moderno substituye la fe en las convicciones heredadas por la fe en la razón, rechaza el principio de autoridad como fundamento del conocimiento y deslegitima a los usos y costumbres como orientadores y garantes de la conducta personal. Desde el punto de vista de Weber, la configuración y afirmación de los ámbitos de validez autónomos de la ciencia, el arte, la moral y la religión marcan el carácter general de la cultura con la impronta de la racionalización. «La racionalización cultural la lee Weber en la ciencia y en la técnica moderna, en el arte autónomo y en una ética regida por principios y anclada en la religión [...] a juicio de Weber, es [...] la recepción metódica de la ciencia al servicio de la economía, lo que verdaderamente se convierte en una de las piezas claves de ese desarrollo de la "metodización de vida", al que contribuyeron determinados fenómenos así del Renacimiento como de la Reforma»[51].

---

[49] Ibíd., p. 87.

[50] Al respecto, ver Sztompka (1995, cap. 13).

[51] Habermas (1989-1990, tomo I, p. 216).

6.4 Cambios en la estructura de las clases sociales[52]

Los procesos sociales y sus productos son obra de los individuos en relación, pese a que pocas veces son conscientes de ello: «[la] interrelación fundamental de los planes y acciones de los hombres aislados puede ocasionar cambios y configuraciones que nadie ha planeado o creado. De esta interdependencia de los seres humanos se deriva un orden de un tipo muy concreto, un orden que es más fuerte y coactivo que la voluntad y la razón de los individuos aislados que lo constituyen"[53]; no obstante, a su vez los procesos desencadenados por ellos y sus correspondientes productos regresan sobre sus creadores y modifican sus formas de relacionarse entre sí, con la naturaleza, con las divinidades, y cambian también sus usos y costumbres, sus modos de autodefinirse, pensar y sentir.

La modernidad no es una excepción: ella es impensable sin los sujetos y grupos que llevaron a cabo los procesos, pero no es el resultado de un plan preconcebido, sino fruto de las luchas y alianzas entre grupos y naciones que terminaron por crear un nuevo orden que modificó notablemente las bases de la convivencia humana. Es por eso que de la relación estructural entre señores feudales, príncipes, reyes, campesinos, artesanos, burgueses, comerciantes, clérigos rurales y la alta clerecía que era vigente al iniciarse los procesos de la modernidad en el siglo dieciséis, al término del siglo diecinueve, cuando la modernidad se había consolidado, emerge una nueva estructura de clases, productora y producto de los procesos desencadenados por los grupos humanos. Estas clases, a la vez que tomaban conciencia de sus intereses, se enfrentaban entre sí por el poder económico y político. El triunfo que la burguesía obtuvo sobre la nobleza preludiaba, para algunos analistas, la victoria del proletariado sobre aquella.

[52] Tomado de Plaza (2007).

[53] Elias (1994, p. 450).

Los autores clásicos de la sociología[54] prestaron atención a esta nueva estructura en la cual las dos clases principales contendientes eran la clase burguesa o capitalista y la clase obrera o proletaria, y también atendieron a las bases sociales y técnicas que le dieron sustento y sentaron los fundamentos teóricos para estudiarlas: «desde Comte hasta Weber, los sociólogos debatieron los problemas de la comunidad, el status y la autoridad en el contexto casi invariable de los cambios impresos sobre la sociedad europea por las fuerzas derivadas de la división del trabajo, el capital industrial y los nuevos roles del hombre de negocios y el obrero»[55].

Las teorías de clases modernas acompañan las transformaciones de las sociedades que les dieron origen. Las clases, en tanto agrupaciones humanas, tienen una historia que explica su surgimiento y sus cambios; por ello, ni las clases ni las relaciones y los conflictos que mantienen entre sí permanecen inmutables a lo largo del tiempo.

Kuczynski señala que el prototipo de la clase obrera moderna se originó en Inglaterra alrededor de 1760 —año en el que se inició la Revolución Industrial— en las fábricas de textiles de algodón. Los miembros de esta nueva clase, a diferencia de otros tipos de trabajadores, se caracterizaban por ser libres —de los lazos feudales—, por carecer de medios de producción y por trabajar con nuevos métodos y herramientas, además de competir entre sí en el mercado por los puestos de trabajo. Thompson ha mostrado que la configuración de la clase obrera inglesa implicó la construcción de una cultura propia y la toma de conciencia de sus intereses comunes por oposición a los capitalistas, subrayando en este proceso la confluencia de las dimensiones económicas, políticas, culturales y tecnológicas.

[54] Weber (1969, tomo II, pp. 682-694) y Bourdieu (1969).

[55] Ver Nisbet (1969, p. 40).

El proceso inglés fue la base de los modelos analíticos de clases y mostró las tendencias de la nueva estructura de clases que, posteriormente, cada sociedad capitalista seguiría con sus propias especificidades y ritmos.

En la actualidad es posible, haciendo abstracción de las particularidades nacionales, mostrar que los procesos generales que confluyeron y dieron origen a la moderna estructura de clases en las sociedades de capitalismo avanzado son los mismos que dieron origen a la modernidad y que han sido reseñados líneas arriba: la separación del poder público respecto del privado, la configuración del mercado interno, la separación del conocimiento y la ciencia de la religión, y la constitución de una nueva matriz social.

Las sociedades modernas dejaron de estar organizadas primordialmente por el estatus para pasar a regirse por un orden fundamentalmente clasista originado en las relaciones económicas y de estilos de vida impulsadas por el desarrollo del mercado interno. Como afirma Giddens (1995), la modernidad europea significó el paso de sociedades divididas en clases a sociedades de clases, lo que implica que la existencia, diferenciación, articulación y conflicto de las clases modernas industriales es fruto del relacionamiento entre productores y propietarios de los medios de producción a escala societal, tal como sostenían Marx y Weber desde sus específicas perspectivas[56].

La moderna estructura de clases, a pesar de la virulencia de los enfrentamientos, trae consigo la disminución del rango de desigualdad entre estas, a la par que la hegemonía económica y cultural burguesa, lo que implica puntos de contacto ideológico y cultural entre todas las clases. La dominación y la explotación, así como su reproducción, adquieren de este modo una base societal multidimensional.

[56] Para una síntesis de las teorías de clase, véase Plaza (2007, pp. 21-79).

A modo de síntesis

Los procesos presentados esquemáticamente líneas atrás implicaron diversos conflictos que, a la par que deslegitimaron las antiguas instituciones y organizaciones, construyeron un nuevo tipo de sociedad más densamente interconectada y compleja a nivel económico, político y cultural, y con una mayor capacidad productiva gracias a la creación del mercado interno y del Estado nacional.

Leídos en un nivel mayor de abstracción, los cambios conducentes a la modernidad constituyen procesos de centralización, diferenciación y articulación en y entre los ámbitos económico, político y cultural de esas sociedades, que al originar nuevas instituciones, organizaciones, formas de pensar y de sentir no solo rompen con el pasado, sino que también establecen una discontinuidad con este, según Giddens (1994). El resultado es una matriz socioeconómica y política con una nueva estructura de clases articuladas y diferenciadas mediante redes de interdependencia en los distintos ámbitos sociales.

Podemos entender estos procesos a partir de la idea de centralización, la cual no implica una aglomeración de recursos y personas, sino de poder político y económico: se profundizan los vínculos dentro de cada país y entre estos, creándose lazos de interdependencia funcional expresados en la configuración de comunidad política y mercado nacional. Esta interdependencia da lugar a la diferenciación entre organizaciones y regiones, permitiendo una cada vez mayor división del trabajo social[57].

Estos procesos impulsarán el desanclaje institucional, una de las características de las sociedades modernas de acuerdo a Giddens: la modernidad posibilita y amplia las relaciones entre ausentes, situados en distintos puntos geográficos, siendo los aspectos locales penetrados en profundidad y modificados por influencias sociales a gran distancia de ellos.

[57] Uno de los primeros autores que prestó atención a este fenómeno fue Durkheim. Ver Durkheim (1967).

Muchas instituciones y organizaciones son liberadas de las particularidades de sus contextos de presencia[58].

En síntesis, la configuración de las sociedades modernas y de sus estructuras de clases en los países de capitalismo avanzado está en directa relación con la constitución y transformaciones de los Estados centralizados y de los mercados internos, así como con el proceso de racionalización. Pero es fundamental para el análisis sociológico considerar que esas sociedades operaban y operan como centros de sistemas intersocietarios, y que al ejercer domino político y económico sobre otras extraían y extraen beneficios que consolidaban y consolidan sus economías y que legitimaban y legitiman a sus gobiernos. El capitalismo, en su fase imperialista y en las siguientes, reforzó y transformó los lazos de interdependencia asimétricos entre países, y las relaciones que se generaron condicionaron la organización general y las estructuras de clases de las sociedades subordinadas.

[58] Giddens (1994).

Capítulo VII
La inserción colonial de nuestro país en la modernidad y en el sistema intersocietario

Uno de los propósitos, además de los ya señalados, que anima al presente texto es invitar a los lectores a contrastar la experiencia histórica de nuestra sociedad con la de los países industrializados tempranamente con el fin de precisar los límites y alcances de los enfoques sobre el cambio social originados en Europa Occidental. Para contribuir con ese objetivo, en esta parte se dibujarán a grandes rasgos las características principales que adquirieron en nuestro país los procesos —ubicación en el sistema intersocietario, mercado interno, comunidad política, racionalización y estructura de clases— que en Europa condujeron a la modernidad y al desarrollo de las teorías del cambio social.

Inserción del Perú en la modernidad y en los sistemas intersocietarios

La trayectoria histórica y los análisis sobre la posición ocupada por nuestro país dentro del sistema intersocietario mundial —hechos en diversos momentos por diferentes autores[1]— lo ubican, primero,

[1] Ver Haya de la Torre (1972); Mariátegui (1928); Prebisch (1967) y los autores de la teoría de la dependencia.

sujeto colonialmente a España desde los inicios de la modernidad hasta los años veinte del siglo diecinueve; luego —como joven Estado-nación—, dependiente económicamente del imperialismo inglés; y desde las primeras décadas del siglo pasado hasta la actualidad, subordinado económica y políticamente a Estados Unidos de América.

Tres etapas del desarrollo del capitalismo, tres estilos de dominación y tres sistemas intersocietarios —con sus correspondientes y diversos modos internos de resistencia y de asimilación— marcan, desde el inicio y desde una posición subordinada, nuestra inserción y participación en los procesos de desarrollo de la modernidad, así como la configuración de los ámbitos cotidianos e institucionales de nuestra sociedad.

Mercado interno

La Corona española, a través del gobierno colonial, impuso sobre las poblaciones originarias no solo un dominio —cuyas formas fueron variando a lo largo del tiempo— económico y político directo, sino también cultural y lingüístico, pero a la vez permitió que las poblaciones indígenas mantuvieran un mínimo control sobre sus medios y condiciones de producción para atender su subsistencia; de esta forma, sin tener que enfrentar los costos de reproducción económica y social, podía extraerles mano de obra, tributos y productos, y evitaba que los españoles y criollos acumularan demasiado poder y riqueza, lo que podía inducirlos a buscar su autonomía y a separarse del mandato real.

Ni la Corona ni los grupos dominantes afincados en el territorio peruano tuvieron una estrategia conducente al desarrollo del mercado interno[2]. Parte de la producción agropecuaria estuvo orientada por la satisfacción de las necesidades y no por la lógica del mercado; parte de la tierra permaneció en manos de las comunidades —lo que fue motivo de continuos actos de despojo violentos por parte de los españoles

[2] Ver Assadourian (1989); Cardoso & Faletto (1973); Contreras (2004); Florescano (1985) y Weeks (1985).

y criollos mestizos, y de lucha y levantamientos por parte del campesinado indígena a lo largo de siglos—; y la población indígena, que era la mayoritaria, al retener los medios de producción mínimos para posibilitar su subsistencia, permaneció como «reserva permanente y disponible de mano de obra» a la cual se le extraía excedente por medio de la coerción política, muchas veces aplicando métodos violentos.

De este modo, en la etapa temprana del capitalismo manufacturero, la lógica económica que se impuso en la Colonia estuvo regida por el lucro y la obtención de ganancia, empleando métodos extraeconómicos y violentos y monopolizando las actividades mercantiles y la acumulación de oro y plata.

Comunidad política y orden institucional

La lógica institucional y normativa diseñada para el manejo de los recursos y para el gobierno de las personas nació de las necesidades económicas y de los intereses políticos de la Corona española y de sus grupos dominantes, los que muchas veces no coincidían con los grupos dominantes afincados en el Perú. La distancia, la tensión permanente entre el deseo de la Corona de ser obedecida y el deseo de sus súbditos de alcanzar mayor libertad de acción y control sobre los recursos, así como la ignorancia de la situación sobre la que se legislaba, entre otras razones, contribuyeron para que en el Perú colonial se fueran configurando una lógica de reproducción social y un orden institucional asentados en una mezcla peculiar entre lo normado oficialmente y lo efectivamente ejecutado mediante las prácticas sociales cotidianas de los dominantes y de los dominados.

El aparato político y burocrático del Virreinato peruano, organizado y dirigido desde fuera, estaba sometido a los mandatos emitidos por el centro del imperio. La comunidad política existente en la Colonia estuvo configurada por los enviados directos del poder real y, en menor medida, por los hijos de españoles nacidos en el Perú. Ningún otro grupo participaba como tal en la toma de decisiones o tenía voz en ellas.

No hubo pues lugar para la creación de instituciones y organizaciones que posibilitaran integrar a los distintos grupos en una comunidad política; más aún, ello resultaba contrario a la estrategia de la Corona española en la medida en que la práctica y la normatividad política, económica, cultural y social coloniales descansaban en la separación legalmente establecida y sancionada entre la república de españoles y la república de indios, que asignaba a cada grupo distintos deberes y derechos y un acceso diferenciado y desigual a los recursos tangibles e intangibles de la sociedad.

Procesos de racionalización

El proceso de racionalización, que en Europa contó con el apoyo disciplinario del calvinismo, las cortes absolutistas y la producción capitalista, en el Perú colonial corrió por cauces distintos. Las instituciones políticas, económicas y educativas centrales asentadas en ideologías señoriales y de corte religioso estuvieron dirigidas a atender las necesidades de los grupos hispanos y criollos, a la vez que orientadas a reproducir las diferencias con los grupos indígenas y mestizos y a justificar el carácter socialmente degradante del trabajo manual. A pesar de esta exclusión institucionalizada y de las represiones impuestas al desarrollo y expresión de sus modos de vida y cultura, los grupos indígenas, merced a los lazos familiares y a las organizaciones comunales, lograron mantener una cultura local que, arraigada en el respeto a las costumbres y tradiciones, sirvió de orientación a la conducta personal en los distintos ámbitos sociales. De esta forma se fueron asentando diversos patrones orientadores de la conducta y la afectividad de acuerdo con las condiciones socioeconómicas y étnicas de los grupos. Pero un proceso de racionalización a nivel societal de la producción, e individual, basado en instituciones y redes de interdependencia económicas y políticas, que involucrara al conjunto de la sociedad, no tuvo lugar ni en la Colonia ni en la República.

Estratificación social basada en el estatus y en la jerarquía señorial

En Europa, la modernidad supuso el paso de una estructura social basada en el estatus a una estructura de clases. En el Perú, la Colonia, hija de la modernidad, instauró y fortaleció una estructura social basada en el estatus y en las jerarquías señoriales, cuyas categorías de división social no fueron solo la propiedad o la antigüedad o el apellido, sino fundamentalmente los componentes étnicos raciales de los grupos y sus correspondientes valoraciones simbólicas, que reproducían directamente las dicotomías colonizador/colonizado; superior/inferior; blanco/indio.

Parte III
Marcos de referencia y análisis social

Capítulo VIII
El marco de referencia de la persona social

En la parte primera se señaló que las escuelas sociológicas de la corriente estructuralista suelen presentar a la sociedad como un ente con vida propia que impele a los seres humanos a ocupar posiciones prefijadas y a interiorizar los valores y normas que el sistema social requiere para su reproducción. Para esta postura teórica la tarea del científico social consiste fundamentalmente en explicar las acciones de los sujetos a partir de los «hechos sociales» exteriores a ellos, desinteresándose de sus motivos y orientaciones particulares.

Por el contrario, los enfoques pertenecientes a la corriente hermenéutica, partiendo del hecho obvio de que no habría sociedad de no existir los seres humanos, postulan que los sociólogos debemos concentrarnos en estudiar los motivos, los intereses, las acciones y los significados producidos por los sujetos individuales. La correcta insistencia en esos aspectos, sin embargo, entraña el peligro de ignorar por completo la existencia de las dimensiones estructurales, materiales y simbólicas presentes en las relaciones y las prácticas humanas.

A pesar de sus diferencias, autores de ambas perspectivas, sin embargo, suelen compartir una carencia: al concentrarse en la explicación o comprensión de las acciones de los sujetos, olvidan prestar

mayor atención conceptual a los procesos que posibilitan su desarrollo y funcionamiento como personas autónomas. Conscientes de esta carencia, varios sociólogos, entre otros aquellos que buscan sintetizar ambas posiciones, han desarrollado un acercamiento más fino al tema. Este capítulo abordará esos distintos enfoques sociológicos con el propósito de precisar sus definiciones de persona y los procesos que posibilitan su desarrollo.

8.1 Perspectiva sociohistórica de la relación individuo-sociedad

Para iniciar la presentación de este marco de referencia partimos de la siguiente premisa: los seres humanos nos constituimos como personas sociales, en tanto integrantes de sociedades y culturas determinadas, a través de procesos individuales y colectivos que nos acompañan desde el nacimiento —incluso desde la gestación en el útero materno— hasta la muerte. Ser persona, como señalan autores como Giddens (1995), Mead (1972), Burkitt (1991) o Elias (1987), implica desarrollar la capacidad de actuar organizada y autónomamente y de reflexionar sobre uno mismo y sobre las propias acciones, sea a través de la conciencia discursiva o de la práctica, teniendo siempre presente que dichas reflexiones y acciones se realizan y son inteligibles en un medio social determinado y usando categorías lingüísticas y significados públicos[1].

Desenvolverse y desempeñarse como personas implica, a lo largo de las biografías individuales, un proceso permanente de realización dentro de un abanico de posibilidades, cuya concreción depende de la sui géneris combinación entre parámetros biológicos y socioestructurales dados

[1] Para autores como Elias, más allá de algunas fantasías egocéntricas, el científico social debe ser capaz de comprender hasta qué punto los seres humanos se realizan por medio de relaciones sociales: «Debemos ver que estamos dentro de la sociedad, y que esta no es una roca, sino que es un sistema abierto, no tan perceptible o sensible como una casa, sino con relaciones que son estables e inestables al mismo tiempo y que se dan entre seres humanos con voluntad y no simples instrumentos mecánicos». Elias (1982, p. 15).

y las orientaciones y las prácticas que de modo más o menos consciente adopte, transforme, rechace o afirme cada sujeto particular.

Los parámetros socioestructurales, aún cuando a los ojos de las personas aparecen objetivados, no son inmutables pues en tanto productos de la actividad humana cambian a lo largo del tiempo. La fijeza, durabilidad y dureza que adquieren frente al entendimiento de los individuos, los límites que les imponen y las posibilidades que les abren, varían social e históricamente afectando diferenciadamente —según clase, género, etnia— sus prácticas, el tipo de relaciones en las que están inmersos, su configuración espiritual interna y su sentido de identidad[2].

Por ello las conceptualizaciones sobre la relación individuo-sociedad deben enmarcarse dentro de una perspectiva histórica que permita considerar y relacionar tres grandes procesos, sobre los cuales el conocimiento alcanzado hasta la fecha dista de ser completo:

1. El paso de la condición de primates a humanos creadores y manipuladores de sistemas simbólicos complejos.
2. Las formas particulares que presenta la relación individuo-sociedad a lo largo de la historia de la humanidad y la naturaleza y el grado de individuación alcanzado en cada una de ellas.
3. Los procesos, social e históricamente contextualizados, que posibilitan que los individuos particulares se constituyan como personas. En términos sociológicos, los procesos de socialización vistos desde su dimensión individual.

[2] Al respecto varios sociólogos señalan que el periodo actual se caracteriza por la velocidad sin precedente que han adquirido los cambios y por la fragilidad de las relaciones sociales y de las identidades individuales, a la vez que por la importancia y el poder que han obtenido globalmente el mercado y los Estados sobre sus integrantes. Bauman (2003), que ha dedicado varios estudios al tema, emplea, para denominar al estadio actual, el término «modernidad líquida» para indicar la flexibilización que ofrecen sus contornos en el presente frente a la rigidez que presentaban en la modernidad que se consolidó inmediatamente después de la primera industrialización.

La complejidad teórica y fáctica que entraña esta relación, no puede ser respondida por una sola disciplina: se requiere un acercamiento interdisciplinario para ordenar las múltiples piezas que las distintas ciencias —naturales, humanas, sociales— y sus correspondientes escuelas han ido acumulando a lo largo del tiempo. La sociología puede contribuir a esta tarea doblemente: desde su propia perspectiva y bagaje conceptual y desde su experiencia de diálogo con la psicología, la filosofía, la literatura[3], la economía y la historia.

Pero, como fue explicado en el primer capítulo, la relación individuo-sociedad no es un tema que solo se presente complejo a nivel teórico, sino que también resulta problemático y existencialmente importante para los propios individuos. Las diversas respuestas que estos dan al respecto, de acuerdo a las posiciones que ocupan, tienen como base las ideologías y cosmovisiones de sus grupos de pertenencia: estas proveen las categorías y pautas de acción que afirman o socavan sus identidades.

La manera como se entienda la relación individuo-sociedad juega también un papel de primer orden para definir la dirección de las estrategias, proyectos, programas e instrumentos de política que aplican los gobiernos, pues, por ejemplo, resultará muy distinto el diseño de políticas de lucha contra la pobreza si se determina que esta es el resultado solo de contingencias individuales, de condicionamientos sociales o de ambos aspectos.

Llegados a este punto, en el cual queda establecido que la relación individuo-sociedad es compleja, dinámica e histórica, es necesario

[3] La relación individuo-sociedad ha sido explorada desde distintos ángulos por muy diversos novelistas, ver por ejemplo *Papa Goriot* de Honore Balzac (1964); *Madame Bovary* de Gustave Flaubert (1999); *El Hombre sin atributos* de Robert Musil (1969-1982); *Me llamo rojo* de Orhan Pamuk (2007); *El libro dorado* de Doris Lessing (2007); *Todas las sangres* (1968), *Los ríos profundos* (1972) y *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971) de José María Arguedas; *Confesiones* de Tamara Fiol (2009) y *La violencia del tiempo* (1991) de Manuel Gutiérrez.

subrayar que esta no se agota en las conductas y acciones sociales, sino que también involucra un proceso fundamental: el de constitución de los sujetos actuantes. Las siguientes páginas están dedicadas a pasar revista a algunas de las teorías sociológicas que buscan dar cuenta de la configuración de la persona social.

8.2 Persona social y socialización

En lo expuesto líneas arriba se han presentado los principales atributos de la persona —conciencia de sí, autonomía, reflexividad, motivación, expresividad, actividad, vínculos sociales— y se ha insistido en la necesidad de contar con una perspectiva histórica y relacional para analizar su proceso de configuración. En esta parte se abordará dicho proceso en función de dos preguntas centrales:

1. ¿Por qué son necesarios los procesos de socialización para constituirnos y funcionar como personas?
2. ¿Cuáles son y en qué consisten estos procesos?

a. ¿Por qué es necesario el proceso de socialización?

Este es un tema que, planteado de manera general, no suscita mayor polémica entre las distintas disciplinas científicas pues todas concuerdan en que en la infancia los seres humanos debemos atravesar por un proceso de aprendizaje cultural mediado por la presencia de adultos para lograr desempeñarnos como miembros activos y conscientes en nuestro entorno social. También hay acuerdo en que en este proceso intervienen tanto factores biológicos —con sus correspondientes componentes genéticos— como factores socioculturales.

En lo que no hay acuerdo es en el peso e importancia que se le asigna a cada uno de estos factores, como tampoco en el tipo de interacción que opera entre ambos. Más aún, existen diferentes ángulos en la relación entre los factores biológicos y los culturales, que no siempre

se distinguen ni articulan adecuadamente, entre los cuales se encuentran los siguientes:

1. Relación entre configuración y desarrollo del cerebro y la cultura, y entre ambos aspectos y la configuración de la persona.
2. Papel y peso específico de los instintos y la cultura en la constitución de la persona.
3. Relación entre subjetividad, entendida como la expresión afectiva y cognitiva individual, la base biológica personal y la estructura sociocultural.

El sociólogo Roger Bartra (2008), en la revisión que hace de algunas de las teorías elaboradas dentro del campo de las neurociencias para explicar el funcionamiento y desarrollo del cerebro humano y su papel en la conducta, las emociones y las diversas capacidades manifestadas por los individuos, encuentra que varias de ellas son reacias a aceptar que exista vínculo alguno entre el desarrollo cerebral y el entorno sociocultural.

Por otro lado Humberto Maturana (1996), reconocido biólogo, sostiene en varios de sus trabajos que no es posible explicar el comportamiento y desarrollo de las personas reduciéndolo a su componente cerebral, pues este órgano requiere para su funcionamiento de la cultura. Para este autor existe una interdependencia entre ambos aspectos que genera lo que él llama el proceso de *autopoiésis* —autocreación— característica única de los seres humanos. Desde el lado de la psicología, sobre todo en el campo de la psicología del desarrollo, se sostiene la importancia de los vínculos afectivos y del entorno cultural para alcanzar un desarrollo equilibrado de la personalidad, y se estudia la interacción entre composición, funcionamiento y desarrollo del cerebro y estos factores.

Desde la perspectiva sociológica, aunque también se presentan discrepancias, es posible afirmar que existe acuerdo sobre la especial importancia de los factores socioculturales y de los vínculos afectivos para la constitución de la persona, sin negar los factores biológicos y hereditarios. En la entrada sociológica el énfasis de la discusión más que

en la relación cerebro-sociedad está puesto en el papel que juegan o no los instintos y la cultura en el desarrollo de nuestra personalidad, en la configuración de nuestra subjetividad y en la orientación y realización de nuestra conducta.

Fueron Berger y Luckman (1968), a fines de la década de los años sesenta, con base en los planteamientos de los clásicos, de sociólogos posteriores y de estudios provenientes de la psicología y la filosofía, especialmente de orientación fenomenológica, quienes de manera sintética mostraron la estrecha relación que existe entre el proceso de socialización y el entorno sociocultural y el escaso peso que tienen los instintos en el proceso de constitución de la persona social.

Estos autores remarcan que los instintos se encuentran infradesarrollados en los seres humanos, motivo por el cual, al no estar determinados por estos, son seres abiertos al mundo —no están fijados a un entorno natural específico ni a un tipo de conducta particular—; poseen una gran plasticidad para adoptar modos de conducta y comportamiento, pero requieren de un entorno cultural e institucional que les dé forma, les señale los modos adecuados de interacción y les brinde una base que les garantice una relativa estabilidad. En concordancia con lo anterior, las respuestas culturales a las necesidades biopsicosociales de los individuos y a los desafíos del entorno natural son muy variadas y cambian a lo largo del tiempo[4]. Poseedores de un aparato psicobiológico particular,

[4] Abundantes y diferentes estudios históricos y antropológicos muestran que los seres humanos, a partir de las mismas características biológicas y potencialidades para hacer y decir en el mundo que comparten, han producido respuestas culturales muy diversas —tanto intra e inter sociedades como a través del tiempo— para hacer frente a sus necesidades biológicas, anímicas y sociales. Piénsese, por ejemplo, en la variedad de valoraciones y normas surgidas alrededor de la comida según las etapas históricas y según las costumbres de cada cultura o grupos dentro de ella: utilizar la mano o cubiertos; en el caso en el que se emplean estos, la cantidad de los mismos y el material utilizado para su fabricación; los rituales y maneras de mesa; el tipo, la cantidad y variedad de alimentos considerados como tales, la oportunidad de ingerirlos, etcétera. Ver Elias (1994); Levi-Strauss (1968, 1976) o manuales de etiqueta como el *Compendio del manual de urbanidad y buenas maneras* de Carreño (1905) o *Ese dedo meñique* de Holler (2006).

no predeterminado por respuestas genéticamente heredadas pero sí dotado de capacidades propias, los seres humanos no solo tienen la cualidad de aprender sino la necesidad de hacerlo para poder existir como tales. Para los autores citados no existe una naturaleza humana, si por esta estendemos características inmutables generadas al nacer, lo que existe son características básicas comunes a todos los miembros de la humanidad entre las que se encuentran la dotación psicobiológica y las capacidades de simbolización que posibilitan el aprendizaje, la acción, la creación, la competencia y la cooperación; en síntesis, al requerir de la cultura para constituirse como seres autónomos y conscientes y al ser esta una elaboración social, Berger y Luckman concluyen afirmando que los seres humanos se construyen colectivamente a sí mismos.

Giddens[5] en un trabajo más reciente afirma que «la mayoría de biólogos y sociólogos comparten la idea de que los seres humanos no tienen "instintos" […] [si por instinto se entiende, como en biología y sociología] una pauta de comportamiento compleja y determinada genéticamente». El ser humano ciertamente posee reflejos e impulsos, pero estos no le otorgan los instrumentos necesarios para «saber cómo responder» a los desafíos de su entorno natural y cultural y para conducirse organizadamente. Por esta razón, los seres humanos, a diferencia de otros animales, no están en capacidad de sobrevivir por sus propios medios al nacer. Para adquirir autonomía, aprender a reaccionar afectiva y cognitivamente de modo organizado y valerse por sí mismos requieren de un largo proceso de aprendizaje y de configuración de su estructura psicológica interna.

La emergencia histórica del orden sociocultural, que una vez puesto en marcha fue haciendo retroceder paulatinamente a los instintos como guía de la acción y comprensión humanas, es una cuestión que aún carece de respuestas precisas. Lo que es indudable es que, una vez producido, el orden sociocultural —creado colectivamente— precede

[5] Giddens (1998, p. 48).

a las existencias individuales y resulta imprescindible para su configuración y desarrollo.

b. Procesos de socialización y persona social

La socialización es el proceso que posibilita que el bebé indefenso —sujeto a una triple dependencia al momento de nacer: material, emocional y cognitiva— se convierta en miembro activo y autónomo de su sociedad[6].

Las diversas teorías de la socialización enfatizan cuatro aspectos centrales interrelacionados: a) los seres humanos terminamos de constituirnos fuera del vientre materno, tanto en sentido biológico —el cerebro alcanza su configuración alrededor de los cinco años de edad— como cognitiva, volitiva y afectivamente; b) si bien al momento de nacer contamos con las potencialidades para desempeñarnos autónomamente, requerimos de un periodo prolongado de cuidados y aprendizaje para que estas se realicen efectivamente; c) nuestra configuración como personas es resultado de un complejo proceso que corre a cargo de los padres o cuidadores cercanos, dentro de un entorno natural y cultural, por lo tanto, es un proceso situado y mediado socialmente que se caracteriza por la diversidad de caminos que presenta históricamente entre sociedades, clases sociales, géneros, grupos de pertenencia y medio ambiente; d) todos los seres humanos nos hacemos personas en vínculos con otros y en relación con la naturaleza no humana.

En sociología se distingue entre socialización primaria, que abarca desde el nacimiento hasta aproximadamente los seis o siete años, y la socialización secundaria, que corre desde esa edad hasta la muerte. Ambas consideran las definiciones culturales que las sociedades específicas hacen de las etapas del ciclo vital.

[6] Ibíd.

El proceso de socialización primaria

En el proceso de socialización primaria, dados los vínculos entre la criatura indefensa y sus padres, el aprendizaje está cargado de un intenso contenido emocional[7], por lo que los conocimientos que se adquieren poseen una significación muy profunda y especial —que va más allá de su carácter cognitivo—, y constituyen el piso sobre el cual se establece la primera distinción entre lo sagrado —aquello que no se mancilla ni transgrede— y lo profano —lo que puede y debe manipularse—. Es a esta etapa a la que se vuelve en distintos momentos de la vida como quien busca retornar a un lugar más que evocar un tiempo pasado.

El proceso de socialización primaria implica, según Giddens[8], el conjunto de actividades y experiencias que posibilitan que la criatura indefensa se convierta gradualmente en una persona:

1. consciente de sí misma, tanto en sus dimensiones afectivas como cognitivas;
2. con capacidad de adquirir y producir conocimientos; y
3. diestra en las manifestaciones de la cultura en la que nació.

El primer aspecto señala que la socialización es el origen de la individualidad e identidad: mediante ella cada uno desarrolla un sentido del «yo», así como la capacidad de pensar, sentir y actuar de forma autónoma, dentro de su sociedad. Sobre este punto, George Mead explica que «el individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino desde los puntos de vista particulares de los otros miembros del grupo social, o desde el punto de vista generalizado del grupo social, en cuanto un todo, al que pertenece»[9]. El desarrollo de la persona social involucra las dimensiones corporales, cognitivas y afectivas de los seres

[7] Giddens (2000, pp. 52-59).

[8] Giddens (1998, p. 52).

[9] Mead (1972, p. 170).

humanos, aunque no siempre se les preste la misma y debida atención a cada una de ellas. Freud es uno de los estudiosos que puso especial énfasis en el papel que juega la dimensión emocional en el desarrollo de la persona y el costoso camino que implica aprender a postergar la satisfacción inmediata de las necesidades. Como señala Giddens[10], «Para Freud, la represión está en la base de algunas de las más importantes características del desarrollo infantil. El niño o la niña tienen una relación positiva y negativa con su madre, de forma que el amor y el antagonismo están mezclados».

El segundo aspecto subraya que la socialización otorga a la persona no solo diferentes conocimientos, sino también la capacidad de asimilarlos y producirlos, así como las categorías de percepción y apreciación para aprehender al mundo.

Entre los autores que han sostenido la importancia de la dimensión cognitiva en el proceso de la socialización se encuentra Piaget (1969b), para quien los seres humanos pasan por distintas fases en su desarrollo cognitivo: sensomotriz (desde el nacimiento hasta los dos años), la preoperatoria (desde los dos hasta los siete años), operatoria concreta (desde los siete hasta los once años) y operatoria formal (entre los once y quince años). Es durante esta última etapa cuando se logra el dominio del pensamiento abstracto que permite entender y formular planteamientos hipotéticos formulados con un alto nivel de generalidad y síntesis no dependientes de la experiencia individual inmediata. Para Piaget, aunque las primeras etapas se desarrollan de forma universal, la última depende mucho del contexto en el que se desarrolla la persona: el aprendizaje del pensamiento no culmina para todos de la misma manera sino que varía según las instituciones de cada sociedad y, agregaríamos, del acceso que se tenga a los recursos tangibles y no tangibles disponibles.

[10] Giddens (1998, p. 66).

El tercer aspecto pone de relieve que la socialización implica el aprendizaje, no necesariamente consciente, de modos de comportamiento y normas de conducta, enseñadas y reforzadas mediante rutinas y regímenes cotidianos —horas de alimentación, juego, reposo, hábitos de higiene, tipos de juegos, manifestaciones de alegría y desagrado— que, a la vez que crean hábitos, brindan una base de seguridad emocional a los infantes[11]. A través de estos procesos el niño interioriza las creencias, actitudes y valores de su entorno social. El bagaje de conocimientos y hábitos —sentido práctico según Bourdieu, conciencia práctica según Giddens— le posibilita a la persona desarrollar habilidades para interactuar, para desempeñarse de acuerdo a las expectativas de comportamiento esperado según los roles y contextos sociales y para desenvolverse cotidianamente con relativa comodidad al no tener que prestar atención específica a cada acción que lleva a cabo.

El proceso de socialización primaria culmina alrededor de los siete años, etapa en la que el niño ha desarrollado un sentido de identidad del yo, habilidades para atender sus necesidades más inmediatas —vestirse, bañarse, comer, organizar su tiempo, expresar sus pensamientos y estados de ánimo—, valerse por sí mismo, desempeñarse en distintos contextos —familiar, vecinal, escolar— y realizar diferentes actividades —lúdicas, de cooperación, de competencia, escolares, religiosas—, asumiendo y entendiendo los roles correspondientes. El niño requiere menos de la presencia y el cuidado permanente de los adultos y busca ejercer su recién ganada independencia mostrando ante sus pares su autonomía frente a los cuidados hogareños, dándose comienzo a una nueva y permanente etapa de aprendizaje, la de la socialización secundaria, que lo acompañará a lo largo de su vida.

[11] Giddens (2000b).

Los procesos de socialización secundaria y las redefiniciones de las etapas del ciclo vital

La socialización es un proceso permanente en la vida de las personas pues el ser humano, conforme avanza en las etapas del ciclo vital definidas por su entorno sociocultural, a la vez que se enfrenta a nuevas tareas y situaciones, adquiere nuevos derechos y responsabilidades que debe aprender a manejar.

Los deberes y derechos que se le asigna a cada quien y la conducta y tipo de actividades que se espera realice en cada etapa varían históricamente y entre y al interior de las sociedades. Con la creciente interrelación entre sociedades, intensificada con los procesos de la globalización, a la par que se han modificado se han ido uniformizando en los centros urbanos los patrones de comportamiento en cada etapa del ciclo vital.

La estandarización de etapas vitales es el resultado de procesos de larga duración que se iniciaron en Europa a fines del siglo dieciocho con la Revolución Industrial, las migraciones masivas del campo a la ciudad, el proceso acelerado de urbanización, la implementación de medidas sanitarias para combatir los males resultantes del hacinamiento humano, el impulso a la alfabetización general y la elevación del nivel educacional y de vida de amplios sectores que antes estuvieron sometidos a duras condiciones de explotación.

Este proceso presenta fases que han sido diferenciadas y estudiadas desde distintos ángulos, entre otros, por demógrafos e historiadores[12]. Para nuestros fines basta por el momento con distinguir el periodo previo a la Revolución Industrial, en el cual la mayoría de la población en todas las sociedades estaba dedicada a la agricultura, vivía en localidades rurales y presentaba tasas de natalidad y de mortalidad muy altas, así como una esperanza de vida muy baja. En este periodo eran otras las etapas del ciclo vital que se distinguían culturalmente y otras

[12] Ver Ariès (1987, 1992) y Jones (1997).

también las actividades que se asignaban a niños, jóvenes y adultos. Los niños desde muy temprana edad pasaban a tener obligaciones de trabajo dentro o fuera de la economía familiar; la edad para contraer matrimonio y adquirir estatus de adulto lindaba con el final de la adolescencia y los primeros años de lo que hoy se denomina juventud; las mujeres (por ello) eran madres desde muy jóvenes y pasaban por numerosos embarazos; la herencia se daba a la muerte de los padres y era norma que los hijos, pero fundamentalmente las hijas, cuidaran de estos durante su vejez.

Con la consolidación del llamado patrón urbano-industrial de desarrollo, surgido después de la Revolución Industrial, en Europa y en los países del capitalismo originario se modificó profundamente esta situación, pues posibilitó la emergencia de la llamada transición demográfica. En su primera fase se mantuvo alta la tasa de fecundidad y disminuyó la tasa de mortalidad, lo que contribuyó a la explosión demográfica, pero luego ambas tasas tendieron a igualarse al disminuir las familias urbanas paulatinamente el número de hijos, hasta quedar fijado como ideal en el imaginario colectivo la familia nuclear compuesta por cuatro miembros. Conjuntamente con este proceso, aumentó la esperanza de vida. La economía familiar y la agricultura dejaron de ser predominantes para ceder el paso al trabajo remunerado y a la industria. La separación del ámbito de trabajo del hogar contribuyó a profundizar la distinción del espacio público del privado, asignándole a las mujeres los roles al interior de la casa y a los hombres el acceso a los roles públicos en los campos del trabajo y la política.

Como resultado de este y los procesos estudiados en el capítulo II, se produce una redefinición cultural de las etapas del ciclo vital y se distinguen con mayor nitidez la infancia, adolescencia, adultez y ancianidad en las ciudades y centros poblados urbanos de los países de capitalismo originario, redefiniciones que influyen en las ciudades de los países dependientes, pero en los cuales no se había producido ni la transformación productiva ni la transición demográfica. Estas etapas

se mantuvieron vigentes durante la modernidad intermedia, que para varios autores llega hasta fines de los años cincuenta del siglo pasado.

En la actualidad, especialmente a partir de la década de los años setenta con la intensificación de los cambios en todos los órdenes de la vida y en las relaciones entre personas, grupos y sociedades, las etapas del ciclo vital que se distinguían hace solo tres o cuatro décadas en los medios urbanos se han vuelto a modificar. En la nomenclatura oficial de las Naciones Unidas aparecen ahora nuevas categorías que implican también el reconocimiento y la asignación social de deberes y derechos en función de los cambios estructurales ocurridos y de la prolongación de la esperanza de vida.

Conjuntamente con estas transformaciones se han producido modificaciones en los ámbitos políticos y culturales impulsadas por movimientos sociales en las que juegan papel relevante los movimientos feministas, que han contribuido a redefinir los roles de género en pro de un mayor ámbito de libertad y realización personal y social para mujeres y hombres.

El matrimonio ha dejado de ser un estado «obligatorio» para ser considerado un adulto normal; se ha distanciado la edad de hombres y mujeres para casarse o vivir en parejas; la permanencia en el hogar paterno se ha prolongado; la maternidad o paternidad adquiere un carácter de decisión personal; terminar una carrera, adquirir experiencia profesional y proseguir estudios de posgrado antes de casarse o comprometerse es una norma ideal para hombres y mujeres urbanos de clase media en la mayoría de las ciudades, sean o no del llamado Primer Mundo, en función de la estandarización de criterios y contenidos de las etapas del ciclo vital[13].

Todos estos cambios suponen aprendizajes y ajustes constantes en las propias concepciones del mundo como en el cumplimiento y manejo de roles. Sennet (2000), por ejemplo, relata los conflictos de valores

[13] Beck (1998).

y las tensiones surgidas en la crianza de los hijos, en el entorno laboral y en el fuero interno que sufre un empresario estadounidense hijo de inmigrantes italianos para poder funcionar en el actual ambiente cambiante y competitivo, con los recursos de la socialización que recibió de sus padres ajustados a la situación de la modernidad del modelo de desarrollo urbano-industrial. De otro lado, los cambios ocurridos en los roles de género influyen en las relaciones de pareja, pues al no servir los patrones anteriores para guiar la conducta, y al no haberse establecido con claridad los nuevos, se genera una sensación de inseguridad interna y se producen dificultades en la comunicación. La socialización secundaria en nuestra época implica no solo adaptarse a roles nuevos conforme se avanza en edad o en responsabilidad, sino también adaptarse constantemente a cambios de significación de los roles aprendidos y de las etapas vitales.

c. Ámbitos y agentes de socialización

Todas las sociedades poseen agentes y mecanismos de socialización, pero estos varían en el tiempo y espacio. En el caso de la sociedad occidental, mientras no se intensificó la división del trabajo social, «era toda la comunidad la que intervenía en la reproducción cultural, ejerciendo de forma continua una presión conformadora sobre los sujetos para que interiorizaran el orden simbólico»[14], mientras que la familia bastaba para enseñar lo necesario para «sobrevivir en el mundo»; no obstante, con la modernidad se desarrollaron agentes especializados y aumentaron las instancias de socialización que paulatinamente adquieren notable importancia, especialmente el sistema escolar, los grupos de referencia y los medios de comunicación a mediados del siglo veinte.

En la actualidad la familia nuclear es la primera y una de las principales instituciones que interviene en la socialización. Sin embargo, como menciona Ortega (1996), esto no fue siempre así, es recién en

[14] Ortega (1996, p. 121).

el siglo diecisiete cuando por primera vez aparece en Europa este nuevo tipo de familia, una institución recluida en el ámbito de lo privado y cuya función básica es la crianza y tutela de los hijos. Es en ella donde, dentro de horizontes específicos naturales, culturales y de clase, se lleva a cabo casi toda la socialización primaria que le otorga al niño o niña sus primeras y más significativas experiencias y los procesos de aprendizaje de los roles de género, tan importantes en el desarrollo de la identidad de las personas.

Junto a la familia, una parte importante de la socialización primaria se desenvuelve en sistemas escolares. Estos transmiten no solamente conocimientos, sino también normas y valores y sentido de pertenencia y lealtad a la nación. Durkheim afirma al respecto que «La función de la educación es, pues, inculcar en el niño

1) un cierto número de estados físicos y mentales que la sociedad a la que pertenece considera que deben florecer en cada uno de sus miembros;

2) Ciertos estados físicos y mentales que el grupo social específico (casta, clase, familia, profesión) considera asimismo que deben existir en todos aquellos que lo constituyen»[15].

En síntesis, la socialización es un proceso social tanto de aprendizaje como de configuración de los fundamentos y mecanismos internos de cada individuo que le posibilitan reaccionar afectiva y cognitivamente de manera organizada en su entorno sociocultural, así como construir su identidad. Se aprenden no solo valores, normas y roles, sino también y fundamentalmente se aprende a ser, hablar, sentir y pensar en relación con los otros, desde determinadas condiciones socioculturales, y se adquieren las herramientas para la adaptación, la resistencia y para la creación e innovación cultural.

[15] Durkheim (1984, p. 129).

Como todo proceso social la socialización abre también camino a procesos de desviación social y de desajuste y desasosiego personal y colectivo. Elias (1987) sostiene que el proceso de socialización en la modernidad agrupa a la mayoría de personas alrededor de un promedio de adaptación social frente a dos grupos más reducidos ubicado uno en la cola extrema de la total adaptación y el otro en la de la total desadaptación o rechazo. La propuesta de Merton[16] de cuatro tipos de conducta divergente frente a los fines y medios aceptados socialmente —innovación, ritualismo, retraimiento y rebelión— muestra también los distintos caminos que los actores sociales pueden emprender a partir de sus procesos de socialización.

Existen en sociología varios acercamientos a este complejo y fascinante proceso; por su relevancia para el tema y su énfasis en la relación dialéctica entre los aspectos colectivos e individuales, en la siguiente sección se presentarán los aportes de Mead, Elias, Giddens y Bourdieu.

8.3 Modelos analíticos de configuración de la persona: Mead, Elias, Giddens, Bourdieu

Mead

Para Mead[17] la persona social no está conformada al momento de nacer[18], sino que se constituye —y opera a lo largo de su vida— en interacción con los otros mediante la experiencia social, la comunicación, el lenguaje, las actividades, el juego, el deporte, la cooperación y el antagonismo.

[16] Merton (1965, pp. 184-199).

[17] Mead (1964, parte III).

[18] «La persona es algo que tiene desarrollo; no está presente inicialmente, en el nacimiento, sino que surge en el proceso de la experiencia y la actividad sociales, es decir, se desarrolla en el individuo dado que resulta de sus relaciones con ese proceso como un todo y con los otros individuos que se encuentran dentro de ese proceso». Mead (1964, p. 167).

En la propuesta de Mead interesa destacar tres aspectos: a) ser persona consiste en desarrollar una estructura interna que posibilite tener conciencia de sí —verse a sí mismo como un objeto— y reaccionar organizadamente en su medio; b) el carácter procesual de la configuración de la persona; y c) la interacción dinámica entre la estructuración de la persona y la mayor o menor complejidad de la estructura social a la que pertenece.

Con respecto al primer aspecto, Mead señala que el ser humano —dado que su organismo biológico no le brinda los medios adecuados—, para reaccionar organizadamente, requiere de un amplio proceso de interacción sociocultural que le permita configurar una estructura interna, a la cual denomina persona. Papel fundamental juegan en este asunto el aprendizaje del lenguaje: la capacidad de entender y producir significados empleando sistemas simbólicos; la interacción permanente con los padres, con sus pares y con otros; la realización de diversas actividades, entre ellas el juego y los deportes, con el consiguiente aprendizaje de su significado y de los modos de ejecutarlas; dicho en otros términos, el aprendizaje de roles y sus dimensiones de participación, cooperación y responsabilidad. Para mostrar los diferentes niveles de progreso en el desarrollo de la persona Mead utiliza el ejemplo de las distintas etapas por las que atraviesa el niño con respecto al juego: al inicio el niño pequeño suele jugar solo y, aunque esté acompañado por otros, sigue sus propios impulsos; más adelante participa en juegos que implican el respeto de reglas comunes y que exigen una mejor organización de sus reacciones; posteriormente, cuando emerge la persona —es decir, cuando es consciente de sí mismo—, el niño es capaz de participar en actividades lúdicas que requieren mayores niveles de coordinación social para alcanzar metas comunes; el deporte es el ejemplo dado por Mead en tanto implica formar parte de un equipo, desarrollar espíritu de cooperación, manejar y aceptar reglas, planificar actividades, habilidad para prever y adelantarse a las reacciones de los otros y un sentimiento de pertenencia grupal, todo lo cual supone

la emergencia de un otro generalizado que señala los valores y normas que guían la conducta.

Mead distingue en el proceso de constitución de la persona dos grandes etapas. Durante la primera «la persona individual está constituida simplemente por una organización de las actitudes particulares de otros individuos hacia el individuo y de las actitudes de los unos hacia los otros, en los actos sociales específicos en que aquél participa con ellos». En la segunda, aproximadamente a partir de los siete años, sin embargo, «esta persona está constituida no solo por una organización de las actitudes de esos individuos particulares, sino también por una organización de las actitudes sociales del otro generalizado, o grupo social como un todo, al cual pertenece»[19]; es decir, la persona reacciona organizadamente como parte de un grupo y guía su conducta por los valores y normas de este.

El tercer aspecto que Mead plantea es el referido a la relación persona-sociedad. La persona está constituida por lo que él llama el *yo* y el *mí*; estos dos elementos en la propuesta de Mead pueden ser leídos tanto como grados distintos de conciencia que tienen los individuos al realizar sus actividades o como aspectos interrelacionados y diferenciados en su matriz interna. Para Mead el *yo* es la parte constitutiva más propia e independiente de la persona, la que da cabida y expresa sus iniciativas y peculiaridades distintivas; mientras el *mí* es el resultado de la internalización de los valores y normas de los distintos grupos a los que pertenece el individuo, los cuales regulan o sirven como referente a la conducta: «el *yo* es la reacción del organismo a las actitudes de los otros; el *mí* es la serie de actitudes organizadas de los otros que adopta uno mismo»[20].

La persona está inextricablemente constituida por esos dos aspectos; en esta propuesta, el individuo adquiere su autonomía y su libertad en

[19] Mead (1972, p. 186).

[20] Ibíd., p. 202.

vínculos con otros, y a la vez la sociedad, mediante diversos otros generalizados, está presente en dicha configuración. Vistos como momentos el *yo* es siempre la reacción inmediata, no consciente e incluso inesperada de la persona, y el *mí* es la reflexión posterior que suscita la reacción primera del *yo*, medida habitualmente por parámetros del otro generalizado. Finalmente, en esta relación Mead enfatiza que la estructura interna de la persona expresa el grado de complejidad de la estructura social a la que pertenece, y señala que debido a los distintos campos de actividad y de vínculos que mantiene la persona en diferentes momentos y a lo largo de su vida, esta ofrece aspectos específicos en función de las características de esas actividades, por lo que concluye que la persona total está constituida por múltiples personas.

De este modo, la socialización es el proceso de configuración de la persona mediante la interacción, la comunicación y la experiencia social, proceso que implica el desarrollo de una estructura interna que posibilita la conciencia de sí, la capacidad de expresar organizadamente pensamientos y emociones y de participar activamente en el medio social de pertenencia.

Elias

A diferencia de Mead, no dedica un texto específico a la configuración de la persona, sino que la analiza desde una perspectiva teórico-metodológica que busca dar cuenta de la interrelación histórica entre los procesos psicosociales y los socioestructurales, a los que denomina psicogénesis y sociogénesis, respectivamente.

Dicha perspectiva la aplica al análisis del proceso de la modernidad[21] en busca de establecer la relación entre estructura psíquica, modos de pensar y sentir y tipos de redes de interdependencia funcional, políticas y económicas, así como sus cambios y continuidades.

[21] Elias (1994).

Desde su planteamiento sobre la psicogénesis Elias sostiene que la constitución y la estructura de la psique humana tienen historia al igual que las figuraciones o redes de interdependencia, por lo cual presta atención a las transformaciones sufridas por los mecanismos internos que permiten a los seres humanos orientar y controlar su conducta y expresar sus razonamientos y afectos. En el caso específico de la modernidad, Elias sostiene que, al haberse alcanzado un proceso de pacificación relativo mediante la extracción de la violencia física de las relaciones cotidianas debido a la institucionalización del Estado como organismo de poder central que monopoliza la violencia, los miedos externos —destino, hambruna, pillaje, etcétera— como orientadores de la conducta se trasladan al interior de cada sujeto bajo distintas formas —vergüenza, pudor—, de tal modo que a la vez que retroceden el rol y el peso de los impulsos, se acrecientan en la psique individual la importancia y magnitud de los controles conscientes y no conscientes para dirigir y modular la conducta.

Elias denomina racionalización a la reconfiguración de la estructura psíquica de la persona y al consiguiente autocontrol de las emociones que la acompaña, y psicologización a la capacidad de observación y análisis de las reacciones de los otros dentro de las posiciones que ocupan en las redes de interdependencia. Ambos procesos inciden en el surgimiento de un tipo de comportamiento metódico caracterizado por un sentido de autocontención y previsión orientado a anticipar las consecuencias de las propias acciones.

Esta transformación psicológica es parte constitutiva de las transformaciones reseñadas en el capítulo sobre la modernidad[22]. La racionalización y la psicologización, si bien empiezan en los ámbitos de las cortes de nobles y en los grupos de la gran burguesía, no son fruto de estas clases sino resultado de las múltiples relaciones que mantienen entre ellos y con las demás clases. Los grupos dominantes

[22] Ver parte II.

adquieren paulatinamente consciencia de las exigencias impuestas por estos nuevos modos de comportamiento y los asumen estilizadamente como criterio de distinción; a su turno, según Elias, estos modos son asimilados en sus propios términos por los integrantes de las otras clases. De esta manera, los comportamientos basados en la racionalización y la psicologización se extienden a toda la sociedad y, a través de la educación formal y de la socialización familiar, pasan a constituir rasgos centrales de las personas. Elias, a la vez que articula, diferencia los procesos de socialización y de configuración de las personas según clase y género, aunque se concentra en las clases dominantes y en la socialización y comportamiento de los varones.

Giddens

Giddens ha buscado presentar de manera formalizada una teoría que dé cuenta de la relación dialéctica entre los individuos y la sociedad en su teoría de la estructuración (1995) y también ha abordado el problema de la configuración de la persona, con énfasis en el tema de la identidad individual, en su libro *Modernidad e identidad del yo* (2000b). Una lectura cruzada de ambos textos nos permite señalar las siguientes propuestas centrales para el tema de la socialización

Fiel a su propuesta de relacionar teóricamente las tradiciones hermenéuticas y estructuralistas en sociología, Giddens aborda dialécticamente la relación entre socialización, identidad, instituciones y estructura social. Los seres humanos, en la vida cotidiana, actuamos y pensamos habitualmente suspendiendo la duda con respecto al entorno social y natural. Esta suspensión se realiza en tanto que aceptamos como válidas y certeras las convenciones sociales que organizan las actividades e interacciones entre los sujetos y en tanto depositamos confianza en los sistemas expertos que administran los distintos ámbitos de la sociedad. Suspensión de la duda y confianza en los sistemas expertos son elementos claves para desempeñarse con relativo equilibro en el flujo cotidiano de la vida.

La capacidad de suspender la duda y la confianza en los sistemas expertos están vinculadas no solo al funcionamiento autónomo y consciente de los sujetos adultos, sino que guardan relación con los procesos de socialización primaria y la configuración de la persona social. Giddens, apoyándose en la psicología del desarrollo, especialmente en la escuela psicológica de los vínculos, señala que al momento de nacer la criatura indefensa carece de una estructura interna que le permita manejar sus estados de ánimo y la relación con los entornos natural y social. La configuración de dicha estructura es fruto de la interacción entre la criatura indefensa y sus padres o cuidadores principales, en la cual juegan un papel central la comunicación verbal y no verbal, el cariño y la ternura, y las rutinas y regímenes de alimentación, cuidado, sueño, estímulos, juegos y de presencia de los cuidadores. Esta interacción cargada de un fuerte contenido emocional junto con las rutinas permite que los niños adquieran paulatinamente la capacidad de comunicación y de respuesta organizada, aprendan a dominar sus impulsos y a aceptar que sus deseos no pueden ser satisfechos inmediatamente. Un componente central en la relación entre el niño y sus padres es la capacidad que aquel adquiere para aceptar la ausencia de estos y para desarrollar una confianza en su retorno, alejando así el sentimiento de abandono que la no presencia puede producirle. A esa capacidad Giddens la denomina confianza básica[23], que es el sentimiento de fiabilidad en los otros desarrollado a través de la interacción con los padres, la ternura, el lenguaje y las rutinas y regímenes cotidianos. La confianza básica es el núcleo de lo que Giddens llama seguridad ontológica, fundamental para el sentido de identidad y para la interacción y respeto a los otros en tanto que permite distinguir la existencia continua y diferenciada de cada quien, de los otros y del entorno natural. Por esta razón, Giddens señala que la subjetividad es resultado de la intersubjetividad.

[23] «La instauración de la confianza básica es la condición para la elaboración tanto de la identidad del yo como de la identidad de las demás personas y objetos». Giddens (2000b, p. 59).

Constituida la persona, Giddens explora las características del actor social y señala que, dada la matriz interna organizada y el tipo de seguridad ontológica que ostentan, los actores sociales son hábiles para manejarse en su medio y dar cuenta de sus acciones. Afirma que todos los actores sociales operan en la vida cotidiana con lo que denomina conciencia práctica, es decir, la habilidad para desarrollar y ejecutar múltiples actividades sin tener que prestarles atención específica, pero si alguien pidiera razones o se sucintaran malos entendidos en la comunicación, los sujetos pueden responder acerca de estas, a lo cual Giddens llama conciencia discursiva. La capacidad de operar del actor social reposa entonces tanto en la seguridad ontológica y la confianza básica desarrollada en la socialización como en la confianza en las instituciones y en los sistemas expertos de su medio.

Bourdieu

Bourdieu, en busca de superar la dicotomía estructura/agencia y de establecer dialécticamente la relación individuo-sociedad, señala que la tarea de la sociología es revelar las estructuras más profundas de los diversos mundos sociales que constituyen el universo social y los mecanismos que aseguran su producción y su reproducción.

Para este autor las estructuras existen dos veces: a) en la objetividad del primer orden, es decir, en la distribución de los recursos materiales y de los modos de apropiación de los bienes y valores socialmente escasos, a los que él denomina «especies de capital», siendo la educación y el capital económico lo más importantes en el mundo moderno; y b) en la objetividad del segundo orden, bajo la forma de sistemas de clasificación, de esquemas mentales y de esquemas corporales que fungen de matriz simbólica de las actividades prácticas, conductas, pensamientos, sentimientos y juicios de los agentes sociales.

La estructura objetiva está constituida por diversos mundos o campos sociales organizados en función de las especies de capital que existan en las sociedades concretas en determinada fase histórica.

En la modernidad, por ejemplo, se distingue capital social, cultural, económico y político[24]. En cada campo las posiciones que ocupan las personas están organizadas en función de la distribución de capitales, del monto de cada uno de ellos y de la antigüedad en la posesión de los mismos.

Las posiciones que se ocupan no solamente están relacionadas con los bienes materiales, sino con los modos de entender, decir, gustar y actuar en y sobre el mundo. A la matriz simbólica y a las categorías de clasificación, de percepción (razonamiento) y de apreciación (gustos) Bourdieu las denomina disposiciones y también *habitus*, los cuales estructuran desde adentro las acciones y representaciones de los actores sociales a las que Bourdieu llama tomas de posición, pues él considera que son puntos de vista diversos inteligibles dentro de los espacios de posiciones existentes en los campos sociales y en el universo social.

De esa manera Bourdieu establece una relación intrínseca y dialéctica entre posiciones, disposiciones y tomas de posición, que es una forma de superar no solo la dicotomía estructura/agencia, sino también la separación individuo-sociedad.

Los *habitus*, que configuran la matriz interna que permite actuar organizadamente a cada individuo en su entorno social, son adquiridos mediante la socialización que ocurre dentro de familias y grupos integrantes de clases sociales; la estructuración interna de los sujetos es una estructuración similar y a la vez diferenciada por clase, género y tradición cultural. A las mismas posiciones corresponden similares disposiciones y, con alta probabilidad, parecidas tomas de posición.

Bourdieu ejemplifica el impacto diferenciador que la organización del mundo social tiene sobre la configuración de la matriz interna que da lugar al desarrollo de la persona social a través del análisis de la construcción social del gusto y de las orientaciones políticas individual y de clase, y muestra que estas están marcadas por los hábitos adquiridos

[24] Ver Bourdieu (1990, 1997).

en la socialización y por las posiciones que se ocupan en los campos[25]. En el planteamiento de Bourdieu existen tantos modos de decir, pensar y gustar del mundo como posiciones hay, y por ello también hay una lucha simbólica y no simbólica constante por imponer el punto de vista propio, pero no a todos les es reconocida socialmente la legitimidad para hacerlo; es decir, no todos tienen el poder de nominar. Debido a lo anterior los *habitus* individuales y colectivos están sujetos a diferentes valoraciones en el mundo social y, por tanto, a muy distintas posibilidades de realización o de exclusión, con lo cual se refuerza el carácter multidimensional de la desigualdad: personal, material y simbólico.

8.4 A modo de síntesis: resultados de los procesos de socialización: adaptación, resistencia y creatividad

Es importante destacar que el proceso de socialización no implica una «programación cultural», por el contrario, sin este sería imposible que la persona desarrolle la capacidad de reflexionar y actuar autónomamente y un sentido de identidad propia (que involucra una dimensión individual, resultado de la biografía personal, y otra grupal, fruto de la pertenencia a identidades colectivas identificadas culturalmente: país, clase, género, etnia, religión y profesión, entre otras).

La identidad de la persona no está constituida por características inmutables, sino por características relacionales sometidas a cambios a lo largo del tiempo. El sentido de identidad del yo en la modernidad tardía se asienta tanto en las experiencias del sujeto como en la elaboración de un discurso personal sobre ellas. Giddens[26] afirma que «[…] la identidad del yo, como fenómeno coherente, presupone una crónica: se explicita la crónica del yo constantemente […] una autobiografía —en especial en el sentido amplio de historia interpretativa del yo,

[25] Ver Bourdieu (1991).

[26] Giddens (2000, pp. 100-101).

presentada por el individuo en cuestión, tanto si está puesta por escrito como si no— se sitúa en la actualidad en el centro de la identidad del yo en la vida social moderna». La identidad del yo, basada en la propia crónica autobiográfica, es el yo entendido reflexivamente: es esta dimensión reflexiva la que otorga sentido de continuidad y coherencia a cada ser humano en medio de las contingencias de la vida y de las continuidades y rupturas experimentadas.

Capítulo IX
Marco de referencia de la acción

El marco de referencia de la acción social tiene como eje central el estudio de los procesos y componentes que intervienen en el comportamiento humano. Si bien al inicio y durante largo tiempo se le identificó fundamentalmente con el análisis de la acción individual, en la actualidad abarca también los ámbitos de la acción colectiva. Dado que las teorías sociológicas están referidas a explicar la conducta humana en sus diversas formas, todas las escuelas cuentan al respecto con propuestas teóricas que difieren por su mayor o menor grado de elaboración. En lo que sigue se presentarán los postulados básicos de algunas de estas propuestas.

9.1 Acción social y contextos sociohistóricos

Los seres humanos, como se explicó en el punto anterior, para desenvolverse y actuar necesitan orientaciones culturales, gran parte de las cuales se asientan en convenciones construidas a lo largo del tiempo, que pueden basarse o no en conocimiento fiable y guardar o no correspondencia con los hechos: lo indispensable es contar con una guía para la conducta y la interacción. Por estas razones, Elias (1989) considera necesario estudiar la manera en que históricamente se presenta

la relación de lo racional con la fantasía, y las distintas formas que las sociedades han usado y usan para suplir la falta de conocimiento certero. Los valores, junto con la fantasía, la imaginación y los saberes cotidiano y metódico, juegan un papel central en la orientación de la conducta.

La acción humana siempre ocurre dentro de marcos sociales determinados o arreglos organizativos e institucionales específicos (AOIE), ejemplo de los cuales son los tres tipos ideales de sociedades mencionados a lo largo del texto: tradicional[1], moderna y contemporánea o actual. Dentro de cada marco social específico la acción se encuentra tamizada por la pertenencia de los actores a determinadas clases, subculturas, género y a distintos grupos y organizaciones. Estas entidades, a la vez que posibilitan las acciones, las controlan mediante el uso de sanciones positivas o negativas, pues cada una de ellas define, de acuerdo a sus fines y ámbitos de actividad, cuáles son los comportamientos adecuados.

Aún cuando se mantiene la disputa acerca de cuál es el factor fundamental —si los motivos de los individuos o los constreñimientos de la estructura social—, los enfoques sociológicos muestran y reconocen que la distinta configuración de las sociedades y las diferentes posiciones que se ocupen en ellas inciden y están relacionadas con las diversas costumbres, valores, fines y medios que orientan sus acciones, así como con sus oportunidades de realización personal y estilos de vida.

En las sociedades tradicionales las fuentes principales de orientación son la religión, la magia, los usos, las costumbres y las tradiciones familiares. Las actividades cotidianas se desarrollan dentro de los espacios locales, y los vínculos sociales, que presentan una densa interacción, se desarrollan al interior de los grupos de pertenencia, con escasa relaciones extra grupales.

---

[1] Dentro de este tipo, Lenski distingue varios subtipos: sociedades de cazadores y recolectores, agrícolas y agrarias (Egipto, China, Grecia, Roma antigua, la cultura inca). Ver Lenski, Nolan & otros (1997).

En la sociedad moderna, como parte del proceso de individuación[2], los intereses se tornan más personales y, al contrario de lo que ocurre en la tradicional, existe una fuerte interdependencia funcional entre grupos y sociedades pero disminuye la fortaleza y densidad de los lazos interpersonales. Las personas se separan de sus raíces locales y familiares y se ven enfrentadas a tomar decisiones más en respuesta a lo que el medio social les exige y menos en función de la tradición, los usos y las costumbres: su posición social y las demandas que deben atender dependen crecientemente de la división del trabajo social y cada vez menos de sus entornos más próximos.

En ambos tipos de sociedades las personas tienen intereses individuales. La diferencia está en que en las modernas no solo prima el interés particular y la racionalidad instrumental —utilizar los medios más adecuados para alcanzar los fines que se buscan en el menor tiempo y con el menor costo posible— como guía de la acción, sino que los sujetos tienen que modelar su carácter para actuar adecuadamente en un mundo que además de diferenciado se encuentra profusamente articulado. Esto exige desarrollar y ejercer una cuidadosa metodización de la conducta, lo que implica autocontrol de los afectos y las emociones, además de responsabilizarse por sus acciones y por sus consecuencias y, por tanto, aprender a prever los resultados de sus actos. En las sociedades modernas alcanzar los propios intereses supone aprender a postergar su satisfacción inmediata[3]. La metodización de la conducta, expresión a nivel de los individuos del proceso general de racionalización, está también vinculada con los diversos procedimientos utilizados

[2] Para Beck la individuación hace referencia al proceso por el cual las fuentes colectivas que dan significado a la sociedad moderna (la familia y el trabajo) se agotan y el individuo busca de forma independiente una identidad en la nueva sociedad. Esto no significa el fin de la sociedad, pues Beck muestra hasta qué punto esta búsqueda también supone un tipo específico de socialización y determinantes societales. Ver Beck (1998a, 2003).

[3] Ver Elias (1987); Weber (2003) y Plaza (2005).

por los empleadores, los gobiernos y las iglesias para someter a vastos sectores de la población a la disciplina requerida por los cambios en marcha[4].

En la actualidad existen dos interpretaciones principales sobre la relación entre acción social y marco institucional en las sociedades contemporáneas:

1. Una que sostiene que estamos en una nueva etapa histórica caracterizada porque la fragmentación cultural —aunque también existe evidencia empírica que permitiría afirmar lo contrario; por ejemplo, movimientos mundiales ecologistas, homogenización de gustos musicales juveniles, multiplicación de redes sociales virtuales, estandarización de patrones de consumo urbano, adopción de modelos similares de familia citadina, manejo sistemático de los sistemas simbólicos para producir información y generar conocimiento— y la gran insatisfacción con el orden vigente[5] han puesto fin a la vigencia de la modernidad y de sus llamadas promesas o metarrelatos (felicidad general, ciencia, progreso, razón, revolución) e inaugurado una nueva época: la posmodernidad. Desde este punto de vista, dado que no existen valores universales a compartir y que se han desbocado los sistemas orientadores de las conductas individuales y colectivas, lo más sensato es guiarse por valores y verdades locales y asumir la tarea de construir la propia identidad.

2. Otra que sostiene la vigencia de la modernidad expresada en una nueva etapa que algunos denominan modernidad tardía. Diversos autores, entre los que se encuentran Bauman (2003), Bell (1976), Castells (1995), Drucker (1994), Elias (1994) y Held (2001), llaman la atención, desde diferentes ángulos,

[4] Thompson (1977).

[5] Ver Vattimo (1998, 2002) y Jameson (1996, 1999).

sobre las distintas fases (temprana, intermedia y tardía) que en la modernidad, bajo la égida del capitalismo, ha atravesado el proceso de imponer disciplina sobre las personas y las consecuencias que han acarreado sobre su carácter y conducta. En un primer momento de su desarrollo el capitalismo exigió disciplina en el trabajo y en el consumo, para posteriormente seguir demandando entrega en el ámbito laboral pero propiciando el consumismo en el ámbito personal y familiar hasta convertirlo en sinónimo de realización y felicidad individual. Bauman sostiene que en la actualidad las personas han pasado de guiar sus conductas por los intereses a hacerlo por los deseos y los anhelos, lo que implica acortar en cada fase la distancia entre el momento de querer algo y el instante de obtenerlo. Esta transformación acarrea graves y negativas consecuencias en el carácter, en los modos de interacción de las personas y en sus comportamientos frente a la política y a la vida en común.

9.2 Determinación y libertad de los actores en el desempeño de sus acciones

Las respuestas que se den a la pregunta que inquiere sobre el grado de libertad que tienen los actores sociales para decidir el curso de sus acciones guardan estrecha relación con las posiciones que se adopten frente a varios asuntos centrales, entre los cuales se encuentran los siguientes:

1. La dicotomía individuo-sociedad.
2. Las causas que se privilegian para explicar las acciones humanas: i) motivos, intereses o impulsos; ii) una realidad externa—bien estructural, bien cultural— que les impone formas de conducta; o iii) una combinación de ambos condicionantes.
3. El grado de conocimiento que los enfoques teóricos estiman que los actores poseen y ejercen para emprender y realizar sus conductas.

> Algunos enfoques —sería el caso del estructural funcionalismo desarrollado por Parsons— propician la imagen de que los seres humanos no tienen mayor dominio de lo que hacen cuando actúan; en tanto que otros, entre los que se encuentra la etnometodología, en abierta crítica a los anteriores, sostienen la preeminencia del empleo de reglas y métodos de comunicación y producción de significados de modo activo por parte de los actores. Otro enfoque, entre las que se encuentran las posiciones desarrolladas por Giddens y Bourdieu, sostienen que en toda acción existen tanto componentes conscientemente manejados por los actores como otros —entre los que incluyen factores motivacionales y estructurales— de los cuales estos no son conscientes.

El debate no es materia privativa de la sociología, pues forma parte de las distintas orientaciones valorativas y teorías filosóficas, religiosas, políticas, psicológicas y jurídicas que buscan definir tanto la conducta apropiada y la transgresora en cada campo como la responsabilidad que le corresponde al actor para alcanzarla o, en su defecto, para acatar las sanciones por haber incumplido la norma.

En la vida cotidiana este es uno de los dilemas existenciales que con mayor o menor frecuencia, y con distintos grados de elaboración y carga emocional, todos los miembros de una sociedad enfrentan en distintas etapas de sus vidas. En ciertas circunstancias las personas prefieren presentarse como independientes y libres de cualquier condicionamiento, sobre todo cuando buscan afirmar su autonomía y/o mostrar sus logros, mientras que en otras enfatizan las restricciones socioestructurales que les impidieron alcanzar sus metas o que las impulsaron a conducirse de una manera y no de otra, especialmente cuando son criticadas por sus acciones.

A pesar de los puntos de vista encontrados se puede afirmar que la mayoría de enfoques sociológicos no acepta ni una determinación

ni una libertad absolutas, ya que empíricamente se constata que para hacer posible la vida en común concurren dos procesos simultáneos: por un lado, las sociedades exigen a sus miembros asumir la responsabilidad individual de sus actos dentro de parámetros institucionales; a la vez que, por otro lado, las personas de hecho están sujetas a relaciones de interdependencia y a condicionamientos específicos diferenciados. Las exigencias de responsabilidad y los condicionamientos favorables y desfavorables no están repartidos equitativamente ni posibilitan las mismas oportunidades de realización personal a todos los miembros de la colectividad institucionalizada.

No siempre la acción transcurre de acuerdo a las pautas dictadas por la socialización e institucionalización, pues también está abierta a la desviación social, entendida como la trasgresión de una norma culturalmente definida[6]. Así, la desviación social forma parte de los tipos de acción social y debe analizarse en relación con los procesos de socialización y de institucionalización, así como en relación con las oportunidades y posibilidades que estos abren o cierran a los individuos y a las colectividades. Todo proceso de institucionalización supone también uno de desinstitucionalización, dado que en la vida social, desde el punto de vista de la larga duración histórica, no hay nada fijo. No toda desviación social constituye un elemento negativo para la sociedad y, en muchas ocasiones, ciertas transgresiones de las normas en un momento dado pueden convertirse en elementos de cambio positivo en otro e incluso tornarse en la forma de conducta culturalmente definida como normal[7].

En lo que sigue, con el propósito de señalar los principales aspectos del marco de referencia de la acción social, se presentarán los modelos analíticos desarrollados por Weber, Parsons, Giddens y Turner.

---

[6] «Desviación (o conducta desviada) es lo que la gente entiende o define como tal a la vista de que alguien está violando o transgrediendo una norma cultural». Macionis & Plummer (1999, p. 206).

[7] Sztompka (1995, capítulo 17).

9.3 Modelos analíticos de acción social: Weber y Parsons

Weber

Weber prioriza en sociología el análisis de la acción social, por lo cual la tomó como punto de partida para definir el objeto y método de la disciplina: «Debe entenderse por sociología (en el sentido aquí aceptado de esta palabra, empleada con tan diversos significados): una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos»[8].

Tal como Weber define en *Economía y sociedad* a la acción social —aunque siempre supone un proceso de interacción—, esta se refiere fundamentalmente a la acción individual: «Por "acción" debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo. La "acción social", por tanto, es una acción en donde el sentido mentado[9] por el sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por esta en su desarrollo»[10]. «La acción social (incluyendo tolerancia u omisión) se orienta por las acciones de otros, las cuales pueden ser pasadas, presentes o esperadas como futuras (venganza por previos ataques, réplica a ataques presentes, medidas de defensa frente a ataques futuros). Los "otros" pueden

[8] Weber (1969, p. 5).

[9] «Los conceptos constructivos de la sociología son típico-ideales no solo externa, sino también internamente. La acción *real* sucede en la mayor parte de los casos con oscura semiinconsciencia o plena inconsciencia de su "sentido mentado". El agente más bien "siente" de un modo indeterminado que "sabe" o tiene clara idea; actúa en la mayor parte de los casos por instinto o costumbre […] Una acción con sentido efectivamente tal, es decir, clara y con absoluta conciencia es, en la realidad, un caso límite […] Pero esto no debe impedir que la sociología construya sus *conceptos* mediante una clasificación de los posibles "sentidos mentados" y como si la acción real transcurriera orientada conscientemente según sentido». Ibíd, p. 18.

[10] Ibíd, p. 5.

ser individualizados y conocidos o una pluralidad de individuos indeterminados o completamente desconocidos […]»[11].

Basándose en las diferencias elaboradas por Tönnies entre sociedad y comunidad y entre las dos intencionalidades que las distinguen respectivamente, la instrumental o racional (*Kürwille*) y la emocional o esencial (*Wesenwille*)[12], Weber planteó la distinción entre sociedad moderna y tradicional de acuerdo a su formulación de cuatro tipos ideales de acción: «1) racional con arreglo a fines: determinada por expectativas en el comportamiento tanto de objetos del mundo exterior como de otros hombres, y utilizando esas expectativas como "condiciones" o "medios" para el logro de fines propios racionalmente sopesados y perseguidos; 2) racional con arreglo a valores: determinada por la creencia consciente en el valor —ético, estético, religioso o de cualquier otra forma como se lo interprete— propio y absoluto de una determinada conducta, sin relación alguna con el resultado, o sea puramente en méritos de ese valor; 3) afectiva: especialmente emotiva, determinada por afectos y estados sentimentales actuales; y 4) tradicional: determinada por una costumbre arraigada»[13], señaló que las dos primeras predominan en la sociedad moderna y las dos últimas en la tradicional.

Sin embargo, Weber advierte que en la vida cotidiana la acción llevada a cabo por los sujetos se sustenta en combinaciones de los cuatro modos de acción, según los espacios en los que se efectúen, y se realizan, la mayoría de las veces, con escasa conciencia de su sentido mentado. Para atender la diversidad de posibles combinaciones y los distintos grados de conciencia de los actores propone utilizar a la acción racional como el prototipo conceptual de acción frente al cual medir el comportamiento real, advirtiendo que el sociólogo debe tener cuidado

[11] Ibíd, p. 18.

[12] Giner (1998, p. 5).

[13] Weber (1968, p. 20).

de no confundir este procedimiento metodológico con una orientación racionalista para el análisis de la acción. Adicionalmente, para evitar equívocos[14], es necesario recordar que para Weber los sujetos siempre actúan dentro de marcos valorativos definidos socioculturalmente.

El enfoque de la acción social weberiano ofrece un modelo analítico, aplicable al estudio de cada tipo de acción, compuesto por los siguientes aspectos:

1. La conducta visible del sujeto.
2. El sentido subjetivo e intencional que le atribuye el actor a su acción.
3. La orientación hacia los otros (presentes o ausentes).
4. La conducta esperada (aunque este aspecto conserva un carácter implícito en su propuesta).

En función de estos elementos tanto los actores sociales en la vida cotidiana como los sociólogos proceden a la interpretación de la acción, proceso que en su núcleo básico consiste en establecer, de un lado, la relación entre conducta visible y sentido subjetivo y «motivos»[15]; y, de otro, la relación entre estos aspectos y la conducta esperada. La interpretación puede realizarse por dos vías: la que Weber llamó endopática, que consiste en atender fundamentalmente a los estados emocionales del actor social; y la interpretación racional, dirigida a entender los procedimientos cognitivos seguidos por el actor. Asimismo, Weber distingue dos momentos posibles en la interpretación: la que ocurre de inmediato, a la que llama actual; y la que se realiza con un análisis posterior, a la que denomina explicativa. La interpretación siempre está

[14] Algunos autores, al presentar a la acción racional con arreglo a fines como la única acción con sentido en el mundo moderno, malentienden la propuesta teórico-metodológica de Weber.

[15] Weber (1969) advierte que la interpretación de los motivos es siempre problemática debido a que en muchos casos los actores no los conocen con claridad y, en otros, tienden a disfrazarlos o a alcanzar razones falsas.

sujeta a error y, en todo caso no pretende una validez absoluta, sino establecer la probabilidad de que una conducta determinada ocurra dadas ciertas circunstancias[16].

Parsons

Parsons (1902-1979), en su texto *La estructura de la acción social*[17], publicado por primera vez en 1937, buscó hacer frente a las teorías individualistas de la acción social que la reducían a la esfera de los intereses personales, para lo cual elaboró una síntesis de los enfoques teóricos de los sociólogos europeos que consideró más relevantes. Dicha obra constituye su primer intento de elaborar una teoría general sociológica altamente formalizada[18].

Su propósito inicial —en franca oposición a la entrada mecanicista de la acción que la hacía depender de fuerzas externas— era construir lo que llamó una teoría voluntarista de la acción[19] partiendo de las necesidades, impulsos y motivos de los sujetos con el fin de analizar el grado de libertad que poseen y los tipos de orientación que emplean para conducirse en la vida cotidiana.

Inspirado en las ciencias físicas asume como noción básica de la teoría sociológica al acto-unidad[20] (lo que Weber llamó «acción social»), para cuya comprensión plantea que los seres humanos están sometidos a un conjunto de necesidades fisiológicas, emocionales y sociales cuya satisfacción específica se torna en fines de su actuación, lo que implica seleccionar determinados medios con base en la información que tengan a mano.

---

[16] Ver Weber (1969, pp. 5-45); Giddens (1985, cap. 11); Parsons (1968a, caps. 16-17).

[17] Parsons (1968a).

[18] Para una presentación sistemática de sus principales ideas, ver Alexander (1995) y Habermas (1989-1990).

[19] Parsons (1968a, p. 45).

[20] Ibíd., cap. 2.

¿Cómo selecciona el ser humano los medios que considera más adecuados en función de la información con la que cuenta? Parsons responde que lo hace en función de tres dimensiones orientadoras: cognitiva: conocimientos que le posibilitan procesar la información; evaluativa: que le permite discernir los tipos de comportamiento en función de los valores y normas a los que se adscribe y de sus resultados; y catéctica: que se refiere a la aversión o agrado que le provocan personas, situaciones, ideas u objetos. Parsons distingue entre aquellas condiciones de la acción que están bajo el control de los actores y las que no, e indica que la acción puede dirigirse tanto hacia objetos sociales (individuos y sus personalidades, colectividades) como no sociales, entre los que incluye a los objetos físicos y culturales objetivados.

¿Cuáles son las fuentes de las orientaciones utilizadas por los sujetos? Responder esta interrogante requiere conocer la noción de sociedad elaborada por Parsons en un texto posterior, en el cual señala que las sociedades están constituidas por tres grandes componentes: sistema social, un conjunto interrelacionado de posiciones; cultura, que posee mayor cobertura que el sistema social dado que la red de relaciones y las interacciones siempre están envueltas por los aspectos valorativos y normativos que regulan a la sociedad. La cultura está integrada a su vez por tres subsistemas: subsistema de ideas, conocimientos y creencias; subsistema de valores orientadores; y subsistema de símbolos estéticos y expresivos. Los sistemas de la personalidad son el tercer componente y reúnen las características sociopsicológicas propias de los sujetos socializados. Los sistemas de personalidad no son derivados inmediatos ni de la cultura ni de lo social, pero están estrechamente relacionados con ambos, pues por medio de la socialización los sujetos introyectan los valores y reglas de su entorno en función de las posiciones sociales que ocupan y de los roles que desempeñan.

Los tres componentes se pueden distinguir analíticamente por razones teóricas, pero en el ámbito empírico se encuentran intrínsecamente relacionados. Además, los tres son claves para entender la acción

pues esta siempre está constituida por aspectos sociales, culturales y motivacionales.

Este modelo analítico de sociedad permite responder la pregunta sobre las fuentes de las orientaciones. Como se dijo, la intención inicial de Parsons fue desarrollar una teoría voluntarista de la acción tomando como eje la dimensión subjetiva de los actores pero, en un trayecto posterior de su recorrido académico, expresado en el libro publicado con Edward Shils en 1951 (*Hacia una teoría general de la acción*)[21], al preguntarse de dónde provienen las orientaciones que estos utilizan, concluye que se originan en el proceso de socialización mediante la internalización de valores y normas de cada uno de los subsistemas culturales institucionalizados: el subsistema cultural de las ideas, creencias y conocimientos fundamenta la orientación cognitiva; el subsistema simbólico-expresivo la catéctica; y el subsistema valorativo-normativo la evaluativa; es decir, terminó afirmando la dependencia de la acción y sus motivos con respecto a la dimensión institucionalizada de la cultura.

Finalmente, conviene establecer algunos puntos de comparación entre las propuestas de ambos autores. La importancia del modelo parsoniano reside en su utilidad para plantear la complejidad de la acción social y establecer la conexión entre las conductas, las personas, la cultura y la estructura social, pero su nivel de formalización y generalización y las posiciones que asume frente a las dicotomías centrales al privilegiar los polos del equilibrio, idealismo y estructura, llevan a descuidar las relaciones históricas y contradictorias en las que se desenvuelven las sociedades reales, más aún cuando su autor insiste en que la cultura es el elemento integrador de las mismas[22].

Otra limitación de su propuesta es centrar la atención en los aspectos institucionalizados de la cultura, valores y normas, y descuidar tanto la dimensión hermenéutica referida a las relaciones entre símbolos, ritos,

[21] Parsons & Shils (1968b), ver la primera y segunda parte. Además, ver Parsons (1966).

[22] Ver Mills (1997); Gouldner (1970); Elias (1994) y Alexander (1995).

mitos y producción de significados, como las habilidades y capacidades de los actores sociales no solo para reproducir sino también para cambiar el mundo social y simbólico[23].

Weber, como quedó dicho, al acercarse al entendimiento y análisis de la acción social, presupone la cultura y la estructura social para poner énfasis en la conducta manifiesta y en el sentido subjetivo que la acción tiene para el sujeto. Por el contrario, Parsons no presupone el universo cultural ni el sistema social, pero los asume de manera abstracta y ahistórica.

Weber apela a la historia para entender, dentro de procesos de larga duración, las particularidades de las sociedades capitalistas modernas, en tanto que Parsons toma como dadas las características de su propia sociedad, inscrita en el capitalismo de la modernidad media y tardía, y a partir de ellas formaliza una teoría con pretensiones de validez universal para explicar la organización y funcionamiento de las sociedades.

9.4 La interacción social como complemento y/o alternativa a los enfoques de acción social

La propuesta teórica de Parsons sobre la acción social ha sido criticada desde distintos ángulos por varios autores, entre los que se encuentran Mills, Homans y Garfinkel, y reivindicada en parte por Alexander, Habermas y Merton. Es Jonathan Turner quien ha planteado una crítica sistemática y general al enfoque de la acción social individual por considerar que usualmente los autores, al no abordarla en toda su complejidad, suelen concentrarse en alguno de sus aspectos descuidando otros; pero, sobre todo, porque a su juicio dicho enfoque es limitado de partida. Para superar estos problemas, Turner propone asumir como la unidad fundamental del análisis sociológico a la categoría de interacción social en lugar de la noción de acción social.

[23] Ver Blumer (1982, cap. 1); Garfinkel (2005).

9.4.1 Modelo analítico de Turner[24]: la complejidad de los procesos de interacción analizada desde la microsociología

Turner (1988) aborda el tema de la interacción explícitamente desde el ángulo de la microsociología y centra su atención en el análisis de los procesos sociales de copresencia, dejando entre paréntesis los componentes estructurales y culturales objetivados que trabaja la macrosociología. A su juicio, dado el desarrollo de la disciplina, resulta prematuro aplicar un enfoque teórico sobre la acción que pretenda establecer la relación entre ambos niveles de análisis.

Turner construye su modelo analítico sobre la interacción en diálogo crítico con varios autores (Weber, Parsons, Simmel, Freud, Mead, Giddens, Schutz, Durkheim, Garfinkel, Goffman, Habermas, Spencer, Collins) mediante el análisis sistemático de sus propuestas. Una de sus conclusiones centrales es que los sociólogos han tendido equivocadamente a definir y analizar la interacción social como si estuviese constituida por un solo y único proceso, el cual, según la orientación teórica de cada investigador, estaría organizado también en función de un elemento central, bien sean los motivos, por ejemplo, los intereses de los actores o su capacidad de reflexividad entendida no solo como «"autoconciencia" sino como el carácter registrado del fluir corriente de una vida social»[25].

Frente a esta tendencia Turner plantea que para estudiar la interacción social se deben distinguir y analizar sistemáticamente tres procesos o propiedades constitutivas de la misma: motivacionales —aquellos que proveen de energía y movilizan a los actores a interactuar—, interaccionales —las reglas, modos y gestos que emplean los actores para comunicarse e interpretarse entre sí— y estructurantes —conductas entre sujetos motivados que les permiten repetir y organizar interacciones a través del tiempo y del espacio—. Para cada uno de estos procesos

[24] Ver Turner (1988).

[25] Giddens (1995, p. 41).

construye un modelo analítico específico, el cual le permite establecer las relaciones y causalidades entre sus elementos integrantes.

El planteamiento de Turner, aunque esta no ha sido su intención, tiene una conexión directa con el proceso de constitución de la persona tratado en el acápite anterior y, especialmente, con el papel que juegan los motivos en su desempeño social. Los procesos motivacionales constituyen el sustrato básico a partir del cual los sujetos movilizan energías para interactuar con otros y emprender no solo acciones aisladas, sino, a decir de Schutz y Giddens, proyectos de acción, que implican actuaciones sostenidas en el tiempo para alcanzar objetivos de mediano y largo plazo, por lo que no siempre corresponde a cada acción individual un motivo particular[26]. Desde este punto de vista, es posible afirmar que tanto el desarrollo personal como el desempeño del actor social están sostenidos, por un lado, por el substrato motivacional originado en su proceso de constitución como persona; y, por otro, por el marco institucional y el tipo de interacciones a las que tiene acceso y que le posibilitan o impiden satisfacer las necesidades que a continuación se señalan.

En su modelo analítico sobre los procesos motivacionales Turner plantea que las personas están dispuestas a movilizar energía en la interacción en función de satisfacer necesidades psicosociales básicas para evitar estados de ansiedad difusa y para mantener la propia imagen. Entre las necesidades a atender él destaca los sentidos de pertenencia grupal, de confianza y seguridad ontológica, así como la búsqueda de satisfacción simbólica/material y de reafirmación del propio sentido de realidad.

Es en procura de responder a las necesidades descritas en el proceso motivacional que los actores, socializados en determinada clase, grupo cultural, género y trayectoria, deciden interactuar con otros y emprenden lo que Turner denomina proceso interaccional. En este segundo

[26] Sobre este aspecto han trabajado Schutz, Bourdieu y Garfinkel, entre otros. Giddens desarrolla una discusión al respecto en su libro sobre la teoría de la estructuración, y tanto él como Bourdieu hacen hincapié en el componente no consciente de gran parte de las acciones cotidianas, que se sostiene por las rutinas personales e institucionales y no solo por motivos que justifiquen inmediatamente cada actuación.

proceso los actores, haciendo uso de los modos de desempeño aprendidos, desarrollan y configuran una dinámica interaccional acorde con la situación social en la que se encuentran, para lo cual —y en función del rol que le toca desempeñar a cada uno— se hace uso de autoreferencias, de capacidades deliberativas y del *stock* de conocimientos a mano.

El proceso, en la medida que transcurra sin inconvenientes, implica el reconocimiento de los roles de los otros y una afirmación del propio mediante rituales y acciones dirigidas a prestar o reclamar atención pautadas en el tiempo; es decir, la interacción es un proceso y una situación —ambos sostenidos mutuamente por los participantes mediante la emisión e interpretación de significados verbales y no verbales— que supone tanto la definición del marco social en el que transcurre la interacción como la realización de prácticas compartidas.

Cada actor contribuye a construir el marco interaccional al asumir e interpretar el rol asignado y el de los otros. La construcción del marco atraviesa por varias fases, entre las que se pueden distinguir con claridad tres: inicial[27] —que requiere un alto empleo de energía para lograr que adquiera su configuración—; intermedia —donde se despliegan con mayor facilidad los procesos de interacción entre los participantes apoyados en el manejo de los rituales y de las mutuas expectativas—; y la fase de finalización y despedida. Cada fase está acompañada de rituales específicos que, al señalar una especie de curso natural a seguir, atemperan las ansiedades y facilitan la interacción. La creación y definición conjunta de un marco situacional se realiza mediante prácticas compartidas y el lenguaje, medio fundamental para producir e interpretar significados compartidos, tal como Mead lo señalara.

Para analizar el tercer proceso constitutivo de la interacción Turner construye un modelo que denomina modelo dinámico de procesos estructurantes, en el que distingue los siguientes subprocesos: regionalización, categorización, ritualización, normalización, estabilización y rutinización.

[27] En situaciones caracterizadas por una alta frecuencia de interacción y familiaridad esta fase se acorta para dejar paso inmediato a la segunda.

La estructuración inicial de toda interacción descansa en los procesos de regionalización y categorización. El primero consiste en situar la interacción, dentro de un marco de actividad específica —trabajo, estudio, juego—, en el tiempo y en el espacio, distinguiéndola así de otras que se desarrollan en otros ámbitos. Este proceso está estrechamente vinculado con el de categorización —o tipificación, como lo denominan otros autores— de personas, circunstancias, patrones de conducta esperados y grado de intimidad apropiado que convenga al tipo de interacción en curso. El entrelazamiento de ambos procesos permite a los actores aclarar el significado de la situación y posibilita que la interacción siga su cauce normal[28]; es decir, según el autor, de acuerdo a un patrón caracterizado por los siguientes procesos: ritualizar, normalizar —con base en la aceptación y aplicación común de normas, deberes y derechos apropiados a la situación—, estabilizar y rutinizar las expectativas, respuestas y conductas de los actores. Una vez puesto en marcha el conjunto de los procesos se inicia una retroalimentación entre ellos, lo que da lugar a la producción de ciclos diferentes a través de los cuales se sostiene la interacción.

Para obtener mayor utilidad del modelo de Turner conviene tener en cuenta las siguientes precisiones:

1. Las personas que han experimentado similares procesos de socialización, usualmente por compartir posiciones sociales semejantes, suelen compartir también hábitos, sensibilidades y visiones similares del mundo, por lo que existe una gran probabilidad de que tiendan a relacionarse entre sí. En la interacción

[28] Los actores regionalizan y categorizan actividades aún cuando no se trasladen espacialmente ni cambien de interlocutor: una pareja de esposos tiene una manera de interactuar cuando está en la intimidad y otra cuando asume obligaciones con respecto a la crianza de los hijos o al presupuesto familiar. Los seres humanos permanentemente están «traduciendo» situaciones para ubicarse adecuadamente y comportarse de acuerdo a ellas.

cotidiana los actores sociales propenden a buscar contacto con personas que reafirmen su sentido de realidad.

2. En toda interacción, de acuerdo a la situación en la que transcurre y a su duración, los sujetos usan determinadas autoreferencias: verbales y no verbales —maneras de vestir, gesticular, conducir la postura corporal, indicaciones al paso de dónde viven, estudian, a quiénes conocen— con el fin de ser reconocidos, y en ocasiones con el objetivo de proyectar una imagen que no necesariamente tiene correspondencia con la realidad. Mediante el uso de autoreferencias los actores, a la vez que se reconocen, construyen conjuntamente la situación en la que están interactuando, es decir, definen la situación, los modos adecuados y las mutuas expectativas de comportamiento. Las fallas en la definición mutua de la situación, originadas por distintos motivos, conducen a malos entendidos entre los actores, que pueden ir desde discretos y contenidos disgustos hasta actos de violencia verbal y física.

3. En toda interacción los actores ejercen capacidades deliberativas; de acuerdo a las circunstancias —lúdica, laboral, artística, afectiva—, unos las tendrán más desarrolladas que otros y tendrán mayor posibilidad de exponer sus puntos de vista, reafirmar su autoestima y alcanzar mayor gratificación personal. Parte del proceso de socialización permanente consiste en adquirir y mejorar dichas capacidades para usarlas oportunamente.

4. El *stock* de conocimientos que cada actor tiene a mano depende de la socialización familiar, escolar y laboral, relacionadas estrechamente con la clase social y el género de pertenencia. El *stock* de conocimientos no se refiere solo a los aspectos cognitivos que una situación dada requiera, sino también al dominio que se tenga de los modos y formas de comportamiento social y culturalmente definidos. Toda nueva situación que los actores tienen

que enfrentar siempre suscita ansiedad debido al temor de no saber comportarse de acuerdo a las reglas y de carecer del *stock* de conocimientos adecuados. Por eso, los rituales y las fórmulas convencionales, al ofrecer pautas de conducta preestablecidas, resultan importantes para facilitar la interacción y disminuir la ansiedad.

5. Definir la situación y asumir los roles que comporta facilita la interacción, pero ello implica siempre un trabajo de construcción social: los estudiantes y profesores saben qué es un salón de clases, pero cada vez que empieza el dictado de un curso se requiere de su concurso y participación para que socialmente exista como tal. Conviene tener presente que la definición de la situación y los procesos de interacción no están exentos de conflictos ni de competencias entre los actores sociales.

Las lógicas de la vida cotidiana: dos estudios desde interacción social

En el Perú los enfoques que dialogan con el interaccionismo simbólico no se desarrollaron con los inicios de las ciencias sociales, más cercanas al marxismo y al estructuralismo. Sin embargo, en los últimos veinte años han ido apareciendo diferentes trabajos que, utilizando las herramientas de autores de esta corriente, han problematizado diferentes temas. Dos trabajos que vuelven sobre estas temáticas son:

a) *Observando el aula: la etnografía y la investigación educativa*[29]. Este es uno de los primeros trabajos que analizan a la educación no solamente como resultado de una estructura económica o política específica, sino que intenta dar luces sobre el proceso de construcción de la relación profesor/alumno a partir de etnografías. La autora desarrolla una tipología de docentes a partir de las interacciones que descubre en aulas de colegios rurales.

[29] Muñoz (1992).

b) *¿Sabes con quién estás hablando? Un ensayo sobre la dinámica individuo-persona en la sociedad peruana*[30]. El trabajo de Santos, en ruta similar a la seguida por *El indio y el poder en el Perú*[31], plantea un enfoque sobre el racismo en el Perú que considera tanto las situaciones específicas en las que se manifiesta como los variados elementos que lo componen. En su trabajo Santos señala que, en los procesos de interacción, este fenómeno puede ser observado en su carácter situacional (uno es choleado o cholea dependiendo del contexto) y multivariable (al racismo peruano no solo lo define la raza), en coincidencia con los trabajos de Fuenzalida y otros, que se habían acercado al racismo desde una perspectiva tanto macrosocial e histórica como interaccional.

A diferencia de Turner, otros autores, entre los que se encuentran Elias, Bourdieu y Giddens, han abordado la acción y la interacción social a partir de modelos analíticos que explícitamente buscan establecer la relación entre los aspectos macro y microsociales de la acción social. A continuación se presenta un acercamiento sintético a las propuestas de Giddens.

9.4.1 Modelo analítico de Giddens: relación dialéctica entre estructuras e interacción

Para entender la propuesta de Giddens (1995) es necesario referirla tanto a su entendimiento del ser humano visto en el punto anterior como a su noción de estructura. En concordancia con varios autores, Giddens piensa que las nociones habituales de estructura y cultura, además de estáticas, son rígidas y concebidas como entidades separadas de los sujetos. En procura de superar estas limitaciones, Giddens define a la estructura como el conjunto de reglas (técnicas o procedimientos generalizables que se aplican a la escenificación-reproducción

[30] Santos (1999).

[31] Fuenzalida & otros (1970).

de las prácticas sociales y cuyo manejo, expresado sobre todo a nivel de conciencia práctica, es el núcleo mismo del «entendimiento» que caracteriza a los seres humanos) y recursos (de autoridad, que implica control sobre personas, y de asignación, que implica control sobre cosas y capitales) envueltos recursivamente en instituciones. Las estructuras existen en estado virtual y solamente se actualizan a través de las prácticas sociales. Las reglas y recursos son propiedades estructurales de los sistemas sociales que agentes entendidos utilizan y reproducen en el curso de una interacción. Giddens distingue tres grandes tipos de estructuras: de legitimación, de significación y de dominación en función de las reglas que las caracterizan, de los recursos que otorgan y del campo de actividad que organizan.

En función de lo anterior establece explícitamente la relación entre las estructuras de significación —dimensión simbólica y de organización de sentido de la realidad natural y social—; de dominación —poder personal e institucional—; y de legitimación —valores, normas y sanciones socioculturalmente definidos— y los componentes de la interacción: comunicación, poder y sanción, respectivamente. Esta relación resulta de lo que él denomina «dualidad de la estructura»: la estructura existe por las prácticas sociales pero, a su vez, las prácticas sociales son posibles porque existen las estructuras que les otorgan reglas y recursos. En sus términos, «las reglas y recursos que se aplican a la producción y reproducción de una acción social son, al mismo tiempo, los medios para la reproducción sistémica»[32].

En consecuencia, las personas actúan e interactúan con sentido y con significado no solamente porque tienen motivos e intereses particulares —los seres humanos realizan sus acciones y dan cuenta de estas con base en la conciencia discursiva, la conciencia práctica y elementos inconscientes—, sino también porque existen estructuras que posibilitan

[32] Giddens (1995, p. 55).

sus acciones, las cuales a su vez actualizan dichas estructuras[33]. Esta relación dialéctica conlleva el entendimiento —asumido también por varios autores— de dos postulados: la sociedad es el resultado no buscado de acciones individuales intencionales y la acción significativa más trivial supone la existencia de estructuras y cultura para hacerla posible.

Giddens también acota que los agentes sociales siempre pueden dar cuenta de las razones de sus conductas y de lo que se proponen obtener en las circunstancias inmediatas en las cuales actúan, pero sus explicaciones tienen la limitación de dejar de lado las condiciones inadvertidas y las consecuencias no buscadas de sus acciones.

Toda práctica social y, por tanto, toda acción e interacción ocurre y es comprensible dentro de una contextualidad ubicada en el espacio y el tiempo. En función de esta contextualidad Giddens distingue tres grandes tipos de sociedades: sociedades sin clases, sociedades divididas en clases y sociedades de clases, cada uno caracterizado por un conjunto de instituciones, organizaciones y universos simbólicos propios, y aunque cada tipo se ha configurado en distintos momentos históricos de la historia de la humanidad, coexisten dentro de relaciones asimétricas de poder que dan origen a complejos sistemas intersocietarios.

9.5 Acción colectiva

Los tres clásicos han abordado la acción colectiva desde distintos puntos de vista y con mayor o menor grado de elaboración. Durkheim sobre todo prestó atención a las conductas colectivas derivadas del pánico o de los efectos que ejercen sobre los individuos las asambleas o las revueltas. Weber también se acercó a la acción colectiva, sobre todo

[33] El ejemplo que usa es el de Saussure, quien distingue entre lenguaje (conjunto de reglas y recursos de la lengua) y habla (práctica cotidiana de actores sociales). Cuando hablamos actualizamos el lenguaje y podemos hablar porque existe el lenguaje; es decir, el lenguaje preexiste a los seres humanos individuales pero solo se actualiza a través del habla cotidiana.

cuando analiza las posiciones de estatus y de clase y concluye que estas pueden conducir a la agrupación y al reconocimiento común de intereses y, por lo tanto, a la acción colectiva, como sería el caso de que, dadas determinadas circunstancias, obreros que ocupan similares posiciones decidan actuar políticamente. Finalmente, Marx es, de los tres clásicos, el que mayor atención prestó al análisis de las condiciones subjetivas y objetivas que podrían conducir a la acción colectiva revolucionaria por parte de los trabajadores en procura de derribar el orden capitalista.

Si bien desde los inicios de la sociología estos temas han estado presentes en los trabajos de los diversos autores, es recién alrededor de mediados del siglo pasado que la acción colectiva se constituye en un punto central de la agenda sociológica. Reflejando cambios en la estructuración de las clases sociales y en los universos simbólicos de las mismas, como también el agotamiento de las estructuras de legitimación política de los Estados, surgieron en los países del capitalismo avanzado en Europa y Estados Unidos, durante los años sesenta y setenta, los llamados movimientos sociales, los cuales prontamente se convirtieron en un campo de estudio sociológico —el de la acción colectiva— que implicó desarrollar enfoques teóricos y metodológicos para su análisis y comprensión. Uno de los primeros trabajos al respecto es el de Smelser (1963). En América Latina el estudio de dichos movimientos se inició en la década de los años ochenta.

El campo de la acción colectiva[34] incluye contemporáneamente, entre otros, el estudio de cuatro grandes y diferentes procesos: las revoluciones; los movimientos sociales en busca de soluciones en distintos campos de la vida humana que los canales institucionales niegan o no ofrecen; las acciones colectivas cooperativas en procura de alcanzar objetivos comunes impulsados por las nuevas corrientes en el campo

[34] Para el caso del Perú ver, entre otros, Ballón (2006, pp. 17-64); Grompone (2005, p. 80); Meléndez (2005); Panfichi (2007); Pizarro, Saito & Trelles (2005, pp. 65-152); Reátegui (2007); Tanaka (2009); Remy (2008, pp. 81-98).

del desarrollo socioeconómico; y las acciones colectivas virtuales coordinadas a partir de las nuevas tecnologías de comunicación en función de temas que atraviesan fronteras y estratos sociales.

9.6 A modo de conclusión

Los distintos modelos sobre la acción y la interacción presentados, a pesar de sus diferencias, muestran la íntima conexión existente entre el ser y el obrar de las personas y los contextos socioculturales en los que se desenvuelven y el estrecho vínculo entre las acciones individuales y las condiciones estructurales para su realización. Bien miradas las cosas, los modelos y procesos estudiados muestran que la acción individual siempre transcurre dentro del marco de la acción colectiva, entendiendo por esta última no solo su expresión asociativa encarnada en grupos contemporáneos, sino también la dimensión institucional que norma y regula el comportamiento individual, construida socialmente a lo largo de generaciones y producto no buscado de múltiples acciones intencionales.

En toda interacción y práctica social está presente el poder, referido tanto a su dimensión institucional como a la capacidad individual de movilizar recursos de distinta índole para alcanzar determinados fines; ambas dimensiones concurren para hacer posible —o no— que el actor logre sus objetivos. En síntesis, en todas las interacciones y prácticas sociales, además de la agencia personal, se encuentran presentes componentes estructurales —clases, posiciones y jerarquías— y culturales —valores, normas y significados— que, a la vez que posibilitan las prácticas, son reproducidos por estas.

Capítulo X
Marco de referencia de las instituciones y de la cultura

10.1 Consideraciones preliminares: multidimensionalidad de la cultura y definiciones contrapuestas

Los seres humanos, como se vio en el acápite sobre el marco de referencia de la persona, debido a las características de su configuración biológica, requieren de la cultura para desarrollar una estructura interna que les permita conducirse organizadamente. A diferencia de tendencias afines a los postulados de Freud, la sociología sostiene que tanto la cultura como la psique humana tienen historia y se transforman interdependientemente a lo largo del tiempo (Elias; Berger y Luckmann). La complejidad de estos procesos convierten a este marco de referencia en un campo de estudio sumamente estimulante y exigente, pues además de contener sus propios temas de análisis, constantemente ampliados por las transformaciones en los modos de vida de las sociedades[1], es el articulador por excelencia entre los marcos de referencia de la persona, la acción y la estructura social.

---

[1] Por ejemplo, actualmente se encuentran en revisión, entre otros, los siguientes aspectos:
1. La habitual relación que se establecía entre cultura, estructura social y territorio, expresada en antropología en el vínculo entre cultura y sociedades locales, y en sociología en la conexión entre cultura y Estado-nación.

En tanto sostén fundamental —institucional, práctico y subjetivo— de las formas de ser, entender, actuar e interactuar de las personas y grupos, la cultura, objeto central del análisis sociológico, exige prestar atención a sus múltiples dimensiones para evitar caer en el reduccionismo. Parsons, por ejemplo, autor de la definición sociológica más básica de cultura —conjunto de fines, valores, normas, pautas y expectativas que caracterizan a un grupo con permanencia en el tiempo—, privilegió sus aspectos institucionales porque consideraba que era la forma más simple y directa de abordarla y de establecer sus relaciones con la estructura y los sistemas de personalidad[2].

Pero la cultura, además de la dimensión institucionalizada que se expresa en valores y normas generales de conducta, posee también una dimensión subjetivada: la necesidad —y las capacidades— que tienen las personas de ser adiestradas en producir e interpretar significados para hacer posible su existencia y construir su identidad.

Ambas dimensiones, a su vez, reposan en múltiples sistemas simbólicos mediante los cuales se reproduce la vida individual y colectiva. Debido a este amplio rango de fenómenos que abarca se producen distintas y, en ocasiones, contrapuestas formas de conceptualizarla[3]:

1. producción artística y humanística a la que el tiempo y la costumbre le ha otorgado la categoría de clásica;
2. modos adecuados de comportamiento en las distintas situaciones en que opera la interacción social;

2. La relación entre los agentes y la cultura.
3. La relación o identificación entre cultura e identidad individual, grupal, étnica o nacional.
4. La relación entre cultura, individualidad y subjetividad.
5. La autonomía de la cultura.
6. La relación entre cultura, ciencia y producción.

[2] Alexander (1990).

[3] Ver Bourdieu (1990); De la Cadena & Stern (2010); Grimson (2011); Jenks (1993); Williams (1981).

3. conjunto de valores trascendentes y tradiciones que constituyen la identidad de una sociedad dada;
4. conjunto de usos, costumbres y modos de vida que distinguen a un grupo o pueblo en particular;
5. cosmovisiones que fundamentan las explicaciones últimas sobre el sentido y origen de la vida, la naturaleza y las creencias de los pueblos;
6. ideas sostenidas por las clases dominantes con el propósito de mantener y legitimar su poder sobre los grupos dominados;
7. grado de conocimiento científico alcanzado en una época determinada;
8. capacidad propia de los seres humanos de sentir, pensar y actuar mediante la producción e interpretación de significados compartidos;
9. toda creación humana diferente a lo producido por la naturaleza;
10. conjunto de valores y normas con autonomía propia que sustentan las prácticas sociales y las orientaciones de conducta de los actores sociales;
11. valores, normas y visiones del mundo derivados de la base económica de la sociedad.

Todas estas distintas definiciones pertenecen efectivamente al campo general de la cultura, pero a su vez cada una de ellas hace alusión a un aspecto de la misma. ¿Cuáles son entonces los elementos que nos permiten reconocer que, en medio de sus diferencias, todas pertenecen al mismo campo común?

Con el propósito de responder a esta pregunta en la siguiente parte se presentarán primero las controversias habituales en sociología sobre el concepto de cultura y, luego, la noción de sistema simbólico como instrumento para diferenciar y relacionar los distintos aspectos que la integran.

10.2 Controversias sociológicas sobre la noción de cultura

Las principales controversias para definir la cultura se pueden agrupar alrededor de los siguientes núcleos problemáticos:

1. Ámbito que abarca: de un lado, existen enfoques que reducen en extremo el espectro de la cultura al definirla bien como conjunto de obras artísticas y humanistas denominadas clásicas y canónicas, o como visión del mundo —impuesta o no—generada por las clases dominantes. Por el contrario, otros enfoques postulan una visión muy amplia y abarcante de la cultura al definirla como modo de vida que caracteriza a todo grupo humano con permanencia en el tiempo.

2. Así, por ejemplo, mientras Marx hace hincapié en la ideología —entendida a partir de su afirmación de que las ideas dominantes sobre el mundo social son las de las clases dominantes—, Weber más bien se refiere al papel general que cumplen los valores, las ideas, los usos y las costumbres en la orientación de la conducta y en la competencia por legitimar o deslegitimar los diferentes estilos de dominación[4].

3. Elementos comunes versus elementos específicos: la interacción y las prácticas sociales se desenvuelven tanto a través de las múltiples y asimétricas formas de relaciones intergrupales como intragrupales que mantienen los miembros de las sociedades: las primeras dan origen a los elementos culturales comunes o generales; las segundas a los elementos culturales específicos y propios de cada agrupación. La construcción y transformación de ambos tipos de elementos está mediada por las relaciones de género, por las relaciones de clase y por los modos de relacionarse

[4] En este debate también está presente la cuestión sobre la multicausalidad y la monocausalidad en los procesos históricos.

con la naturaleza. El énfasis puesto en uno u otro de estos elementos conduce a distintas valoraciones del papel jugado por la cultura: los autores que prestan atención a los elementos específicos tienden a destacarla como la característica más valiosa de cada grupo que conforma el género humano, en tanto que los que hacen énfasis en sus aspectos generales subrayan su papel funcional para mantener la integración valorativa consensual o para facilitar la dominación de unos grupos sobre otros a través de la manipulación y el engaño.

4. Autonomía: en el debate sociológico se ubica a la cultura o bien como un componente que goza de autonomía total o, por el contrario, se la entiende como derivada de las otras dimensiones sociales.

5. Las discrepancias conceptuales entre Marx y Weber, que se prolongan hasta nuestros días a través de los trabajos de distintos autores, se deben en parte al peso específico que cada uno le otorga a la cultura: para el primero, en tanto la concibe como un subproducto de la infraestructura o base económica, tiene un estatus secundario, mientras que el segundo considera que posee existencia propia e independiente de la base económica y que ambas dimensiones pueden influenciarse mutuamente. Contemporáneamente, autores marxistas y no marxistas postulan la relación dialéctica entre la base económica y la cultura, y afirman que toda actividad humana posee una dimensión significativa (Alexander, Castells, Godelier, Williams).

6. Grados de cristalización y fluidez de la cultura y de libertad o constreñimiento de los actores: en uno de los extremos la cultura es vista como una dimensión altamente objetivada, constrictiva y determinante de las actitudes y comportamientos de los agentes sociales, en tanto que en el otro se la entiende como sujeta a los significados producidos e interpretados por los individuos, privilegiando el ángulo subjetivado de la cultura.

7. El término de cultura objetivada refiere a los valores y normas, los que —según Durkheim— son coercitivos y externos a los sujetos y en las sociedades modernas, debido a la división social del trabajo, se diversifican y multiplican. Parsons, como queda dicho, se caracteriza por privilegiar el análisis de la dimensión objetivada de la cultura —valores, normas, pautas y expectativas—; Garfinkel la subjetivada, prestando especial atención a los métodos y recursos que ponen en juego los actores al interactuar entre sí; mientras que Mead, Elias y Berger y Luckman consideran indispensables ambas dimensiones.

8. Integración o conflicto: por un lado la cultura es considerada como el ámbito de integración social por excelencia, mientras que por otro se la concibe como un campo de lucha simbólica. Así, en la perspectiva de Parsons, la cultura presenta un carácter unitario y homogeneizador, pues supone que valores y normas compartidos por todos los miembros de la sociedad posibilitan su integración y equilibrio. Por el contrario, para Weber y para Bourdieu la cultura es un campo de disputa entre grupos que ocupan distintas posiciones en el universo social.

9. Inmutabilidad o cambio: unos entienden a la cultura como un elemento esencialmente inamovible, en tanto que otros, dado que la cultura es un campo de lucha entre los distintos grupos y clases por definir las respuestas a los problemas de la vida social —los cuales también se modifican a lo largo de la historia—, subrayan su carácter dinámico y en permanente transformación.

10. Naturaleza de la identidad individual y de la colectiva: unos enfoques convierten en sinónimo de identidad individual y colectiva uno o varios rasgos culturales, los cuales deben permanecer inalterados so pena de alienarse de su propio ser (identidad de clase —falsa conciencia; identidad étnica-aculturación; identidad de estatus—, arribismo), en tanto que otros hacen hincapié en las múltiples identidades que caracterizan a los individuos

(Mead, Sen, Elias, Bourdieu) y en los procesos que implica el desarrollo de la identidad a lo largo del ciclo vital de los individuos y del ciclo histórico de los grupos y de las sociedades.

En síntesis, las controversias conceptuales tienen las siguientes fuentes, entre otras:

1. adoptar uno u otro polo de las dicotomías enunciadas en la primera parte —base material/mundo de las ideas; cuerpo/mente; objetivo/subjetivo—;
2. no distinguir con precisión los distintos modos en los que los actores sociales utilizan la dimensión simbólica —característica específica de todas las producciones culturales—;
3. obviar el papel de las clases, grupos, género y edad;
4. descuidar el carácter histórico de la cultura; y
5. no establecer de modo sistemático las diferencias y relaciones entre cultura, estructura social y actores sociales.

10.3 Cultura y sistemas simbólicos

Lo que en la actualidad se denomina globalmente como cultura incluye, de manera implícita o indiferenciada o poco articulada, distintos aspectos creados por las diversas prácticas sociales a lo largo de la historia, tal como se vio al comienzo del acápite. Esta noción tan abarcante de la cultura, al no distinguir metódicamente sus diferentes componentes y niveles de integración, pierde claridad, por lo que conviene explorar una ruta que permita abordarla con mayor precisión. La noción de sistema simbólico[5], a nuestro parecer, es un instrumento que permite cumplir con este propósito.

[5] El lenguaje, primer sistema simbólico que las personas aprenden, es el vehículo inicial del pensamiento, la orientación y la comunicación humanos. Junto con la interacción y las prácticas sociales, posibilita el adiestramiento paulatino en el manejo del amplio y heterogéneo conjunto de sistemas simbólicos que integran toda sociedad.

Para nuestros fines, en concordancia con Elias (2000b), definiremos inicialmente al sistema simbólico como un conjunto de procedimientos y categorías de clasificación, orientación y de comunicación generados por las sociedades a lo largo del tiempo en sus diversos campos de actividad, de acuerdo a su grado de diferenciación. Entraña un conjunto de convenciones que permite distinguir, comprender, emprender y organizar prácticas sociales específicas según los campos de actividades en los que se realizan; por ejemplo, los aspectos y reglas que se consideran pertinentes en la ciencia son distintos a los de la religión o a los del arte.

En cada uno de los campos de actividad el sistema simbólico correspondiente se expresa a través de sus valores, normas, ritos y sentidos prácticos. Cada campo de actividad tiene su propia estructura de posiciones que otorga acceso diferenciado a los recursos tangibles e intangibles del campo, lo que da origen a distintos intereses individuales y grupales y a luchas por imponer los propios puntos de vista. Los sistemas simbólicos empleados para legitimar el dominio de un grupo sobre otros pertenecen al campo de las visiones del mundo en términos globales y al de las ideologías políticas en términos más específicos. En este sentido, la cultura es también un campo de lucha y un elemento diferenciador entre grupos y clases sociales.

La construcción de los sistemas simbólicos y las prácticas que los reproducen son el resultado tanto de lo que cada grupo o sociedad particular ha creado, como de la interacción —positiva o negativa, simétrica o asimétrica— entre grupos y/o sociedades; por ejemplo, las dimensiones simbólicas de la religión, las ideas políticas, las formas de gobierno, las nociones de persona, libertad, igualdad, justicia, la ciencia, el dinero, el comercio, la guerra, el arte y la gastronomía son fruto de múltiples interacciones intra e intersocietarias a lo largo de la historia.

Toda actividad humana significativa —cognitiva, estético-expresiva, moral o emocional—[6] presenta siempre una dimensión simbólica

[6] Ver Parsons (1968a, 1968b) y Turner (1988).

entrelazada dialécticamente con la base social, material y organizativa en la que se desenvuelve (Williams, Godelier[7], Bourdieu, Castells). La dimensión simbólica, con distinto grado de elaboración y complejidad, se expresa en los tres niveles principales que conforman la cultura y que algunos autores suelen ver por separado y como autosuficientes:

1. la cultura como fuente de significación global del entendimiento y las prácticas humanas y su correspondiente hermenéutica en un tiempo y espacio determinados (modo de ver el mundo);
2. la cultura objetivada, institucionalizada o cristalizada, o —en términos de Durkheim— la cultura como hecho social (valores y normas); y
3. la cultura subjetivada, incorporada en los sujetos en tanto portadores, productores e intérpretes de significados (*habitus* y sentido práctico de Bourdieu, conciencia práctica de Giddens, el yo y el mí de Mead).

Asumir la simultaneidad e interconexión de estos tres aspectos, y su relación con sus bases social, material y organizativa específicas, permite entender, por ejemplo, que la llamada sensibilidad artística y creativa es el resultado de la manera en que las personas —desde sus particularidades genéticas, psicológicas y sociales—, haciendo uso de códigos culturales, experimentan, interpretan, significan, manejan y expresan sus fantasías innovadoras y emociones[8]; que las orientaciones

[7] «[…] toda relación social comprende una parte ideal que desempeña un papel esencial en su génesis y se convierte en un componente esencial de su estructura, de su desarrollo y de su evolución. Esta parte ideal conjuga una serie de idealidades de varios tipos: a) una serie de representaciones normativas que se encuentran en el interior de las relaciones y constituyen la armadura interna; b) las representaciones que se hacen los individuos (y los grupos) de esas relaciones, representaciones que asumen una función específica que consiste en *legitimar (o en negar la legitimidad de) tales relaciones*». Godelier (1990, pp. 9-10).

[8] Al respecto, ver Elias (1998, pp. 59-74) y Bourdieu (1991, cap. 1).

ideológicas o los gustos —la atracción o rechazo frente a determinado tipo de personas, cosas o situaciones— son tanto colectivas como individuales (Bourdieu); que cada ser humano es portador de identidad individual y grupal; que la identidad de la persona está constituida por múltiples personas parciales (Mead) o múltiples identidades (Giddens, Sen) o múltiples valencias (Elias) que operan según el ámbito de actividad y significación que enfrenta; que a similares condiciones de vida corresponden similares estilos de vida y categorías culturales. En síntesis, cuando se afirma que «somos seres simbólicos» se postula que el manejo de todas nuestras dimensiones y nuestra capacidad de agencia están relacionadas tanto con las posiciones que ocupamos en la estructura social como con el uso de sistemas simbólicos específicos.

Dentro de cada sociedad existen distintos sistemas simbólicos vinculados a diferentes niveles de integración (individuos, familia, barrio, región, clase social, país, sociedad mundial) y a diversos grandes campos de actividades, cuyo número depende del tipo de diferenciación y especialización institucional-organizativa: economía, política, cultura; y, dentro de esta última, a distintos subcampos: arte, ciencia, matemática, lógica, sentido común, deporte. Según las épocas históricas, alguno de estos sistemas simbólicos adquiere especial relevancia para la reproducción de las sociedades.

En la actualidad, el modo informacional de desarrollo ha hecho que las miradas se centren en el papel que el conocimiento científico y los métodos y capacidades para alcanzarlo juegan en la vida cotidiana e institucional de las sociedades y de los sistemas intersocietarios. Es debido a ello que el proceso de racionalización de la sociedad occidental —especialmente en el campo de la ciencia—, planteado por Weber[9] como una de las características centrales de la modernidad[10]

[9] Ver la parte II, punto 2.3.

[10] El desarrollo del conocimiento científico y su paulatina aplicación a la producción y a la vida cotidiana, en la experiencia de la modernidad occidental, están vinculados

y estudiado a lo largo de su desarrollo por varios sociólogos, es hoy un tema central de discusión académica y política.

Castells[11] (1995) y Bell (1976)[12] afirman que el desarrollo y el crecimiento en el mundo actual descansan sobre la capacidad de las sociedades para transformar información en conocimiento científico, capacidad que reside en la habilidad, adquirida explícita y metódicamente, para manejar los sistemas simbólicos de la ciencia. Las personas, los grupos, las clases y países que tienen mayor posibilidad para manipular sistemas simbólicos están en mejor posición para impulsar, sino el desarrollo, el crecimiento de sus sociedades.

En síntesis, desde un punto de vista general todos los sistemas simbólicos[13] están configurados con los mismos elementos (valores, normas, ritos, lenguajes, significación de prácticas sociales) y cumplen las mismas funciones (clasificación, comunicación, orientación de la conducta, conocimiento, tanto a nivel individual como colectivo), pero a su vez cada sistema simbólico, al operar en distintos niveles de integración y diferentes campos de actividad, produce principios y procedimientos propios que lo hacen diferente y distinto a los demás: la cultura es la conjunción de sistemas simbólicos —intra e intersocietarios— creados a través de la historia mediante las prácticas sociales y la capacidad de manipulación simbólica de los seres humanos, creación que simultáneamente entraña la construcción social de las personas individuales (Berger, Maturana, Castells).

---

con el desarrollo de la acción racional, con la conducta metódica y con la aparición del mercado interno y los Estados nacionales.

[11] Castells (1995, cap. 1).

[12] Ver también Bell (1976).

[13] Williams, quien explícitamente busca romper con el enfoque infra-súper/estructura por considerarlo insuficiente, define a la cultura como un «sistema significante, a través del cual necesariamente (aunque entre otros medios) un orden social se comunica, se reproduce, se experimenta y se investiga» o como un sistema significante realizado (1981, pp. 194-194).

Dentro de esta perspectiva encuentran lugar propio las distintas definiciones de cultura presentadas al inicio del capítulo y se abre espacio para un enfoque que, a la vez que las incluye, las diferencia.

10.4 Instituciones

Las instituciones que rigen la vida diaria y especializada de las sociedades son un componente fundamental de la cultura y un tipo específico de sistema simbólico. Su definición es objeto de controversias en el mundo cotidiano y en el académico porque se le suele confundir con las organizaciones formales o confinar al ámbito de los procedimientos y normatividades políticos, o porque se tiende a definirlas desde su dimensión reificada, por ejemplo, cuando se presenta o conceptualiza al mercado o al Estado como entidades con existencia y voluntad propias, externas y separadas de los agentes y sus prácticas.

A contrapelo de estas aproximaciones —aún cuando también existen matices—, en sociología[14], a un nivel elevado de abstracción, la noción se emplea para referirse a todo campo de actividad —formal y no formal, institucional y cotidiano—, con relativa permanencia en el tiempo, que implique acciones tipificadas que cuenten con parámetros valorativos y normativos para su ejecución y control.

El control de las conductas puede ser ejercido de manera especializada a través de organizaciones ad hoc (cuerpo policial, tribunales de justicia) o de instancias específicas dentro de las organizaciones formales (reglamentos de trabajo, comités de honor). De manera difusa, en este segundo caso se pueden distinguir dos tipos de controles:

1. El autocontrol, fruto de la socialización recibida, que cada actor social ejerce sobre sí mismo para ajustar su comportamiento a las pautas de conducta prescritas en cada ámbito de actividad.

[14] Ver Douglas (1996, caps. 1-5); Portes (2010, cap. 8); Scott (1995, caps. 1-3).

2. El control social que cada actor social ejerce sobre los demás de modo cotidiano, permanente y no consciente.

Ambos tipos de controles son parte de la vida social, como también lo es el hecho de que los actores, haciendo uso de su libertad y creatividad, busquen negociar los márgenes de lo permitido sin salirse de lo pautado; o que, en otros casos, transgredan las normas sociales y/o las penales incurriendo en conductas que caen bajo la categoría de desviación social. El romper con las definiciones institucionales no siempre es un proceder negativo, pues esta es una de las formas en que la sociedad se renueva y transforma.

Las divergencias principales entre enfoques para definir las instituciones se deben al acento que unos ponen en los valores y normas, en tanto que otros lo colocan en las prácticas de los actores sociales o en el énfasis puesto bien en su carácter coercitivo o bien posibilitador de la realización personal y de las actividades humanas, pero los elementos utilizados para definirlas son los mismos. Las tres propuestas que se presentan a continuación ilustran desde sus ángulos específicos las divergencias con respecto a: i) la relación entre prácticas sociales y contenidos valorativos en las instituciones; y ii) su externalidad o no frente a la estructura interna y a las prácticas de los actores sociales.

Durkheim, a través de sus nociones de hechos sociales, sociedad y sociología, ilustra el caso más representativo de enfoque normativo, coercitivo y externo de las instituciones:

> La gran diferencia entre las sociedades animales y las sociedades humanas es que en las primeras el individuo está gobernado exclusivamente desde dentro, por los instintos (salvo por una pequeña porción de educación individual que ella misma depende del instinto); las sociedades humanas, por el contrario, presentan un fenómeno nuevo, de una naturaleza especial, que consiste en que ciertos modos de actuar le son impuestos al individuo, o, al menos, son propuestos a él desde fuera y se sobreañaden a su propia naturaleza: tal es el carácter de las «instituciones» (en el sentido más amplio del término),

> carácter que la existencia del lenguaje hace posible y de la que es ejemplo el propio lenguaje. Se encarnan en los individuos sin que esta sucesión destruya su continuidad; su presencia es el carácter distintivo de las sociedades humanas, y el objeto propio de la sociología[15].
>
> Y, en el fondo, eso es lo esencial de la noción de coerción social [ejercida por los hechos sociales]; pues no implica nada más que esto, que los modos colectivos de obrar o de pensar tienen una realidad fuera de los individuos que actúan conforme a ellos en cada momento del tiempo[16].
>
> En efecto sin desnaturalizar el sentido de este vocablo, se puede llamar institución a todas las creencias y a todos los modos de conducta instituidos por la colectividad; en tal caso, la sociología puede ser definida como la ciencia de las instituciones, de su génesis y de su funcionamiento[17].

En contraste con esta posición, pero reconociendo también su dimensión objetivada, Mead, en concordancia con su teoría sobre la configuración social de la persona[18], define a las instituciones a partir de la relación de la conducta individual con el marco sociocultural en el que se desarrolla:

> La comunidad o grupo social organizados que proporciona al individuo su unidad de persona pueden ser llamados «el otro generalizado». La actitud del otro generalizado es la actitud de toda la comunidad. Así, por ejemplo, en el caso de un grupo social como el de un equipo de pelota, el equipo es el otro generalizado, en la medida en que interviene —como proceso organizado o actividad social— en la experiencia de cualquiera de los miembros individuales de él[19].

[15] Durkheim (1988, p. 313).

[16] Ibíd., p. 49.

[17] Ibíd., p. 50.

[18] Ver la parte I, punto 1.2.

[19] Mead (1964, p. 184).

> Es en la forma del otro generalizado como los procesos sociales influyen en la conducta de los individuos involucrados en ellos y que los llevan a cabo, es decir, que es en esa forma como la comunidad ejerce control sobre el comportamiento de sus miembros individuales[20].
>
> Como he dicho antes, una institución, después de todo, no es más que una organización de actitudes que todos llevamos adentro, las actitudes organizadas de los otros, que controlan y determinan su conducta. Pues bien, el individuo institucionalizado es, o debería ser, el medio por el cual el individuo se expresa a sí mismo a su manera, porque tal expresión individual es lo que se identifica con la persona en los valores esenciales a esta y que surgen de esta[21].

Berger y Luckman[22], con base en su propuesta central «La sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es un producto social»[23], definen institución como la «tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores»[24]. Estos autores señalan que las instituciones, que son creadas colectivamente a través de las práctica sociales, definen qué tipo de acciones deben ser llevadas a cabo por qué tipo de actores; implican historicidad y control social; se experimentan —dada su historicidad— como si poseyeran una realidad propia frente a los individuos (el mundo institucional se experimenta como una realidad objetiva[25] pues tiene una historia que

[20] Ibíd., p. 185.

[21] Ibíd., p. 234.

[22] Berger & Luckman (1968).

[23] Ibíd., p. 84.

[24] Ibíd., p. 76.

[25] «Tiene importancia retener que la objetividad del mundo institucional, por masiva que pueda parecerle al individuo, es una objetividad de producción y construcción humanas. El proceso por el que los productos externalizados de la actividad humana alcanzan el carácter de objetividad se llama objetivación. El mundo institucional es actividad humana objetivada, así como lo es cada institución de por sí: en otras palabras, a pesar de la objetividad que caracteriza al mundo social en la experiencia humana, no por eso adquiere un status ontológico separado de la actividad humana que la produjo». Ibíd., p. 83.

antecede al nacimiento del individuo y no es accesible a su memoria biográfica); y se internalizan a través de los procesos de socialización. Cuanto más se institucionaliza el comportamiento, más previsible y más controlable se vuelve; pero a su turno, una vez configuradas las instituciones, se abre también camino la desviación social[26]. Finalmente, afirman que «la transmisión del significado de una institución se basa en el reconocimiento social de aquélla como solución "permanente" a un problema "permanente de una colectividad dada"»[27].

Las instituciones, como lo señalan Mead y Berger y Luckman —y lo reconoce Durkheim también—, no son una realidad externa a las prácticas de los agentes y forman parte tanto de los medios como de los controles de estos; para que existan y funcionen tienen que tener legitimidad, es decir, que las personas, además de conocerlas, acepten guiar su conducta por ellas. Por ello, el análisis de las instituciones y de los procesos de institucionalización requiere prestar atención a sus cuatro aspectos centrales:

1. la dimensión objetivada —la vigencia de valores y la claridad normativa—;
2. las prácticas sociales;
3. las condiciones —organizacional, relacional y de infraestructura— en que se realizan; y
4. la dimensión subjetivada, la forma en que el mundo institucional posibilita la configuración de la matriz interna de las personas para que puedan expresarse y actuar organizadamente.

Todo proceso de institucionalización supone también su desinstitucionalización[28]. No hay ningún producto de la vida social cuya

[26] Ibíd., pp. 76-85.

[27] Ibíd., p. 93.

[28] Ver Sztompka (1995, cap. 17).

existencia esté fijada para siempre, ya que está en permanente flujo pues se desenvuelve mediante relaciones de cooperación y conflicto entre actores individuales y colectivos, lo que da origen a continuos procesos de aceptación y resistencia.

Con base en los planteamientos recién presentados, en este texto conceptualizamos a las instituciones como complejos valorativos y normativos que definen lo deseable, lo aceptable y lo cognoscible en aspectos fundamentales para la reproducción de la vida social individual y colectiva que se expresan, reproducen y transforman a través de las prácticas sociales y las organizaciones.

a. Principales instituciones[29]

Toda sociedad debe de resolver y atender, de alguna forma, varios problemas centrales para garantizar la sobrevivencia de sus integrantes. Entre los problemas principales y comunes a todo tipo de sociedades, que por cierto tienen respuestas culturales diversas, se encuentran los siguientes:

1. Selección de pareja; reproducción biológica; crianza y la educación de los hijos.
2. Obtención y/o producción y asignación de alimentos, refugio y vestido.
3. Establecimiento de formas de coordinación, cooperación, resolución de conflictos y liderazgo.
4. Manejo de la incertidumbre y angustia existencial; construcción de sentido de la vida grupal e individual; explicaciones sobre el origen de la humanidad y la naturaleza.
5. Generación, conservación y transmisión de conocimientos.
6. Atención a la dimensión lúdica y expresiva.

[29] Ver Giddens (1998) y Macionis (1999, caps. 15-21).

Las instituciones son las diversas respuestas culturales a cada uno de estos problemas, construidas y transformadas sociohistóricamente por los diferentes grupos y sociedades. Así, las instituciones que surgen para responder al primer conjunto de problemas son las llamadas genéricamente —pues contienen diversas formas culturales de significarse y realizarse— matrimonio, familia y parentesco.

El segundo conjunto de problemas dio origen a las instituciones económicas y sus distintas formas de organización: cooperación, trueque, economías familiares, servidumbre, esclavitud, mercado y mercado interno, entre otras. Todos los grupos y sociedades, de acuerdo a su grado de complejidad y diferenciación, presentan maneras institucionalizadas de organizar la obtención/producción, distribución, circulación y el consumo de bienes y servicios para atender las necesidades de sus miembros.

Las respuestas al tercer grupo de problemas han generado las hoy en día denominadas instituciones políticas, que según las sociedades y momentos de la historia han presentado o un perfil propio y diferenciado o uno entrelazado con las instituciones del parentesco o las religiosas, por ejemplo. Distintas formas de Estado, de comunidades políticas, de legitimación de las autoridades y del poder, de participación y autodeterminación de individuos y grupos, de fundamentación, reconocimiento y realización de deberes y derechos, forman parte, entre otras, de este tipo de instituciones.

Las diversas formas de distinguir lo que Durkheim[30] denominaba lo profano y lo sagrado, es decir, las diferentes creencias y manifestaciones religiosas, los ritos y prácticas, los tipos de religiosidad, las concepciones sobre el pecado y los castigos que acarrea, la mortalidad o inmortalidad del alma, entre otras, forman parte de las diferentes instituciones religiosas creadas por las sociedades en respuesta al cuarto grupo de problemas.

[30] Ver Durkheim (1982); también Weber (1987) y Bastide (1986).

Las respuestas al quinto grupo de temas abarcan desde la socialización familiar y la transmisión oral de conocimientos, basada en la división social del trabajo por género y edad, hasta las múltiples formas de construcción de instituciones educativas especializadas y sus correspondientes modos de organización, a las que en la actualidad se añaden los medios de comunicación. Las respuestas al último conjunto de problemas presentado como ejemplo incluyen las distintas formas artísticas y lúdicas que acompañan a la humanidad casi desde sus orígenes.

La diferenciación o indiferenciación institucional guarda relación con los tipos de sociedades y con las épocas históricas; sin embargo, sería un error sostener que solo en las tradicionales opera la segunda situación, pues en la actualidad, si bien se reconocen ámbitos institucionales específicos, autónomos y especializados que se asientan en una compleja y diversificada constelación de organizaciones, también se presentan formas de articulación y solapamiento entre campos institucionales: economía y política; política y religión; matrimonio y religión; cultura y economía; ciencia e ideología; entre otras.

b. Tipos, alcances y límites de las instituciones: coherencia interinstitucional

Si bien uno de los aspectos centrales de las instituciones es que definen parámetros valorativos y normativos de comportamiento que posibilitan controlar y orientar la conducta de los sujetos, es importante tener presente que sus beneficios impactan de manera diferenciada sobre las personas y grupos, lo que causa tensiones y conflictos en la búsqueda por mantenerlas o transformarlas. De igual modo, dado que las instituciones se expresan mediante organizaciones —organizaciones formales (burocracia estatal, empresas, iglesias) y no formales (familia, grupos de amigos, parejas de enamorados)—, en muchos casos los responsables de estas, a contrapelo de la normatividad institucional, utilizan el rol

y los recursos otorgados institucionalmente para fines contrarios e inclusive delictivos: corrupción en la administración pública, dictaduras políticas generadas al abrigo de los procedimientos democráticos, uso de la religión para fines distintos a esta, utilización del derecho como instrumento para lograr fines ajenos a la justicia.

No todas las instituciones presentan el mismo ámbito de cobertura en la vida social: las que han tenido a lo largo de la historia un alcance más general han sido las políticas y las religiosas, a las que se han plegado en la modernidad tardía las económicas.

Dentro de las sociedades actuales el Estado-nación ocupa el espacio más amplio y general de las instituciones y organizaciones políticas. En tanto institución, se encarga de establecer los derechos y deberes que garanticen el bienestar y la convivencia pacífica entre los ciudadanos, de distinguir los intereses particulares de los generales y de orientar las conductas aceptables en los dos ámbitos; en tanto organización, cuenta con un aparato administrativo, fines, reglas y recursos y una posición-rol que representa al conjunto de ciudadanos: el de presidente. La estrecha relación que existe entre el ámbito institucional y el organizacional y la legitimidad que otorgan los cargos públicos permiten que muchas veces se manipule lo institucional para que grupos privados se apropien de los recursos estatales. Esto pervierte la misma noción y realidad del Estado como institución y puede conducir al enfrentamiento y conflicto social, así como a la búsqueda de nuevos caminos. Por ello, conviene distinguir el uso que hacen de los recursos las personas encargadas institucionalmente de la organización —de su definición institucional—, pues en muchos casos no coinciden.

Las instituciones tienen diferentes lógicas. Una primera clasificación permite distinguir en el mundo moderno las instituciones de la vida cotidiana, la vida familiar y las de amistad, la cuales se rigen por criterios de valor y normativos distintos a los que rigen las instituciones políticas y económicas, las que —según Weber— en la modernidad se expresan mediante las organizaciones burocráticas, donde prima

la acción racional con arreglo a fines y cuya deformación conduce a la primacía de la llamada acción instrumental. Habermas[31], profundizando en las diferencias entre ambas, denomina sistema a los ámbitos institucionales y organizativos económicos y políticos, y mundo de la vida a los ámbitos de la vida cotidiana, y señala que el primero pretende imponer su racionalidad y formas de ver el mundo al segundo, proceso que él «denomina colonización del mundo de la vida por el sistema».

Una segunda clasificación permite establecer un abanico mayor de lógicas institucionales en función de la división social del trabajo: familiares, económicas, políticas, religiosas, artísticas, científicas, entre otras, cada una de las cuales presenta sus propios parámetros valorativos y normativos sin ofrecer mayor correspondencia entre sí. Al respecto, Berger y Luckman (1968) afirman que al no existir en la vida social ni integración ni una única lógica institucional, es tarea de los actores individuales y colectivos encontrar modos de enfrentar tal situación, lo cual no está exento de angustia, incertidumbre y desasosiego personal y social.

En síntesis, las instituciones, a la vez que brindan dirección y control a la conducta de los individuos, también generan zonas ciegas; por esta razón los actores sociales, desde una visión ético-política basada en el respeto a los demás y en el valor de la vida, la justicia y la libertad, están obligados a criticarlas y a contribuir a mejorarlas, pues de otro modo se corre el riesgo de naturalizar el mundo social y de perpetuar las injusticias, las desigualdades y la falta de libertad. Es en este sentido que se afirma que las instituciones, a la vez que posibilitan, constriñen el pensamiento y las prácticas sociales.

[31] Habermas (1990, cap. VIII).

c. Instituciones y negociación normativa, cambio social y desinstitucionalización

Dentro del universo de las construcciones sociales las instituciones son las que tienden a mantener una permanencia mayor en el tiempo —pues el cambio social[32] no se produce de la misma manera y con la misma velocidad en todas las dimensiones de las sociedades—, pero también están sometidas, a su vez, no solo a grandes sino también a pequeñas y constantes transformaciones.

La permanencia y a la vez las transformaciones constantes de las instituciones ocurren porque, al expresarse mediante las organizaciones y las prácticas sociales[33], y al ser sus reglas umbrales que marcan límites al comportamiento permitido, están sujetas a negociación y condicionadas a distintos grados de adhesión y compromiso por parte de los actores sociales. Los roles de profesor y estudiante, por ejemplo, si bien están pautados y formalizados, permiten que los agentes concretos, sin traspasar los límites institucionales, puedan desempeñarlos dentro de una gama amplia con respecto a la dedicación y habilidad privativa de cada quien; así, cada estudiante y cada profesor es un caso peculiar, dentro de un universo institucional dado. De otro lado, en tanto las instituciones señalan los márgenes de lo deseable, aceptable y cognoscible, y dan significado a la comunicación e interacción entre las personas, están también sujetas a las interpretaciones de los individuos y grupos, pues estos no son portadores mecánicos o dóciles seguidores de las normas ni estas últimas libran a los actores de inseguridades e incertidumbres.

[32] Ver la parte I, punto 4.

[33] Las relaciones entre instituciones y organizaciones son muy importantes para la marcha de la vida individual y colectiva. La vigencia legítima de las instituciones, constituidas por valores y normas, requiere además de que las personas las conozcan y acepten guiar su conducta por ellas, de organizaciones, infraestructura, financiamiento y gestión eficaz y eficiente.

Lo anterior no significa que todos los cambios institucionales se deben a las negociaciones normativas de las conductas individuales o grupales, pues con la misma fuerza otros ámbitos de la vida social también cuestionan y buscan transformar las instituciones que rigen no solo la vida cotidiana, sino el acceso a los recursos tangibles y no tangibles de la sociedad, lo que Habermas denomina sistema. En esa medida, las instituciones se van desinstitucionalizando a lo largo del tiempo, bien por las prácticas cotidianas, bien por reformas, bien por medios revolucionarios.

Capítulo XI
Marco de referencia de la estructura social

11.1 Consideraciones preliminares: dicotomías sociológicas y definiciones de estructura

A pesar de ser usada ampliamente por las distintas escuelas, en la gran mayoría de los casos la noción de estructura social[1] se emplea dando por sentado su sentido y en otros con significados diversos. Con el objeto de reconocer los elementos comunes y los divergentes empleados para definir el concepto de estructura, conviene iniciar el abordaje de este marco de referencia con la siguiente aproximación: toda agrupación humana con permanencia en el tiempo, analizada desde sus aspectos asociativos (relacionales), presenta procedimientos propios y recurrentes (lógica de funcionamiento) sujetos a cambios para incorporar, designar y clasificar (posiciones) a sus miembros y para asignar diferenciadamente sus recursos tangibles y no tangibles. Estas características,

[1] No hay que confundir el uso de la noción de estructura social, que es una noción genérica empleada por todas las escuelas sociológicas, con la pertenencia a los enfoques agrupados bajo el término estructuralismo puesto en boga en Francia en las décadas de los años sesenta y setenta —derivado del estructuralismo lingüístico de Saussure, seguidor de la teoría de los hechos sociales de Durkheim—, el cual se aplicó en las ciencias sociales, en las de la cultura y en las matemáticas. Ver al respecto la nota siguiente.

que pueden ser aplicadas a grupos, organizaciones, sociedades —este acápite se centra en este nivel—[2] y sistemas intersocietarios son comunes a las distintas definiciones sociológicas de estructura[3], en tanto que las diferencias giran fundamentalmente alrededor de las siguientes cuestiones, estrechamente vinculadas con las dicotomías sociológicas[4]:

1. ¿Es la estructura social una dimensión fáctica de la realidad social o es solo un instrumento heurístico para facilitar su análisis?[5]
2. Para algunos enfoques, entre ellos los provenientes del individualismo metodológico, la noción de estructura, puesto que en la realidad solo existen personas que se relacionan entre sí a través de sus actividades, es esencialmente una construcción lógico-formal desarrollada para abordar organizadamente la multidimensionalidad y diversidad de la vida social. Sin embargo, para otros la estructura de las sociedades, al igual que otras nociones sociológicas, es tanto un concepto como una dimensión constitutiva de la realidad social manifestada en la facticidad y recurrencia de las relaciones sociales y en sus consecuencias para las condiciones y oportunidades de vida según la posición que ocupen las personas en dichas relaciones.
3. ¿La estructura es la red de posiciones interdependientes características de una sociedad, o es el conjunto de redes funcionales de interdependencia entre personas y grupos?

---

[2] Ver la parte I, punto 3.1.

[3] Ver, para una presentación histórica del uso de estructura en sociología, Crothers (1996). Para la discusión del estructuralismo como corriente, ver Althusser (1975); Barbano (1969); Daix & otros (1969a); Piaget (1969a); Pouillion & otros (1969); ver también Lin (2002, parte I, punto 3); Mészáros (2010-2011, vol. II, cap. 6). Ver también Wellman & otros (1988).

[4] Ver la parte I, punto 1.7.

[5] Ver Nadel (1966).

4. Es evidente que las posiciones son ocupadas por personas, sin embargo, es distinto el peso que cada escuela de sociología otorga a unas o a otras como diferentes son las respuestas que dan a la relación entre ambas y a la preexistencia de unas con respecto a las otras.

5. Aunque Parsons ha preferido definir el sistema social y las estructuras en términos de «una complicada serie de roles sociales»[6], sus seguidores han tendido a definir la estructura como el conjunto de posiciones interdependientes que caracteriza a una sociedad dada. Al enfatizar que la ocupación de las posiciones es indispensable para cumplir con los requisitos funcionales que garanticen la existencia de la sociedad, esta perspectiva conduce a considerar a la estructura como una realidad independiente de los sujetos.

6. Desde el ángulo opuesto, Elias ha insistido en utilizar la noción de figuraciones en lugar de la noción de estructura: redes de interdependencia funcional entre personas y grupos caracterizadas por un equilibrio inestable de poder, una lógica de reproducción y por constituir un campo de fuerza y competencia para sus integrantes. La figuración no es ajena a los actores sociales, sino el resultado del tipo de relaciones que mantienen entre sí, de las posiciones que ocupan y del control que ejercen los unos sobre los otros para adecuarse a los requerimientos de la figuración. La sociedad es el conjunto de dichas redes de interdependencia funcional organizadas alrededor de múltiples actividades.

7. ¿Es la estructura una forma objetivada que se superpone a los sujetos o es el resultado de las relaciones que mantienen entre sí? ¿Es la estructura una realidad externa a los individuos o se expresa también en su configuración personal?

[6] Ver la parte I, punto 3.1.

8. Tanto Marx como Durkheim enfatizan el carácter objetivado de la estructura. El primero otorga primacía a las relaciones de producción, enfatiza su carácter objetivo e independiente de la voluntad de los actores y señala su carácter constrictivo e incluso alienante. Durkheim, con su propuesta de los hechos sociales, también subraya el carácter externo y coercitivo de la estructura, aunque los hechos sociales a los que hace alusión están más cercanos al concepto de instituciones que al de relaciones sociales. Por el lado contrario, Elias, Mead, Giddens y Bourdieu, entre otros, insisten en que las estructuras no existen independientemente de las prácticas de los actores sociales y que estas también se encuentran insertas dentro de la configuración interna de las personas[7].

9. Este último sostiene que la estructura existe dos veces: una en la objetividad de las relaciones y posiciones de los campos sociales, y otra en la dimensión subjetiva de los actores, expresada en sus categorías de percepción y apreciación diferentes y diferenciadas de acuerdo a las posiciones que ocupan en la estructura objetiva.

10. ¿La lógica de funcionamiento, organización y transformación de la estructura es inmanente a ella misma e independiente de las prácticas de los agentes o existe una relación de coparticipación entre ambas dimensiones?

11. Si bien algunos enfoques, entre ellos el estructural funcionalismo, la corriente estructuralista y autores como Luhmann, señalan el carácter independiente de las estructuras sociales, gran parte de los sociólogos contemporáneos postula la relación dialéctica entre ambas dimensiones, aunque hace énfasis en distintos aspectos: así, por ejemplo, Giddens define a las estructuras como el conjunto de reglas y recursos que existen virtualmente

[7] Ver la parte III, punto 1.

en la sociedad, actualizadas mediante las prácticas sociales; Elias plantea la relación entre sociogénesis y psicogénesis para estudiar las figuraciones, y Bourdieu subraya el carácter relacional y posicional de las estructuras.

12. ¿La estructura constriñe o posibilita las prácticas sociales y modos de ver el mundo?

13. Los estudios sociológicos contemporáneos, a la vez que admiten el carácter coercitivo de las estructuras —tal como había sido señalado por Marx y por Durkheim—, también resaltan su carácter habilitador de la conducta y de la vida social.

14. ¿La estructura se caracteriza por un funcionamiento autorregulado tendiente al equilibrio o es el resultado de competencias y conflictos entre grupos y entre instituciones?

15. De acuerdo a los enfoques del equilibrio[8] las estructuras sociales se mantienen mediante una forma de equilibrio homeostático y armónico. Según estos enfoques la sociedad está organizada en diversos ámbitos, cada uno de los cuales desempeña una función para garantizar la reproducción del conjunto; si alguno dejara de hacerlo sería compelido por los demás para restituir el equilibrio. El tema fundamental a dar cuenta, según estos enfoques, es el del orden.

16. Para las teorías del conflicto, en cambio, la existencia de las estructuras está marcada por la competencia y el conflicto estructural entre grupos y clases sociales articuladas entre sí en tanto integrantes del mismo espacio social. Con distintos matices se encuentran en esta corriente Marx (relaciones de producción), Weber (valores), Dahrendorf (dominio político) y Elias (poder y ganancia), entre otros.

[8] Ver la parte I, punto 1.7.

En síntesis, de acuerdo a los puntos de vista presentados, la noción de estructura social refiere fundamentalmente a las relaciones sociales[9] más duraderas y de mayor alcance en el tiempo y en el espacio que vinculan entre sí —con o sin su conocimiento— a los integrantes de una sociedad dada. Dichas relaciones se expresan en campos específicos de actividades (económicos, políticos, culturales, sociales) sujetos a procedimientos y reglas (lógica de reproducción) que escapan a las voluntades individuales, pero que no pueden efectivizarse sino mediante las prácticas sociales, las cuales incluyen formas de poder y de control social ejercidas por los actores sociales. Las relaciones se establecen entre personas y grupos que ocupan distintas posiciones, las mismas que otorgan acceso diferenciado a los recursos tangibles e intangibles de cada campo de actividad y del conjunto del espacio social.

La noción de estructura, además de un instrumento conceptual, es un componente fáctico de la vida social que presenta una dimensión objetivada que opera en codeterminación con las prácticas sociales, y una dimensión subjetivada que se manifiesta en el proceso de configuración de la persona y en su desarrollo. En tanto sujeta a una lógica de reproducción no azarosa, la estructura posibilita y constriñe, de manera diferenciada según clase, género y etnia, la conducta individual y la colectiva; además, como todo producto humano tiene historia y está sujeta a cambios que incluyen continuidades, rupturas y formas de cooperación, competencia y conflictos abiertos.

Finalmente, aún cuando la noción de estructura refiere a los aspectos asociativos de la sociedad, no hay que olvidar que la distinción entre estructura y cultura y entre posiciones y normas es fundamentalmente analítica, pues en las sociedades humanas la lógica de existencia y de reproducción no solo es relacional sino también normativa y significativa. Las propuestas de estructura de Giddens, Bourdieu y Elias que

[9] Las relaciones sociales vigentes a nivel macro están interconectadas a nivel microsocial con los aspectos estructurantes de la interacción, y a nivel individual con el proceso de configuración de la persona.

se presentan a continuación ejemplifican, desde sus énfasis propios, la importancia de establecer teórica y fácticamente la interacción entre estos tres aspectos para dar mejor cuenta de los vínculos entre persona, agencia, cultura y estructura, y alcanzar así una mejor comprensión del mundo social.

11.2 Modelos analíticos de estructura social: Elias, Bourdieu, Giddens

Elias: sociogénesis, psicogénesis y figuraciones

Elias, en su obra central *El proceso de la civilización*, aborda desde una perspectiva histórica que abarca varios siglos la configuración de la sociedad moderna europea, tomando como objeto de estudio la emergencia y constitución de «las formas de comportamiento que se consideran típicas del hombre civilizado»[10] en relación con los cambios ocurridos en las redes de interdependencia funcional en los ámbitos económico y político. En breve síntesis, el enfoque que desarrolla Elias se caracteriza por:

a) Ser relacional —para él la sociología es la ciencia de las relaciones sociales— y prestar atención, como queda dicho, no a las estructuras, sino a las distintas figuraciones o redes de interdependencia conformadas por personas a partir de las actividades que realizan. En estas figuraciones, que se caracterizan por equilibrios inestables de poder y por lógicas de funcionamiento que se imponen a los participantes, son los propios individuos los que ejercen control social unos sobre otros.

b) Tener carácter procesal, por lo cual es muy cuidadoso en distinguir las distintas etapas del proceso de civilización y en cada una de ellas especificar el papel de las posibilidades y las limitaciones de los actores individuales y de las clases y las transformaciones de las figuraciones.

[10] Elias (1994, p. 47).

c) Considerar tanto los aspectos subjetivos como objetivos de la vida social, las dimensiones materiales y simbólicas, y las económicas y políticas. Propone que todo análisis sociológico que quiera abordar el cambio social debe considerar dos procesos íntimamente relacionados:
   - El de sociogénesis, que incluye el estudio del surgimiento, desarrollo y transformaciones de las figuraciones o redes de interdependencia funcionales económicas y políticas; la creación de centros estables de control y administración política que monopolizan la violencia física; los procesos de división del trabajo, diferenciación, especialización y articulación económica y política; la competencia y conflicto intra e interclases; la transformación económica, política y cultural de las clases en virtud de la competencia; las modificaciones en los usos, costumbres y maneras de comportarse intra e interclases; la configuración de racionalidades de clase, tendientes a la previsión, basadas o en el lucro (burguesía) o en el prestigio y el poder (nobleza). En suma, analizar interrelacionada e históricamente los cambios que se operan en la conducta de las personas con los cambios en sus redes de interdependencia; es decir, en la estructura de clases, el mercado y el Estado.
   - El de psicogénesis, que comporta el estudio de las modificaciones en los modos de pensar y de sentir de las personas; y, muy especialmente, los cambios producidos en la estructura psíquica de los individuos, relacionados estrechamente con los cambios socioculturales y políticos producto de la sociogénesis, que llevan a ampliar el rango de control interno ejercido por el propio individuo sobre sus impulsos y sobre su conducta. Para Elias, el aparato psíquico humano, al igual que las figuraciones, las relaciones y las clases sociales, se transforma a lo largo de la historia.

Bourdieu: capitales, campos y estructuras

A partir de su principal obra, *La distinción*[11], y apoyándonos en otros dos textos suyos, *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*[12] y el artículo «Espacio social y génesis de las clases»[13], reseñaremos algunas de sus nociones centrales.

Bourdieu plantea que la tarea del sociólogo es develar las estructuras más profundas que explican el funcionamiento y la reproducción de la sociedad. Para ello es necesario considerar que las estructuras existen dos veces: la primera, en la objetividad del primer orden, expresada en el campo de posiciones objetivas organizadas principalmente, en las sociedades capitalistas, en función de la distribución y el acceso al capital cultural y al económico; la segunda, en la objetividad del segundo orden, en los *habitus* o categorías de percepción y apreciación[14]. De esta manera, en su conceptualización de estructura, a la vez que distingue también vincula de partida los aspectos subjetivos y objetivos, afectivos y cognitivos, materiales y simbólicos de la vida social, así como la cuestión de la reproducción de la sociedad con la de la existencia y el tipo de acción de las clases.

Bourdieu concibe a la sociedad como un espacio o universo social constituido por el conjunto de posiciones relacionadas en función del acceso diferenciado a los poderes o capitales principales: económico, cultural, simbólico, político y social. Dentro del espacio social cada capital da origen a un campo determinado en el cual los agentes o grupos se distribuyen en función del monto de capital que poseen. Las posiciones son relacionales y diferenciadas y diferenciadoras. Los campos son, a la vez, campos de fuerza —las reglas de juego se imponen a todos los participantes— y de conflicto y lucha, en tanto que los participantes

[11] Bourdieu (1991).

[12] Bourdieu (1997).

[13] Bourdieu (1990, pp. 281-309).

[14] Ver la parte III, punto 1.2c.

no aceptan sin más las posiciones que ocupan. En todos los campos se desarrolla una lucha simbólica por el derecho a nominar y a imponer una visión del mundo a partir de las posiciones que se ocupan; esta lucha simbólica introduce un principio de incertidumbre en las relaciones entre posiciones, lo que abre camino al cambio.

A posiciones similares corresponden *habitus* o disposiciones similares, es decir, esquemas de percepción y apreciación análogos que son reproducidos a través de la familia y la escuela; en palabras del autor, «el habitus es ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir, un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas»[15]. A similares disposiciones corresponden, como probabilidad, similares tomas de posición, es decir, opciones políticas, estéticas, morales y visiones del mundo. Las posiciones que ocupan las personas en el universo social están determinadas por el volumen global de capital que poseen —la sumatoria de sus diversos tipos de capital—, por la estructura de capital que tienen —el peso de cada tipo de capital en el monto global— y por la trayectoria personal y de clase —origen reciente o antiguo, clase media en emergencia o en decadencia, modo de adquisición: familia o escuela—.

Giddens: estructura, sistema y prácticas sociales

Giddens, en *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*[16], se plantea como objetivo desarrollar una teoría que recoja los aportes y supere las limitaciones de las corrientes estructuralistas, que postulan la preeminencia del todo social sobre los seres humanos y proponen un imperialismo del objeto social, así como de las hermenéuticas y diversas formas de la sociología de la comprensión, que ignoran los constreñimientos estructurales y se fundan en

[15] Bourdieu (1997, p. 19).

[16] Giddens (1995).

un imperialismo del sujeto. Para ello, toma como punto de partida teórico las prácticas sociales ordenadas en un espacio y un tiempo[17]. Para Giddens el ser humano es un agente intencional cuyas actividades obedecen a razones —si se lo piden puede abundar en ellas discursivamente—, da cuenta de y realiza sus acciones sobre la base de la conciencia práctica, fundada en la rutina, la conciencia discursiva y el inconsciente. En la realización de sus actividades, mantiene un registro reflexivo, ejerce una racionalización —esto es, tiene una «comprensión teórica» continua sobre los fundamentos de sus acciones— y cuenta con una motivación —la mayoría de veces, los motivos proveen planes generales dentro de los que se desenvuelve un espectro de conducta— para estas. Giddens luego desarrolla cuatro nociones centrales para su teoría:

1. Estructura, que denota reglas y recursos. Existe en un orden virtual —las sociedades no tienen estructura sino propiedades estructurales—, es decir, como presencia espacio-temporal solo existe en sus actualizaciones en las prácticas sociales y como huellas mnémicas que orientan la conducta de las personas. Distingue tres tipos de estructuras: de legitimación, de significación y de dominación. Giddens sostiene que la estructura, con relación a la acción, es tanto constreñidora como habilitadora, y que es interna y externa a los sujetos[18].
2. Sistema social, definido como relaciones reproducidas entre actores o colectividades organizadas como prácticas sociales regulares.
3. Estructuración, condiciones que gobiernan la continuidad o la transformación de las estructuras y, en consecuencia, la reproducción de los sistemas sociales.

[17] Ibíd., pp. 39-40.

[18] Para mayor detalle de sus propuestas, ver Giddens (1995, caps. 1 y 4).

4. Dualidad de la estructura, noción contraria al dualismo sujeto-objeto y a la concepción de la sociedad y los individuos como entidades reales separadas. Por dualidad de la estructura entiende que las reglas y recursos que se aplican a la producción y reproducción de una acción social son, al mismo tiempo, los medios para la reproducción sistémica[19].

La teoría de Giddens ofrece una solución distinta para encarar el tema de estructura-acción, estrechamente relacionado con el de posición de clase-acción de clase y con el de los límites y posibilidades del obrar de las personas dentro de sistemas sociales estructurados. Considera que el funcionamiento de la sociedad se debe a la interrelación dinámica e interdependiente —dualidad de la estructura, la denomina él— entre la dimensión estructural institucional de la sociedad, las prácticas sociales y las acciones de las personas.

Después de haber presentado los aspectos conceptuales de la estructura social y tres modelos analíticos de la misma, a continuación se abordará el tema de la estructura de clases, que representa la estructura social más abarcante de las sociedades individuales.

11.3 Desigualdad y estructura de clases sociales[20]

La desigualdad es el acceso diferenciado a los recursos tangibles y no tangibles de una sociedad regulado por usos, costumbres y leyes, y legitimado por la cultura y los sistemas de dominación simbólica. Acceso, regulación y legitimación no permanecen inalterables, pues las prácticas y las visiones de los distintos grupos sobre lo que es y debe ser la sociedad siempre están en competencia.

La expresión histórica de la desigualdad son las clases sociales. Estas son grupos estructuralmente relacionados que ocupan posiciones

[19] Ver la parte III, punto 2.6.

[20] Extraído de Plaza (2007, pp. 65-66).

diferentes y articuladas en la matriz social, lo que les otorga acceso diferenciado a bienes, poderes o capitales, y por tanto a distintas condiciones y oportunidades de vida; por estas razones, sus intereses son antagónicos y en ocasiones pueden conducir a conflictos de clase de distinta índole e intensidad.

En la sociedad moderna la configuración, las posiciones y las situaciones de las clases están estrechamente unidas a la configuración del Estado-nación y del capitalismo industrial, así como al paulatino dominio colectivo de los sistemas simbólicos: racionalización, ciencia y tecnología. Las clases se definen en función de las posiciones que ocupan en el proceso productivo —tipo de actividad y propiedad o no de los medios de producción—, pero las relaciones que sus miembros mantienen entre sí no se agotan en las relaciones de producción, sino que se caracterizan por su multidimensionalidad. Distintos autores afirman que las dimensiones económica y cultural —socialización familiar y educación formal— son los dos criterios centrales para clasificar y delimitar a las clases sociales en las sociedades de capitalismo avanzado.

La estructura de clases, como la estructura social, no es un mecanismo autorregulado que tiene existencia propia e independiente de los seres humanos; es un producto y un proceso social originados y reproducidos por la forma en que la organización de la sociedad determina el acceso a los recursos tangibles y no tangibles, y por las acciones y prácticas sociales de los actores. En este aspecto insisten Giddens con la noción de dualidad de la estructura; Elias con las nociones de psicogénesis, sociogénesis, campo y relaciones sociales; y Bourdieu con las de espacio social, *habitus*, posiciones y disposiciones.

En el análisis de clases es importante distinguir, con fines de clasificación y explicación, el aspecto ordenativo y distributivo —cuyo eje central son las posiciones que se ocupan en la estructura productiva y ocupacional— de las prácticas sociales efectivas de las clases y sus miembros en los ámbitos político, cultural, económico y social.

Aun cuando las relaciones de clases son multidimensionales, la dimensión económica juega un papel central para determinar las posiciones de clase. Desde distintas perspectivas, Bell, Castells, Quijano, Bourdieu, Elias y Giddens reconocen tal centralidad, coinciden en que las dimensiones política, social y cultural no son instancias derivadas de la económica y en que, obviamente, todas estas mantienen mutua interdependencia. Igualmente, estos autores concuerdan en la importancia que tienen en el análisis de clases los aspectos objetivos y subjetivos, materiales y simbólicos, y la estructura y la agencia individual y colectiva.

Existe empíricamente una alta correlación entre la posición que se ocupa en la estructura productiva y de empleo y, por el otro lado, la potenciación o disminución del «efecto» que tienen en las condiciones de vida de las personas otros criterios de desigualdad: raza, etnia, género, edad, religión. Esta correlación depende del grado de institucionalización del Estado y la ciudadanía, así como de la vigencia de los mecanismos de mercado en las actividades productivas y de intercambio frente a los criterios de estatus.

Dos propuestas contemporáneas sobre la teoría y análisis de clases: Goldthorpe y Wright[21]

Por la importancia e influencia actual de sus contribuciones a la teoría y el análisis de las clases en las sociedades de capitalismo avanzado, presentaré a continuación algunas de las propuestas de Goldthorpe y de Wright, sociólogos que se inscriben, desde perspectivas diferentes, en la tradición relacional y estructural del análisis de las clases sociales y que explícitamente combinan la teoría con la investigación empírica. Para realizar el análisis ambos elaboran mapas o esquemas clasificatorios de clases, utilizando la información estadística oficial sobre la estructura ocupacional de sus sociedades.

[21] Extraído de Plaza (2007, pp. 60-64).

Goldthorpe, sociólogo inglés, considerado por varios autores como seguidor y renovador del enfoque weberiano de clases[22], trabaja el tema de manera continua desde hace varias décadas —un artículo suyo forma parte del libro editado por Bendix y Lipset en 1953— y cuenta con una abundante producción académica al respecto, en la que destacan sus propuestas de esquemas clasificatorios de las clases sociales[23]. Para presentar sus ideas, en esta parte nos basamos principalmente en su texto «Class Analysis and the Reorientation of Class Theory: The Case of Persisting Differentials in Educational Attainment»[24].

Goldthorpe critica la actual separación que se produce entre las teorías de clases contemporáneas y la investigación al respecto y las corrientes liberal y marxista por centrar sus esfuerzos en comprobar procesos que no se han producido: la desaparición o la disminución notable de las desigualdades de clases, en el primer caso, y la revolución proletaria en los países de capitalismo avanzado, en el segundo. Sostiene que la tarea más importante de una teoría de clases que rompa con el funcionalismo y el carácter teleológico de las teorías de clases marxista y liberal es explicar la estabilidad de largo plazo de las relaciones de clases, sus desigualdades asociadas y sus propiedades de autorreproducción. Para comprobar la validez empírica de las teorías rivales, propone llevar adelante un programa de investigación con el objetivo de investigar las interrelaciones que prevalecen entre las estructuras de clases, la movilidad de clase, la desigualdad de clases y la formación o descomposición de las clases.

Considera que, para realizar lo que las dos teorías no han logrado hacer —explicar las regularidades sociales que resultan de las acciones de un gran número de individuos—, la estrategia más adecuada es partir de la teoría de la acción racional y del individualismo metodológico.

[22] Crompton (1994).

[23] Ver Goldthorpe & Hope (1974) y Goldthorpe & Heath (1992).

[24] Goldthorpe (2000).

Esta estrategia permitiría explicar cómo los individuos escogen un curso particular de acción, definen sus metas y usan sus recursos, y también aclarar no solo cómo las metas son inteligibles con relación a las posiciones de clases, sino cómo sus acciones dirigidas hacia metas están condicionadas por la distribución de recursos, oportunidades y constreñimientos que contiene la estructura de clases como un todo.

Desde su perspectiva, las posiciones de clase estarán definidas por las relaciones de empleo en los mercados de trabajo y en las unidades de producción, y más específicamente por dos principios: primero, el del estatus del empleo, que distingue entre empleador, autoempleado y las posiciones de los empleados; y, segundo, el de la regulación del empleo, que distingue las posiciones del empleado de acuerdo con si esta regulación ocurre vía un «contrato de trabajo» o una «relación de servicio»[25]. Las clases como tales serán entendidas, en un sentido mínimo, como colectividades de individuos y familias que mantienen posiciones de clase específicas a lo largo del tiempo. Sobre la base de estas definiciones, Goldthorpe elabora un esquema de clases que aplica a la información estadística disponible.

Eric Olin Wright, sociólogo norteamericano, se ubica en la tradición teórica marxista y ha publicado dentro de esa perspectiva varios trabajos sobre las clases sociales en Estados Unidos, atendiendo a la complejidad de la actual estructura productiva y de empleo. Sobre la base del capítulo «Foundations of Class Analysis in the Marxist Tradition»[26], presentamos sus ideas centrales.

Para Wright, el principio fundamental del análisis marxista de clases es el concepto de explotación. Los conceptos centrales en el análisis son los de relaciones de clase y estructura de clases; los conceptos de conflicto, interés, formación y conciencia de clase derivan de los dos anteriores. Las clases se definen por los derechos y poderes que

[25] Para mayor explicación sobre este punto, ver Goldthorpe (2000, cap. 10).

[26] Wright (2002, sin publicar). Ver: http://www.ssc.wisc.edu/~wright/Found-all.pdf

las personas tienen con respecto a los recursos productivos y las actividades económicas. La imagen polarizada de la estructura de clases es errónea porque en las sociedades concretas las relaciones entre clases nunca son tan simples. Una de las tareas del análisis de clase es dar precisión a la complejidad y explorar sus ramificaciones.

Muchos de los debates sociológicos sobre las clases son, en realidad, debates acerca del inventario óptimo de localizaciones de clases o categorías de clases. No hay nada equívoco en usar de esta manera el concepto de clase en investigación, pero dentro de la tradición marxista es importante recordar el hecho de que las «localizaciones de clases» designan las posiciones ocupadas por los individuos dentro de un particular tipo de relación social, las relaciones de clase, y no son simplemente atributos de la persona. La premisa de las relaciones sociales es que las acciones y decisiones que la gente toma están sistemáticamente estructuradas por sus relaciones con otras personas que también eligen y actúan; este concepto de relación social no implica teoría de la elección racional ni individualismo metodológico.

Dada la falta de capacidad explicativa del modelo de dos clases, el investigador se enfrenta a dos posibilidades:

1. Asume inicialmente el modelo de dos clases y luego agrega al análisis complejidades adicionales que no son tratadas como complejidades en las localizaciones de clases; por ejemplo, para entender la formación de la experiencia subjetiva de la gente en el trabajo se puede introducir un conjunto de variaciones concretas en las condiciones de trabajo —grado de autonomía, cercanía de supervisión, niveles de responsabilidad, complejidad cognitiva de las tareas, demandas físicas del trabajo y perspectivas de promoción— y luego analizarlas como fuentes de variación en la experiencia de personas que ocupan posiciones de clase trabajadora dentro de las relaciones de clase, sin salir del modelo binario.

2. Asume que esas variaciones en las condiciones de trabajo son en realidad variaciones en las formas concretas en las que las personas están localizadas dentro de las relaciones de clase. El grado de autoridad que un empleado tiene sobre otros empleados puede ser entendido como una forma de distribución de derechos y poderes sobre el proceso de producción.

Wright opta por la segunda posibilidad convencido de que es mejor introducir de manera rigurosa y sistemática la complejidad dentro del análisis de localización de clases que considerar la complejidad como caótica y sujeta al azar. Identifica cinco fuentes de complejidad importantes para el análisis de clases:

1. Complejidad de localización derivada de la complejidad dentro de las relaciones mismas —como las vistas en las variaciones en las condiciones de trabajo—.
2. Complejidad para ubicar a personas en localizaciones precisas porque ocupan múltiples localizaciones al mismo tiempo.
3. Complejidad en los aspectos temporales de las localizaciones; por ejemplo, distinguir las etapas en una carrera de funcionario en una empresa de los puestos fijos.
4. Estratos dentro de las mismas relaciones de clase; por ejemplo, gran y pequeño capitalista.
5. Familias y relaciones de clases; por ejemplo, que cada uno de los esposos ocupe localizaciones de clase diferentes.

A partir de su enfoque y considerando estas complejidades, el autor, en otro trabajo sobre estructura de clases[27], presentó un modelo que contenía doce categorías de clases, dirigido a estudiar, entre otros aspectos, la conciencia de clase y la movilidad de clase.

[27] Wright (1997).

En síntesis, aun cuando en los países avanzados se ha acelerado el ritmo de crecimiento económico y de innovación tecnológica, se ha elevado el nivel educativo y de vida de gran parte de la población, se han reconocido derechos de distinta índole y se ha modificado y diversificado la composición de las estructuras productiva, de empleo y de clases, no se han logrado disminuir de manera ostensible las desigualdades sociales ni mucho menos, como algunos postulan sin mayor sustento empírico, han desaparecido las clases. En estos países, que producen las interpretaciones teóricas, las metodologías y el análisis sobre el tema, a pesar de los distintos puntos en debate y de las transformaciones reseñadas, la existencia de las clases, así como también la persistencia de las desigualdades, son hechos reconocidos por la mayoría de los analistas.

Apuntes para el análisis de clase en el Perú

En las actuales circunstancias, cuando ha desaparecido la oligarquía pero no se han terminado de consolidar los nuevos actores sociales en los campos económico y político; cuando el gamonalismo ha sido reemplazado en el interior del país por poderes locales basados en el comercio y los títulos profesionales; cuando el campesinado y los pequeños agricultores han decrecido numéricamente y en importancia económica; cuando se ha profundizado la diferenciación campesina; cuando la vida rural se organiza cada vez más en función de los centros poblados, carentes de capacidad para generar empleo al ritmo de las demandas; cuando el sector obrero es minoritario, en tanto que el autoempleo y las micro y pequeñas empresas albergan a la mayoría de trabajadores; cuando la población se congrega en las ciudades, principalmente de la costa; cuando en los llamados sectores medios se generan procesos de emergencia de nuevos grupos, a la par que decadencia en otros; cuando los medios industriales y empresariales nacionales han perdido peso en la economía del país frente a las corporaciones transnacionales; y cuando las propuestas políticas en curso carecen de solidez

y atractivo para gran parte de la población sin que los dirigentes de los partidos puedan entender a qué se debe esta situación, resulta muy pertinente preguntarnos por las actuales bases de la desigualdad y por sus mecanismos de reproducción, así como por los cambios que los procesos locales, nacionales y globales están produciendo en la vida de las personas y en la matriz socioeconómica del país. En suma, preguntarnos por nuestra actual configuración de clases.

Responder la cuestión planteada requiere que la teorización y el análisis de las clases —para lo cual es necesario elaborar un mapa clasificatorio en correspondencia con nuestras estructuras productiva y de empleo— se efectúe en relación con el análisis y funcionamiento del Estado-nación y el mercado interno peruanos. Para estos propósitos se cuenta con abundantes estudios e información empírica, los cuales demandan una relectura en función de lo planteado. A continuación presentaré, muy brevemente, cuatro entradas que pueden servir de base inicial para emprender esta relectura.

Comencemos con la diferenciación que Giddens[28] establece entre sociedades divididas en clase y sociedades de clases. Giddens entiende que en estas últimas, que son las sociedades de capitalismo avanzado, los procesos de constitución del Estado-nación, del mercado interno, de la industrialización y de la racionalización se han institucionalizado y han dado paso a una matriz socioeconómica y política a la vez que articulada, diferenciada y desigual, en tanto que en las primeras —y Giddens se refiere principalmente a las sociedades agrarias— estos procesos no han terminado de configurarse. Puede ser útil asumir esta diferenciación como polos referenciales para leer las especificidades históricas que poseen sociedades como la nuestra, que no son más sociedades agrarias pero carecen de Estados-nación y de mercados internos sólidos que amplíen y densifiquen las redes de interdependencia económica y política.

[28] Giddens (1995, pp. 210-228).

En segundo lugar, podemos revisar la noción de opresión económica no explotadora que introduce Wright[29]. Este autor considera que la explotación es una forma particular de interdependencia de intereses materiales de las personas, situación que debe satisfacer tres criterios:

1. El principio interdependiente de bienestar inverso: el bienestar material de los explotadores depende causalmente de la privación material de los explotados, por lo cual sus intereses son antagónicos.
2. El principio de exclusión: el anterior principio depende de la exclusión de los explotados al acceso a determinados recursos productivos.
3. El principio de apropiación: la exclusión les otorga ventajas materiales a los explotadores porque les posibilita apropiarse del trabajo de los explotados.

Si los dos primeros principios están presentes pero falta el tercero, lo que existe es una situación de opresión económica no explotadora. En esta situación, el bienestar de los grupos privilegiados se produce a expensas de los no privilegiados, y esta relación inversa está basada en la propiedad y el control de los recursos económicos, pero no hay apropiación del trabajo, no hay transferencia de los frutos del trabajo de un grupo a otro. Esta noción resulta muy sugerente para el análisis de clases en nuestra sociedad dada la estructura productiva y la de empleo, caracterizadas por el mayoritario peso de lo informal y por la sobredimensionada participación de un grupo minoritario, nacional y extranjero, en los recursos económicos.

En tercer lugar tenemos a la noción de articulación de modos de producción, que formó parte de los debates inconclusos de las décadas de los años sesenta y setenta en América Latina y que buscaba dar

[29] Wright (2005, pp. 30-31).

cuenta de las especificidades de nuestras sociedades, expresadas en los ámbitos económico, político, cultural y social, fruto de las interacciones entre las diversas relaciones sociales de producción pertenecientes a otros tantos modos de producción.

Finalmente, es pertinente revisar las nociones de colonialidad del poder y de sistemas-mundo desarrolladas por Quijano y Wallerstein, respectivamente. En esta fase de reestructuración del capitalismo, de globalización y de consolidación del modo informacional de desarrollo, ambas nociones resultan centrales para el análisis de clases en un enfoque que ubique al país en el sistema intersocietario mundial.

11.4 Relaciones entre cultura y estructura social

De acuerdo a lo visto en la parte I de este libro, punto 3.1 y a lo largo del texto, establecer adecuadamente las diferencias y relaciones entre cultura y estructura social es importante pues facilita, en las tareas de investigación e interpretación, la delimitación del objeto de estudio, la definición de las relaciones y tipos de causalidad entre fenómenos sociales, la distinción de las dimensiones y niveles de análisis y posibilita fundamentar los vínculos entre agencia, estructura y cultura. La diferenciación y articulación, aunque fundamentalmente analítica —pues en la realidad no existe la una sin la otra y ambas sin los agentes y sus prácticas sociales—, también alude a ámbitos distinguibles de la vida social.

Como fue explicado, la estructura social hace referencia a los aspectos asociativos que vinculan a las personas y grupos entre sí y a las distintas posiciones que ocupan. A este marco pertenece, por ejemplo, el análisis de las organizaciones formales y no formales, el de las redes sociales y el de las clases sociales. La cultura, en tanto, remite al conjunto de variados aspectos mencionados en los acápites anteriores. A este marco corresponden, por ejemplo, el análisis de las instituciones, la cultura cívica, la confianza interpersonal, las orientaciones de la conducta, el proceso de racionalización, la anomia y la desviación social.

Con el fin de ilustrar la compleja relación existente entre ambas dimensiones se presentan a continuación dos ejemplos: cultura y Estado-nación y cultura y estructura de clases.

a. Cultura y Estado-nación

La noción contemporánea de cultura está marcada simultáneamente por la emergencia de los estados nacionales modernos —formas específicas de estructuras— y por las relaciones y competencias entre ellos.

Con respecto al primer punto señalado, la configuración del Estado-nación[30] implicó centralizar e institucionalizar el poder político y ejercitarlo sobre un territorio más o menos amplio, así como establecer fronteras delimitadas. Con el fin de crear bases comunes entre los distintos grupos que habitaban el territorio y de legitimar la monopolización del poder, los gobernantes desarrollaron estrategias y políticas orientadas a fomentar la homogenización cultural mediante las siguientes medidas, entre otras:

1. La imposición de un idioma oficial, usualmente en detrimento de otros que también se solían emplear dentro del territorio estatal.
2. Unificación y resignificación de las tradiciones históricas en procura de estandarizar y generalizar una visión oficial.
3. Implementación de una estrategia educativa estatal para la elaboración de textos escolares.
4. Monopolio del capital simbólico, que permite definir los parámetros de lo deseable y aceptable tanto en el campo de la cultura como en los demás campos sociales.

Con respecto al segundo punto indicado, resulta ilustrativa la explicación que ofrece Elias (1994) sobre la diferencia entre cultura y civilización practicada por los alemanes en el contexto sociocultural y político del siglo dieciocho con el fin de diferenciarse de los franceses.

[30] Ver parte II, punto 2.1.

La Francia absolutista contaba con un sistema político y económico relativamente integrado y era la portadora de los ideales universalistas de la Ilustración, que enfatizaban la capacidad crítica y de raciocinio de los individuos y cuestionaban las tradiciones, mitos y costumbres de las sociedades. Por el contrario, la Alemania de la época carecía de unidad económica y política y su corte central se encontraba desvinculada de los modos de vida del interior del país y de las cortes provincianas, donde justamente emergieron movimientos culturales que tenían como propósito reivindicar la historia, tradiciones y costumbres propias y destacar el papel positivo de las emociones y los afectos en la vida social[31].

Es en este contexto, explica Elias, que los intelectuales alemanes emplearon la noción de cultura para relievar la autenticidad y el carácter orgánico de las creaciones colectivas y populares generadas a lo largo de la historia y cimentadas en un territorio; y la de civilización para referirse a las producidas por la corte de la Francia absolutista y por los defensores de la Ilustración, caracterizadas, según aquellos, por su falta de autenticidad y por carecer de raíces culturales populares.

La aceptación y el uso generalizado de esta noción de cultura —vinculada a su carácter socioterritorial e histórico— a su vez originó dos tendencias contrapuestas: de un lado se tendió a identificarla con el Estado-nación y, por ende, con el núcleo esencial de la identidad nacional, lo que derivó en algunos países en nacionalismos fundamentalistas y violentos; de otro lado, al enfatizar el carácter peculiar que presenta la cultura de cada pueblo, se abrió el camino para referirse a las culturas en plural —en oposición a la noción universalista de cultura—[32] para cuestionar la visión jerárquica entre culturas y para incluir en ellas tanto las creaciones de los sectores dominantes como las de los populares.

Las discusiones políticas y de sentido común sobre el significado, contenido y ámbito de la cultura, y su vínculo con la historia y territorio, impactan en las teorías sociológicas. Parsons, por ejemplo, tiende

[31] Berlin (1983, cap. 1).

[32] Ver Berlin (1983, caps. 3 y 5).

a asumir a la sociedad como sinónimo de Estado-nación y a enfatizar que su integración es posible debido a que sus miembros comparten un mismo conjunto de valores y normas. Pero, como muestra la historia, las sociedades no poseen culturas únicas e integradas. Según Berger y Luckman (1968), ni en los grupos tradicionales y étnicamente homogéneos, caracterizados por la división social del trabajo basada en género y en edad, ni en las sociedades modernas donde la profundización de la división social del trabajo conduce a la multiplicación de mundos simbólicos especializados, existe integración entre las instituciones que conforman una cultura.

Las sociedades están conformadas por grupos con culturas diversas que en su interacción construyen tanto elementos comunes como específicos, tal como fue indicado líneas arriba. Lo que acontece históricamente es que en cada sociedad y en cada sistema intersocietario los grupos dominantes buscan imponer como hegemónicas sus visiones del mundo, imposición que suele confundirse con integración cultural.

b. Cultura, estructura socioeconómica y clases sociales

Los enfoques sociológicos divergen con respecto al papel que cumplen la cultura y la estructura socioeconómica y a la importancia que le asignan a cada una para explicar la vida social, sobre todo cuando se analiza la configuración de las clases sociales y los mecanismos de legitimación y lucha que emplea cada una para conseguir sus objetivos[33]. Tales divergencias se pueden apreciar, por ejemplo, en tres grandes campos de análisis:

1. Cultura como sinónimo de ideología, entendida esta como ideas fuerza que expresan la visión del mundo de una clase determinada. Marx plantea que las ideas de las clases dominantes son las dominantes de su sociedad; dichas clases, debido a la posición

[33] Ver Alexander (1990); Picó (1999, caps. 3, 4.1 y 7); Sztompka (1995, caps. 16 y 17) y Williams (1981).

que ocupan en la estructura social, tienen la capacidad de articular una visión de conjunto, a diferencia de las clases dominadas, que solo pueden elaborar visiones parciales de la realidad, por lo que requieren de la contribución de actores externos para construir una visión global alternativa. En esa línea, Gramsci sostiene que para que una clase dominante se torne en dirigente, es necesario que ejerza no solo dominio político y económico, sino también ideológico y cultural; es decir, que se vuelva un bloque político-moral, por lo cual el resto de clases asumen como válida su visión.

2. Cultura como estilos de vida diferenciados, diferenciantes y diferenciadores, en términos de Bourdieu, o comportamientos de estatus, según Weber. Este campo de análisis remite a dos temas centrales: a) la conexión, señalada por Weber, entre estilos de vida y posición en el mercado en función del tipo de productos del que disponen los actores: capital, conocimientos especializados o fuerza de trabajo; b) la relación entre la identidad personal y la de clase, mediada por los medios económicos de los que se disponga y los estilos culturales de consumo, y la configuración de estas identidades en relación y en competencia con otros grupos o clases.

3. Cultura como visiones, valores e intereses de grupos y clases que emergen como fruto de la profundización de la división social del trabajo, que a decir de Durkheim fragmenta la conciencia colectiva característica de la comunidad y fomenta la proliferación de representaciones colectivas. Weber, por su parte, señala la competencia entre versiones alternativas de valores como parte del funcionamiento de la sociedad y de su estructura de clases.

Índice analítico

A

Acción, 14, 16, 23, 24, 35, 36, 37, 38, 40, 44, 53, 56, 59, 60, 67, 68, 71, 84, 86, 87, 116, 122, 133, 142, 146, 150, 167, 168, 169, 170, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 187, 188, 189, 190, 191, 193, 203, 213, 225, 227, 228, 231, 252, 258, 262

Acción colectiva, 167, 189, 190, 191

Acción social, 36, 59, 173, 174, 177, 180, 187

Agencia, 15, 28, 30, 33, 38, 67, 70, 87, 125, 163, 164, 191, 202, 223, 230, 238

Arreglos organizativos e institucionales, 77

B

Burocracia, 15, 74, 117, 211

C

Cambio social, 28, 41, 48, 60, 79, 80, 81, 131, 214, 224, 266

Campo, 19, 20, 23, 28, 34, 55, 63, 67, 88, 101, 109, 120, 121, 125, 144, 151, 164, 172, 188, 190, 193, 195, 198, 200, 202, 204, 219, 222, 225, 229, 239, 242

Capital, 50, 54, 58, 64, 90, 112, 114, 127, 163, 225, 226, 239, 242, 258, 260

Capital económico, 163

Capital social, 164

Ciencia, 19

Ciencias del espíritu, 20, 21, 30, 31, 35, 36, 37, 53

Ciencias naturales, 19, 20, 21, 30, 31, 32, 35, 37, 39, 47, 53

Civilización, 223, 239, 240, 255

Clases sociales, 33, 42, 44, 58, 60, 61, 96, 105, 126, 147, 164, 190, 200, 221, 224, 228, 229, 230, 231, 232, 238, 241, 265

Conciencia, 22, 53, 70, 121, 126, 127, 140, 143, 150, 157, 158, 159, 163, 174, 175, 188, 198, 201, 227, 232, 234, 242, 250, 261

Conciencia discursiva, 163, 227

Conciencia práctica, 188

Confianza básica, 162, 163

Conflicto, 28, 38, 41, 42, 43, 60, 67, 76, 79, 81, 128, 198, 209, 212, 221, 224, 225, 232, 264

Control social, 76, 205, 207, 222, 223

Corriente de la acción, 86

Corriente de la acción, 36, 37

Corriente estructuralista, 37

Cultura, 14, 16, 20, 28, 29, 31, 32, 36, 37, 41, 45, 54, 57, 60, 67, 68, 71, 72, 73, 74, 75, 80, 83, 84, 86, 87, 99, 116, 124, 125, 127, 134, 144, 145, 146, 148, 168, 178, 179, 180, 187, 189, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 211, 217, 222, 228, 238, 239, 240, 241, 252, 253, 257, 258, 263, 267, 268

D

Desigualdad, 15, 28, 38, 61, 64, 84, 87, 128, 165, 228, 230, 231, 236, 267

Desinstitucionalización, 173, 208, 214

Desviación social, 156, 173, 205, 208, 238

Dicotomías, 39, 40, 48, 49, 50, 67, 78, 84, 87, 88, 135, 179, 199, 217, 218

Dominación, 42, 58, 77, 78, 97, 128, 132, 188, 196, 197, 227, 228

Dualidad de la estructura, 188, 228, 229

E

Equilibrio, 30, 41, 42, 67, 71, 79, 179, 198, 219, 221

Estado-nación moderno, 104

Estatus, 74, 90, 92, 128, 135, 152, 190, 197, 198, 230, 232, 242

Estructura, 14, 15, 16, 28, 32, 36, 38, 54, 56, 65, 67, 68, 70, 73, 74, 75, 80, 81, 84, 86, 87, 92, 96, 97, 104, 112, 117, 118, 119, 126, 127, 128, 129, 131, 135, 144, 146, 157, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 168, 177, 179, 180, 186, 187, 188, 193, 194, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 232, 234, 237, 238, 239, 241, 242, 261, 262

Ética, 24, 27, 52, 125, 268

F

Figuraciones, 160, 219, 221, 223, 224

H

Habitus, 164, 165, 201, 225, 226, 229

Hechos sociales, 35, 40, 53, 139, 205, 206, 217, 220

I

Idealismo, 43, 67, 179

Ideología, 55, 196, 211, 241

Individuación, 34, 120, 121, 141, 169

Individuo, 23, 35, 40, 67, 69, 72, 89, 90, 120, 140, 141, 142, 148, 155, 156, 158, 163, 164, 166, 169, 171, 187, 205, 206, 207, 208, 224, 265

Industrialización, 110, 114, 118, 141, 236, 251

Instituciones, 15, 16, 25, 29, 39, 42, 49, 58, 61, 69, 72, 73, 74, 77, 83, 85, 86, 95, 97, 98, 101, 103, 110, 112, 129, 130, 134, 149, 154, 161, 163, 188, 189, 193, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 220, 221, 238, 241, 254

Interacción, 31, 37, 53, 56, 68, 72, 73, 75, 76, 86, 103, 125, 143, 144, 145, 156, 157, 159, 162, 167, 168, 171, 174, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 191, 194, 196, 199, 200, 214, 222, 223, 241

M

Marcos de referencia, 14, 15, 16, 68, 75, 86, 87, 88, 193

Materialismo, 43, 67

Mí, 158, 159, 201

Modernidad, 15, 16, 25, 34, 43, 45, 49, 64, 74, 76, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 103, 104, 105, 116, 120, 122, 123, 126, 128, 129, 131, 132, 135, 141, 153, 154, 156, 159, 160, 164, 165, 170, 180, 202, 212, 250, 251, 256, 258, 263, 264, 267

Modernidad intermedia, 16, 101

Modernidad tardía, 101, 170

Modernidad temprana, 101

N

Nación, 15, 24, 25, 26, 49, 58, 96, 97, 104, 105, 106, 107, 108, 114, 132, 155, 193, 212, 229, 236, 239, 240, 241, 252, 253

O

Organización, 16, 19, 38, 45, 60, 71, 72, 74, 77, 78, 82, 90, 96, 103, 104, 117, 118, 130, 157, 158, 164, 180, 188, 207, 210, 211, 212, 220, 229, 252

Orientación de la conducta, 116, 120, 168, 196, 203

Otro generalizado, 158, 159, 206, 207

P

Persona, 14, 16, 28, 45, 56, 68, 69, 72, 83, 84, 86, 87, 111, 117, 120, 139, 140, 143, 144, 145, 147, 148, 149, 150, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 182, 187, 193, 200, 202, 206, 207, 222, 223, 233, 261, 265

Persona social, 143

Poder, 15, 24, 25, 27, 28, 42, 59, 76, 78, 87, 97, 98, 99, 103, 104, 105, 106, 107, 113, 114, 117, 126, 128, 129, 132, 133, 141, 146, 154, 160, 165, 187, 188, 189, 191, 195, 210, 219, 221, 222, 223, 224, 238, 239, 255, 264

Posición, 40, 62, 66, 75, 77, 80, 85, 99, 114, 131, 132, 164, 169, 203, 206, 212, 218, 226, 228, 230, 241, 242, 252

Práctica, 20, 22, 27, 29, 30, 31, 34, 57, 134, 140, 150, 163, 188, 189, 191, 201, 207, 227

Proceso de desencantamiento, 116

Psicogénesis, 159, 160, 221, 223, 224, 229

R

Racionalidad instrumental, 45, 169

Racionalización, 15, 45, 96, 97, 104, 116, 118, 121, 123, 125, 130, 131, 134, 160, 169, 202, 227, 229, 236, 238, 263

Rol, 58, 73, 75, 160, 183, 211, 212

S

Seguridad ontológica, 162, 163, 182

Sentido común, 21, 22, 23, 31, 33, 40, 85, 202, 240

Sentido práctico, 150, 201

Sistema, 39, 41, 43, 50, 55, 58, 59, 60, 61, 62, 71, 72, 76, 77, 82, 99, 103, 105, 110, 115, 117, 120, 125, 131, 139, 140, 154, 178, 180, 195, 199, 200, 203, 204, 213, 215, 219, 226, 238, 240, 241, 254, 260, 262, 267

Sistema simbólico, 195, 199, 200, 203, 204

Sistemas intersocietarios, 26, 76, 130, 131, 132, 189, 202, 218

Sistema social, 41, 43, 60, 61, 71, 72, 82, 125, 139, 178, 180, 219, 262

Socialización, 22, 28, 34, 72, 141, 143, 145, 147, 148, 149, 150, 151, 154, 155, 156, 159, 161, 162, 163, 164, 165, 169, 173, 178, 179, 184, 185, 204, 208, 211, 229

Socialización primaria, 22, 147, 148, 150, 155, 162

Socialización secundaria, 147, 150, 151, 154

Sociedad, 14, 15, 19, 20, 22, 23, 26, 29, 30, 33, 34, 35, 37, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 49, 51, 52, 61, 62, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 76, 77, 78, 79, 80, 82, 83, 84, 86, 87, 90, 97, 98, 100, 103, 109, 115, 117, 118, 120, 123, 127, 128, 129, 131, 132, 134, 139, 140, 141, 142, 145, 147, 148, 149, 154, 155, 158, 159, 161, 163, 164, 169, 171, 172, 173, 174, 175, 178, 179, 180, 187, 189, 195, 198, 199, 200, 202, 205, 207, 209, 215, 218, 219, 221, 222, 223, 225, 226, 228, 229, 237, 241, 242, 250, 251, 253, 254, 255, 256, 260, 261, 265, 266, 268

Sociedad moderna, 68, 78, 175

Sociedad tradicional, 78

Sociogénesis, 159, 221, 223, 224, 229

Sociología, 13, 14, 15, 16, 19, 20, 21, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 34, 35, 36, 39, 40, 43, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 59, 60, 61, 62, 63, 68, 70, 75, 78, 80, 83, 86, 89, 95, 97, 101, 104, 124, 127, 142, 146, 147, 156, 161, 163, 172, 174, 190, 193, 195, 204, 205, 206, 218, 219, 223, 226, 250, 251, 252, 254, 255, 256, 257, 262, 263, 265, 266, 268

T

Teoría sociológica general, 13, 14, 28, 29

Y

Yo, 28, 97, 148, 150, 158, 159, 161, 162, 165, 201, 256

Bibliografía

Alexander, Jeffrey (1990). Analytic Debates: Understanding the Relative Autonomy of Culture. En Jeffrey Alexander y S. Seidman (eds.), *Culture and Society Contemporary debates*. Nueva York: Cambridge University Press.

Alexander, Jeffrey (1995). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*. Barcelona: Gedisa Editorial.

Althusser, Louis (1975). *Elementos de autocrítica*. Buenos Aires: Editorial Diez.

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, Perry (1980). *El Estado absolutista*. México D.F.: Siglo XXI.

Arguedas, José María (1968). *Todas las sangres*. Buenos Aires: Losada.

Arguedas, José María (1971). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Buenos Aires: Losada.

Arguedas, José María (1972). *Los ríos profundos*. Buenos Aires: Losada.

Ariés, Philippe (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.

Ariés, Philippe (1992). *Centuries of Childhood: A Social History of Family Life*. Nueva York: Vintage Books.

Aron, Raymond (1976). *Las etapas del pensamiento sociológico*. Dos volúmenes. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ashton, Thomas S. (1973). *La revolución industrial 1760-1830*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Assadourian, Carlos S. (1989). *Modos de producción en América Latina*. México D.F.: Siglo XXI.

Bachelard, Gastón (1988). *La formación del espíritu científico*. México D.F.: Siglo XXI.

Baert, Patrick (2001). *La teoría social en el siglo XX*. Madrid: Alianza Editorial.

Bairoch, Paul (1973). Agriculture and the Industrial Revolution. En Carlo Cipolla (ed.), *The Fontana Economic History of Europe* (tomo III). Londres: Collins, Fontana Books.

Ballón, Eduardo (2006). Crecimiento económico, crisis de la democracia y conflictividad social. Notas para un balance del toledismo. *Perú Hoy. Democracia inconclusa: transición y crecimiento* (pp. 18-64). Lima: Desco.

Balzac, Honoré de (1964). *Papá Goriot*. Barcelona: Ibarra.

Barbano, Filippo (1969). *Estructuralismo y sociología*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Bartra, Roger (2008). *Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, Pre-Textos.

Bastide, Roger (1986). *Sociología de la religión*. Madrid: Jucar Universidad.

Baum, Wilhelm (1988). *Ludwig Wittgenstein*. Madrid: Alianza Editorial.

Bauman, Zygmunt (1994). *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Bauman, Zygmunt (2003). *La modernidad líquida*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Beck, Ulrich (1998a). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

Beck, Ulrich (1998b). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.

Beck, Ulrich (2003). *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.

Bell, Daniel (1976). *El advenimiento de la sociedad post-industrial. Un intento de prognosis social*. Madrid: Alianza Editorial.

Bendix, Reinhard & Seymour M. Lipset (eds.) (1966). *Class, Status and Power. Social Stratification in Comparative Perspective*. Segunda edición. Nueva York: The Free Press.

Bendix, Reinhard (1966). *Trabajo y autoridad en la industria. Las ideologías de la dirección en el curso de la industrialización*. Buenos Aires: EUDEBA.

Bendix, Reinhard (1970). *Max Weber*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bendix, Reinhard (1974). *Estado nacional y ciudadanía*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bendix, Reinhard (1975). *La razón fortificada: ensayos sobre el conocimiento social*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Berger, Peter (1989). *Invitación a la sociología. Una perspectiva humanística*. Barcelona: Herder.

Berger, Peter & T. Luckman (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Berger, Peter. & H. Kellner (1985). *La reinterpretación de la sociología* (caps. 2-4). Madrid: Espasa Calpe.

Berlin, Isaiah (1983). *Contra la corriente. Ensayos sobre la historia de las ideas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Berman, Marshall (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México D.F.: Siglo XXI.

Berman, Morris (2001). *El reencantamiento del mundo*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.

Bernstein, Richard (1983). *La restructuración de la teoría social y política*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Blanco, Alejandro (2005). La Asociación Latinoamericana de Sociología: una historia de sus primeros congresos. *Sociologías*, (14).

Bloch, Marc (1971). *Feudal Society*. Dos volúmenes. Chicago: The University Chicago Press.

Blumer, Herbert (1982). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona: Hora.

Bobbio, Norberto & otros (1985). *Diccionario de ciencia política*. México D.F.: Siglo XXI.

Bonilla, Heraclio (1984). Continuidad y cambio en la organización política del Estado en el Perú independiente. En Tuge Buisson (ed.), *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*. Bonn: Inter Nations.

Bottomore, Tom & R. Nisbet (eds.) (1988). *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu

Boudon, Raymond (1969). *Los métodos en sociología*. Barcelona: A. Redondo.

Bourdieu, Pierre (1969). Condición de clase y posición de clase. En Filippo Barbano y otros, *Estructuralismo y sociología* (pp. 71-100). Buenos Aires: Nueva Visión.

Bourdieu, Pierre (1988). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.

Bourdieu, Pierre (1990a). *Sociología y cultura*. México D.F.: Grijalbo.

Bourdieu, Pierre (1990b). Espacio y génesis de las clases. En *Sociología y cultura*. México D.F.: Grijalbo.

Bourdieu, Pierre (1991). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, Pierre & otros (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México D.F.: Grijalbo.

Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, Pierre (2010). *El sentido social del gusto: elementos para una sociología de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Brush, Stephen G. (1995). Scientist as Historians. *Osiris Journal*, *segunda serie* (10).

Burke, Peter (1996). *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona: Gedisa.

Burkitt, Ian (1991). *Social Selves: Theories of the Social Formation of Personality*. California: Sage.

Caballero, Víctor (2009). *El rayo que no cesa. Conflicto y conflictividad social 2009*. Lima: TAREA.

Cadena, Marisol de la & O. Stars (eds.) (2010). *Indigeneidades contemporáneas: cultura, política y globalización*. Lima: IEP, Instituto Francés de Estudios Andinos.

Calhoun, Craig (1995). *Critical Social Theory*. Oxford: Basil Blackwell.

Cardoso, Fernando & Enzo Faletto (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica*. México D.F.: Siglo XXI.

Cardwell, D.S.L. (1972). *Turning points in Western Technology. A Study of Technology, Science and History*. Nueva York: Science History Publications.

Carr, Edward (1969). *La nueva sociedad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Carreño, Manuel Antonio (1856). *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos: en el cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales*. Nueva York: D. Appleton.

Carreño, Manuel Antonio (1905). *Compendio del manual de urbanidad y buenas maneras*. París: Librería de la Viuda de Ch. Bouret.

Castells, Manuel (1995). *La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza Editorial.

Chatterjee, Partha (2007). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: IEP, CLACSO, SEPHIS.

Cipolla, Carlo (ed.) (1973). *The Fontana Economic History of Europe* (tomos III-IV). Londres: Collins, Fontana Books.

Contreras, Carlos (2004). *El aprendizaje del capitalismo: estudios de historia económica y social del Perú republicano*. Lima: IEP.

Collins, Randall (1996). *Cuatro tradiciones sociológicas*. Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana.

Corcuff, Philippe (1998). *Las nuevas sociologías: construcciones de la realidad social*. Madrid: Alianza.

Coser, Lewis A. (1988). Las corrientes sociológicas de los Estados Unidos. En Tom Bottomore y R. Nisbet (comps.), *Historia del análisis sociológico* (pp. 327-363). Buenos Aires: Amorrurtu.

Cotler, Julio (2005). *Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: IEP.

Crothers, Charles (1996). *Social Structure*. Londres: Routledge.

Crompton, Rose (1994). *Clase y estratificación: una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.

Cuff, Edward & otros (1985). *Perspectives in Sociology*. Londres: George Allen & Unwin Publishers.

Daix, Pierre & otros (1969). *Claves del estructuralismo*. Buenos Aires: Ediciones Calden.

Dobb, Maurice (1971). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Douglas, Mary (1996). *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Alianza Editorial.

Drucker, Peter (1994). *La sociedad post-capitalista*. Bogotá: Norma.

Durkheim, Emile (1967). *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire.

Durkheim, Emile (1971). *El suicidio: estudio de sociología*. Buenos Aires: Schapire.

Durkheim, Emile (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa: el sistema totémico en Australia*. Madrid: Akal.

Durkheim, Emile (1988). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.

Eliade, Mircea (1979). *Imágenes y símbolos*. Madrid: Taurus.

Elias, Norbert (1982). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.

Elias, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*. Madrid: Alianza Editorial.

Elias, Norbert (1990). *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*. Barcelona: Ediciones Península.

Elias, Norbert (1994). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Elias, Norbert (1998). *Mozart. Sociología de un genio*. Barcelona: Ediciones Península.

Elias, Norbert (2000a). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Ediciones Península.

Elias, Norbert (2000b). *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*. Barcelona: Ediciones Península.

Espinosa, Oscar (2009). ¿Salvajes opuestos al progreso? Aproximaciones históricas y antropológicas a las movilizaciones indígenas en la Amazonía peruana. *Revista Anthropológica*, *27*, 123-146.

Flaubert, Gustave (1999). *Madame Bovary*. Madrid: Alianza.

Flores Galindo, Alberto (1994). *La tradición autoritaria. Violencia y democracia en el Perú*. Lima: SUR.

Florescano, Enrique (comp.) (1985). *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700-1955*. México D.F.: Nueva Imagen.

Fuenzalida, Fernando & otros (1970). *El indio y el poder en el Perú*. Lima: IEP.

Fukuyama, Francis (2004). *La construcción del Estado: hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*. Barcelona: Ediciones B.

Gane, Mike (1994). A Fresh Look at Durkheim´s Sociological Method. En W.S. Pickering y H. Martins (eds.), *Debating Durkheim*. Londres: Routledge.

Garfinkel, Harold (1967). *Studies in Ethnomethodology* (caps. I y VIII). Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall.

Garfinkel, Harold (2005). *Estudios en etnometodología*. Rubí, Barcelona: Anthropos.

Gellner, Ernest (1988). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza Editorial.

Gellner, Ernest (1993). *Reason and Culture*. Oxford: Blackwell Publishers.

Germani, Gino (1971). *Sociología de la modernización: estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*. Buenos Aires: Paidós.

Giddens, Anthony & otros (1990). *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza Editorial.

Giddens, Anthony (1985). *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona: Labor.

Giddens, Anthony (1988). El positivismo y sus críticos. En Tom Bottomore y Robert Nisbet (comps.), *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

Giddens, Anthony (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico: crítica positiva de las sociologías interpretativas*. Buenos Aires: Amorrortu.

Giddens, Anthony (1994). *Consecuencias de la modernidad. Sociología y modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.

Giddens, Anthony (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

Giddens, Anthony (2000a). *En defensa de la sociología*. Madrid: Alianza Editorial.

Giddens, Anthony (2000b). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.

Giddens, Anthony (2010). *Sociología*. Segunda edición. Madrid: Alianza Editorial.

Gilbert, Margaret (1994). Durkheim and social facts. En W.S. Pickering y H. Martins (eds.), *Debating Durkheim*. Londres: Routledge.

Ginner, Salvador (1994). *Historia del pensamiento social*. Barcelona: Editorial Ariel.

Ginner, Salvador (1998). *Diccionario de sociología*. Madrid: Alianza Editorial.

Godelier, Maurice (1969). *Las sociedades primitivas y el nacimiento de las sociedades de clases según Marx y Engels*. Medellín: La Oveja Negra.

Godelier, Maurice (1990). *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*. Madrid: Taurus Humanidades.

Goldthorpe, John H. & K. Hope (1974). *The Social Grading of Occupations: A New Approach and Scale*. Oxford: Clarence Press.

Goldthorpe, John H. & A.F. Heath (1992). *Revised Class Schema*. JUSST documento de trabajo 13. Oxford: Nuffield College.

Goldthorpe, John H. (2000). *On Sociology: Number, Narratives and the Integration of Research and Theory*. Nueva York: Oxford University Press.

Gorski, Philip (2003). *The Disciplinary Revolution. Calvinism and the Rise of the State in Early Modern Europe* (caps. 1 y 4). Chicago: The University of Chicago Press.

Gouldner, Alvin (1973). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.

Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Grompone, Romeo (2005). La creciente presencia de los movimientos sociales. En *La escisión inevitable. Partidos y movimientos en el Perú actual*. Lima: IEP.

Grompone, Romeo & Martín Tanaka (eds.) (2009). *Entre el crecimiento económico y la insatisfacción social: protestas sociales en el Perú actual*. Lima: IEP.

Guilleband, Jean Claude (1995). *La traición a la Ilustración. Investigación sobre el malestar contemporáneo*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

Gutierrez, Miguel (1991). *La violencia del tiempo*. Tres volúmenes. Lima: Milla Batres.

Gutierrez, Miguel (2009). *Confesiones de Tamara Fiol*. Lima: Santillana.

Habermas, Jürgen (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus.

Habermas, Jürgen (1989-1990). *Teoría de la acción comunicativa*. Dos volúmenes. Buenos Aires: Taurus.

Hall, Alfred R. (1970). *The Scientific Revolution 1500-1800. The Formation of the Modern Scientific Attitude*. Segunda edición. Boston: Beacon Press Books.

Hartwell, R.M. (1973). The Service Revolution: The Growth of Services in Modern Economy 1700-1914. En Carlo Cipolla (ed.), *The Fontana Economic History of Europe* (tomo III). Londres: Collins, Fontana Books.

Haya de la Torre, Víctor Raúl (1972). *El antiimperialismo y el APRA*. Lima: Imprenta Amauta.

Held, David & otros (2001). *Transformaciones globales. Política, economía y cultura*. México D.F.: Oxford University Press.

Hewitt, John (1986). *Introducing Sociology a Symbolic Interactionist Perspective*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall.

Hobsbawm, Eric (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, Eric (1997). *La era de la revolución 1789-1848*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, Eric (1998). *La era del capital 1848-1875*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, Eric (2009). *La era del imperio 1875-1914*. Barcelona: Crítica.

Holler, Frida (2006). *Ese dedo meñique. Mil y una formas de actuar con buen gusto sin caer en la ridiculez*. Lima: Maestravida.

Hughes, John & otros (1995). *Understanding Classical Sociology. Marx, Weber, Durkheim*. Londres: Sage.

James, Paul (1996). *Nation Formation. Towards a Theory of Abstract Community*. Londres: Sage.

Jameson, Fredric (1996). *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta.

Jameson, Fredric (1999). *El giro cultural: escritos sobre el posmodernismo 1983-1998*. Buenos Aires: Manantial.

Janik, Allan & Stephen Toulmin (1974). *La Viena de Wittgenstein*. Madrid: Taurus.

Jay, Martin (1974). *La imaginación dialéctica. Historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)*. Madrid: Taurus.

Jenks, Christopher (1993). *Culture*. Londres: Routledge.

Johnson, Harry (1960). *Sociología: una introducción sistemática*. Buenos Aires: Paidós.

Jones, G. W. (ed.) (1997). *The Continuing Demographic Transition*. Oxford: Clarendon Press.

Kay, Cristobal (1989). *Latin American Theories of Development and Under Development*. Londres: Routledge.

Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Lenski, Gerhard, Patrick Nolan & otros (1997). *Sociedades humanas. Introducción a la macrosociología*. México D.F.: Mc Graw-Hill.

Lessing, Doris (2007). *El cuaderno dorado*. Lima: Santillana.

Lévi-Strauss, Claude (1968). *Lo crudo y lo cocido*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Lévi-Strauss, Claude (1976). *El origen de las maneras de mesa*. México D.F.: Siglo XXI.

Light, Donald & otros (2000). *Sociología*. Madrid: Mc Graw-Hill.

Lin, Nan (2002). *Social Capital. A Theory of Social Structure and Action*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lindberg, David C. (1995). Medieval science and its religious context. *Osiris Journal*, *segunda serie* (10).

Linton, Ralph (1967). *Estudio del hombre*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Lipovetsky, Gilles (2004). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Anagrama.

López, Sinesio (1997). *Ciudadanos, reales e imaginarios: concepciones, desarrollo y mapa de la ciudadanía en el Perú*. Lima: Instituto de Diálogo y Propuestas.

Luhmann, Niklas (1990). *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*. Barcelona: Paidós.

Luhmann, Niklas & Raffaele di Giorgi (1993). *Teoría de la sociedad*. Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara, Universidad Iberoamericana.

Lukes, Steven (1984). *Emile Durkheim. Su vida y su obra. Estudio histórico-crítico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI.

Lyotard, Jean F. (1987). *La condición post-moderna: informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

Macionis, John (2010). *Sociology*. Nueva Jersey: Prentice Hall.

Macionis, John & K. Plummer (1999). *Sociología*. Madrid: Prentice Hall, Iberia.

Mariátegui, José Carlos (1928). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.

Marshall, Thomas H. (1950). *Citizenship and Social Class*. Cambridge: Cambridge University Press.

Martindale, Don Albert (1968). *La teoría sociológica: naturaleza y escuelas*. Madrid: Aguilar.

Marx, Karl & F. Engels (1973). *Manifiesto del partido comunista*. Décima edición. Lima: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl (1968). *Sociología y filosofía social*. Barcelona: Península.

Marx, Karl (1970). Prefacio. En *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: Alberto Corazón.

Marx, Karl (1987). *El capital*. Tres tomos. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Maturana, Humberto (1996). *El sentido de lo humano*. Santiago de Chile: Dolmen.

Maturana, Humberto (1996). *Desde la biología a la psicología*. Santiago de Chile: Universitaria.

Mayr, Franz K. (1989). *La mitología occidental*. Barcelona: Anthropos.

Mazlish, Bruce (1989). *A New Science. The Breakdown of Connections and the Birth of Sociology*. Pensilvania: Pennsylvania State University Press.

Mead, George (1964). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Buenos Aires: Paidós.

Merton, Robert (1965a). *Teoría y estructura sociales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Merton, Robert (1665b). Durkheim's Division of Labour in Society. En Robert Nisbet (ed.), *Emile Durkheim* (pp. 105-112). Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall.

Mészáros, István (2010-2011). *Social Structure and Forms of Consciousness*. Dos volúmenes. Nueva York: Monthly Review Press.

Mills, Charles Wright (1964). *La imaginación sociológica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Mommsen, Wolfgang (1973). *La época del imperialismo. Europa 1885-1918*. Madrid: Siglo XXI.

Moore, Barrington Jr. (1973). *Reflections on the Causes of Human Misery and Upon Certain Proposals to Eliminate Them*. Boston: Beacon Press.

Morrison, Ken (1996). *Marx, Durkheim, Weber: Formations of Modern Social Thought*. Londres: Sage.

Muñoz, Fanni (1992). Observando el aula: la etnografía y la investigación educativa. *Revista Debates en Sociología*, *17*, 83-115.

Murakami, Yusuke (2000). *La democracia según C y D: un estudio de la conciencia y el comportamiento político de los sectores populares de Lima*. Lima: IEP.

Musil, Robert (1969-1982). *El hombre sin atributos*. Cuatro volúmenes. Barcelona: Seix-Barral.

Nadel, Siegfried (1966). *Teoría de la estructura social*. Madrid: Guadarrama.

Nakayama, Shige (1995). History of East Asian Science: Needs and Opportunities. *Osiris Journal*, *segunda serie* (10), 80-94.

Nickles, Thomas (1995). Philosophy of Science and History of Science. *Osiris Journal*, *segunda serie* (10), 139-163.

Nisbet, Robert (1965). *Emile Durkheim*. Englewood City, Nueva Jersey: Prentice Hall.

Nisbet, Robert (1969). *La formación del pensamiento sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

Nisbet, Robert (1979). *Cambio social*. Madrid: Alianza Editorial.

Nun, José (1968). *La marginalidad en América Latina: informe preliminar*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

NuN, José (1969). *Marginalidad y participación política*. Lima: PUCP-CISEPA.

Olson, Richard (1993). *The Emergence of the Social Science, 1642-1792*. Nueva York: Twayne Publishers.

Ortega, Félix & otros (1996). *Fundamentos de sociología*. Madrid: Síntesis.

Pamuk, Orhan (2007). *Me llamo Rojo*. México, D.F.: Punto de Lectura.

Panfichi, Aldo (ed.) (2007). *Participación ciudadana en el Perú: disputas, confluencias y tensiones*. Lima: PUCP.

Parsons, Talcott (1996). *El sistema social*. Madrid: Revista de Occidente.

Parsons, Talcott (1968a). *La estructura de la acción social*. Dos volúmenes. Madrid: Guadarrama.

Parsons, Talcott & E. Shils (1968). *Hacia una teoría general de la acción*. Buenos Aires: Kapelusz.

Perrow, Charles (1991). *Sociología de las organizaciones*. Madrid: Mc Graw-Hill.

Pfeffer, Jeffrey (1997). *New Directions for Organization Theory. Problems and Prospects*. Nueva York: Oxford University Press.

Piaget, Jean (1969a). *El estructuralismo*. Buenos Aires: Proteo.

Piaget, Jean (1969b). *Psicología del niño*. Madrid: Morata.

Pickering, W.S. & H. Martins (eds.) (1994). *Debating Durkheim*. Londres: Routledge.

Picó, Josep (1999). *Cultura y modernidad. Seducciones y desengaños de la cultura moderna*. Madrid: Alianza Editorial.

Picó, Josep (2003). *Los años dorados de la sociología 1945-1975*. Madrid: Alianza Editorial.

Pirenne, Henri (1980). *Historia económica y social de la Edad Media*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.

Pizarro, Rosa; Ingrid Saito & Laura Trelles (2005). El agitado y fragmentado escenario social. *Perú Hoy*, (7), 65-152.

Plaza, Orlando (1998). *Retos actuales de la teoría sociológica*. Lima: Departamento de Ciencias Sociales-PUCP.

Plaza, Orlando (2006). Modernidad y racionalización en Weber y Elias. *Debates en Sociología*, (30), 40-50.

Plaza, Orlando (coord.) (2007). *Clases sociales en el Perú. Visiones y trayectorias*. Lima: Departamento de Ciencias Sociales-CISEPA-PUCP.

Plaza, Orlando (coord.) (2012). *Cambios sociales en el Perú 1968-2008. Homenaje a Denis Sulmont*. Segunda edición. Lima: Fondo Editorial PUCP.

Polanyi, Karl (1992). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Portes, Alejandro & Kelly Hoffman (2003). *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época liberal*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina.

Portes, Alejandro (2010). *Economic Sociology. A Systematic Inquire*. Princeton: Princeton University Press.

Portocarrero, Gonzalo (ed.) (2010). *Cultura política en el Perú. Tradición autoritaria y democratización anómica*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Pouillon, Jean & otros (1969). *Problemas del estructuralismo*. México D.F.: Siglo XXI.

Prebisch, Raúl (1967). *Hacia una dinámica del desarrollo Latinoamericano*. Montevideo: Banda Oriental.

Prebisch, Raúl (1949). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. *Trimestre Económico*, *16* (3).

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2004). *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Buenos Aires: Aguilar.

Quijano, Aníbal (1977). *Imperialismo y marginalidad en América Latina*. Lima: Mosca Azul.

Quijano, Aníbal (1988). *Modernidad y utopía en América Latina. Lima: sociedad y política*. Lima: Sociedad y Política.

Quijano, Aníbal (2001). Globalización, colonialidad del poder y democracia. En *Tendencias básicas de nuestra época: globalización y democracia*. Caracas: Instituto de Altos Estudios Diplomáticos «Pedro Gual», Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela.

Quijano, Aníbal (2006). Don Quijote y los molinos de viento en América Latina (modernidad, identidad, eurocentrismo). *Revista Pasos*, *segunda época* (127), 2-14.

Reátegui, Félix (coord.) (2007). *Conflictos sociales y respuestas del Estado: del orden interno a la protección de derechos*. Lima: IDEHPUCP.

Remy, María Isabel (2008). Poca participación y muchos conflicto. *Perú Hoy*, (13), 81-98.

Ritzer, George (2002). *Teoría sociológica moderna*. Quinta edición. Madrid: Mc Graw-Hill Interamericana.

Roitman, Marcos (2008). *Pensar América Latina: el desarrollo de la sociología latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.

Rose, Margaret A. (1996). *The Post-modern and the Post-industrial. A Critical Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rostow, Walt W. (1974). *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Rusconi, Gian Enrico (1969). *Teoría crítica de la sociedad*. Barcelona: Ediciones Martínez Rosa.

Santos, Martín (1999). *¿Sabes con quién estás hablando? Un ensayo sobre la dinámica individuo-persona en la sociedad peruana*. Lima: Instituto de Defensa Legal.

Schutz, Alfred (1972). *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Buenos Aires: Paidós.

Schutz, Alfred (1974). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.

Scott, Richard (1995). *Institutions and organizations*. California: SAGE.

Sembler, Camilo (2006). *Estratificación social y clases sociales: una revisión analítica de los sectores medios*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina.

Sennett, Richard (2000). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Sibilia, Paula (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Silvani, Laura (2003). *Historia de la filosofía*. Barcelona: Óptima.

Simmel, Georg (1986). Las grandes ciudades y la vida del espíritu. En *El individuo y la libertad*. Madrid: Península.

Singer, Hans W. (1989). El desarrollo en la pos-guerra. Lecciones de la experiencia de 1945 a 1985. *Revista Comercio Exterior*, *39* (7), 597-617.

Skinner, Quentin (2007). *El giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentario*s. Madrid: Editorial Tecnos.

Smelser, Neil (1963). *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: Free Press of Glencoe.

Smith, Adam (2004). *Teoría de los sentimientos morales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Solis Sanchez, Carlos (comp.) (1998). *Alta tensión: historia, filosofía y sociología de la ciencia. Ensayos en memoria de Thomas Kuhn*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Sztompka, Piotr (1995). *Sociología del cambio social*. Madrid: Alianza Editorial.

Tanaka, Martín & Romeo Grompone (eds.) (2009). *Entre el crecimiento económico y la insatisfacción social. Las protestas sociales en el Perú actual*. Lima: IEP.

Thackray, Arnold (ed.) (1995). Constructing Knowledge in the History of Science. *Osiris Journal*, *segunda serie* (10).

Therborn, Göran (2000). *European Modernity and Beyond. The Trajectory of European Societies, 1945-2000*. Londres: Sage.

Timasheff, Nicholas (1961). *La teoría sociológica: su naturaleza y desarrollo*. México D.F., Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Tilly, Charles (1991). *Grandes estructuras. Procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial.

Tiryakian, Edward (1988). Emile Durkheim. En Bottomore T.B. y Robert Nisbet (eds.), *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

Tönnies, Ferdinand (1947). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.

Tönnies, Ferdinand (1987). *Principios de la sociología*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Touraine, Alain (1978). *Introducción a la sociología*. Barcelona: Ariel.

Turner, Bryan (ed.) (1994). *Citizenship and Social Theory*. Londres: Sage.

Turner, Jonathan (1988). *A Theory of Social Interaction*. Stanford, California: Stanford University Press.

Turner, Jonathan & otros (1995). *The Emergence of Sociological Theory*. Belmont, California: Wadsworth Publishing Company.

Vassak, Karel (ed.) (1990). *Ensayos sobre derechos humanos: las dimensiones internacionales de los derechos humanos*. Lima: Comisión Andina de Juristas.

Vatimo, Gianni (1998). *El fin de la modernidad: nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona: Gedisa.

Vattimo, Gianni (2002). *La postmodernidad a debate*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Vekemans, Roger (1969). *La marginalidad en América Latina: un ensayo de conceptualización*. Santiago de Chile: DESAL.

Vekemans, Roger & otros (1970). *Marginalidad, promoción popular e integración latinoamericana*. Santiago de Chile, Buenos Aires: DESAL, Troquel.

Vergara, Alberto (2009). *El choque de los ideales: reformas institucionales y partidos políticos en el Perú post-fujimorato*. Lima: Instituto para la Democracia y la Asistencia Electoral.

Vich, Víctor (ed.) (2005). *El Estado está de vuelta: desigualdad, diversidad y democracia*. Lima: IEP.

Vilar, Pierre (1972). *Oro y moneda en la historia 1450-1920*. Barcelona: Ariel.

Villoro, Luis (1992). *El pensamiento moderno: filosofía del Renacimiento*. México D.F.: El Colegio Nacional.

Wallerstein, Immanuel (1979-1984). *El moderno sistema mundial*. Dos volúmenes. México D.F.: Siglo XXI.

Wallerstein, Immanuel (2004). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal.

Wallerstein, Immanuel (2006). *Abrir las ciencias sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México D.F.: Siglo XXI.

Weber, Max (1969). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Dos volúmenes. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Weber, Max (1973). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.

Weber, Max (1978). *Historia económica general*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Weber, Max (1987). *Ensayos sobre sociología de la religión*. Madrid: Taurus.

Weber, Max (2004). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Weeks, John (1985). *Limits to Capitalist Development: The Industrialization of Peru, 1950-1980*. Boulder, Colorado: Westview Press.

Wellman, Barry & otros (eds.) (1988). *Social Structures: A Network Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.

Williams, Raymond (1981). *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.

Williams, Raymond (2000). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión, SAIC.

Wittgenstein, Ludwig (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.

Wolf, Eric (1978). *Los campesinos*. Barcelona: Prentice-Hall.

Wright, Erick Ollin (1997). *Class Counts*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wright, Erick Ollin (ed.) (2002). «Alternative Foundations of Class Analysis». Madison: Universidad de Wisconsin. Inédito.

Wright, Erick Ollin (2005). *Approach to Class Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wright, George H. Von (1979). *Explicación y comprensión*. Madrid: Alianza Editorial.

Wrong, Dennis (ed.) (1970). *Max Weber*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall.

Se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Teléfono: 332-3229 Fax: 424-1582
Se utilizaron caracteres
Adobe Garamond Pro en 11 puntos
para el cuerpo del texto
setiembre de 2014 Lima - Perú